

POR LA AUTORA BEST SELLER DE LA SERIE SIN TI



Mi vida
Sin Ti

PAT CASALÀ



Mi vida sin ti
(Sin ti vol. 5)

Pat Casalà



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Mi vida sin ti (Serie Sin Ti 5)

©Patricia Casalà Albacete

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: Isla Books

Imagen de la cubierta: ©Andriy Buzuglov / Adobestocks.com

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[Agradecimientos](#)

*Esta novela la dedico a Dani.
Me diste pistas para escribirla.
¡Nunca olvidaré nuestras charlas en la cocina!
Espero cumplir tus expectativas.*

*¿Qué puedo hacer para olvidarte?
He luchado contra todo lo tuyo
y lo único que consigo es amarte más.
He caído en la bajeza para olvidarte,
sólo para olvidar lo que me haces sentir.
Tengo miedo, miedo de que descubras lo que siento por ti.
Por eso no me queda más que en secreto decirte te amo.
No puedo ni quiero olvidarte,
el tiempo que contigo pasé está tatuado con tinta indeleble
en mi alma y corazón.*

Eliot Pérez

*Te amé desde antes.
Cada día que me senté a tu lado,
inhalando tu aroma, mirando tu hermoso rostro.
Cada noche, soñando contigo.
Eclipsaste todo.
Eras tú.
Siempre tú.*

Heather Anastasiu

1

Se incorpora en la cama con el cuerpo empapado en sudor. Se frota los ojos con los puños cerrados y sopla con rabia. No puede seguir así, con pesadillas donde los recuerdos le llevan a la desesperación cada noche. O los supera o acabará en un puto psiquiátrico.

Son las tres de la mañana, el silencio absoluto le golpea mientras se levanta a oscuras para ir al baño. Necesita mojarse la cara con un poco de agua fría para destensar los nervios.

La luz es un atentado contra sus ojos enrojecidos. Las últimas semanas ha aumentado la ansiedad y duerme muy poco. La proximidad de su regreso a Fort Lucas le llena el cuerpo de inquietud porque no sabe si todavía está a tiempo de recuperar su felicidad.

Agarra la pila con las dos manos y la aprieta con fuerza contrayendo los músculos faciales. El espejo le devuelve una cara demacrada, con ojeras amoratadas bajo los ojos y ausencia total de la determinación de antes.

Lleva un año lejos de ella, intentando olvidarla, pero ninguna de sus acciones logra arrancársela del corazón. Y no lo entiende. Solo estuvieron juntos poco más de dos meses, sin llegar nunca a enredarse en serio, pero dejó una huella imborrable en su interior.

Ha necesitado una dosis inmensa de voluntad para luchar contra los fantasmas de su pasado y enterrar bajo capas de superación la culpa por lo de Tess, por enamorarse de otra cuando aún estaba de luto, por abandonarla en medio de su dolor.

Quería a Tess, iba a casarse con ella y cuando murió su mundo se vino abajo. Estaban pasando un mal momento, ya no eran la pareja sólida de antes. Y descubrir el vídeo de su muerte publicado en YouTube le hundió. Pasó meses a la deriva, sin encontrar un salvavidas al que aferrarse.

Hasta que Steff apareció en su vida...

Pronunciar su nombre le recuerda su cabellera morena y lacia, sus ojos verdes con ese brillo intenso cuando le miraba, sus labios... Cada uno de sus besos era capaz de llevarse su voluntad. Las manos la tocaban con ansiedad, como si no pudiera pasar sin sentirla. Era incapaz de seguir a su lado demasiado tiempo sin desearla, sin fantasear con arrancarle la ropa y poseerla

en cualquier lugar sin importarle las consecuencias. Pero no podía hacerlo, había demasiados obstáculos, demasiados impedimentos, demasiados palos en el camino.

Es una mujer fiera, con las ideas claras acerca de qué quiere y la capacidad de encontrar optimismo en cada situación, con una felicidad contagiosa. Le gusta esa manera de ser, su naturaleza guerrera, la forma en la que desafía la vida en busca de compartir su entusiasmo y su sonrisa resuelta.

Por eso la dejó atrás, para darle una oportunidad de conseguir lo que se merecía y porque él no estaba bien. Todavía se culpaba por haberle fallado a Tess y se había internado en una espiral de autocompasión. No estaba preparado para asumir sus sentimientos ni para capear el temporal que significaría admitir su amor por Steff.

Hace un año llegó a la base Edwards con el firme propósito de olvidarla. Lo intentó, pero ni las peleas en los bares ni la cantidad de alcohol con la que pretendía anesthesiarse algunas noches ni sumergirse en el interesante proyecto que está a punto de culminar le devolvían la serenidad. Era como si ella se hubiera introducido en su cuerpo por cada uno de sus poros y se negara a marcharse de él.

Después vino la peregrinación de mujeres sin nombre. Cada una de las ellas solo era una substituta, alguien con quien recordarla. Y el sexo era cada vez más duro, más fiero, más lleno de instantes llenos de dolor y furia. Al cerrar los ojos la veía a ella, era como hacerle el amor una y otra vez para despertarse abrazado a otra al día siguiente y enfrentarse entonces al tormento de no tenerla entre sus brazos. Ninguna conseguía devolverle a la vida, por eso lleva más de tres meses sin sexo. No puede engañarse más, solo Steff ocupa su corazón y quizás ya no está a tiempo de recuperarla.

Antes de marcharse de Fort Lucas intentó con desespero no besarla, no anhelarla, no suspirar por seguir adelante con sus encuentros secretos, pero siempre acababa probando su boca con una pasión desbordante, amplificadas por el momento y la belicosidad de Steff, quien conseguía elevar su cota de deseo hasta el infinito y le retaba a constantes peleas verbales que siempre acababan con una pasión desbordante.

Lo suyo nunca pasó de besos y caricias, pero cada vez que sus labios la devoraban sentía una fogata arrasando con su cordura. Deseaba estirarla sobre cualquier superficie y hacerla suya con fiereza, anhelaba tenerla para siempre a su lado, llevarla a cenar, hablar con ella hasta el amanecer, conocer cada uno de sus pensamientos, descubrir hasta la última coma de su vida para construir

un futuro juntos.

Camina hacia el salón para servirse un chupito de whisky en la oscuridad, apurarlo de un trago y sentarse en el sillón con un segundo vaso lleno hasta los topes y los recuerdos del último día que la vio abriéndole gritas profundas en el corazón.

Acababa de anunciar su intención de pasar un año en la Base Aérea Edwards de California para colaborar con la NASA en un proyecto en el Centro Dryden de Investigaciones de Vuelo, ubicado dentro de las instalaciones de la Fuerza Aérea, y Steff salió corriendo para refugiarse en el almacén del Maggi's, el bar donde trabaja su hermana.

Quizás marcharse fue una decisión equivocada porque no ha pasado ni un solo día sin pensar en ella. Pero lo suyo era un amor imposible. Su padre acababa de acoger a Steff y a Kris en su casa para ayudarlas a salir del sistema de tutela estatal. Esa tarde celebraban sus diecisiete años. Se llevan trece, demasiados para no ser una barrera a sus sentimientos. Y no podía hacerle eso, debía tomar la única decisión coherente en esa situación.

Swan es Mayor de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, un ingeniero aeronáutico licenciado por Yale con una trayectoria intachable en Fort Lucas, la base donde creció. Su padre es el General. Liarse con una menor era impensable, por eso su relación fue un tira y afloja entre sus deseos y la razón. Porque sabía que no podía tenerla ni condenarla al sistema de nuevo. Eso hubiera acabado con su futuro porque él jamás se lo perdonaría.

Al entrar en el almacén la encontró llorando de pie frente a un montón de cajas. El lugar no tenía demasiada iluminación, apenas un par de bombillas en el techo que le daban una luz tenue.

—¡Si coges ese avión no vuelvas a hablarme en tu vida! —le espetó ella con una expresión airada que le partió el alma.

—Me lo he pasado muy bien contigo, muñeca. —Avanzó tres pasos hasta rozarle el cuerpo e insinuarse con una sonrisa soez. Le dolía tratarla así, pero era la única manera de alejarla—. Hace menos de un año estaba a punto de casarme con Tess y un cabrón la hizo volar por los aires. Liarme contigo solo era una manera de olvidarla. Pero me he dado cuenta de que solo eres una cría y yo necesito sensaciones más fuertes.

—¡Cabrón! —Hinchó las aletas de la nariz con furia en la mirada—. ¿No eres capaz de decirme la verdad? ¿Prefieres buscar una excusa de mierda para no aceptar que me quieres?

Su cuerpo recibió las palabras de Steff con un estremecimiento porque

tenía razón. Se había enamorado de ella y nada conseguía quitársela de la cabeza. Por eso llevaba más de dos meses yendo a verla cada tarde, llamándola cada noche, muriéndose de deseo en las clases de conducir, besándola tras discusiones absurdas, pensando en ella a todas horas.

Pero no podía decírselo.

—¡Deja de soltar estupideces! —Le escupió la frase a la cara para no aceptar sus sentimientos—. Solo eras una diversión. Me pones caliente.

Ella negó con la cabeza componiendo un rictus de dolor.

—¡Qué te jodan Swan! —Se dio la vuelta para regresar al bar y salir de su vida para siempre, pero en el último momento le encaró de nuevo—. ¿Cómo puedes llamarme cría si eres un niño incapaz de aceptar la verdad?

Cuando la vio darse la vuelta de nuevo para caminar hacia la puerta sintió cómo le hervía la sangre. La agarró por un brazo con fuerza, tiró de él y la colocó a pocos milímetros de su cara, reteniéndola por la cintura. Respiraba con jadeos acelerados que se acompasaban a sus latidos.

—¿Qué coño quieres de mí? —masculló. No quería mentirle ni hablarle como un cabrón, pero necesitaba cerrar la posibilidad a una relación. Si le odiaba sería más fácil—. ¿Un polvo? Muñeca, cuando quieras te hago gritar de placer.

—¡Estoy hasta las narices de vivir en una montaña rusa contigo! —Ella temblaba de anhelo, aunque intentaba contenerlo bajo una máscara de furia—. ¡Es una jodida mierda! En la vida hay que elegir y no arrepentirse de las elecciones una y otra vez. ¿De verdad no me quieres? ¿Ha sido todo una mentira?

Le costaba luchar contra la necesidad de besarla. Era una necesidad que invadía cada partícula de su cuerpo llenándola de ansiedad. Sus labios fruncidos en un gesto airado le llamaban y la aceleración de su respiración era preocupante.

—No eras más que un pasatiempo —mintió buscando la fuerza para componer una expresión a la altura de sus palabras—. Y ya me he cansado de ti.

—¡Entonces suéltame de una jodida vez! —Sus ojos se convirtieron en dos rendijas airadas—. ¡Lárgate a California y déjame en paz!

Esa última frase rompió la única hebra que contenía sus sentimientos y se vino abajo. La quería, estaba loco por ella y debía abandonarla.

Su corazón se rompió en mil pedazos.

—¿Sabes cómo se llama la base militar dónde voy a vivir? —Tragó

saliva con intención de rebajar el nudo de su estómago—. ¡Edwards! Es como una puta broma. Tu apellido me persigue... Cada vez que vea el nombre pensaré en ti. ¡Joder Steff! ¡Intenta entenderlo! Es mejor dejarlo así y no darle más vueltas porque no puede ser.

—Dime qué sientes por mí. —Pegó su cuerpo al de él—. Sé un hombre y admite de una vez que me amas y podremos empezar a construir algo sólido.

—No importan mis sentimientos ni los tuyos. —Suspiró con un desgarró en el pecho—. Hasta dentro de un año lo nuestro es imposible y no quiero seguir así. No es vida para ninguno de los dos.

—¡Vete a la mierda Swan! —Le golpeó en los brazos para soltarse de su abrazo—. ¡Si no me quieres suéltame y lárgate de una vez!

Ella forcejeaba con dureza para deshacerse de él, con una furia que salía por su nariz en forma de soplidos.

Pero no podía dejarla ir.

—Eres la hija de acogida de mi padre. —Casi no le salía la voz—. Tienes diecisiete años y yo veintinueve... Estar contigo no es una opción.

—¡Llevo diez años yendo de una casa de acogida a otra! ¡Y nunca me había encontrado con un hijo de puta como tú! —Contrajo la cara intentando ocultar su dolor—. ¡No te mereces que te quiera! ¡Cabron!

—Más vale separarnos antes de cometer una locura. —Le acarició los labios con la yema del dedo haciéndola suspirar—. Acepté el trabajo por ti, para darte una oportunidad.

Ella reprimió un gemido, alcanzó su dedo entre los dientes y apretó hasta dejarle una marca, provocándole una sacudida en el cuerpo.

—Nunca voy a perdonarte esto. —Le empujó para irse, pero Swan la retuvo con fuerza por la cintura—. Deberías apostar por nosotros en vez de huir.

—Es la única opción —musitó casi sin aliento.

—Escucho tu corazón a mil por hora y sé interpretar tus gestos. —Un suspiro ahogado—. Me quieres tanto o más que yo a ti.

La sentía pegada a él, cómo jadeaba sin detenerse, y el calor se expandía por su cuerpo, abrasándole. Sus labios eran una tentación difícil de evitar. Sus ojos lo devoraban con una avidez desesperante mientras sus manos aplastaban su cuerpo contra ella con fuerza.

—¡Joder! —La atrajo más hacia él—. No podré vivir sin ti.

Chocó la boca con la de Steff sellando un beso ansioso, abrazándola con fuerza, apretándola más contra él. Ella se quedó sin aire y boqueó dentro de su

boca, sorbiéndole hasta la última brizna de aire de sus pulmones.

La levantó en brazos para apoyarla en una de las cajas del almacén, sin dejar de saquearla con la boca. Sus manos le quitaron la camiseta en un segundo para acceder a su piel con una agitación de su cuerpo. Tocar sus pechos sobre el sujetador inició una serie de jadeos que se perdieron en su boca.

Ella le sonrió pasándose la lengua por el labio superior.

Empezó a hiperventilar con un acceso de ansiedad recorriéndole el cuerpo. Steff alargó un poco los brazos para acceder a su camiseta y se la levantó paseando los dedos por su torso con una suavidad demasiado provocativa. Cada una de sus caricias le desencadenaba una descarga de deseo mayor, como si su cuerpo se llenara de llamaradas cada vez más intensas.

Su mirada voraz se entretuvo unos segundos en el cuerpo perfecto de Steff. Gimió con la sensación de que iba a morir de deseo. La amaba demasiado para apartarse. Ella era su adicción, una nada recomendable.

Las piernas de ella le rodearon el cuerpo por la cintura, apretándolo. Los brazos le cercaron el cuello y los labios buscaron su boca otra vez.

Sus manos parecían poseídas por la lujuria, le quitaron el sujetador en dos movimientos rápidos para sentir los pechos contra su torso.

Piel contra piel.

No puedes hacerlo, era la voz de su conciencia gritando entre los besos que subían de intensidad con el paso de los segundos.

Pero no podía detenerse. Sus besos, su piel, sus jadeos extasiados, su roce.

¡Detente de una puta vez!, escuchaba el grito autoritario de su mente mientras la tocaba y la devoraba con los labios con un fuego en el cuerpo imposible de apagar sin ella.

Sintió las manos de Steff en la espalda rasgándole la piel con agitación mientras le lamía los labios sin demasiada suavidad. La deseaba, necesitaba poseerla, entrar en ella, hacerla suya para siempre. Sin embargo no podía. Era importante detenerse. Le debía una oportunidad de ser feliz porque la amaba tanto que seguir a su lado sería condenarla y quizás condenar su futuro.

Reunió valor para deshacerse de su abrazo, de sus besos, de sus caricias. Se obligó a dar un paso atrás a pesar del desgarró de su alma. Ella le miraba sin dejar de jadear, con los ojos húmedos y una expresión de desespero demasiado dolida para encararla con dignidad.

—No puede ser Steff, esto es una locura y lo sabes. —Casi no le salía la voz al enfrentarse a sus palabras—. Es mejor pasar este año separados. Cuando cumplas dieciocho volveré a por ti.

—¿Piensas que voy a esperarte? —La voz de Steff se llenó de dolor, pero le dedicó una mirada beligerante mientras recogía su camiseta del suelo—. ¡No vuelvas a acercarte a mí! A partir de este momento no quiero volver a ver tu cara cerca de la mía.

La chica se vistió aguantando las lágrimas con entereza.

—En un año lo prohibido se volverá posible. —Las palabras parecían un lamento en su boca—. Si entonces sentimos lo mismo lo intentaremos.

Su corazón se partió en dos al descubrir su expresión destrozada.

—¡Lárgate de una vez! —Negó con la cabeza con mucha rabia mientras acababa de vestirse—. ¿Te crees que no sé leer entre líneas? ¡No soy una imbécil! Llevo demasiados años viviendo por mi cuenta como para no ver cómo te duele dejarme. Tú me quieres Swan. Pero bueno, si prefieres no admitirlo y alejarte no pienses ni por un momento que al regresar estaré esperándote como una gilipollas. Si te vas será para siempre.

—¡No tienes ni puta idea de qué siento! —La agarró por los hombros apretándola fuerte—. ¡Eres una cría incapaz de entender que solo lo hago por ti!

Ella profirió una carcajada airada que se introdujo por sus pabellones auditivos como si fuera la punta de un látigo.

—Te las das de adulto responsable y solo eres un niño muerto de miedo. —Intentó soltarse para irse—. ¡Algún día te darás la vuelta y te odiarás por perder una oportunidad de ser feliz! ¡Y será tarde porque no volveré a besarte en mi puta vida!

—Si fuera un cabrón me daría igual lo que pase contigo y con tu hermana. —Crispó los dedos en su hombro—. Pero me importas demasiado para quedarme porque te mereces vivir en Fort Lucas, tener una posibilidad de ser feliz en casa de mi padre y permitir que Kris vaya a la universidad. Si siguiéramos adelante con lo nuestro nunca me perdonaría joderte la vida. Y algún día tú también me odiarías por haberme quedado.

—¿Me quieres? —La humedad de sus ojos se amortiguaba con la expresión desafiante de su cara—. Porque a mí no me cuesta decirlo Swan. Me he enamorado de ti y quiero intentarlo.

—Sería más fácil si no te quisiera, pero da igual lo que sienta porque debo irme por ti, porque te quiero, porque valoro más tu futuro que mis

sentimientos. —Casi se le quiebra la voz—. A eso se le llama ser adulto.

—¡Capullo! —Sus puños cerrados impactaron contra el pecho de Swan con fiereza—. Si me quieres quédate conmigo, encontraremos una manera de estar juntos.

—Voy a coger ese avión Steff —Sus manos rebajaron la presión con lentitud hasta soltarla—. Algún día me lo agradecerás.

Ella dio dos pasos hacia atrás, se giró y alcanzó el pomo de la puerta.

—No voy a perdonártelo nunca. —Encaró su mirada un segundo—. Llegará el día en el que te arrepentirás de esto, te lo aseguro.

Cuando la vio desaparecer por la puerta sintió una rotura interna, como si un terremoto acabara de agrietar su cuerpo. Respiraba con dificultad y le costó un rato reaccionar. Se quedó sentado sobre una caja con la cabeza hundida entre sus manos.

Al salir de nuevo al Maggi's se encontró con el resto de amigos de Steff comiendo tarta sin ella. Kris estaba sentada con Luke en una posición acaramelada. Le dolió que ellos acabaran de arreglar lo suyo y él no pudiera respirar sin ahogarse al pensar en Steff.

Kristie se levantó al verle para caminar hacia ella.

—Se ha ido —anunció con dureza en la mirada—. Espero que no te arrepientas de dejarla escapar. Te has portado como un capullo con ella. Merecía que se lo hubieras contado con tiempo.

—No podía explicárselo antes porque entonces no me hubiera marchado. —Inspiró con fuerza—. La mejor manera de seguir con nuestras vidas era haciéndole daño.

—¿Por qué los tíos os creéis con la capacidad de decidir siempre por nosotras? —Negó con la cabeza—. Dennis también me dejó sin ninguna explicación para que yo continuara con mi vida. ¿Y sabes una cosa? No es justo, tenía derecho a decidir. Igual que Steff ahora.

—Debo irme, es lo mejor para los dos. Si siguiera con ella solo tendríamos problemas por la diferencia de edad, porque ella es menor y porque es la hija de acogida de mi padre. Vais a tener una casa de verdad por primera vez en muchos años, puedes plantearte ir a la universidad e incluso otra forma de vida. Lo hago por las dos.

—A veces hacer lo mejor no es lo más inteligente. Si no luchas por lo que quieres te conviertes en un muerto en vida.

—Volveré cuando cumpla los dieciocho —aseguró con contundencia—. Si entonces nos seguimos queriendo lucharé por estar a su lado.

—Puede que ya sea tarde.

—¿Preferirías sufrir las consecuencias de que me quedara? ¿Dejar la casa de mi padre y la posibilidad de estudiar en la universidad? Porque eso es lo que pasaría si me quedara. Y al final Steff y yo acabaríamos mirándonos con rencor porque habríamos renunciado a nuestros sueños por seguir juntos.

Kris bajó la mirada al suelo.

—Tienes razón. Solo espero que no os destruya.

Salió del bar con rapidez para cometer el mismo error que llevaba perpetrando desde la muerte de Tess, uno que ahora le podría costar su felicidad. Necesitaba olvidar su dolor y era el único camino que conocía.

La escena del almacén se repite en su mente cada noche desde hace casi un año, acompañada por sus momentos con Steff, sus conversaciones, el sabor de cada uno de sus besos, su olor, su voz, su tacto cálido.

No ha ido a casa en todo este tiempo para no verla y asumir la situación. Si la tuviera delante no sería capaz de dominarse.

Su padre ha volado varias veces a California para pasar un par de días con él. Zack, su cuñado y amigo desde la universidad, ha cooperado con su proyecto pilotando una máquina con prestaciones increíbles. Es el mejor piloto de la élite de la Fuerza Aérea, entrenada en Fort Lucas. Y su hermana Julia le ha acompañado en algunas ocasiones, cuando no estaba liada con la banda que la ha catapultado al éxito en su carrera musical.

No ha pisado Fort Lucas en un largo y doloroso año. Solo ha volado a San Antonio en secreto para espiarla y descubrir si se veía con otro, si seguía existiendo la posibilidad de recuperarla algún día, si sufría tanto como él. Porque sus últimas palabras siguen produciéndole descargas de ansiedad.

Cuanto más tiempo pasa más siente la pérdida y poco a poco Steff se ha convertido en una obsesión. Piensa en ella al levantarse, al acostarse, al despertarse en mitad de la noche, las horas del día... Piensa en llevársela lejos para escapar a los obstáculos, en cargarse a cualquiera que se ponga por delante, en tocar otra vez su piel y besar sus labios.

Por eso se ha pasado este año asumiendo su pasado con Tess, preparándose para ser mejor persona, para vencer la rabia y la desazón, para resurgir de sus cenizas, contando los días para volver a por Steff. Poco a poco ha ido dejando atrás la culpa, la angustia, el desgarramiento de su alma al perder a su prometida a manos de un loco maquiavélico que resultó ser sangre de su sangre. Y ahora su dolor es solo por la falta de Steff, por la distancia, por el

miedo a no recuperarla.

Regresa a la cama con el regusto amargo del alcohol en la boca. Todavía le quedan unas horas para el ocaso y debería descansar un poco. El lunes termina su trabajo en el centro Dryden y será el momento de volver a casa para descubrir si ella todavía le sigue queriendo. Por eso los últimos días se han intensificado las pesadillas.

La mañana le sorprende estirado boca arriba sobre la cama con la sábana cubriéndole una pierna y parte del torso. Abre los ojos y se levanta con rapidez para darse una ducha. Ha quedado con un par de compañeros para pasar la mañana de sábado en el gimnasio de la base y llega tarde.

Un desayuno rápido precede a su salida al exterior.

El clima árido del desierto augura un día soleado y caluroso. Los rayos solares impactan contra sus ojos claros con demasiada dureza, siguen enrojecidos por la falta de sueño. Se cala las gafas de sol para protegerlos y camina hasta su coche aparcado en el garaje exterior de la casa. Es más grande que la pareada de Fort Lucas.

Sus compañeros le esperan en la sala de máquinas. Llevan trabajando juntos un año y machacarse a la vez es una perfecta manera de pasar el último sábado de Swan en la base Aérea Edwards.

Mientras sigue una serie de entrenamiento diseñada para mantener su cuerpo musculado le da vueltas a las pesadillas de esta noche. Eran más aterradoras que las anteriores.

Nunca pensó que sería capaz de enamorarse de una chiquilla. Cuando Zack cayó rendido a los pies de su hermana, once años menor, le pareció algo fuera de lo común. Él entonces salía con Tess, la quería muchísimo y deseaba casarse con ella cuanto antes.

Por mucho que intente equiparar sus sentimientos por Tess a los que le asaltan al estar junto a Steff le es imposible. Su prometida no le hacía hiperventilar cuando aparecía en su radio de visión ni le provocaba esa sucesión de estremecimientos. La amaba, pero de una forma más suave, sin tanta alteración de sus hormonas.

—¡Eh Nelson! —Sale de la ducha del vestuario y se encuentra con el Sargento Mason—. Me han dicho que esta noche vais unos cuantos a Los Ángeles al concierto de *The Band*. ¿Cabe alguien más en el coche? He

conseguido una entrada de reventa.

—Pregúntaselo a Mick. Yo me voy después de comer y no puedo llevar a nadie. Voy a pasar la noche con los miembros de la banda y estaré en el *backstage*.

—¡Okey tío! —Se viste con unos vaqueros—. Tienes un pariente en el grupo, ¿cierto?

—La cantante es mi hermana.

—¡Esa tía está cañón! —Silva para enfatizar sus palabras—. Tío, has de presentármela al final del concierto. ¡Ligármela sería la bomba!

—No creo que a su marido le hiciera demasiada gracia.

La cara de asombro del soldado es la habitual cuando la gente se entera de que Julia está casada. Tiene cara de niña, un cuerpo de infarto y solo diecinueve años.

—¿Casada? ¿En serio? —Levanta mucho las cejas—. ¿Tiene un crío?

—Lo suyo fue una boda por amor —bromea con su tono—. ¿Recuerdas al Mayor Stevenson? —Mason asiente—. Es mi cuñado.

—¡Cualquiera se acerca a tu hermana! —Silva con una expresión contrariada—. Ese tío es una fiera en el aire y en el ring.

—Te aseguro que mi hermana se basta solita. —Suelta una carcajada—. Julia los tiene bien puestos. Pero Zack es un tío muy celoso, si le tocas los huevos con ella salta a la yugular.

—Entendido tío. Me voy a mantener a un metro de distancia de tu hermana.

Come con los colegas en la cantina de la base antes de emprender el viaje hasta Los Ángeles. Es la primera vez que va a ver al grupo de Julia en directo desde que saltaron a la fama durante la gira del año anterior. Tienen tres álbumes en el mercado, dos discos platino y una trayectoria estelar que consigue llenar estadios. Este verano han programado una gira por Estados Unidos y ahora tienen algunos conciertos sueltos para calentar motores.

Se alegra mucho por ella, ha luchado un montón para llegar tan alto y se merece triunfar.

No le ha dicho nada de su visita de esta tarde. Solo su padre conoce sus intenciones. Pasar unas horas con Julia le parece una manera perfecta de enterarse de cosas sobre Steff para estar preparado el lunes. Si llega a la cena familiar y la encuentra con otro tío no responde de su reacción. Además, Zack ha de quedarse con él en Edwards el domingo para la demostración del lunes y así no tendrá que ir a recogerle.

Ha entablado amistad con un grupo de oficiales y con Mark, su compañero en Dryden, un ingeniero cojonudo que tiene ganas de entrar en Fort Lucas para trabajar para los mejores. Su padre tiene fama por ser un General recto, duro y capaz de dirigir una de las mejores bases de la Fuerza Aérea.

Deja las cosas en su casa, se prepara un petate con cuatro piezas de ropa y observa un segundo su hogar de los últimos meses antes de salir a la calle. La casa es grande, decorada con muebles funcionales y sin objetos personales. Dejó lo importante en casa de su padre para no llevarse recuerdos con él. Era mejor empezar de cero sin lastres.

En Edwards ha llevado una vida bastante rutinaria. Muchas horas de trabajo en Dryden, salidas nocturnas con los compañeros, algún altercado en el bar y entrenamiento en el gimnasio de manera bastante regular.

Al salir de casa la tarde es calurosa, como casi todas en el desierto. Mira un segundo al cielo calándose las gafas de sol, suspira y lanza el petate a la parte de atrás del coche que le han prestado para este año. Es un Chevrolet Colorado AH2 con pintura de camuflaje. Es un buen vehículo, pero echa de menos conducir su Hummer y vivir en Fort Lucas.

Sale de la base tarareando una de las canciones que pinchan en la radio y conduce los ciento cuarenta kilómetros de distancia con la música a todo volumen.

Espera darle una sorpresa a su hermana. Su padre se ha ocupado de hablar con la discográfica para que tenga una habitación en el mismo hotel de los músicos sin explicárselo a nadie.

2

El viaje en avión me ha parecido un sueño. Es la primera vez que salgo de Texas y vuelo en un aparato grande. Los cazas de Fort Lucas los domino mejor de lo que esperaba. Las lecciones de Zack son increíbles para ayudarme a mejorar la técnica y apuntarme al programa de pilotaje para civiles de la base hace un año fue la mejor decisión de mi vida. Pronto me alistaré para entrar a formar parte de los cadetes y lucharé para convertirme en aspirante a la élite de la Fuerza Aérea. Por suerte Rob me ha conseguido un puesto en la base.

Volar en un Jet privado pilotado por Zack me ha encantado. Penny era la copiloto y me ha cedido el puesto en un par de ocasiones. Es increíble cómo la vida te muestra caminos inexplorados con un simple giro de los acontecimientos. Si mi hermana no llega a ser víctima de un apuñalamiento nunca hubiéramos acabado en casa de Rob, el General de Fort Lucas, y no hubiera descubierto mi pasión por volar.

Ni habría conocido a Swan...

Soplo para espantarlo de mis pensamientos, dejo el vestido para esta noche sobre la silla del escritorio y le doy otro vistazo a la habitación del hotel. Es enorme, con una cama de matrimonio solo para mí, de decoración moderna y unas vistas inmejorables a la ciudad.

Abro los brazos y doy un par de vueltas sobre mí misma con una sonrisa feliz. ¡Me encanta este viaje! Swan no va a estropeármelo. Se fue, me dejó y no ha vuelto. Fin de la machacona obsesión por recordarlo a cada segundo.

—¿Steff? —La voz de mi hermana acompaña unos enérgicos golpes en la puerta y me trae de vuelta a la realidad, ayudándome a disipar el dolor de evocar a Swan—. ¿Me abres?

—Estaba deshaciendo la maleta. —La dejo pasar dando saltitos de alegría—. ¡Bua! ¡Este hotel es una pasada! ¡Ni en mis mejores sueños lo hubiera imaginado!

Kris da cuatro zancadas rápidas hasta la cama y se sienta repiqueteando con las manos sobre las piernas. Su relación con Luke se estabilizó hace un año, pero él le ha sido infiel en un par de ocasiones que sepamos y tienen bastantes discusiones por ese miedo al compromiso de Luke que socaba cada intento de mi hermana por construir un futuro juntos.

Creo que todavía no ha superado del todo lo de Dennis y por eso se castiga quedándose al lado de su novio, como si le aterrara dejarlo para encontrarse sola de nuevo, desamparada, sin una protección contra sus impulsos de perdonar a Den.

—Son famosos, llenan estadios y venden un montón de discos —explica Kris soltando un suspiro ahogado—. ¡Hasta volamos Jet privado! El hotel ha de estar a la altura.

—¿Qué te pasa? —Me siento a su lado y la abrazo. La conozco demasiado para no descubrir su estado ansioso—. Llevas una semana muy rara.

—Creo que Luke me ha comprado un anillo. —Cierra los ojos, espira y gira la cara hasta mirarme con aprensión—. Llevamos un año juntos, le quiero muchísimo, pero cuando estamos genial se tira a otra. Entonces vienen las discusiones, los malos rollos y la reconciliación. No dejo de preguntarme si una vez casados seguirá igual.

—Lleva tres meses sin joderla. —Le doy un beso en la mejilla y la estrujo entre mis brazos—. Pero ya conoces a Luke...

Suspira y cierra los ojos un segundo. Al abrirlos curva los labios en una sonrisa y se mira el anular de la mano izquierda.

—Podría pedírmelo esta noche. —Levanta la mano mostrándome el lugar donde estaría la sortija—. En un mes termina el pre-grado en medicina y la carrera musical le va genial. Lo nuestro no ha sido un camino de rosas, pero ahora estamos en un momento muy dulce y quiero ir a por todas.

—Me alegro por ti. —Asiento con una sonrisa—. Pero ya sabes lo que opino de lo tuyo con Luke. Ese tío no te merece. Y tú no dejas de darle vueltas a lo de Dennis.

Tuerce los labios, enfadada.

—¿Lo dejamos? —Espira con suavidad por la nariz—. Dennis salió de mi vida porque la jodió y yo decidí estar con Luke.

—Si es lo que quieres... —Emito un ruidito con la boca—. Nunca le habías perdonado tantas gilipolleces a un tío.

—¿Lo tienes todo listo para mañana? —Arquea los labios en una sonrisa tensa cambiando de tema con brusquedad para no seguir ahondando en las heridas—. Será un día cojonudo.

—¡Vuestro regalo de cumple es una pasada! —Me pongo de rodillas sobre la cama y doy cuatro saltitos de alegría olvidando nuestra habitual conversación que nunca llega a nada—. ¡Me vais a llevar a Hollywood!

¿Recuerdas cómo lo deseábamos de niñas?

—Llevamos años fantaseando con esa visita. —Me guiña un ojo—. ¡Y espérate al martes! Tenemos preparada una sorpresa muy especial para el final de la fiesta.

Observa mi cambio de expresión y se calla.

Se me acelera el corazón al pensar en el día de mi cumpleaños. Swan vendrá a la celebración a pesar de mis intentos por evitarlo. Suelto una espiración larga y profunda. Se empeña en aparecer en mis sueños cada noche y en todos y cada uno de mis pensamientos conscientes. Y los recuerdos son como puños que me estrujan el corazón.

—Está a menos de ciento cuarenta kilómetros —susurro arrugando la cara—. Es lo más cerca que he estado de él en un año.

—¿Has pensado qué le vas a decir cuando le veas? —Siento su abrazo reconfortante.

—Nada. —Me aparto de ella y cruzo los brazos bajo los pechos—. Se fue y no ha vuelto en doce meses. —Contraigo los músculos faciales en un rictus airado—. No pienso dejar que vuelva a entrar en mi corazón.

—Ya está ahí dentro. —Con el índice señala mi pecho—. Deberías hablar con él cuando le veas y sentar las bases para una convivencia civilizada. No deja de ser el hijo de Rob y nuestro hermano de acogida.

Levanto la mirada hinchando la nariz.

—¡Me la suda quien es! No voy a volver a hablarle en mi puta vida y mucho menos a besarle —afirmo apretando los puños—. En un mes y medio me largo a la instrucción durante siete semanas para entrar en el programa de Fort Lucas en septiembre. Entonces dormiré en mi barracón del edificio común y ya no estaré bajo el mismo techo que Rob.

—Pero yo quizás sí —insiste—. Nos ha acogido en su casa durante mucho tiempo, ha hecho posible que vaya a la universidad y ahora es parte de nuestra familia, como Swan, Maggi, Julia y Zack. Has de encontrar la manera de estar en la misma habitación que Swan sin llenarla de tensión.

—Déjalo ya Kris. No quiero pensar en él hasta el lunes.

—Sigues loca por él.

Estoy cansada de esta conversación. Los argumentos de Kris siempre son los mismos y no me apetece escucharlos otra vez porque el recuerdo de Swan es una losa en mi corazón y todavía me llena el cuerpo de estremecimientos.

Me duele aceptar mi incapacidad para olvidarle, esos sentimientos absurdos que siguen pegados a mi corazón a pesar del tiempo y la separación.

Lo nuestro fue breve, intenso, temperamental, lleno de pasión y momentos explosivos. Y se quedó asido en mi alma hasta ocuparla casi por completo.

—¡Es como uno de tus putos tatuajes! —Inspiro con fiereza—. ¡Como si se hubiera quedado para siempre en mí! Pero me destrozó una vez y no voy a bajar las defensas con él.

—Cumples dieciocho en tres días, vas a irte de casa de su padre y ya no hay ninguna traba a lo vuestro. ¿Y si intenta recuperarte?

Me toco el labio al evocar nuestros últimos besos en el almacén del Maggi's, sus manos sobre mi piel, la ardiente sensación de tocar su torso, cómo mi cuerpo desató una fogata.

Soy incapaz de negarme cuánto le amo todavía.

Entre nosotros todo tenía una cota elevada de pasión, era como si no pudiéramos estar cerca sin convertirnos en unos adictos al tacto del otro, como si los besos que acabábamos dándonos en un arrebató de nuestras constantes discusiones fueran el producto de esa tensión que crecía día a día entre nosotros.

Una tensión cargada con iones de necesidad, anhelo, avidez.

Me rompo otra vez.

Recordarle me produce un dolor tan profundo que me cuesta respirar durante unos minutos.

Miro a Kristie con ganas de dar por zanjado el asunto, si seguimos ahondando en él acabaré llorando otra vez, sintiendo cómo cada una de las grietas de mi corazón se desgarran un poquito más y echándole de menos de forma dolorosa.

—¡Luke te lo va a pedir! —Levanto las cejas colocándome las manos en el pecho y me muerdo el labio con fingida emoción para no aceptar los sentimientos disparados en mi interior—. ¡Será el mejor fin de semana de nuestras vidas!

—No cambies de tema... —Me coloca un mechón tras la oreja—. ¿Vas a comportarte cuándo vuelva Swan? Necesito saber que la cena de bienvenida o la fiesta o cualquier celebración familiar a partir de ahora no se convertirá en un ring entre los dos.

—Voy a ser una niña buena. —Le pongo morritos deshaciéndome de los últimos vestigios de su recuerdo—. Prometo no hablarle a Swan e ignorarlo durante el resto de mi vida sin poner a los demás en ningún aprieto. Seré un témpano de hielo con él y la de siempre con el resto.

—Steff... —Levanta las cejas.

—No tengo ganas de darle más vueltas. Yo quería un amor secreto, prohibido, conseguir que un tío me hiciera estremecerme y me acelerara el pulso con su presencia. Deseaba cosquillas en el estómago cuando lo viera, temblar si me rozaba y vivir la historia más bonita del mundo. Y encontré al tío de mis sueños, mi gran amor. Pasé dos meses de infarto a su lado, cada beso era como mil de otro tío y me daban igual sus idas y venidas porque sabía que tarde o temprano iba a volver a mí. —Recupero el resuello con una honda inspiración—. Pero me dejó llevándose mi idea romántica del amor.

—¿Por eso llevas un año sin salir con nadie? —Se levanta para servirse un vaso de agua del minibar—. Se llevó mucho más que tu idea romántica del amor, se cargó esa manera feliz con la que te entregabas a las relaciones para encontrar a tu príncipe azul. Desde que Swan se fue parece otra persona. Antes positivabas cualquier situación y ahora solo siento tu dolor.

Tiene razón. Es como si la huida de Swan hubiera arrasado con esa joven idealista con ansias de encontrar un amor digno de novela romántica. Nunca quise ser la niña buena del cuento, prefería arriesgarme a querer a quien me robara el corazón, fuera quien fuera.

—¿Recuerdas cómo te quedaste cuando Dennis te dejó? —Levanto la mirada hasta sus ojos—. Tardaste mucho en sonreír de nuevo. Y luego encontraste a Luke y tu vida dio un giro. Solo necesito un tío que me haga vibrar para olvidarme de Swan de una vez. Pero de momento no he encontrado a ninguno a la altura.

—No puedes comparar lo mío con Dennis con lo tuyo con Swan. —Vuelve a sentarse a mi lado en la cama—. Dennis fue mi amor desde los ocho hasta los dieciséis años. Cuando nos mandaron al orfanato se convirtió en nuestra única familia y me dejó al entrar en la cárcel sin darme ninguna explicación. Con Swan solo estuviste tonteando dos meses.

—El tiempo no es un factor importante en el amor. —Suspiro—. Si lo sientes de verdad te destroza con la misma fuerza cuando se termina.

Asiente dándome la razón y compone una expresión angustiada, como cada vez que hablamos de Dennis. Salió de la cárcel el año pasado tras sellar un pacto con el FBI y ella le rechazó para quedarse con Luke. Desde entonces apenas se han visto, pero estoy convencida de que sigue sintiendo algo muy fuerte por él.

—Cuéntame algo nuevo de Den —solicita con un tono suave—. Le echo mucho de menos.

—Ya lo sabes todo... Trabaja en el taller de San Antonio, tiene un piso

alquilado, sale con la misma tía desde hace un par de meses y se ha comprado una moto. Deberías llamarle al regresar a casa, le hará ilusión.

—No quiero hacerle daño. Le dije que no podía perdonarle, le eché de mi lado, me quedé con Luke... Lo nuestro pasó y no puedo verle sin recordar lo que perdimos. Duele demasiado.

—Llámale Kris. Ha pasado un año, ya va siendo hora de recuperarle como amigo.

—No puedo ser su amiga, Steff. Él siempre será mucho más para mí.

Unos golpes en la puerta anuncian la llegada de Bryan. En este último año nos hemos hecho muy amigos y me encanta contar con una persona como él en mi vida. Hace cuatro meses empezó a salir con Alison, una de sus antiguas compañeras de trabajo en un garito donde participa en rodeos con bastante asiduidad, y les va muy bien.

—¿Qué haces todavía sin arreglar? —Me repasa con los brazos en jarras—. Nos esperan abajo para salir a cenar.

—¡Voy! —Le doy la mano a Kris para ayudarla a levantarse de la cama—. Estábamos criticando un poco a la peña. —Bromeo guiñándole el ojo—. No te has librado de mi lengua viperina.

—¡Serás mala! —Suelta una carcajada.

—¿Ha vuelto Luke? —Mi hermana mira la pantalla de su móvil—. Se ha ido al estadio al llegar para comprobar algunos detalles de última hora. Ya sabes lo puntilloso que es antes de los conciertos.

—Ni idea. —Bryan me abraza por la cintura para darme un beso en la mejilla—. Julia ha mandado un mensaje al chat de grupo hace cinco minutos para quedar en el hall y me he imaginado que no lo habríais leído. Tenemos reserva en un restaurante cojonudo antes de las pruebas de sonido y el último ensayo. Ray y Alison están como siempre montando el equipo con los técnicos. Quizás Luke está con ellos.

—Puede... —Kris comprueba la ausencia de mensajes de Luke en su móvil mientras me voy un segundo al baño a cambiarme de ropa—. Es posible que vaya directo al restaurante.

Me evado de su conversación mientras me coloco el minivestido ajustado de lycra azul eléctrico con un escote cuadrado que me favorece muchísimo. Un poco de carmín rojo en los labios, rímel en las pestañas, colorete para darle un toque de color a mis mejillas, dos chorritos de perfume y me calzo las botas camperas de caña baja antes de salir a la habitación.

Bryan y mi hermana están sentados en la cama charlando un poco de los

planes para el fin de semana.

—¡Pareces vestida para matar! —Bryan suelta un silbido—. ¡Los tíos se te van a tirar encima! Suerte que viajas con un enjambre de cachas para proteger tu virtud.

Sonrío, me acerco al armario, cojo la cazadora vaquera, me la cuelgo del hombro con la mano y doy una vuelta sobre mí misma riendo a carcajadas.

—Un año de Judo e instrucción en Fort Lucas dan para mucho. —Me paro frente a él con una sonrisa traviesa—. Si un tío se acerca demasiado le suelto un derechazo en la mandíbula y se acabó el problema.

—Mientras no uses esas ideas con Swan... —Kris se levanta de un salto—. El lunes manos quietas, ¿okey?

—¿Está muy rayada? —pregunta Bryan divertido—. ¡Me ha taladrado un huevo esta semana con la vuelta de Swan! Te juro que si la cena de bienvenida no fuera en casa del General me colaba para ver en directo el reencuentro. Puede ser explosivo.

—Si quieres hablo con Rob y vienes de acompañante de Steff. —Kris le guiña un ojo para seguir la guasa—. Aunque no te garantizo nada. Si te arriesgas a algo así puedes acabar con un ojo morado.

Siempre me han gustado estas bromas, soy la primera en relativizarlo todo de esta manera, pero llevo semanas bastante atacada por la situación y me molesta escucharlos hablar así.

—¿Os habéis planteado la posibilidad de que Swan se haya olvidado de mí? —Bajo un poco la cabeza hacia un lado con una expresión afectada—. Sería perfecto, así no nos jodería la dichosa celebración. ¡Mira que venir un día antes de mi cumpleaños! ¡Ya podría quedarse en la base Edwards un par de semanas más!

Los dos captan enseguida unas notas de dolor en mi discurso. Se acercan, me abrazan cada uno por un lado y caminamos juntos hacia la puerta.

—¡Nos vamos a quemar la ciudad! —Kris se cuelga mi diminuto bolso junto al suyo antes de salir de la habitación—. A partir de este momento Swan pasa a ser el innombrable, un tema tabú entre nosotros.

—¡Guay! —Aplaudo la iniciativa—. Estoy convencida de que algún día aparecerá mi chico ideal y dejaré atrás a Swan para siempre.

Nos paramos frente a la puerta del ascensor.

—Te aseguro que esas cosas funcionan. —Bryan suelta un suspiro—. A veces no hace falta irse lejos para encontrar a tu media naranja. ¡Mírame a mí con Alison! La conozco desde hace años, pero como me enamoré como un

tonto de Ju no la veía...

—Y de repente, ¡zas! —Le corto con una carcajada entrando dentro del ascensor—. Bry, me conozco la historia al dedillo, estaba ahí la tarde que salió con el grupo por primera vez y os liasteis. Ella acababa de romper con un capullo y decidiste invitarla a un bailoteo en el Maggi's. ¡Es un clásico! ¡Así te ligas a cualquiera!

Me coloco de espaldas a la puerta para sonreírle con una mueca burlona.

—Alison es una tía cojonuda. —Sus ojos muestran un mundo de sentimientos—. Con ella he olvidado a Julia y soy muy feliz.

—Eso significa que todavía hay esperanza para mí.

Descubro la palidez de su rostro cuando escucho cómo las puertas del ascensor se abren a mi espalda. Kris está inquieta. Sus ojos se agrandan al son de un par de respiraciones estresadas.

Me giro despacio, con un presentimiento angustioso, y le veo junto a Julia, Zack, Penny, Ethan, Wyatt y Austin, a poco más de un metro de distancia.

Mi corazón recibe una descarga brutal al descubrir su cuerpo enfundado en unos vaqueros bajos de tiro y una camiseta caqui muy ceñida que le marca unos músculos perfectos. Sus ojos se quedan conectados a los míos desde el primer instante, con una mezcla de emoción y miedo. Es como si nunca nos hubiéramos separado porque mi cuerpo reacciona con la misma aceleración de siempre, con el mismo deseo, con la misma necesidad de acortar la distancia que nos separa para lanzarme a sus brazos sin pensar en las consecuencias.

La mano de Bryan tira de mi brazo para obligarme a salir del ascensor. Hiperventilo al caminar hacia el grupo con pasos cortos y rápidos, sin contener mis latidos acelerados.

Me repasa desde las botas hasta los labios, deteniéndose un rato en mi escote. Parece igual de alterado que yo.

—¡Joder! —murmullo incapaz de reaccionar—. ¿Qué coño hace él aquí?

—No te vengas abajo ahora —me susurra Bryan al oído—. Sé fuerte y enfréntate a la situación.

Tiene razón, llevo meses preparándome para este encuentro y no voy a consentirle destrozarme otra vez a pesar del temblor de mis piernas, de la ansiedad de mi corazón deseoso de lanzarse a sus brazos, de la creciente necesidad de abrazarle para no dejarle volver a escaparse de mi lado.

Inspiro una bocanada de aire para llenar mis pulmones, la suelto con determinación por la nariz y cruzo los brazos bajo los pechos levantando el mentón al llegar frente a él y nuestros amigos.

—Steff. —Mi nombre es apenas un susurro en sus labios—. Estás guapísima.

Giro la cara ignorando de manera deliberada su intención de darme un beso en la mejilla y saludo al resto. Me cuesta un mundo hacerlo, pero no voy a dejarle entrar en mi vida de nuevo, no le permitiré volver a tenerme sin más.

Hay un instante de silencio cuando Swan da un paso adelante para colocarse a mi lado. La tensión se podría cortar con un cuchillo. Solo Julia y Zack conocen lo sucedido hace un año, aparte de Bryan y Kris, pero la corriente gélida que acabo de levantar se percibe sin necesidad de explicaciones.

—No esperaba encontrarte aquí. —Me agarra con suavidad del brazo para hablarme bajito y me estremezco con una taquicardia del quince al sentir el roce de sus dedos—. Ha sido una sorpresa increíble.

—Pues para mí es muy desagradable. —Compongo una mueca airada y me separo de él sin contener el temblor de mi cuerpo ni la descarga de deseo entre mis piernas.

—He pensado mucho en lo nuestro este último año. No he dejado de recordar cada instante con deseos de recuperarlo. ¿Tú también pensabas en mí?

Me cuesta un montón tragarme mis ansias de devorarlo para aguantarle la mirada con entereza cuando mi único anhelo es llevármelo a algún lugar apartado donde sus manos me recorran el cuerpo y sus labios devoren los míos. Pero no le doy esa satisfacción. Le repaso de arriba abajo en un gesto un poco soez y compongo una sonrisa taimada.

—Ni un minuto.

—¿Podríamos buscar un momento para hablar con tranquilidad? —Acerca la mano a mi mejilla para acariciarla con delicadeza—. Deberíamos ser capaces de aclarar las cosas. Te he echado muchísimo de menos. Me gustaría intentarlo de verdad, Steff. Sigo tan loco por ti como el primer día. Dame una oportunidad para reconstruir nuestra relación.

—¿Lo dices en serio? —La voz me tiembla mientras intento componer la mueca más serena posible—. ¿Te crees que puedes desaparecer de mi vida y recuperarme así de fácil un año después? ¿Qué voy a olvidarme de cuánto me hiciste sufrir con cuatro palabras tiernas? —Niego con fiereza—. ¡Lo llevas claro!

—A veces hay que tomar decisiones difíciles. Forma parte de convertirse en adulto. —Su mano pasea por mi espalda con disimulo—. No ha habido ni

un solo día en el que no luchara en contra de mis deseos de subirme a un avión para recuperarte.

—¡Pues llegas tarde!

Doy un paso para apartarme de él. Las piernas parecen decididas a no aguantarme, flaquean cuando las insto a dar un paso. Pero no voy a caer como una tonta otra vez, no quiero amarle ni sentirme así al verle ni regresar a ese punto donde me abandonaba cada vez que probaba mis labios.

Si no es por Bryan creo que hubiera acabado cayéndome de bruces, pero mi amigo me ofrece su brazo para apoyarme en él mientras me alejo al máximo de Swan.

No me pasa desapercibida la mirada asesina que le dirige a Bryan al percatarse de nuestra complicidad. Es como si quisiera taladrarlo con esos ojos acerados que me llenan de necesidad. Sus labios son como un fruto prohibido, me parecen deliciosos y daría cualquier cosa por probarlos...

La llegada de un grupo de fans consigue romper un poco la tensión. Se abalanzan sobre Julia y Ethan para pedirles selfis, autógrafos y fotos. Luke aparece en ese instante y se une al grupo abrazando a Kris. La marea de personas deseosas de conseguir una instantánea con sus ídolos para colgarla en unos segundos en las redes sociales aumenta por momentos.

Zack se hace cargo de la situación con la ayuda de unos seguratas.

—Esta noche os esperamos en el concierto. —Abraza a Julia por la cintura para llevársela—. Ahora necesitan una buena cena y prepararse para dar lo mejor de ellos.

—Gracias por vuestro apoyo. —Ethan camina hacia la puerta de salida seguido de Luke y todos nosotros—. Os queremos.

Un par de guardias de seguridad del hotel se hacen cargo de los fans y en el exterior nos espera una limusina custodiada por los guardaespaldas de la discográfica.

3

Esperaba una reacción adversa de Steff al verse de nuevo, un arranque de genio, una escena subida de tono, incluso algún tipo de agresión física, pero esa manera de ignorarlo le desgarró por dentro.

La observa sin esconderse desde su asiento en la limusina para conseguir contacto visual y descubrir en sus ojos si todavía quedan esperanzas, sin embargo ella no cede y charla con Bryan con desparpajo, como si la complicidad entre ellos hubiera afianzado los lazos de amistad. No mueve la vista hacia él en ningún segundo y eso le desquicia. Aunque siente la tensión entre ellos, esa capaz de electrificar el aire que les separa.

Repiquetea con la pierna derecha en el suelo. Abre y cierra los puños sin control. Con un par de espiraciones intenta ralentizar la respiración agitada.

Le molesta ese parloteo absurdo, las miradas coquetas que Steff le dedica a Bryan, su lenguaje corporal. Y su cuerpo no le deja respirar en paz, lleva alterado desde que la ha visto, endurecido, preparado para mostrar cómo la desea y la siente, cómo necesita llevársela a algún lugar apartado donde pueda poseerla.

—Tranquilízate tío —le susurra Zack al oído—. Sabías que no sería fácil volver a su vida y acabas de aparecer sin avisar.

—¿Está con él? —Aprieta la mandíbula haciendo chirriar los dientes—. Me dijiste que no se había liado con nadie.

—Bryan tiene novia y no es Steff.

—No soporto que me ignore. Tío, ¡joder! ¡Es una puta mierda!

—Has desaparecido un año, ¿qué esperabas? ¿Pretendías que se lanzara a tus brazos nada más verte?

—Solo quiero recuperarla. —Aprieta los labios con ansiedad.

—Dale tiempo, tío. Siempre has sido demasiado impaciente y con las tías has de aprender a relajarte. —Le da una palmada en la espalda—. Entiendo por qué te largaste, querías protegerla y necesitabas superar lo de Tess, pero ella lo ha pasado mal. Necesita volver a confiar en ti.

—Un poco más y se cae al suelo cuando me ha visto al salir del ascensor. Su mirada no miente, Zack. Ella todavía me quiere.

—Steff tiene mucho carácter, demasiado a veces. —Sonríe asintiendo—.

Pero se ha pasado este año pensando en ti. Muchas veces le preguntaba a Ju cómo estabas o escuchaba a hurtadillas mientras hablábamos contigo. Ten paciencia.

Swan observa en silencio al resto de los ocupantes del sofá de piel blanca en forma de herradura que conforma el interior de la limusina. Entre ellos hay varias conversaciones a dúo y sus palabras apenas son audibles. Con inspiraciones lentas prueba de calmarse sin éxito.

—¿Ya has terminado el proyecto secreto con la NASA? —Julia le pone una mano en la pierna para detener el movimiento compulsivo—. Tengo muchísima curiosidad por conocerlo. Zack no suelta prenda y ya sabes cómo me mosquea eso.

—Mis labios están sellados —bromea Zack abrazándola y acercándola mucho a él—. He pilotado algunas veces el artefacto y es una pasada. ¡Tú hermano es un genio! El lunes haremos la última demostración ante los jefazos.

—Con unas instalaciones como las de Dryden y los ingenieros de la NASA es fácil sacar los proyectos adelante. —Sigue mirándola sin conseguir su atención y su cota de ansiedad está a punto de hacerle estallar la cabeza—. Ayer terminamos. Solo queda la presentación del lunes y vuelvo a casa.

—Papá cuenta los días. —Julia baja mucho la voz—. Y Steff también.

—No me habla —masculla Swan a punto de levantarse para obligarla a prestarle sus ojos—. Mírala, parece feliz, como si le resbalara que esté aquí. Si sigue así me la voy a llevar a rastras lejos de ese capullo.

—¡Deja de hablar como un pirado! —Su hermana le da una palmada fuerte en la pierna—. Pretender solucionar lo vuestro en cinco minutos no es demasiado maduro. Llevas un año desaparecido de su vida y se ha pasado meses esperándote. Dale un poco de espacio para asimilar tu vuelta.

—¡Lo sé! —Asiente con la cabeza—. Pero no deja de joderme verla tontear con otro.

Encontrársela por casualidad ha sido peor de lo que pensaba. Su cuerpo ha recibido una descarga eléctrica de alto voltaje, lleva diez minutos agitándose y aumentando la sensación de anhelo. Es una necesidad primaria, su única razón para respirar.

No puede dejar de desearla ni de pensar en apartarla de ese cabrón que la manosea demasiado. Necesita decirle cuánto la quiere y cuánto la ha echado de menos. Necesita recuperarla porque cada segundo está más convencido de que es la mujer de su vida y esta vez va a luchar con uñas y dientes para mantenerla para siempre con él.

—Vamos tío. —Zack compone una sonrisa—. Solo se trata de ir despacio. Está enfadada, pero no se ha liado con nadie en un año y ya has visto su reacción al verte. Vuelve a ganártela poco a poco.

El conductor detiene el vehículo frente a un edificio singular de color gris con paneles de madera oscura, un murete y muchas plantas rodeándolo. Es el famoso Providence, un restaurante con chef de renombre y un menú degustación a un precio astronómico.

Los guardaespaldas les abren la puerta y se ocupan de proteger a los miembros del grupo en su avance hacia el local. Swan se atrasa un poco para colocarse al lado de Steff.

—Quería hablar contigo el lunes, pero ya que estás aquí podríamos aprovechar la ocasión. —Le roza la mano acercándose mucho a su oído—. ¿Vas a darme una oportunidad?

Ella camina con paso firme sin girarse ni mostrar un ápice de reacción a sus gestos.

—Vamos princesa, deja de hacerte la dura conmigo. —El corazón de Swan parece a punto de destrozarle el pecho—. Si no sintieras nada por mí no te comportarías así. Háblame.

Un paso largo y poderoso la separa de él una vez alcanza la puerta de entrada. Se acerca a Bryan, le abraza por la cintura y empieza una divertida conversación criticando a cada una de las personas del restaurante. Solo la traiciona un tic nervioso en uno de sus párpados y la mirada alterada.

Les han guardado una mesa redonda en medio del local de decoración cálida, con paredes de piedra y poca luz. Steff se sienta entre su hermana y Bryan, lejos de él, con un poco de altivez, como si necesitara esos gestos arrogantes para no mostrar cómo le afecta el reencuentro.

Swan ocupa un sitio entre Julia y Penny, frente a ella.

La cena se le hace eterna. No puede comer, su estómago está agarrotado y siente el peso de la conversación arrastrarle hacia un lugar cavernoso.

—¿Cómo vas con el programa de Fort Lucas? —le pregunta a Penny para charlar de algo y sacarse de la cabeza las imágenes de Steff desnuda sobre la mesa besándole como si le fuera la vida en ello—. ¿Has decidido qué vas a estudiar?

—Derecho. Aunque no quiero dejar de volar y voy a luchar por entrar en el cuerpo de élite como Zack. —Le lanza una mirada de admiración—. ¡Ha vencido la mayoría de récords de la base!

—Tengo un marido increíble. —Julia se arrima a él para darle un beso en

la mejilla—. No lo cambiaría por nada del mundo,

—¡Pobre de ti! —Zack le rodea los hombros con el brazo derecho para apretarla contra su cuerpo—. Ahora que has conseguido triunfar quiero un pedacito del pastel.

—¡Serás malo! —Le golpea en el hombro, bromeando—. ¿Así que solo te intereso por la pasta?

—Por eso y por la juventud. No todos los tíos tienen una mujer once años menor...

—¡Te vas a enterar! —Julia se sienta en su regazo con un tono burlón—. Me conozco todos tus puntos débiles. —Le acerca las manos a la cintura y empieza a hacerle cosquillas—. ¡Te mueres por mis huesos! ¡Dilo!

Un flash les nubla seguido de cuatro más. En un par de las mesas cercanas les han reconocido y no han tardado ni cinco segundos en disparar sus móviles para captar un momento íntimo de una estrella de pop actual.

—¡Joder! —Zack deja a Julia en su silla y hace ademán de levantarse—. ¡Les voy a poner en su sitio!

—Déjales. —Su mujer le agarra del brazo para disuadirlo—. Ahora las fotos ya estarán etiquetadas en todas las redes sociales y no vale la pena dar el espectáculo. Además, no parece mal, así conocerán al macizo de mi marido y todas las tías del planeta se morirán de envidia.

—Es un coñazo. —Ethan le da la mano a Penny sobre la mesa—. Si llego a saber que esto sería así, me hubiera pensado lo de llegar tan alto.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —Su novia le da un beso en la mejilla y entrelaza el brazo con el suyo para apoyar la cara en su hombro—. Llevabais años soñando con algo así. Aunque el precio de la fama cueste de asumir.

—Suerte que vivo en una base militar. —Julia compone una sonrisa feliz—. En Fort Lucas no pasa ni Dios sin autorización.

—Otros no tenemos esa suerte —interviene Luke—. Mis padres me han largado de casa por el acoso de la prensa. Suerte que tengo un abuelo cojonudo y me compró una pequeña propiedad cerca de la suya. ¡Los paparazzi no me dejan en paz!

—Por eso te pillan cada vez que te lías con otra —murmura Kris con retintín.

—¡Cariño! —Luke la abraza con ademán afectado—. Eres la única para mí, la mejor, mi media naranja.

—Mientras no lo hagas otra vez...

—Nunca volveré a joderla. —La abraza—. ¡Te quiero un montón!

Kristie se mira con disimulo el dedo anular de la mano izquierda y sonríe.

—Estoy deseando ver tu nueva casa para ayudarte a elegir los colores de las paredes, las cortinas, los muebles, los detalles...

—¡Stop rubia! —Luke le planta un beso en los labios que un comensal del restaurante no tarda en inmovilizar con su móvil—. ¡No acapares todas las tareas de decoración! He contratado a un interiorista cojonudo.

Steff arruga la nariz con una sonrisa.

—¿Nos vas a dejar una habitación para pintarla nosotras? —solicita con uno de sus expresivos movimientos de manos—. Cuando éramos niñas nos encantaba imaginarnos de mayores con un mono vaquero y un par de rodillos.

—¡Ya lo hicimos al mudarnos con Dennis! —La mención del antiguo novio de Kris crispa los dedos de Luke sobre el mantel—. Nos pasamos tres semanas pintando cada una de las habitaciones. ¿Te acuerdas cómo nos quedamos de pringadas?

—Pero entonces también estaba Den... —Steff pone morritos—. Quiero hacerlo las dos solas esta vez. ¡Será algo muy nuestro!

—Si queréis os dejo una habitación para pintarla conmigo —ofrece Luke en un ataque de celos—. No tengo ni idea de si conseguiré dejarla bien, pero siempre podemos pedirle al pintor que la retoque al final.

—¿Podemos hacerlo solo Steff y yo? —solicita Kris con una sonrisa—. Por favor.

—¡Está bien! —La abraza acercándola mucho a él—. Elige la habitación y el color.

La mente de Swan se evade de esa conversación trivial con la que Steff parece cómoda. La imagen de ella cubierta de pintura en el salón de su casa de Fort Lucas le llena de necesidad. Le cedería cada pared de la casa para pintarla a su gusto, ayudándola sin dejar de sonreír de felicidad.

Lleva unos meses dándole vueltas de manera obsesiva a la posibilidad de compartir la vida con ella. Y sí, quizás es una gilipollez desear a una chica a la que apenas ha tratado, pero lo tuvo claro el día que la conoció, fue como si su cuerpo la reconociera como la única capaz de provocar esos sentimientos en su interior y esa avidez tan intensa que le invade en su presencia.

Con Tess tardó en lanzarse. La quería, tenían una relación estable, pero suave al lado de la que mantuvo con Steff. A pesar de practicar sexo duro y conseguir una perfecta sincronía, con Tess le faltaba sentir la atracción animal que le asalta con una sola mirada de Steff. Entre ellos la conexión física no era

puro ardor ni se llenaba de la pasión desbordante que exhala un único beso de Steff.

Tiene fuego en la mirada. Es una mujer con las ideas bien asentadas, una fuerza magnética que le atrapa en una espiral de pasión y desprende un *sex appeal* que le hace temblar solo con un beso. Si llegara más allá con ella alcanzaría el paraíso.

La conoció una tarde en el Maggi's, cuando Steff se enfrentó a uno de los hombres que acababan de apuñalar a Kristie. Se había fijado en ella alguna vez cuando acompañaba al grupo de su hermana en el The Hole, en el Maggi's o en alguno de los conciertos del grupo de Julia. Cada vez que encontraban era incapaz de dejar de mirarla, con una sensación eléctrica en su cuerpo, como si no pudiera apartar sus ojos de ella.

La tarde del apuñalamiento en el Maggi's se acercó a ella para agarrarla por la cintura y apartarla del cabrón que le hablaba con una sonrisa lasciva. *¡Menuda tía!*, pensó mientras la arrastraba en contra de su voluntad hacia sus amigos.

Ese fue el prelude de un amor como nunca antes ha sentido.

Con ella no quiere solo una relación física, quiere atravesar todos y cada uno de los límites conocidos. Ansía pasar horas a su lado, compartir algo más que un sexo feroz, decidir el color de las cortinas, llenar las paredes de colorido, apoyarla en cada uno de los muebles de la casa para explorar nuevas maneras de hacerle el amor, salir a cenar, pasar horas charlando de cosas sin importancia, llevarla a la cabaña del río...

—¿Swan? —Julia le zarandea el brazo—. ¿Me escuchas?

—Sí, sí, perdona. —Se quita de la cabeza la imagen de Steff desnuda sobre la cómoda del recibidor de su casa de Fort Lucas y mira a Julia intentando centrarse en sus palabras—. ¿Qué decías?

—Te preguntaba si vas a venir con nosotros a Hollywood mañana. Entre todos le hemos regalado a Steff un tour guiado por la Warner y un par de visitas en el paseo de la fama.

—Era uno de nuestros sueños infantiles —explica Kris—. Las dos somos unas forofas de las series y las pelis de la Warner. Sobre todo de las románticas.

—¡Son de las que lloran a moco tendido! —bromea Luke—. ¡Doy fe de ello!

Penny le reprende con la mirada antes de estallar en unas carcajadas divertidas.

—Ju y yo también lloramos. —Baja la cabeza hasta tocar un hombro con la mejilla—. ¡Qué sería de una peli romántica sin moquear!

—¡Nena! —Ethan arruga la cara en una expresión de asco—. ¡No seas cursi!

Luke suelta un par de risotadas antes de imitar el gesto de meterse dos dedos en la boca para vomitar.

—Serás tonto. —Kris le da un puñetazo flojito en el brazo.

Swan observa el cambio de expresión de Steff. Ha bajado la guardia un segundo para mirarle con pasión en los ojos y no ha tardado en reconocer en ellos esa fuerza que le atrapó desde el primer día.

Al mirarse saltan chispas de atracción.

—Contad conmigo mañana. —Se pasa la lengua por los labios secos tras la reacción física de su cuerpo ante la mirada voraz de Steff—. Tenía pendiente visitar Hollywood y me parece la hostia hacerlo en tan buena compañía.

Le dirige esta última parte de su discurso a ella, bajando la voz hasta casi un susurro que le recorre el cuerpo y enciende cada uno de sus sistemas, haciéndola temblar. Es incapaz de no mostrar cómo le ha afectado el tono de Swan. Suspira y se muerde el labio escondiendo un gemido.

—No es la única sorpresa de cumple. —Julia intenta romper el instante tensional entre ellos—. ¡Alguna te hará llorar!

Steff apenas respira, mantiene la vista en los ojos de Swan, magnetizada por la promesa de entregarse a ella sin reservas.

—Me tocó la lotería cuando entrasteis en mi vida. —Casi parece un lamento en los labios de Steff, un intento desesperado de deshacerse de la cálida exhalación que se concentra en su vientre—. ¡Me encanta tener una hermana de acogida tan guay!

Su mirada sigue conectada a la de Swan a pesar de sus deseos de permanecer inmune a sus palabras. Siente cómo su corazón aletea y bombea sangre en partes de su cuerpo que deberían permanecer alejadas de sus provocaciones.

—Yo también tengo una sorpresa. —Swan aprovecha esa conexión visual para acariciarla con las palabras—. A veces las cosas imposibles se vuelven posibles con el tiempo.

—O sencillamente mueren.

Reaparece la beligerancia en su posición y en su voz, pero su mirada es puro fuego.

—¡Hora de irnos! —Luke se levanta.

Varios de los clientes del restaurante les siguen para pedir un selfie con alguno de los tres miembros de la banda. Mientras ellos acceden sin perder la sonrisa, Swan aprovecha para agarrar a Steff del brazo y apartarla a un lado, lejos de miradas indiscretas. Desde que la ha visto no puede dejar de sentirse al borde de un abismo, con una necesidad absoluta de tenerla para siempre entre sus brazos.

La lleva cerca de la entrada, a un ángulo donde nadie les ve. La mira con profundidad, sin soltarle el brazo, haciendo frente como puede a su expresión airada.

—Todos estos meses, mientras trabajaba en el prototipo, me he pasado las horas preguntándome cómo estarías, si todavía pensabas en mí, si me tenías tan grabado en el corazón como yo a ti —admite acariciándole el brazo—. La vida en Edwards es muy aburrida. Trabajo, gimnasio, salidas... Y tú siempre estás en mi pensamiento. Recuerdo cada una de tus sonrisas, de tus besos, de los momentos que compartimos... Muchas veces buscaba tu número en el móvil para llamarte, pero no podía hacerlo. Sin embargo ahora...

—¿Te crees que basta con venir aquí y decirme que me quieres para que te absuelva? —Ella le fulmina con la mirada, sin rebajar la dureza de su expresión ni mostrar un ápice de intención de ablandarse—. Puedo entender que te largaras, incluso tus estúpidos motivos. Pero nunca te perdonaré el silencio de después. Me moría cada vez que llamabas a tu padre o a tu hermana y no querías hablar conmigo.

—Tengo tu foto enmarcada en la mesilla de noche. —Le duele el tono incisivo de Steff—. Aquella que nos hicimos cuando aprobaste el carnet de conducir, ¿recuerdas?

—¡Piérdete! —Da un par de pasos para alejarse de él porque si sigue a su lado acabará traicionando su decisión de no volver a caer en sus redes.

—Aquel día salimos juntos por primera vez de la base para celebrarlo —Tira de su brazo con suavidad y nota cómo ella se estremece—. Te llevé a tomar un helado cerca del río, en San Antonio...

—¿También recuerdas cómo acabamos? —Le aguanta la mirada temblado de anhelo—. Estuvimos hablando de mi infancia en el orfanato, volvimos cuando anochecía y al bajar del coche me besaste. —Se toca el labio en un movimiento ausente y vuelve a endurecer sus facciones—. Y como siempre te separaste de mí cabreado, le diste un golpe a la ventanilla y te largaste corriendo. Me dejaste con ganas de más para irte Dios sabe dónde.

Esa última frase le atraviesa con ansiedad. Si ella descubre cómo acababa los días después de devorarla la perderá para siempre.

Aprieta los dientes hasta casi hacerlos rechinar, suelta aire y borra de su mente esos recuerdos sucios que le producen una descarga de culpabilidad y miedo. No permitirá que el pasado le salpique porque ella es la única en su corazón y no descansará hasta conseguirla sin reservas.

—Nada de lo que hice fue para joderte ni para pasarme este año lejos de ti. Solo intentaba hacer lo correcto.

Ella da dos pasos hacia él.

—A veces hacer lo correcto es egoísta y ruin. —Coloca su mano sobre la de Swan y la aparta con brusquedad de su brazo—. Me destrozaste y no pienso permitir que vuelvas a hacerme daño.

—No puedes darle la espalda a tus sentimientos. —Intenta retenerla sin éxito—. En tres días ya no existirán barreras.

Se aparta de él para situarse lo más lejos posible, temblando, con una necesidad extrema de comportarse diferente. Camina hasta la limusina sin mirar atrás, con el corazón disparado y sus pensamientos alterados.

Swan siente cómo su alma se resquebraja al observarla alejarse sin mostrar ni un ápice de inseguridad. Sube al vehículo con una sensación de vacío en el pecho que le impide hablar durante unos minutos.

El Staples Center está a casi media hora del restaurante en coche. Es un recinto multiusos con capacidad para veinte mil espectadores que han utilizado grandes estrellas para sus conciertos.

—Estoy como un flan —admite Julia al acercarse el momento de la actuación—. ¡Hemos vendido todas las entradas! Esto va en serio, ya somos lo suficientemente conocidos para llenar un estadio.

—¿Por eso habéis dejado de actuar los miércoles en el The Hole? —Swan compone una mueca de desaprobación. Intenta rebajar su estado con una conversación trivial, pero no consigue enfrentarse con dignidad al rechazo de Steff y su corazón sigue aporreando las costillas con aceleración—. ¿Puedo contar con vosotros una vez al mes? Paige está segura de que vuestra marcha ha perjudicado a la caja.

Tess le dejó su bar en herencia al morir y Swan contrató a su amiga Paige como encargada.

—Se lo preguntaremos a nuestro agente. —Julia le pica con esa frase—. Nuestro caché es muy alto, ¿ya podrás pagarlo?

—¡Claro! Me vas a hacer una rebaja familiar. Soy tu hermano e íntimo

amigo de tu marido. —Sigue con la broma—. Puedo pactar con él de tío a tío que te deje a pan y agua una semanita.

—No lo aguantaría. —Le guiña un ojo a su marido—. Soy irresistible.

—Cuando terminemos la gira podrás contar con nosotros una vez al mes —acepta Luke—. Y cobraremos lo de siempre. El The Hole fue nuestro hogar durante años, no quiero perder la posibilidad de actuar ahí para siempre.

Los demás asienten con emoción. Tess les apoyó en sus inicios y les parece un trato justo.

Llegan al estadio un par de horas antes del concierto. Mientras los músicos se preparan para actuar el resto de invitados se instala en una sala habilitada en el Staples Center para matar el tiempo junto a los acompañantes de los otros dos componentes del grupo. Salvo Steff y Swan el resto suelen escoltar a la comitiva en la mayoría de conciertos y saben que estas horas previas se llenan de nervios, tensión y algún grito entre los músicos.

Swan no consigue volver a atraer la atención de Steff y se pasa los minutos con la ansiedad oprimiéndole el estómago. Le da vueltas a cómo va a reconducir la situación. Intenta despertar su interés acercándose a ella, susurrándole palabras al oído, rozándola. Pero ella se levanta para cambiarse de sitio cada vez, hasta que la situación se convierte en difícil de soportar.

Zack se lo lleva fuera para hablar con él.

—Deberías frenar un poco —dice con tacto—. Si sigues comportándote como un obseso la gente se dará cuenta y no vale la pena, tío. Todavía tiene diecisiete, podrías meterte en un lío de narices porque es tu hermana de acogida.

—Ha sido verla y... ¡Joder! No he pasado un solo minuto desde que me marché sin pensar en ella. Y tenerla tan cerca... Pensaba hablar con ella el lunes. Este encuentro es tan inesperado.

—¿Por qué no has aparecido por casa en un año? Solo has conseguido cabrearla más y ahora no quiere verte ni en pintura.

—Si llego a quedarme hubiéramos acabado reprochándonos demasiadas cosas. —Su tono se colma de una inquietud extrema—. Hubiera comprometido su futuro, el de Kristie, el mío... Fue jodido dejarla, pero no tenía otra salida. Todavía no estaba bien por lo de Tess, necesitaba tiempo para arreglar mi cabeza y era la única opción para mantener a flote la posibilidad de estar juntos en el futuro.

Zack le palmea la espalda y suspira.

—Es normal que esté cabreada, tío. Quizás si no hubieras desaparecido

así de su vida ahora te sería más fácil recuperarla. Salta a la vista que sigue loca por ti. Pero no parece dispuesta a ponértelo fácil.

—Voy a seguir la táctica de Julia... ¿Acoso y derribo?

—Con Steff no creo que te funcione. —Agita la mano—. Es una tía de armas tomar. Ríete de Ju. Y tu hermana los tiene bien puestos.

—Voy a conseguir salir con ella como sea. He visto cómo me mira y cómo le afectan mis palabras. Se muere por estar conmigo.

—Has vivido con Julia muchos años, sabes cómo se tomaría lo que hiciste. —Swan asiente torciendo la boca—. ¿Recuerdas cómo le costó perdonarme cuando la dejé?

—Pero al final se dio cuenta de que no se puede dar la espalda a tus sentimientos.

—Cuando vuelvas a Fort Lucas busca un momento para hablar con Steff a solas. Cuéntale otra vez por qué te fuiste y quizás consigas ablandarla. Pero, Swan, tómatelo con calma.

—Gracias tío, lo haré.

4

Si sigue persiguiéndome así no resistiré la tentación de seguir mis instintos más primarios, esos que llenan la atmósfera de tensión, que empitonan mis pezones al sentir su presencia, que me descargan mil voltios de excitación en las partes sensibles de mi cuerpo.

Pensaba que este año de separación me había preparado para no volver a sentir un huracán arrasar con mi voluntad al estar cerca de él, que el cabreo sería suficiente para mantenerme alejada de la atracción, pero una sola mirada suya sacude mis cimientos para regalarme una escalada de deseo. La idea de lanzarme a sus brazos para suplicarle que me posea es obsesiva. Solo pienso en desnudarlo, en tocarle, en hacer el amor con él y descubrir qué se siente...

Cierro los ojos con fuerza para obligarme a deshacerme de la visión de Swan besándome en el almacén del Maggi's la última vez que le vi. Cuando nuestros torsos desnudos entraron en contacto mi respiración se colapsó, el corazón casi se me escapa por la boca y me subió un fuego por las entrañas que un poco más y quema el lugar.

Pero no puedo pensar en eso. Él me dejó, se fue, desapreció de mi vida y perdonarle no es una opción, aunque todavía tiemblo al pensar en sus miradas y en cómo mi cuerpo reacciona en su presencia. Y muero por compartir con él cada pedazo de mi vida.

Vuelve a entrar acompañado de Zack y se sienta a mi lado. Me agito, apenas logro contener la corriente eléctrica que recorre mi sistema nervioso para llenarme de temblores y jadeos cuando su mano camina hasta rozar mi espalda con una suavidad exasperante.

—Voy al baño. —Me levanto de un salto para apartarme al máximo de él.

—Te acompaño —dice Kris levantándose.

Salgo lo más rápido posible de la sala y me apoyo en la pared soltando un par de gemidos.

—¿Estás bien?

—¡Joder! —Golpeo la pared—. ¡Pensaba que lo había superado! ¡Pero el muy cabrón consigue ponerme a mil con una mirada! Si sigue así voy a acabar arrinconándolo contra la pared para desnudarlo. ¡Y no es solo algo sexual! ¡Sigo loca por él!

—Entonces solo te queda una salida. —Mi hermana sonríe con una expresión traviesa—. Habla con él y escúchale. Quizás ahora las cosas son más fáciles para vosotros y es el momento de avanzar. Swan parece muy pillado. No te ha olvidado y es un tío lanzado, no dejes pasar la oportunidad de intentarlo.

—¿Y ya está? ¿Le perdono y listos? —Doy un par de pasos nerviosos—. No sé si puedo hacerlo, no es tan fácil olvidar.

—Se marchó para protegernos a las dos. No quería hacerte daño, solo intentaba hacer lo correcto. —Sonríe—. ¿Dónde estaríamos ahora si se hubiera quedado? ¿Te lo has preguntado? Seguimos en casa de Rob, tenemos estabilidad por primera vez en mucho tiempo, puedo estudiar en la universidad y tú tienes un gran futuro por delante.

—Pero se fue, me dejó, no me ha llamado en un año... ¿Recuerdas cómo te sentiste cuando metieron a Dennis en la cárcel y se negó a hablar contigo?

—No es lo mismo. —Niega con la cabeza con una expresión rota—. Tú sabías por qué se iba, te lo dijo en aquel almacén. Y en el fondo la intención de Swan era darte espacio para que fueras feliz. Den me mintió, decidió dejarme a un lado sin contarme la verdad y cuando salió de la cárcel volvió a traicionar mi confianza.

—¿Por eso sigues con Luke? Sé que pasó algo en el almacén del Maggi's el día que Dennis salió de prisión. Nunca me lo has contado, pero desde entonces no os habláis.

—Estuve a punto de acostarme con él. —Baja la mirada al suelo y suspira con dolor—. Estar en la misma habitación que Den sin besarle es difícil para mí. Le quiero muchísimo, nunca le haría daño de manera consciente. Pero lo nuestro pasó, así que paré a tiempo y le dije que nunca podría perdonarle.

—¡Eso es una putada para el pobre Dennis! —le recrimino—. Él sigue enamorado de ti. Y en el fondo tú también lo estás de él. Creo que sigues con Luke para protegerte. Le has perdonado todas sus infidelidades, es como si te hubieran cambiado el cerebro.

—El amor es así, hay que entender por qué una persona actúa de una manera determinada y aprender a perdonar. —No parece cien por cien convencida de su discurso, pero sigue adelante con él—. Luke tiene un problema con el compromiso que va superando con dificultad. Solo necesita un poco de tiempo para solucionarlo. Me quiere, Steff, estoy segura.

—¡Pero desde que estáis juntos se ha follado a tres tías que sepamos! —

Bajo un poco la voz—. No aprendió la primera vez, siguió haciéndolo. —Espiro con lentitud—. Si Swan me deja otra vez me moriré. La primera me dolió un huevo, fue como si me agrietaran el corazón y nada llenara esas rendijas. No creo que pueda soportarlo otra vez.

—Cuando quieres de verdad consigues creer en el otro. —Siento su dolor y me fustigo en silencio por haberle recordado de las infidelidades de su novio—. Luke necesitó coraje para decirme te amo la primera vez y luego ha flaqueado en un par de ocasiones, pero al final siempre regresa a mí porque me quiere.

—Si eres capaz de entender a Luke y perdonarle, ¿por qué no puedes hacer lo mismo con Den? Lo vuestro fue increíble y sé que todavía le quieres, no paras de decírmelo. —Niego con la cabeza—. No lo entiendo Kris, tú nunca te dejabas pisotear así y para mí lo de Luke es cien veces peor que la traición de Dennis.

—No puedo olvidar que se cargó nuestra vida perfecta cuando al fin la teníamos. —Desvía la mirada al fondo del pasillo—. Fue un capullo al dejarme sin ninguna explicación y jamás le perdonaré todo lo sucedido después.

—¿Sabes qué pienso? —No parece muy dispuesta a escucharlo, pero igualmente lo digo—. Sigues loca por él y sabes que si le dejas entrar en tu vida de nuevo volverás a caer de cuatro patas.

—¿Cómo tú con Swan? —Sonríe con tristeza—. Hasta un tonto se daría cuenta de los sentimientos que flotan en el aire cuando os miráis. Te desnuda con los ojos y tú haces lo mismo con él. No deberías darle la espalda a eso porque ha vuelto a por ti.

Suspiro con exasperación.

—¡Estoy enamorada de ese imbécil! —admito con rabia—. Quería enamorarme de un tío que me hiciera sentir cómo cada pedacito de mi cuerpo se licuaba con solo mirarle a los ojos y al encontrarlo se largó dejándome hecha una mierda. Swan me deja sin respiración, el aire de la habitación desaparece cuando él entra y no pienso en otra cosa que en llevármelo a un cuarto oscuro para arreglar lo nuestro sin hablar demasiado. ¡Pero no puedo perdonarlo así de fácil!

—¿Te oyes? —Sonríe mordiéndose el labio—. Ahora las excusas las pones tú. Ya no hay ningún problema para salir con él, solo tu tozudez. ¿Le amas de verdad?

—Más que a mi vida.

—Entonces, ¿dónde está el problema? Ha venido a por ti, vuelve a casa el lunes, no ha dejado de buscarte en toda la tarde y entre vosotros hay una tensión difícil de solucionar sin una cama. Ve a por él Steff, no dejes escapar la felicidad o te arrepentirás.

Asiento, suspiro y camino hacia la puerta del baño, a un metro hacia la izquierda.

—Pensaré en lo que me has dicho —digo antes de abrir la puerta.

Me quedo un rato mirándome al espejo sin acabar de decidirme. Quizás debería rebajar mi enfado. Besarle es una necesidad vital cuando entra en mi radio de visión y la lucha encarnizada para mantener ese deseo a raya me cuesta un gran esfuerzo. Apartar la mirada de él mientras cada partícula de mi ser ansía devorarlo es una putada.

Escucho un aviso por megafonía, faltan diez minutos para iniciar el concierto. Me pongo en marcha. Kris me ha explicado varias veces cómo es ser una espectadora de excepción de las actuaciones en el *backstage* y no quiero perdmelo.

Luke está dentro de la sala cuando entro, junto a Julia y Ethan. Los ojos de mi hermana chispean al mirar a su novio. Él la rodea con un brazo por la cintura para caminar con ella hacia el escenario. Su mirada también se llena de luz. Espero que consigan superar cada una de las trabas para acabar juntos, aunque mi instinto me indica que Dennis es un obstáculo insalvable entre ellos.

—¿Preparada para un gran concierto? —Bryan me abraza mientras empezamos a caminar—. Es una pasada verlo entre bastidores.

Siento los ojos de Swan en la nuca como dos cuchillos a punto de desgarrar a mi amigo.

—Va a ser una noche épica Bry. —Le doy un beso en la mejilla con una sonrisa emocionada—. ¡Bua! ¡Soy la cuñada del tío bueno de la guitarra!

Luke suelta una carcajada que oculta los soplidos rabiosos de Swan.

—¿Quieres salir al escenario? —propone—. Podrías bailar un poco. Te he visto en el Maggi's y me mola mucho cómo te mueves.

—¡Me apunto! —Aplaudo dando saltitos de alegría—. ¿Puedo? ¿De verdad?

—¡Claro! —Julia me sonríe—. Te haré una señal con una de las movidas. ¿Alguien más se anima? ¿Penny? ¿Kris? ¿Wyatt?

Los tres corean un sí a la vez.

—¿Y yo? —interviene Zack con ironía—. ¿Soy tan malo bailando que no puedo salir al escenario con mi joven esposa?

—Tú puedes aparecer cuando quieras, cariño. —Ella le acaricia la mejilla con un dedo—. Tus besos siempre son bienvenidos, pero el baile no es lo tuyo.

—Yo soy un buen bailarín —apunta Bryan con una sonrisa—. ¿O no te acuerdas del Cowboys Dancehall? —Levanta una ceja y le dirige su pregunta a Julia aludiendo a la primera cita que tuvieron en su breve romance—. Podría acompañar a estas preciosidades.

Zack compone una mueca airada y lanza fuego por los ojos al escuchar el nombre de ese local. Según me han contado no lleva bastante bien lo sucedido en él.

—Lo tuyo es el country Bry —se carcajea Julia besando a su marido para calmarlo—. Pero tienes ritmo y podrías dar juego.

—¡Contad conmigo! —Austin abraza a Wyatt por la cintura con una sonrisa—. ¡Vamos a demostrarle a la peña cómo nos movemos!

Llegamos a la parte trasera del escenario donde los técnicos acaban de retocar algunas cosas. Me asomo un instante y doy un paso atrás al comprobar la cantidad de personas que abarrotan el estadio. Aparte de los sentados en las gradas hay muchísimo público de pie preparado para corear las canciones del grupo.

—Yo también sé bailar muy bien. —Siento la voz de Swan acariciarme el cuello, cerca de mi oído, y me estremezco.

—Pensaba que eras arrítmico. —Me separo de él tragando saliva para bajar el nudo de ansiedad formado en mi estómago.

—Nunca me has visto en una pista de baile. —Sus pasos lo acercan de nuevo y el calor me sube hasta la cara—. Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Baja muchísimo la voz para que nadie le oiga y me aparta a un lado, lejos de oídos indiscretos—. Si sales conmigo esta noche podemos solucionar ese problema.

—¿Te mueres de ganas de pegar un polvo? —Levanto las cejas con una sonrisa desvergonzada—. Búscate a una tía que se abra de piernas con facilidad, yo no quiero a un capullo en mi cama.

—Solo quiero hablar. —Me recorre el vientre con la mano, con disimulo—. Tomar algo, saber qué ha sido de ti este año, recuperar el tiempo perdido.

—Entre nosotros no hay nada recuperar.

Me alejo al máximo de él. Con los brazos me rodeo el cuerpo para serenarlo de los temblores que me zarandean. Kris observa mi mirada atacada y en un movimiento rápido consigue asirme por la cintura para darme

estabilidad sobre el suelo.

—¿Vas a bailar conmigo? —Julia levanta las cejas mirando a su hermano cuando camina hacia ella—. Desde que mamá murió no hemos vuelto a hacer nuestro número. ¿Te atreves frente a más de veinte mil personas? Me encantaría tenerte en el escenario.

—Ni en broma.

Me acerco a ellos con curiosidad y ganas de pincharle un poco. Su expresión es de vergüenza, como si Julia acabara de tocarle un tema delicado.

—¿Te da miedo el público? —pregunto mordaz—. Te imaginaba más seguro de ti mismo, pero queda claro que eres un cobarde. Siempre lo has sido.

Paseo mi índice por su torso sin perder una expresión combativa aunque mi cuerpo parece de gelatina al sentir cómo contrae el vientre acompañado de un gemido.

—No voy a bailar con mi hermana sobre un escenario —afirma con rotundidad—. ¡Mañana estaría colgado en YouTube!

—Vamos Swan, no seas nenaza. —Julia se une a mi juego de picarle—. Un soldado cachas también puede bailar bien. Y nuestro número sería un puntazo.

—Déjalo, no va a rebajarse a algo tan poco masculino. —Compongo una sonrisa burlona—. Él es más de largarse y dejarte con las ganas.

Me desafía con la mirada.

—¿Piensas que me asusta bailar en un escenario? —Suelta una carcajada.

—No va con tu pose de tío duro. —No rebajo la ironía de mi voz—. Te crees demasiado hombre para algo así y es una pena porque los chulos esconden un corazón y les da miedo enseñarlo.

—Ju, cuando te coja de la mano empezamos. —Se acerca a mi oído—. Si el público enloquece te espero en mi habitación esta noche y veremos si soy o no soy un tío duro.

—Cuando las vacas vuelen.

La música empieza con rapidez. Veo cómo la banda de mi cuñado inicia la actuación con su épica *Cada día te espero a ti*, la canción que los catapultó a la fama y que ha pisado fuerte este último año en las listas. El público enloquece y canta a coro. La voz de Julia es increíble, cambia de tonalidad para adaptarse a cada una de las notas y le da un sentimiento intenso que traspasa las fronteras del escenario.

Swan vuelve a estar detrás de mí, muy cerca, casi rozándome con su cuerpo. No habla, solo se mantiene a esa distancia desquiciante, sin llegar a tocarme. Jadeo, apenas logro ralentizar los latidos y mis neuronas se diluyen entre la necesidad de escuchar su voz y sentir su respiración en la nuca.

Tocan tres canciones más y yo me abraso. Cada segundo tengo más gotas de sudor en el cuerpo y una excitación próxima a la locura. No escucho su respiración, la siento sobre el hombro derecho. Acelerada, fuerte y llena de erotismo.

—Hoy se cumplen cuatro años de nuestra primera actuación como grupo y queríamos un concierto especial. —Julia habla a través del micrófono sin perder la sonrisa—. Le hemos pedido a nuestros amigos que se unan a la fiesta bailando esta canción para acompañarnos en un momento tan especial. ¿Os apetece conocerlos? —Un sí generalizado precede los aplausos y los gritos de entusiasmo del público—. Como mi marido no baila y sin él no sería feliz vamos a pedirle que salga a darme un beso de cine. ¿Zack? ¡La gente alucina al saber que estoy casada! —Enseña su anillo—. ¡Hoy lo grito a los cuatro vientos! ¡Zack, ven a mí!

El público corea *Zack* con palmadas. Él se acerca a Julia en tres pasos rápidos, la rodea con sus brazos y la besa con pasión. El estadio enloquece cuando ella se cuelga de su cintura.

—Ven princesa. —Swan me coge de la mano para salir conmigo—. Voy a enseñarte cómo se baila.

—No necesito lecciones. —El corazón me palpita en los oídos—. Soy una diosa en la pista.

—Baila conmigo Steff. —Su tono me acaricia la piel—. Solo es un baile...

—¿Por qué no has dado señales de vida durante un año?

Me clavo los dientes en el labio para no seguir mostrando debilidad y aparto la mirada para evitar que me conteste. No puedo permitirme esta vulnerabilidad con él o caeré rendida a sus pies.

Las primeras notas de *Volando contigo* inundan el estadio para explotar con la voz de Julia. Observo cómo Zack se encamina otra vez al *backstage* y siento el brazo de Swan agarrarme por la cintura mientras empieza a contonearse con una gracia increíble. Los demás bailan a mi lado sin dejar de reír, como si estuvieran en el Maggi's. Julia lleva un micrófono inalámbrico en la cabeza y se une a nuestros movimientos divertidos.

La cercanía de Swan me llena de calor. Le miro a los ojos un segundo y

descubro en ellos la misma sensación de necesidad que en los míos. Es como si el año de separación se perdiera en un limbo extraño para llevarnos otra vez al mismo sitio donde lo dejamos, con el deseo apresando cada átomo de nuestros cuerpos. Él no aparta la vista de mí. Contrae la cara en un gesto de avidez sin perder el ritmo. Sus ojos hablan de un anhelo compartido, de sus sentimientos, de su firme determinación a recuperarme.

Me suelto de él sin dejar de mirarle con una mezcla de deseo y necesidad. No puedo seguir conectada a su cuerpo ni sintiendo cómo se mueve a mi lado sin caer rendida a sus pies. Y perdonarle no entra en mis planes.

El recinto se llena de palmas que nos animan a seguir dándolo todo. No puedo apartar los ojos de Swan, sus movimientos me fascinan, es como si hubiera nacido para bailar. Se acerca a su hermana, la rodea por la cintura y ambos empiezan a seguir una coreografía perfectamente sincronizada, como si la hubieran ensayado un montón de veces. La sonrisa de Julia no me pasa desapercibida, disfruta con ese baile. Swan la levanta varias veces en el aire, la sostiene y la hace girar sobre sí misma con una maestría que me deja casi sin aliento.

Cuando las últimas notas se funden en el silencio un rugido ensordecedor llena el estadio. Son los espectadores pateando el suelo con fiereza y gritando extasiados. Swan suelta a su hermana, se acerca a mí y me abraza por la cintura con tanta firmeza que me es imposible deshacerme de su brazo.

Antes de que pueda decir nada Luke se quita la cinta de la guitarra, avanza un poco y nos observa. Me separo al máximo de Swan para rebajar el temblor de mi cuerpo y el calor que me quema hasta las mejillas.

—Y las sorpresas de hoy no acaban aquí. ¡Tenemos una proposición! — Un griterío le arranca una carcajada. Los ojos de Kristie se llenan de emoción —. ¿Dónde está Penny?

—Aquí. —La aludida se acerca al guitarrista dando saltitos de emoción. Él la abraza y le planta un beso en la boca.

—Cuando le diste un ultimátum a Ethan para que se decidiera a salir contigo mi apuesta más alta era de dos semanas... —Los asistentes al concierto ríen con esa frase de Luke—. Tengo mal ojo para estas cosas, queda claro, porque lleváis una eternidad saliendo y ya va siendo hora de formalizar lo vuestro.

Siento la decepción de mi hermana cuando Ethan se acerca a Penny con una cajita de terciopelo azul de una joyería. Kris crispa la cara en una expresión triste, como si la reconociera y entendiera de golpe que no es para

ella. La rodeo con el brazo por los hombros y camino con ella hacia la parte trasera del escenario, acompañada de nuestros amigos.

—Una vez dijiste que querías una proposición muuuuy romántica. — Ethan se arrodilla frente a su chica con un micrófono en la mano y acompañado de los gritos eufóricos del público—. Todavía no he aprendido a pilotar para llevarte con un caza descatalogado a ver las estrellas como cuenta *Volando contigo*, pero no quiero esperar más a pedírtelo. Mi vida sin ti sería una mierda porque eres la única en mi corazón.

El público enloquece.

Penny se tapa la cara con las manos, con varias lágrimas humedeciéndole los ojos. Asiente antes de que Ethan abra la caja para mostrar una sortija con un brillante enorme que resplandece en la distancia y resuene un *oh* generalizado en el estadio.

—Penny Breen. —Las gradas se llenan de suspiros y silbidos—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Síiiii! —Le abraza besándolo.

Ethan se levanta con Penny entre sus brazos y le da cuatro vueltas en el aire sin dejar de besarla animado por los aplausos de los espectadores.

Tengo a Swan pegado a la espalda, siento su cercanía como un atentado contra mi serenidad y apenas logro respirar sin soltar ruiditos con la boca. Me obligo a mirar a Kristie para descubrir una mueca de desengaño agarrotarle las facciones. Se apoya en una viga de metal y está blanca.

—No te llamé porque soy débil. —El susurro de Swan despierta un deseo insano en mi cuerpo—. En Fort Lucas me pasé dos meses intentando lidiar con mis sentimientos, pero siempre acababa besándote y deseando más. Nuestra situación era demasiado complicada para jugar con fuego. Era mejor permanecer alejado. Pero en tres días ya no habrá nada que nos impida estar juntos. —La voz suave, su postura y esa manera de rozarme sin llegar a tocarme son una provocación—. Y voy a luchar por tenerte a mi lado.

Doy un paso al lado para apartarme de él, mirándole con rabia.

—Pues tú verás cómo lo superas porque no tengo ninguna intención de perdonar tu cobarde huida. —Compongo una mueca airada mientras le sostengo la mirada.

Me coge con suavidad por la cintura y camina conmigo hacia un espacio sin gente, apartado de miradas indiscretas. Al llegar no me suelta, me da la vuelta para quedarse mirándome con deseo y mi cuerpo entra en combustión.

—A mí no me engañas princesa. —Su aliento me acaricia la cara, le

tengo tan pegado que no logro dejar de temblar—. Puedes intentar esconderlo, protegerte y taparlo con todas tus fuerzas para no asumir la verdad, pero los dos sabemos que sigues queriéndome.

—¡No tienes ni puta idea de cuáles son mis sentimientos! —Levanto el índice para clavarlo en su vientre con una sacudida en el cuerpo al enfrentarme a su tacto y doy un paso hacia atrás con la necesidad extrema de apartarme de él—. Me dejaste tirada, ahora no puedes exigirme nada.

—Si fuera un hijo de puta egoísta me hubiera quedado contigo. —Su brazo sigue anclándome por la cintura con fuerza, sin dejar que me aleje de él. Me acaricia la mejilla con un dedo, estremeciéndome. Necesito encontrar la manera de serenarme o acabaré mandando a la mierda mi intención de no mostrarme vulnerable ante sus provocaciones—. Tomé la decisión correcta y lo sabes.

—Te olvidaste de mí. —Por un segundo mi expresión se crispa con dolor, pero consigo dominarme—. Decidiste largarte sin hablarlo conmigo y desapareciste dejando un hueco en mi corazón. ¿Y piensas que basta con volver y declararte?

Avanza la cabeza hasta detenerse a solo dos milímetros de la mía. Sus ojos me recorren los labios con avidez, siento su corazón acelerado a través de su brazo y el mío está a punto de perforarme las costillas.

—Nunca me daré per vencido.

Exhalo ahogando los gemidos con los ojos cerrados cuando me suelta con una expresión de dolor que me perfora el alma. Camino alejándome de él y me acerco a mi hermana sin conseguir separar mi mirada ansiosa de sus labios. Se curvan en una mueca triste que me incita a olvidarme de todo para devorarlos a mordiscos.

Kristie está apoyada en la viga con los ojos húmedos, como si los últimos sucesos la hundieran en el pozo profundo de la desesperación.

—¿Estás bien? —La abrazo y noto cómo tiembla.

—Pensaba que el anillo era para mí —susurra apoyando la cabeza en mi hombro—. Vi la caja escondida en la funda de la guitarra de Luke y me hice ilusiones. Soy una idiota, la gente no cambia. —Escucho un sollozo—. Le quiero, pero no me gusta pasarme la vida esperando a que se decida.

—Vamos a dar una vuelta. —Camino con ella hacia la sala donde hemos esperado a la hora del concierto—. Aquí no podemos hablar con tranquilidad, han empezado a cantar otra vez.

Mi mirada se entretiene en Swan. Noto cómo me excito al observar esa

media sonrisa provocadora, sus músculos marcados bajo la camiseta, sus ojos traviosos. Es como si su presencia prendiera fuego a mis sentidos, como si pudiera encenderme solo con una mirada. El ardor penetra por mis ojos hasta encender mi cuerpo.

Una vez en la sala cierro la puerta con una profunda exhalación que intenta destensarme, pero su potente atractivo sexual se queda en mi interior haciéndome vibrar.

Sigo total y absolutamente enamorada de él.

A pesar de mi cabreo, del año separados y de las mil razones para mantenerme a una distancia prudencial de él todo mi ser suspira por perdonarlo y volver a dejarlo entrar en mi vida.

—Estaba segura de que me lo pediría esta noche. —Kris se sienta en el sofá retorciendo las manos sobre el regazo—. Hemos hablado algunas veces de vivir juntos. Bueno, yo lo he hablado porque Luke nunca dice nada. Y pensaba que esta vez se comprometería de verdad. —Levanta los ojos húmedos para posarlos en mí—. Su abuelo le ha comprado una casa, lo normal es compartirla.

—Es mejor así. —Ocupo un sitio a su lado y la rodeo con mis brazos—. Todavía no ha pasado ni un año de su primer te amo y ya la ha cagado dos veces que sepamos. Es demasiado pronto para casarte con él. Necesitas asegurarte de que no volverá a joderla y las dos sabemos que Luke no es muy de fiar con unas cuantas copas de más.

—Le quiero...

—¿Estás segura? —No pretendo ser demasiado incisiva, pero no aguanto más esta autocompasión—. Nunca te habías rebajado así con un tío. Eras diferente antes de Luke. Con Dennis eras feliz. No deberías seguir con alguien que te hace sentir desgraciada más de la mitad del tiempo.

—Dennis era dulce conmigo, nunca me hacía llorar. —Sus ojos chispean—. Lo nuestro fue un amor mágico, algo que solo sientes una vez en la vida. Pero ya pasó, acabó destrozándome y me enamoré de Luke.

—No te merece y lo sabes.

—Solo necesita un poco de tiempo para cambiar, nada más.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —Le dedicó una mirada penetrante—. Luke es así, nunca va a entregarse del todo porque le aterra atarse a una mujer para siempre.

—La gente cambia por amor.

Sus ojos se contraen de dolor. Leo en ella indecisión, ansiedad y

sensación de caer en un pozo oscuro.

—Si no lo ha hecho en un año no va a hacerlo ahora. No le permitas hacerte infeliz Kris.

Es la conversación de siempre. Repetitiva, machacona y triste.

5

Se da la vuelta para apoyarse contra la pared. No puede mostrar cómo le afecta tener a Steff cerca. Cada una de sus miradas provocativas aviva su deseo como si fuera una onda expansiva capaz de arrancarle un gemido solo con un roce.

La música llena el silencio con la preciosa voz de Julia.

Swan intenta relajarse un poco para pensar con calma. Es normal el cabreo de Steff después de un año de ausencia. Pero cada uno de sus gestos y miradas clama a gritos que sigue loca por él. Y no va a dejarla escapar esta vez. No puede imaginarse regresar a Edwards sin una promesa de intentarlo porque verla ha reafirmado sus sentimientos elevándolos a la máxima potencia.

—Si vas a volver a herirla déjala en paz. Ya le has hecho demasiado daño. —Bryan se coloca a pocos centímetros de él—. Lo ha pasado muy mal, no ha dejado de esperarte. Cada vez que sonaba el teléfono se le iluminaba la mirada, pero nunca eras tú. Cuando se acercaban las fiestas esperaba verte aparecer. El día de tu treinta cumpleaños no la invitaste. Tu padre, Zack y Julia volaron a Edwards para celebrarlo contigo y ella se quedó llorando en su habitación, destrozada. No has dado señales de vida en un año...

—Era lo mejor para los dos. —Se gira despacio para encararse a la mirada del *cowboy*—. Si no llego a desaparecer su vida hubiera vuelto a desestabilizarse y no era justo para ella ni para Kris. Además, estaba pasando un mal momento. No hubiera salido bien.

—Steff es mucho más frágil de lo que muestra. Parece una tía dura, pero se desmorona igual que todas cuando la putean.

—Ahora lo nuestro es posible y nada me detendrá a la hora de recuperarla —admite con sinceridad—. La quiero de verdad.

—Espero que esta vez no la cagues porque ella no ha dejado de pensar en ti ni un segundo y se merece ser feliz.

La observa regresar acompañada por Kristie. Cruzan una mirada y vuelve a apresarle un calor imposible. Es como si su cuerpo encendiera una corriente eléctrica que le sacude hasta llenarle de necesidad.

Pasa el resto del concierto buscando la manera de acercarse a ella, pero

Steff no se separa ni un segundo de su hermana. Kris parece apagada. Le falta la luz de siempre, como si estuviera pasando un mal momento.

Repiquetea nervioso con la pierna en el suelo cambiando el foco de su mirada de su hermana a Steff de forma compulsiva, sin estabilizarse.

Hay una ovación final, tres bises y diez minutos de aplausos.

En el regreso al hotel en la limusina no aguanta la inquietud.

—¡Nos vamos de boda! —Julia abraza a Penny—. Y esta vez no será algo rápido e improvisado. —Observa un segundo a Zack mordiéndose el labio—. ¡Ethan! ¡Cómo llegues un segundo tarde al altar te corto las pelotas!

—Estaré ahí como un clavo. —El aludido besa a su novia—. Voy a dejaros a vosotras dos la organización, seguro que acertáis en todo.

—¿Y dónde vamos a vivir? —Penny le mira coqueta—. De momento no tengo casa propia en Fort Lucas... Solo una habitación en el edificio común.

—Conozco al General de la base. —Julia le guiña un ojo—. Creo que puedo solucionar ese pequeño problema.

Llegan al hotel a la una de la noche. El concierto se ha alargado más de lo previsto y salir del recinto se ha complicado por el tránsito.

Swan se coloca detrás de Kristie con disimulo.

—¿Cuál es su habitación? —le susurra al oído—. Necesito hablar con ella a solas o la situación en casa de mi padre será imposible.

—Trescientos tres. —Le agarra del brazo para llevarlo aparte un segundo sin que Steff les vea—. Antes no estabais juntos por tu padre y porque ella era menor de edad. Ahora tenéis una oportunidad de intentarlo, no la desaproveches.

—No lo haré, te lo prometo. Quiero estar con ella, he esperado un año porque era lo mejor para todos, pero ahora lucharé por ella.

—Sigue enamorada de ti, Swan, ha pasado un año muy jodido.

—Yo también la quiero.

—Trátala bien.

Caminan hacia el ascensor para reunirse con los demás. La mirada de Steff le recorre el cuerpo con avidez, pero cuando se encuentra con la suya su expresión se endurece.

Al llegar a la tercera planta cada uno va hacia su habitación con la promesa de verse mañana en el desayuno para emprender su visita relámpago a Hollywood. Swan se queda en el pasillo viendo el sensual bamboleo de las caderas de Steff. El calor le sube hasta el vientre.

Decide darse una ducha rápida de agua fría antes de aclarar las cosas con

ella. Es importante no caer en la tentación de besarla antes de hablar. Necesita hacerle entender por qué se fue y conseguir una promesa de sus labios. Aunque no sabe cuánto tiempo aguantará sin probarlos.

Se viste con unos vaqueros rotos y bajos de talle y una camiseta apretada de color oscuro. Se calza las deportivas sentado sobre la cama antes de salir al pasillo con el corazón a mil y no tarda demasiado en encontrar la habitación trescientos tres. Son curiosas las casualidades de la vida, le apasiona el número tres desde niño. Llevó ese dorsal en el equipo de fútbol americano del instituto y de la universidad, el número de su caza cuando aprendía a pilotar era el treinta y tres...

Se detiene unos segundos frente a la puerta en busca de la energía de hace un momento. Inspira aire por la nariz y lo suelta con lentitud por la boca. Ha llegado la hora de la verdad, la convencerá, no hay duda.

Llama con el puño un par de veces con fuerza.

—Soy Swan, necesito hablar contigo.

Nada. Solo el silencio le saluda desde la habitación.

Coloca la oreja en la plancha de madera en un intento de escuchar el interior, pero al otro lado solo oye el silencio.

—Steff. —Golpea otra vez—. ¡Ábreme! ¡Por favor!

El latido acelerado de su corazón llena la atmósfera con una carga de ansiedad mientras no escucha ningún movimiento al otro lado de la puerta.

—¡No me voy a ir de aquí hasta que hablemos! —Aporrea la puerta con mayor firmeza—. ¡Steff! ¡Abre de una vez!

Sigue sin responder a su petición.

—¿Quieres que grite? —En un arrebato pateo la puerta—. Porque puedo hacer mucho ruido si me lo propongo.

—¡Vete! —Es una orden directa en un tono autoritario—. No tengo nada que hablar contigo. Lo nuestro es historia.

—Steff haz el jodido favor de abrir la puerta. —Le da cuatro golpes con los puños—. Déjame entrar.

—¿Por qué?

—Porque necesito hablar contigo —admite—. Es importante para mí que entiendas por qué desaparecí y que me perdones.

—Eso no pasará nunca. —Su voz es fría, aunque contiene unas motas de dolor—. Te lo advertí cuando me dejaste tirada en el Maggi's para largarte a California. No puedes venir ahora con cuentos para no dormir.

—Solo necesito que me escuches. Después me iré si eso es lo que

quieres. —Sopla para relajar sus nervios—. Déjame entrar Steff, por favor.

La puerta se abre con lentitud hasta la mitad. Steff la sujeta con un pijama demasiado sexy para no avivar otra vez los deseos de Swan. Un short cortito y apretado de color crema y una camiseta de tirantes arrapada con un estampado suave en tonos pastel. Se ha recogido el pelo con un bolígrafo en un moño mal colocado sobre la nuca y va descalza.

—Tienes dos minutos. —Acaba de abrir la puerta para permitirle entrar—. Y a una distancia prudencial. Yo me voy a sentar en la cama y tú en la silla del escritorio. Si intentas acercarte a mí llamo a seguridad.

—Solo quiero hablar. —Cierra la puerta tras de sí y ocupa su sitio sin apartar la mirada de los pezones que se le transparentan en la camiseta.

Tío, si no dejas de mirarla así lo joderás todo, se dice.

—Te escucho. —Ella ocupa la punta de la cama con una posición tensa.

Ahora le faltan las palabras del discurso que ha ensayado durante días. Esos ojos, esos labios, esa lengua que los humedece...

Solo puede pensar en besarla.

—¿Vas a hablar de una vez? —Ella mira la pantalla del móvil—. Te queda un minuto y cincuenta segundos. Después aire.

Steff cruza las piernas y los brazos bajo los pechos. El pantalón del pijama sube un poco y deja el muslo al descubierto. Swan lo recorre con los ojos ávidos, sube por el vientre y llega a los pechos apretados por la tela, con los redondeles transparentándose.

El calor trepa por su cuerpo despertándole el deseo y la taquicardia.

—Sigo esperando. —Steff le lanza una mirada desafiante—. Un poco más y despiertas a todo el puto hotel para hablar conmigo, ¿y ahora te quedas callado?

Con un sobreesfuerzo, Swan logra centrarse en sus ojos para rebajar como puede la revolución de su testosterona. Necesita aprovechar la ocasión para abrirle su corazón, es su única baza para encontrar la manera de recuperarla.

Busca las palabras ensayadas, cada uno de sus argumentos para explicar lo sucedido, sin embargo no las encuentra, es como si la inquietud del momento se las hubieran tragado para dejarle en blanco.

Ella le observa sin rebajar la dureza de sus facciones.

—Tenía que irme Steff. —Apenas le sale la voz firme al pronunciar la trillada frase—. Lo hice por ti y por Kris.

—¿Todo este número es para decirme lo de siempre? —Aprieta los

labios en una expresión feroz que le excita—. ¡Pensaba que como mínimo te lo habrías currado un poquito más!

¡Contrólate de una puta vez!, se ordena estrujando la tela de los vaqueros con los puños.

—Eras mi hermana de acogida, tenías diecisiete años...

—¡Todavía los tengo! ¡Y sigo viviendo en casa de tu padre!

Steff se levanta y camina por la habitación como si ella también sintiera la tensión sexual en el ambiente. Tiene la cara arrebolada y gotas de sudor en la frente. Cierra un segundo los ojos y se humedece el labio superior con la punta de la lengua con una sensualidad que reverbera en el interior de Swan para encenderlo todavía más.

—¡Pero en tres días cumples dieciocho! —Se incorpora de un salto y avanza hasta ella con pasos furiosos—. ¡Y ya no dependerás del estado! ¿Te has preguntado dónde coño estarías ahora si me hubiera quedado a tu lado?

—¡Llevo un puto año pensando en cómo hubiera sido mi vida si no te hubieras largado! —Sus ojos se llenan de fuego cuando se para frente a él con los brazos en jarras—. ¿Tienes la más mínima idea de cómo necesitaba estar contigo? ¿Puedes imaginarte cuánto te deseo? ¿La reacción que desencadenas en mi cuerpo cuando te tengo a cinco centímetros de distancia?

Swan le coloca las manos en los hombros y aprieta con fuerza hasta dejarle la marca de sus dedos en la piel. Ella gime con la respiración agitada. Siente el latido de su corazón en el hombro palpitando al triple de velocidad.

—No podía quedarme...

—¿Por qué? —No baja la mirada ni los brazos, le desafía con una expresión que dispara la libido de Swan hasta dejarle sin aliento—. ¿Desapareciste de mi vida y no sabes decirme por qué? ¿Buscas excusas para justificar algo que no tiene explicación?

Da un paso hacia ella, hasta que sus pechos le rozan el torso. Se estremece. Le excita todo de Steff, desde su posición guerrera hasta la arruga airada en la frente. Apenas resiste la tentación de agarrarla por el pelo y acercarla a su boca para comérsela.

Pero se contiene.

—¡Sí que la tiene! —El deseo se cuele por su voz convirtiéndola en un susurro ronco—. No podía joderte la vida y estar contigo era jugar con una pistola cargada. ¿No ves cómo me pones? —Avanza un poco más, hasta colocar la cara a cuatro milímetros de la suya mientras baja las manos con mucha lentitud por sus costados. Ella estira los brazos al lado de su cuerpo, se

muerde el labio y, a pesar de su amago de deshacerse entre sus gestos, no rebaja ni un ápice la dureza en sus rasgos—. ¡Joder Steff! ¡No podía estar en la misma base que tú ni en la misma ciudad! ¡Si lo llego a hacer te hubiera arrancado la ropa al tercer día!

—¡Maldito cabrón! —Pone distancia entre los dos y utiliza los puños para pegarle con fuerza en el pecho—. ¡Te odio! ¡Eres el tío más odioso de la Fuerza Aérea! ¡Un capullo arrogante! ¡Un hijo de puta!

Cada uno de los golpes consigue alterarlo más, aumentando su deseo.

Gime mientras ella sigue insultándole y pegándole. Apenas es capaz de respirar sin sentir los jadeos que se escapan ansiosos de su boca, con una lujuria irrefrenable.

—Para Steff —musita apretando los dientes—. ¡Si sigues pegándome voy a besarte y ya nada me detendrá!

—¡Cobarde de mierda! —Ella sube uno de los puños a la cara y le asesta un derechazo en la mandíbula—. ¿Te crees que te voy a dejar besarme? ¿Qué me voy a abrir de piernas para ti? ¿Qué te voy a dejar ser el primero? —Niega con la cabeza asestándole un golpe en el estómago—. ¡Te dije que no iba a volver a besarte en mi puta vida! ¡Y soy de las que cumplen sus promesas!

Recibe los golpes con una escalada de deseo. Esa mirada feroz de Steff, su posición combativa, cómo se muerde el labio para disparar un nuevo puñetazo en el pecho, solo consiguen provocarlo.

—¿Quieres comprobar cómo rompes tu promesa? —Se acerca a ella y la agarra por el cuello con una mano empujándola hacia la pared—. ¿De verdad no quieres besarme?

La mirada de desconcierto de Steff no le detiene. La apoya contra la pared sin soltarle el cuello y con la otra mano le suelta el pelo. Ella gime, incapaz de no sentir cómo el deseo crece en su interior hasta convertirse en un fuego que le quema hasta las pestañas.

Se pega a ella con avidez y Steff le mira con ansia y deseo.

—¡No quiero besarte! —grita enfrentándose a su mirada sin pestañear—. Eres el tío más gilipollas con el que me he cruzado. ¡No quiero nada contigo!

Afloja un poco la presión en su cuello y baja la otra mano hasta colarla por dentro de la camiseta de Steff y acariciarle el vientre. Ella suelta un gemido sin hacer nada para impedirse.

—Te mueres por un beso —susurra acercando su boca a la suya y lamiéndole el labio superior—. Admítelo princesa.

—¡Eres un cabrón! —Le quita la mano asestándole un manotazo en el

brazo y se remueve en la pared para soltarse de la sujeción en el cuello—. ¿Te crees que esos juegos funcionan conmigo? Quizás soy virgen, pero no una tonta que se derrite con un poco de sado.

—¿Sado? —Suelta una carcajada para ocultar cómo le excitan esas reacciones—. Si quieres te enseño qué es el sado de verdad.

Un gemido, un lametazo sensual en su labio superior y vuelve a componer una expresión guerrera que enciende a Swan hasta casi la locura.

—Suéltame. —Casi no le sale la voz cuando la mano de Swan se enreda en su pelo por la coronilla y tira de él para apoyarle la cabeza en la pared—. No voy a besarte.

Debería gritar, patalear, escupirle a la cara cuánto le duelen los tirones, pero Steff siente cómo su cuerpo se agita con esos gestos y cómo le sube un calor desde la entrepierna hasta abrasarle cada rincón de su cuerpo.

Es deseo.

Un deseo intenso, doloroso, lleno de ansiedad.

—¿De verdad quieres que te suelte? —Swan se contiene y da un paso atrás.

Ella levanta la mano, la acerca a su pelo y también le da cuatro tirones fuertes con deseos de hacerle daño mientras le rodea la cintura con el otro brazo para volver a acercarlo a su cuerpo con una declaración de intenciones. Él gruñe con una sonrisa lasciva. Le suelta la garganta con la respiración descontrolada. La aprieta con su cuerpo contra la pared para sentirla y acerca la boca a la suya para susurrarle las palabras a pocos milímetro de sus labios, rozándola.

—Te quiero princesa. —La mano de debajo de la camiseta la acaricia con ansiedad—. Te quiero tanto que hasta me duele el puto corazón. Bésame.

—¡Ni muerta! —Aparta la cara gimiendo.

Siente cómo los labios de Swan se posan en los suyos y su respiración se descontrola. Es incapaz de decirle que pare, a pesar de la beligerancia en su cara y en su voz no puede privarse de sentir su aliento acariciarla, el calor de su boca contra sus labios, la necesidad ávida de devorarle que la posee. Su cuerpo se calienta con la cercanía de Swan, con sus caricias, con su aroma embriagándola.

Ahoga un gemido.

Swan necesita que ella se ablande, que le regale su boca, sus labios, sus besos y su cuerpo. Siente cómo se estremece, cómo tiembla de ardor y necesidad, cómo el deseo aumenta con el paso de los segundos.

—¿Quieres que te suelte? —pregunta acariciándole el rostro con sus palabras—. Pídeme que me vaya y me iré. Solo has de decirlo Steff.

No puede. Quiere tenerle ahí, besarle, permitirle que siga tocándola y haciéndola arder entre sus brazos.

Levanta la mirada para fijarla en la de él con una mueca airada, sin permitirle entender sus sentimientos. No habla. Prefiere seguir sintiéndolo.

—Pídeme un beso. —Swan le da un pequeño azote en el muslo que ella recibe con un gemido—. ¡Pídemelo!

—Soy fiel a mis promesas.

No baja los ojos, no los cierra, no se amedrenta y Swan siente cómo el deseo le impide respirar sin resollar. Un gemido acompaña la negativa de Steff mientras se muerde el labio con fuerza y le mira deshaciéndose en mil pedazos.

—¿Quieres que me vaya a mi habitación? —Se aparta un poco hacia atrás para separar sus cuerpos—. ¿O prefieres besarme?

La mirada de Steff deja claro que no está de acuerdo con esa separación.

—No sabes con quien juegas. —Baja la mano hasta su entrepierna y aprieta un poco provocándole una descarga de placer—. No soy una niña con miedo al sexo ni voy a abrirme de piernas así de fácil. —Acaricia con lascivia su pene sobre los pantalones arrancándole varios jadeos—. ¿Es esto lo que quieres? ¿Así te sientes mejor?

—Quiero más. —Vuelve a agarrarle del pelo para tirar de él y dejar el cuello al descubierto para lamérselo con lujuria—. ¡Mucho más! Te quiero Steff, no voy a largarme de tu lado otra vez porque solo existes tú para mí.

—¡Eres un gilipollas! ¡Un prepotente! ¡Un cabrón! —La voz se le funde con lentitud—. ¡No vuelvas a acercarte a mí!

—Solo has de decirme que te deje y me iré a mi habitación. —Sus labios acceden a la piel del cuello llenándolo de besos suaves—. Solo has de pronunciar una palabra para alejarme de ti. Porque si no me detienes ahora ya no serás capaz de hacerlo.

Steff gime con necesidad.

Le desafía con sus ojos ansiosos mientras siente cómo por su interior se propaga el deseo. Le abraza por la cintura y le acerca hasta que sus cuerpos pegados solo amplifican esa sensación de pertenecerle, de ser parte de él.

—¡Te odio! —Apenas logra componer un susurro.

Swan la levanta en brazos, agarrándola por las nalgas con fiereza, la lleva hasta la cama y la tira encima. Se quita la camiseta antes de sentarse a

horcajadas sobre ella, atrapando sus brazos con las rodillas, y baja la cara hasta respirarle sobre la suya.

—Si supieras las veces que he imaginado esto...

6

Debería pararle, no permitirle convencerme tan rápido, contenerme y no perdonarlo con esta facilidad. Sin embargo no puedo hacerlo porque hasta la última migaja de mi ser suspira por llegar a su boca.

Le deseo.

Quiero que me bese, que me toque, que vuelva a tirarme del pelo, a darme un azote, a lamirme, a hacerme vibrar con sus caricias.

Tengo calor.

Me quemo.

Es como si mi cuerpo acabara de entrar en combustión y solo sus besos y sus caricias nada tiernas pudieran apagar un poco las llamas.

—¡Eres un cabrón egocéntrico! —La voz me sale ronca de deseo—. No te perdonaré nunca.

Saca la lengua para lamirme el labio superior provocándome una sacudida de placer. No cierro los ojos ni rebajo mi furia en ellos ni muestro cómo deseo besarle, pero mi respiración revela mi estado de entrega absoluta a él.

Jadeo, gimo, resuello.

Es como si mis pulmones necesitaran más aire del habitual, como si mi corazón quisiera partirme el pecho, como si cada molécula de mi cuerpo se rebelara en contra de mi intención de mantenerme firme.

—Llevo un año soñando con esta boca. —Acerca la suya hasta casi un milímetro—. ¿Vas a negar que tú también te mueres por besarme?

El contacto de sus labios sobre los míos es un atentado contra mi intención de mantenerme firme. Si no se aparta voy a explotar de deseo.

Siento su cuerpo sobre el mío, llenándolo de un calor imposible, su respiración sobre mi boca, su corazón acelerado a través de nuestros pechos unidos. Y el deseo se expande, me vuelve loca, me llena de una necesidad extrema de besarle. Pero no quiero ceder, no voy a darle esa satisfacción.

Abro la boca y le agarro el labio inferior con los dientes. Los aprieto hasta que el regusto amargo de la sangre me llena el paladar. Él no se resiste. Gime, gruñe y se deshace como si este gesto solo consiguiera excitarle cada vez más.

Vuelve a agarrarme del pelo, tira de él y siento cómo el dolor acelera mi respiración e incrementa mi necesidad de besarle.

Le suelto el labio con una mirada llena de desafío y lujuria desenfrenada. Él me estira el pelo hasta levantarme mucho la cabeza. Me mira un segundo con jadeos roncós. La sangre se escapa de su labio para dejar caer gotas sobre su barbilla y se deslizan por ella hasta mi cara.

Se acerca a mis hombros, abre la boca y me muerde con poca delicadeza. Sus dientes me pellizcan la piel produciéndome una mezcla de dolor y éxtasis, como si fueran los substitutos a los besos que necesito. En mi vientre siento cómo crece una bola de deseo que poco a poco desbanca mi determinación.

Gimo.

Intento soltarme de la sujeción de las manos para acceder a su piel.

Necesito tocarle. Si no lo hago me volveré loca.

Necesito sentir sus labios sobre los míos. Besarle, lamerle, morderle, permitirle que me muestre hasta dónde es capaz de darme placer.

Necesito dejarle marcas en la piel, arañarle el torso desnudo.

Necesito apretarlo fuerte contra mí mientras me devora.

Necesito poseerle y que me posea.

Él afloja un poco la presión de sus rodillas en mis muñecas al comprobar mi intención de tener las manos libres, sin dejar de morderme una y otra vez en el hombro derecho agrietándome la piel. Sus dientes me enloquecen. Es como si el dolor mezclado con la necesidad me azotara con descargas de lujuria, como si mi cuerpo se hubiera vuelto un ente independiente, caliente, perverso.

Cuando consigo liberar las manos las coloco en su espalda para recorrerla con las uñas, clavándoselas en la piel. Llego al culo y le pellizco las nalgas con fuerza, hasta escuchar un gruñido seguido de un jadeo ronco de placer.

—Suplícame un beso. —Sube la boca por el cuello dándome pequeños mordiscos que no llegan a profundizar.

—No voy a volver a besarte nunca —susurro subiendo las manos hasta su cabello para tirar de él con fuerza y separarlo de mi piel.

Lucha contra la fuerza de mis dedos en su pelo para acercarse a mi boca. Sus manos me levantan la camiseta del pijama para acceder a mi piel.

—¡Suplica de una puta vez! —Apoya sus labios en los míos y yo bajo las manos hasta la nuca para apretarlo contra mí—. Necesito que me beses, que me toques, que me desnudes, que vuelvas a morderme.

—Jamás.

Le suelto el pelo, levanto los brazos y le permito que me quite la camiseta del pijama para quedarme desnuda de torso. Sentir su piel contra la mía es como si una sacudida me asolara fundiendo mi consciencia un segundo. Le clavo las uñas en la espalda con fiereza y la rasgo gimiendo.

—Bésame Steff.

Me coloca la boca sobre la mía y su lengua me lame los labios con avidez.

Me quemo.

¡Joder!

¡Voy a explotar!

¡Necesito besarle!

Cierro la boca con fuerza mientras su lengua me deshace con lametazos lentos sobre el labio superior. Luego empieza a toquetear el inferior produciéndome una calentura imposible. Necesito cazar esa lengua, es una necesidad extrema. Sin embargo aprieto los labios y los dientes, bajo las manos y le azoto con las palmas abiertas en las nalgas.

—¡Bésame! —Gime agarrándome las muñecas para estirarlas sobre mi cabeza—. ¡Steff bésame de una jodida vez!

Ejerce una fuerza brutal en las muñecas. Siento cómo sus dedos se crispan en ellas, cómo su deseo se expande en ese gesto, cómo su cuerpo tiembla sobre el mío.

Y entonces sé que no voy a resistirme un segundo más.

Abro los labios para recibir su lengua, entregándole hasta la última brizna de aire de mis pulmones. Sus besos codiciosos me roban la voluntad y el alma.

Jadeo, exhalo, me ahogo.

Me suelta los brazos para bajar su mano hasta mi pantalón y quitármelo moviéndose encima mío, sin abandonar mis labios ni dejar de jugar con su lengua dentro de mi boca.

Estoy desnuda para él, sin ropa, sin capacidad de negarme a entregarle hasta la última porción de mi cuerpo. Es como si una hoguera me abrasara y solo él tuviera agua para sofocarla.

Se separa a un lado para tocarme la piel con un estremecimiento. Sus dedos exploran mi vientre, bajan hasta mi sexo y encuentran mi centro de placer. Sus movimientos me arrancan gemidos extasiados. Un ardor me sube por las entrañas. Contraigo el vientre y los muslos, tenso hasta la última fibra de mi cuerpo para sentir cada una de sus caricias que me licuan en una

sucesión de placenteras sensaciones.

De repente siento que estoy a punto de explotar. Es como si la realidad se fundiera en la nada para regalarme un placer infinito.

Grito cuando llega el brutal estallido que se expande con oleadas de un goce infinito. Agarro las sábanas con los puños y tiro de ellas arqueándome mientras me estremezco con varias sacudidas que escalan por mi cuerpo hasta poseerlo por completo. Mis gemidos extasiados acompañan cada espasmo, cada sensación, cada zarandeo.

—¿Esto es un orgasmo? —pregunto aflojándome cuando su dedo deja de moverse—. ¡Joder! ¡Quiero más! Entra dentro de mí, hazme el amor.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Sonríe antes de levantarse para deshacerse de su ropa y coger un preservativo del bolsillo del vaquero. Me lo enseña. Observo su cuerpo con la respiración cada vez más agitada. Está musculado, con el tatuaje de un sol en un hombro y el de la Fuerza Aérea en el otro.

Me levanto, me acerco a él y le lamo el pecho como si no fuera una inexperta, como si llevara toda la vida excitando a los tíos, como si no fuera la primera vez que veo a uno desnudo. Él me agarra del pelo, me levanta la cabeza y empieza a besarme en el cuello con desespero, sin soltarme, convirtiéndome en gelatina entre sus dedos.

Sus manos bajan por mi cuerpo, lo recorren con demasiada fuerza, lo hieren, lo queman, lo abrasan mientras la boca empieza a mordisquearme la piel en un camino directo hasta mis pechos. Le agarro las nalgas y le clavo las uñas en ellas, desgarrándole la piel cuando sus dientes erizan mi pezón.

Me rodea la cintura con sus brazos para levantarme en el aire y yo le cerco la cadera con mis piernas, embriagada ante la fuerza que ejerce en mi melena. Me lleva hasta la mesa, me sienta en ella y rasga en envoltorio del preservativo con la boca.

—Voy a ir despacio —dice controlando como puede la voz—. Si te hago daño me avisas.

Le quito el condón, bajo la mano hasta su pene, lo cojo y lo cubro con él para demostrarle hasta dónde soy capaz de llegar para darle el mismo placer que él a mí. Me muerdo el labio con una sonrisa traviesa. Le lamo los suyos con lascivia y me abro de piernas sobre la mesa para ofrecerme a él sin reservas.

Se acerca y me embiste con cuidado. Siento cómo se contiene para no

herirme. Sus movimientos son lentos, suaves, devastadores. Le rodeo la cintura con las piernas para acercarlo más a mí y marcar un ritmo más rápido. Siento cómo entra y sale, cómo penetra en mis entrañas y cómo un dolor insoportable me desgarrar por dentro.

—¿Estás bien? —Se detiene al descubrir mi mueca de dolor—. ¿Quieres que pare?

—No. —Niego con la cabeza—. Ya te lo he dicho, quiero hacerlo. Quiero que seas el primero.

Me levanta en brazos para llevarme hasta la cama. Me estira y me acaricia las mejillas mientras vuelve a entrar en mí con suavidad. El dolor desaparece con lentitud y empiezo a sentir calor otra vez, el cuerpo encendido, las llamas desgarrarme la piel.

Sube el movimiento de intensidad, me embiste con mayor fiereza y yo me muevo con él, intento acoplarme a su ritmo para aumentar el placer que se expande por mi cuerpo.

Cuando empieza a gemir siento una nueva oleada de sacudidas en mis músculos. Me aqueo de nuevo y me rindo al orgasmo clavándole las uñas en las nalgas. Él se deja ir gimiendo cada vez más alto, sin dejar de moverse en mi interior.

—Te quiero Steff —susurra—. No volveré a cagarla, te lo prometo.

Me abraza y me siento flotar en una nube.

Nos quedamos unos minutos estirados en la cama sin hablar. Es como si el peso de lo sucedido hace unos minutos nos sumiera en una especie de trance. Swan está boca arriba y yo de lado, acurrucada contra su cuerpo desnudo.

Todavía tengo las sensaciones pegadas a mi piel. Cada una de sus caricias, de sus moriscos, de sus besos y de sus arremetidas sigue recorriéndome el cuerpo con sacudidas intensas.

—¿El sexo siempre es así? —pregunto acariciándole el torso desnudo—. Pensaba que era algo más suave, no una experiencia tan brutal. Cuando me has agarrado del cuello no me he cabreado, solo quería besarte, desnudarte, tocarte. Era una sensación visceral, como si me quemara por dentro.

—Hay mil maneras de practicar sexo. —Su mano recorre mi piel, estremeciéndola—. Cada pareja decide el grado de morbosidad que le quiere añadir. Cuando he entrado en la habitación estabas cabreada, por eso no querías ceder con facilidad.

—Todavía estoy cabreada —puntualizo—. No puedes pretender que me

olvide de este año por un polvo. —Abro mucho los ojos con un suspiro—. Aunque ha sido el primero de mi vida y quiero repetir mil veces.

—¿Un polvo? —Gira la cara para mirarme levantando las cejas—. ¿Solo ha sido eso para ti?

—El polvo más acojonante de mi vida, pero sí, un polvo. Nada más.

—No tienes con qué comparar. —Suelta una carcajada.

—Por eso ha sido el mejor de mi vida. —Le doy un punto de sarcasmo a la frase—. En pocos días quizás no deje de ser uno más de mi colección. ¿O te crees que me voy a quedar solo con una experiencia?

—Podemos repetir siempre que quieras.

Desciendo mis caricias hacia más abajo de su vientre y jugueteo con el vello genital. Él gime acelerando la respiración.

—Yo no he dicho que quiera repetir contigo. —Tuerzo la boca en una mueca malvada—. Te acabo de explicar que solo ha sido un polvo.

Se coloca encima de mí en un movimiento furioso, me agarra las manos al lado de la cara y me mira a un centímetro de distancia.

—No acabamos de follar y ya está Steff. Y tú lo sabes. —A pesar de que lucho con todas mis fuerzas para contenerme mi cuerpo reacciona con rapidez, excitándose—. Hay una diferencia importante entre un polvo y hacer el amor.

—Pues para mí solo ha sido un polvo. —No rebajo la dureza de mi mirada—. Porque no te quiero. Ya no.

—No puedes seguir negando lo que sientes. —Sus labios casi me rozan y me vuelvo a calentar, con unas llamaradas que se concentran en el vientre—. He vuelto dispuesto a todo para recuperarte. Y sé que me quieres Steff, tanto o más que yo a ti.

—Estás demasiado seguro de ti mismo. —Sonrío con una escalada de mis latidos—. Y yo no soy una niña buena, nunca lo he sido. Probar el sexo contigo ha sido acojonante. Me ha encantado que fueras el primero. —Curvo los labios con malicia—. Ahora voy a salir ahí fuera a buscar al tío de mis sueños.

—No me voy a dar por vencido con tanta facilidad. —Su voz es un susurro apagado—. He pasado uno de los peores años de mi vida. Cada noche me dormía suplicando que no hubieras encontrado a otro.

—¿Quién te dice que no lo he encontrado?

Baja la boca hasta mis labios, la apoya y siento cómo su lengua atraviesa mis defensas en dos segundos para llenarme de gemidos. Mis manos necesitan tocarle la espalda y las suyas buscan el contacto con mis costados.

El beso me sorbe el aire, me chupa la sangre, me llena de una perversa necesidad de hacerle mío y ofrecerle hasta la última gota de mi voluntad. Es como si mis neuronas se fundieran con las sensaciones que recorren mi piel, como si su lengua fuera la fruta prohibida de mi paraíso particular.

Cuando se aparta y vuelve a estirarse boca arriba a mi lado tiemblo de deseo. Me coloco de lado, con el codo apoyado en el colchón y la cabeza suspendida sobre mi mano.

—Te portaste como un cabrón conmigo. —Mi mirada intenta mantener las distancias entre los dos. Parece que sabe leer en ella con demasiada facilidad y no voy a permitirle apoderarse de mí sin mostrarme luchadora—. Te largaste sin darme la posibilidad de buscar una solución menos dolorosa a nuestra situación.

Ladea el cuerpo para mirarme a la cara. Pasea la yema de los dedos por varios mechones de cabello con suavidad.

—No la había Steff. Te quise desde el primer instante, cuando te enfrentaste a mí en el Maggi's. ¿Recuerdas qué me dijiste?

—*¡Deja de comportarte como un gilipollas! ¡Kris está herida y no necesita a un soldado asesino!* —Sonrío al evocar ese momento y no logro evitar una sacudida en mi cuerpo al mirarlo—. Estaba asustada, pero cuando te miré me estremecí. Me había fijado otras veces en ti, eras el tío irascible que siempre estaba de mala leche y acababa peleándose con alguien. Cada vez que nos encontrábamos te comía con los ojos porque me despertabas una atracción intensa. Algunas noches aparecías en mis sueños, como si hubieras penetrado en mi interior sin conocerte. Y ese día en el Maggi's, cuando le escupí a la cara al cabrón que acababa de apuñalar a Kris y me apartarse de él a la fuerza, empecé a sentir algo muy fuerte por ti. —Cierro los ojos al revivir las sensaciones de mi cuerpo en ese instante—. Fue algo increíble.

—Nunca había conocido una tía como tú. —Me besa en la frente—. Lista, decidida, capaz de luchar con uñas y dientes por lo que quiere, sensible y con una manera sorprendente de sonreírle a la vida. Tienes un entusiasmo contagioso. —Las yemas de sus dedos me acarician los labios—. Me gusta cómo se te iluminan los ojos al mirarme, princesa.

—¿Por eso estás loco por mí? —Sonrío pícaro—. Soy más de la edad de tu hermana que de la tuya, nos llevamos trece años. Pensaba que me considerarías una niña.

—Después de lo que acabamos de hacer no voy a mirarte nunca más como a una cría.

Con la yema del dedo sigo el contorno de su cuerpo. Me encanta cuando se agita por las cosquillas. Él pasea sus dedos por mis pechos.

—¿Te gusta el sado? —Arqueo un poco las cejas y abro mucho los ojos, con curiosidad.

—Un poco. En su justa medida tiene su punto, pero no soy de los que buscan dominar a una tía, solo jugar. —Me mira con una sonrisa traviesa—. Un poco de dolor puede aumentar el placer, ya lo has visto.

Aprieto los labios con una mueca de pánico.

—A mí eso de dominar y que me dominen no me va demasiado... O ese creo. —Suspiro—. Siempre me ha gustado ser libre para tomar mis decisiones y supongo que para convertirte en sumisa de alguien necesitas ser de otra manera.

—En el sexo juegan dos personas y ambas deciden donde están sus límites. —Su tono de voz sensual me incita a volver a probar sus labios—. Nosotros podemos buscar cómo nos gusta, hablarlo y saber hasta dónde quiere llegar cada uno para disfrutar del sexo.

—Me ha gustado morderte el labio. —Le toco la herida con delicadeza—. Y tus mordiscos me han excitado muchísimo. Pero ahora no voy a poder ponerme tirantes una temporadita. ¿Se ven mucho?

Acaricia las heridas con la yema del dedo.

—Cuando te vea con manga corta sabré que eres solo mía.

—No flipes. —Estiro el brazo y apoyo la cabeza en el colchón—. De momento solo hemos follado. De eso a ser tuya...

—Princesa, los dos sabemos lo que hay.

—Sexo. Nada más.

Me abraza para acercarme a su cuerpo. Tiemblo. Me quemo. Me sube una calentura por la piel que me llena de la ansiosa necesidad de volver a sentirlo dentro de mí. Pero antes muerta que admitir mis sentimientos. Debo protegerme, evitar que vuelva a destrozarme.

—Me gusta el sexo —musita cerca de mis labios—. Y lo que acaba de pasar entre nosotros me demuestra que a ti también. Pero aunque no quieras admitirlo los dos sabemos que hay mucho más entre nosotros.

—Solo hemos follado. Has sido un perfecto instructor para mi primera vez.

Su mirada se llena de una emoción difícil de explicar. Es como si tuviera una mezcla de sentimientos en ella, como si oscilara entre varias muy dispares entre sí. Amor, deseo, necesidad, dolor, ansiedad, determinación. Me acaricia

la piel con delicadeza y se queda callado durante unos instantes que me parecen eternos.

—A veces nos cuesta saber qué hay de real en nuestras vidas. —Su voz adquiere un tono sincero, como si necesitara vaciarse de esa turbulencia sentimental que le golpea—. Cuando te dejé ese día en el Maggi's estaba hecho una mierda. Te quería, pero todavía no había asimilado lo de Tess ni tenía la capacidad para asumir lo que sentía por ti, necesitaba espacio y concederte la oportunidad de vivir de otra manera.

—Fue el peor cumpleaños de mi vida —admito—. Cuando llegué a casa me estiré en la cama, tu cama de joven, y no podía dejar de llorar. Tu padre no había quitado los posters de la pared porque quería conservar ese espacio como tú lo dejaste y yo tampoco los había sacado. Ese día me ahogaba verlos porque eran una parte de ti. No quería sentir cómo me rompía, cómo un vacío doloroso se extendía por mi cuerpo. Te necesitaba, Swan. Creo que nunca he sido tan consciente de mis sentimientos ni me he sentido tan desamparada como en ese instante.

—Era lo mejor para los dos. Pero si algo tenía claro cuando me subí al avión para irme de Fort Lucas era que estaba abandonando al amor de mi vida. Y no ha pasado ni un solo día desde entonces en el que no constatará ese hecho. —Acerca su boca a la mía con delicadeza. Escucho el latido acelerado de su corazón, su respiración jadeante, la mía a punto de colapsarse—. Necesito quedarme a tu lado para siempre, Steff. Necesito que seas mi chica. Necesito no volver a dejarte jamás. Te quiero demasiado para perderte de nuevo.

Inspiro hondo. Mis instintos me llevan a abrir la boca para devorarlo, a dejarle entrar en ella, a invadir cada pedazo de su cuerpo. Pero no puedo. Soy incapaz de olvidarme del todo de lo sucedido, de ese dolor punzante que me ha acompañado desde su desertión, del miedo a dárselo todo para que me lo arrebatase con un simple movimiento. No quiero volver a perderme entre mis deseos de pertenecerle y cederle otra parte de mi alma en el camino. Si lo hiciera el vacío me engulliría hasta hacerme desaparecer.

—Solo ha sido una noche, Swan. —Me separo de él para levantarme de la cama con la necesidad inmediata de alejarme de él—. Un polvo. Nada más.

Desaparezco en el baño para no confesar cómo cada átomo de mi cuerpo se rebela en contra de mis palabras. Me quedo de pie frente al espejo mirándome, con los ojos húmedos y la adrenalina dejando un reguero de ansiedad en mi cuerpo.

Quiero más besos, más declaraciones de amor, más tensión entre nosotros. Quiero repetir una y mil veces con él. Solo con él. Quiero sentir su piel caliente sobre la mía, cómo sus besos me sorben hasta los sesos, esa mezcla entre dolor y lujuria que desatan sus mordeduras, sus tirones de pelo, su manera de hacerme el amor.

No podría hacerlo con otra persona aunque lo intentara. Mi cuerpo, mi mente, mi corazón, mi conciencia y mi voluntad son suyos.

Es como si se hubiera tatuado en mi interior.

Le amo. Le necesito. Deseo regresar a la habitación y volver a sentir sus manos sobre mi cuerpo, estremecerme con sus besos, sentir la fuerza de su juego malicioso. Es un deseo que me oprime la tráquea para obligarla a resollar. Un deseo superior a la razón.

Pero no voy a mostrarme vulnerable ante él ni a darle a entender que le perdono por haberme destrozado. Eso sería darle permiso para volver a romperme. Y esta vez no creo que lograra salir a flote.

7

Ha sido mil veces mejor que en sus sueños. Steff nunca deja de sorprenderle. Tiene esa mezcla de frescura y perversión que le atraparon desde la primera vez que la vio. Hacer el amor con ella ha despertado una explosión de sensaciones en su cuerpo, estremeciéndole hasta los cimientos.

La ama. No hay nada que le impida darse cuenta de cuánto. Le gusta su fuerza, su energía al encararse a los retos, esa manera tan suya de fruncir el ceño cuando se enfada y el mohín que hace con la boca al jugar con las palabras. Le pone como ninguna otra. Ha batido todas sus expectativas mostrándose como una tigresa en la cama.

Y quiere más.

No se conforma con una vez ni con cuatro ni con diez mil. Necesita asegurarse de tenerla a su lado el resto de sus vidas. Necesita conseguir una promesa de sus labios en vez de escuchar una y otra vez cómo insiste en etiquetar lo suyo como algo pasajero. Quiere construir una relación sólida con ella y no puede aceptar sus palabras en contra porque el dolor es demasiado punzante al imaginarse mañana sin ella.

Se levanta de la cama para descubrir por qué tarda tanto. Hace más de diez minutos que está encerrada en el baño.

—¿Steff? —Llama a la puerta antes de entrar—. ¿Estás bien?

La encuentra agarrada con las dos manos a la pila, mirándose al espejo con una expresión ansiosa. Mueve las pupilas a través del cristal hasta posarlas en él y curva la boca en una sonrisa tensa.

Recorre la perfección de su cuerpo desnudo con la mirada y enseguida siente crecer el deseo, la avidez, ese anhelo imposible de detener.

—Deberías marcharte a tu habitación —musita Steff—. Estoy cansada. Quiero ducharme y meterme en la cama.

—Prefiero dormir contigo. —No va a aceptar ese final ni se marchará de su lado sin luchar hasta el último aliento para retenerla.

—Y yo prefiero que te largues. —Le dedica una mirada penetrante a través del espejo—¡Entérate! ¡Ha sido solo un polvo! ¡Un único y jodido polvo! Y sí, ha sido increíble, pero ya está, no hay más. Se terminó. Un poco de sexo no te da derecho a quedarte a dormir aquí.

Avanza hasta ella, la rodea por la cintura y apoya el torso en su espalda. Le separa unos cuantos mechones de pelo del cuello con la barbilla para besarla arañándole la piel con los dientes sin llegar a dejarle marcas. La necesita demasiado para aceptar sus palabras.

—Vamos princesa, basta de esta pose. —Baja las manos por el vientre sintiendo cómo su cuerpo se estremece de necesidad y deseo—. Nos queremos y podemos encontrar la manera de ser felices juntos.

—No puedes aparecer y desaparecer de mi vida cuando te da la gana. —Respira muy rápido cuando siente sus dedos acercarse a la entrepierna—. Me hiciste mucho daño Swan y pretender que lo olvide todo en una noche es demasiado ambicioso.

—Muerdo por estar contigo. —Juguetea con el vello disparándole jadeos de anticipación—. Por besarte, por abrazarte mientras dormimos juntos, por llevarte de la mano por la calle. —Con la punta de la lengua le recorre el cuello. No piensa darse por vencido, va a conseguirla para siempre y si ha de recurrir a seducirla para quedarse a su lado lo hará porque irse ahora, renunciar a reconquistarla, escuchar cómo tilda lo sucedido esta noche de pasajero le hundiría en la mierda—. Por follar contigo una y mil veces. Solo tú puedes hacerme sentir entero y no voy a renunciar a ti nunca. Porque te amo, Steff Nelson. Solo tú habitas en mi corazón.

—¿Has visto cómo solo era un polvo? —Se muerde el labio alargando la cabeza para permitirle acceder mejor a su cuello—. ¡Hasta tú lo reconoces! Lo nuestro es química sexual, nada más.

Sus palabras son jadeos llenos de avidez.

—¿Por eso acabas de acostarte conmigo y no me has parado a tiempo? —Le susurra al oído sintiendo cómo su deseo se convierte en un ente voraz con vida propia que le consume hasta despertar la fiera que lleva dentro—. Me quieres princesa. Todavía recuerdo cuando me dijiste que la primera vez sería por amor.

—Entonces no sabía lo que me perdía. —Gime cuando el dedo de Swan juguetea entre sus piernas—. Me he dado cuenta de que no podía cumplir los dieciocho sin pegar el polvo de mi vida. Y un tío de treinta experimentado me ha parecido la mejor manera de perder la virginidad.

Se separa un poco de ella y le da un azote en las nalgas con la mano libre. Ella emite un gritito mezclado con un gemido.

—Cada vez que mientas te castigaré. —Vuelve a apretar su cuerpo contra el suyo para que sienta su erección—. Ahora admite que estás loca por mí. Yo

lo estoy por ti y eso nunca cambiará.

Ella levanta la cabeza, la ladea un poco y agarra su barbilla entre los dientes. Aprieta hasta arrancarle un gruñido de dolor. Él no cesa su movimiento dentro de ella. Es suave, delicado... Solo busca calentarla, hacerla jadear y suplicar más. Es un juego perverso, uno que por unos segundos le otorga el poder sobre ella y le hace sentir parte de un nosotros.

—¿Crees que eres el único con armas para castigar? —Le lame la herida y él atrapa su lengua con la boca.

La besa con codicia. Steff le vuelve loco con sus desafíos constantes. El calor le abrasa mientras la deja sin aliento y gime dentro de su boca. Aumenta un poco el ritmo de su dedo y le acaricia los pechos con la otra mano.

Ella le devora con los labios, le sorbe el aire, le deja sin respiración. Utiliza las uñas para rasgarle la piel de las nalgas clavándoselas con fiereza a medida que siente las arremetidas del goce. Varios de sus gemidos se amortiguan entre los besos.

Sin abandonar su sexo, Swan sube la otra mano hacia el cuello para cercarlo. Aprieta un poco y siente cómo ella se abandona a una respiración acelerada mientras le desgarran la piel. Gime, jadea y resuella, como si la excitación la obligara a besarle más rápido, con más intensidad, con mayor necesidad de hacerle partícipe de su deseo.

Steff se detiene un segundo, aparta la lengua y rodea la de Swan con los dientes. Cuando aprieta un poco él se deshace, convirtiéndose en un cuerpo devorado por el deseo. Es un deseo perverso. No puede contenerlo ni rebajar sus pensamientos. No puede esperar más a tenerla.

Se separa de ella, abandona las caricias, su boca, su cuello, su lengua y le recorre la espalda con la yema de los dedos descendiendo con lentitud. Una vez llega a la cintura vuelve a subir las manos para ejercer presión en el lomo y estirar su torso sobre la encimera. La presión de sus manos es cada vez mayor, los dedos se hunden en su piel, apretando cada vez más, con fiereza.

Ella se somete a su voluntad, jadeando. Se queja un instante cuando su piel entra en contacto con la fría superficie, gruñe cuando le deja alguna marca en la piel y gime sin parar para mostrar su grado de excitación.

El culo en pompa le llama. Quiere comérselo a mordiscos, azotarlo, hacerlo suyo. Con la palma de la mano lo golpea con poca suavidad. Ella se agita con un chillido.

—No vuelvas a morderme sin permiso —susurra Swan—. Nunca más. O te castigaré.

Steff se incorpora con rapidez, se da la vuelta y se encara a su mirada. Sus ojos refluyen con determinación. Levanta la mano sobre la cabeza, le da con la palma en el muslo y le manda un beso juntando los labios en una mueca socarrona.

—Si tú me azotas yo te azoto. —Sonríe—. Soy feminista y voto por la igualdad.

—Princesa, aquí el único que castiga soy yo. —Respira con dificultad, se ahoga por los resuellos estresados que le llenan la tráquea—. Ahora bésame.

Ella da un paso hacia delante, le recorre los labios con la yema de un dedo y niega con la cabeza. Cada uno de sus desafíos solo consigue desencadenar una nueva oleada de deseo en Swan. Es la primera mujer que le planta cara con esa osadía, y le pone.

Le pone mucho.

Steff baja los dedos por el cuello hasta llegar a sus pectorales. Utiliza la uña para marcar una ese en su pecho hundiéndola lo suficiente para dejar una huella enrojecida en la piel.

—¿Quieres volver a follar conmigo? —Desciende con las dos manos hacia su sexo con una expresión lujuriosa que le provoca jadeos a Swan—. Entonces bésame tú.

Él hunde el vientre cuando ella agarra su miembro y la masajea sin amedrentarse.

—Princesa yo a ti solo te hago el amor. —Posa su boca sobre la de ella.

—Follas conmigo.

La besa con una pasión desmedida. No puede controlar sus ansias de entrar en ella con urgencia. Es como si fuera una diosa de la lujuria, como si supiera qué tuercas apretar para llenarle el cuerpo de avidez. La levanta en brazos para sentarla sobre la encimera. Ella le cerca con las piernas por la cintura entregándose a nuevos besos y caricias nada suaves, sin dejar de marcarle la piel.

—Voy a hacerte gritar de placer y me suplicarás una cita. —Se arrodilla en el suelo, le abre mucho las piernas y le indica que tire el cuerpo atrás.

—Es sexo, solo sexo. —Su voz casi es un lamento ronco de deseo—. No tengo intención de salir contigo.

—¿Estás segura?

Primero la humedece con un dedo, luego utiliza la lengua para lamerle el sexo y la concentra en el punto exacto de placer. Con toques cortos lo inflama,

encendiéndolo. Ella gime, alarga los brazos y le coloca las manos en el pelo, agarrándose a él. Le gustan los tirones, le palpitan en una erección imposible.

Aumenta un poco el ritmo cuando ella respira cada vez más rápido, atento a los ruiditos que salen de su boca. Cuando Steff tensa los músculos de las piernas y del vientre, Swan se levanta dejándola a punto de culminar.

—¿Quedamos el viernes? —Le pasea la lengua por el labio—. Te puedo llevar a cenar.

—Prefiero salir con mis amigos. —Sus palabras salen como jadeos atropellados—. Nosotros solo vamos a follar esta noche.

Swan le da un cachete en el muslo y pasea su mano por él, acercándose a la entrepierna sin llegar a tocarla, mientras con la otra mano le eriza el pezón. Steff arde, es una hoguera. Necesita que la toque, que vuelva a enloquecerla con su lengua, que la haga gritar. Está a punto de perder la compostura, de suplicar.

—¿Solo esta noche? —Él vuelve a arrodillarse y se acerca mucho a su sexo con la boca, sin llegar a tocarlo—. ¿Estas segura princesa?

Su lengua vuelve a estar dentro de ella, se mueve cerca del punto de placer. Steff siente una necesidad imperiosa de llegar al éxtasis, pero Swan la lleva al límite otra vez sin culminar, dejándola con el dulce tormento de estar a las puertas de un orgasmo.

—¿Aceptas la cita? —Swan le mordisqueea los muslos mientras desliza el pulgar por su sexo, acariciándolo con lentitud, tocándolo, haciéndolo arder.

Ella siente cómo su botón se dispara al sentir la caricia sobre él y cómo se apaga dejándola con una avidez implacable al deslizarse hacia abajo para volver a empezar. No resiste un segundo más, necesita sentir la explosión, dejarse ir, tener un orgasmo épico. Si sigue acariciándola así acabará perdiendo la conciencia.

Se incorpora un poco, jadeando, y le clava las uñas en los hombros con fiereza.

—¡Saldré contigo! —grita al borde de la desesperación—. ¡Seré tu chica, no volveré a pedirte que te vayas de mi habitación! ¡Pero acaba de una jodida vez!

Él sonríe y obedece utilizando la lengua.

La explosión de Steff es ardorosa. La siente contraerse, sacudirse, zarandearse, llenarse de oleadas de placer y sigue moviendo la lengua sin detenerse hasta que ella se relaja.

Se levanta, le recorre el cuerpo con las manos y saborea sus labios.

—Ahora voy a hacerte el amor. Y no voy a ser suave como antes.

Ella le agarra las nalgas con los pies y le obliga a acercarse más a su cuerpo.

—No sé a qué estás esperando —le susurra al oído poniéndole la lengua dentro.

—Hay que ser un imbécil para mantenerse un año lejos de ti.

La embiste con fiereza, acompañado por sus piernas que le exigen más rudeza. Entra y sale de ella con brusquedad, al ritmo de sus jadeos, escuchando cómo la cabeza de Steff se golpea contra el espejo. La agarra por la cintura y la levanta sin salir de ella. La apoya contra la pared de cristal de la ducha y mueve sus caderas con frenesí, clavándose en su interior, haciéndola jadear.

Cuando el momento se acerca acelera sus acometidas, le clava los dedos en las nalgas y gime enloquecido al dejarse ir, acompañado de los gritos extasiados de Steff.

—Joder princesa. —Suelta una exhalación abrazándola cuando las oleadas de placer descienden hasta desaparecer—. No sé qué coño me haces, pero solo pienso en volver a empezar.

—¿Por qué me llamas princesa? —Levanta las cejas besándole en la comisura de los labios—. Soy una chica mala, ya te lo he demostrado...

—Porque me he pasado un año pensando en ti. —Ella baja las piernas y se apoya con la espalda en la mampara de la ducha sin deshacer el abrazo—. En mi mente eras de la realeza, una princesa intocable que se colaba cada noche en mis sueños.

—Entiendo por qué te fuiste Swan, de verdad. —Tuerce la boca—. Pero Kris y yo llevamos toda la vida por ahí y no nos ha ido tan mal. Podríamos haber seguido juntos, siempre hay una manera de hacerlo.

—Era lo mejor. Mientras seas menor de edad lo que acabamos de hacer es un delito. Y si solo podía salir yo jodido no me importaba arriesgarme, pero exponerte a ti, a tu hermana, a mi padre, a Julia, a Zack y a la reputación de la base no era justo.

—Podrías haber venido a casa algún fin de semana. —Le acaricia la nuca sin dejarle separarse de ella—. Cada vez que hablabas con Rob por teléfono moría un poquito. No me quisiste a tu lado ni cuando cumpliste los treinta.

—Si te veía otra vez y te besaba sabía que acabaríamos así. Tus besos eran una tortura para mí porque solo pensaba en el después, en desnudarte, en

tocarte, en hacerte el amor.

—Más bien en follar, ¿no? —Levanta las cejas, juguetona.

—No Steff. Cuando uno folla enamorado hace el amor.

—Acabas de perder toda la credibilidad como tío duro. —Suelta una risotada—. Eres un sensiblero. Harías buenas migas con Kris.

La envuelve entre sus brazos, besándola.

—No me asusta admitir cuánto te quiero ni me parece de tío blando. —Compone una mueca tierna—. Irme de tu lado fue muy difícil y no ha habido un solo día en que no haya deseado esto.

—Si vuelves a largarte sin mi consentimiento te las verás conmigo. —Aprieta los labios—. Y enfadada de princesa no tengo nada.

—Me encantan las mujeres perversas. —La besa antes de encaminarse a la ducha.

Ella se acerca a la pila un momento para mirarse al espejo, suspira y se mete en la ducha con él. Su mente le da vueltas a las mil preguntas que la quemaban por dentro. Este año ha intentado reunir las piezas que le faltaban del pasado de Swan, esas que le presentarían el puzle completo de su alma y hay una que destaca entre todas.

—¿Cómo era Tess? —pregunta abrazándole—. Cuando nos conocimos hablabas bastante de lo sucedido, pero nunca lo hacías sobre ella o sobre vuestra relación.

Swan se toma un momento para ordenar sus sentimientos desbocados. Pensar en Tess todavía le duele. La quería, creía que había encontrado su pareja ideal, pero al conocer a Steff se dio cuenta de qué era un amor de aquellos que arrasa con tu cordura, uno de esos de los que su hermana Julia habla siempre.

—Era muy diferente a ti —admite acercándose mucho a ella para abrazarla bajo el chorro de agua que cae desde una enorme alcachofa colocada en el techo. Si quiere que lo suyo funcione debe abrirle su corazón, pero le cuesta demasiado hablar del pasado porque siempre sentirá la culpabilidad crecer en su interior al recordar a su prometida—. Con ella yo era el que tomaba la iniciativa porque nunca se le hubiera ocurrido enfrentarse a mí. Era guapa, divertida, con chispa, pero le faltaba ese magnetismo animal que desprendes tú.

—Ibas a casarte con ella, debías amarla mucho.

—Perderla fue muy duro, pensaba que mi mundo acababa ahí. Estábamos enfadados cuando murió y tardé mucho tiempo en dejar de culparme. Me pasé

meses sumido en la mierda, hasta que te conocí. Si te pasara algo me volvería loco de dolor.

—Cuando te fuiste sentí como si me arrancaran un brazo. No podía comer, no podía sonreír, no podía dormir... Intenté salir otra vez con chicos, pero a la primera cita los comparaba contigo y ninguno me parecía suficientemente bueno. Y cuando les besaba no era lo mismo. Así que desistí al cuarto intento.

Los celos le agrían el estómago. No quiere ni imaginarse la posibilidad de que hubiera acabado saliendo en serio con alguno de esos tipos.

—Yo también me lie con muchas tías. —Ella se separa un poco de su cuerpo y le lanza una mirada airada—. Probé sexo cada vez más duro para sacarte de mi cabeza. Te juro que lo intenté, pero seguías siendo mi princesa intocable.

—Sigo teniendo diecisiete años, vivo en casa de tu padre, eres un soldado... —Curva los labios en una sonrisa pícaro—. Y solo hemos practicado un poco de sexo sin ataduras.

—En tres días cumples dieciocho y mi padre no te ha adoptado, así que ya no seré tu hermano de acogida. Además, no vivo en la misma casa que tú. —Coge el jabón para limpiarse—. Legalmente estaremos a salvo el martes. Entonces podremos ser una pareja normal, sin escondernos.

—Yo no he dicho nada de salir contigo en serio. —Pone morritos guasones—. Solo he aceptado una cita el viernes. Como no te lo cures voy a buscarme a otro que me dé placer. Y piensa que tiene que ser una cita muy romántica. —Se acerca a su oído para susurrarle—. Con postre picante.

La mano de Swan sale disparada hacia las nalgas de Steff. Le da un azote y ella suelta un gritito. Se acerca a él y le lame la herida del labio.

—Si quieres volvemos a empezar —dice mirándolo a los ojos—. Puedo devolvarte todos los golpes y hacerte sangrar, no lo olvides.

—No juegues con fuego princesa, te puedes quemar.

Terminan de ducharse charlando de la visita a Hollywood del día siguiente. Steff está emocionada con la idea de conocer el paseo de la fama, ver las estrellas de sus actores favoritos, hacer el tour de los estudios de cine...

—Kris, Dennis y yo soñábamos en ir juntos algún día cuando éramos unos críos. —Se seca con una toalla y coge otra para enrollarse el pelo mojado con ella—. Éramos adictos a las pelis y a las series que acababan bien. Bueno, Kris y yo todavía lo somos. De niñas sentarnos frente a la tele

para ver cómo los demás eran felices nos alegraba el día porque creíamos que teníamos posibilidades de encontrar una casa donde nos quisieran de verdad. —Suspira con melancolía—. Mañana solo nos faltará Dennis. Debería estar aquí con Kris.

La observa con deseos de acunarla entre sus brazos. Steff despierta su lado más salvaje y el más tierno.

—¿De verdad robaste una pistola para atracar una gasolinera? —La mira divertido secándose con la toalla—. Mi padre me lo ha contado. Condenaron a Kris a seis meses en el reformatorio por eso.

—Se inculpó para protegerme, pero se equivocó. —Inspira con profundidad—. Me dijo que no hubiera aguantado ni un día allí dentro, como si yo fuera una niña indefensa. Siempre ha sido demasiado propensa a protegerme, a pesar de que solo nos llevamos catorce meses se toma muy en serio lo de ser la mayor.

—Debió ser una experiencia horrible para ella.

—Antes de salir se pasó tres semanas en la enfermería por culpa de unas cabronas que le dieron la paliza de su vida. Si el capullo de Dennis no la hubiera jodido Kris jamás hubiera pasado por eso.

—¿Todavía tienes contacto con Dennis? Cuando salió de la cárcel volviste a acercarte a él, aunque estabas muy dolida por lo que pasó. —Cuelga la toalla y camina hacia ella—. Hablamos mucho de eso antes de irme y parecías muy cabreada con él.

—Es como mi hermano mayor, a veces incluso como un padre. Nunca dejaré de quererle en mi vida. Nos salvó a Kris y a mí de niñas cuando llegamos al orfanato. Sin él no sería tan fuerte ni decidida. —Se acerca al espejo para mirarse mientras se peina el pelo con los dedos—. La jodió al liarse con gente chungu, pero luego asumió su error y consiguió salir de la cárcel.

Observar su cuerpo desnudo le llena de deseo. Las gotas le resbalan por los hombros desde el pelo y se arrima un poco al mármol con el vientre para acercarse más al espejo. Le cuesta no excitarse de nuevo.

—Por su culpa os devolvieron al sistema y apuñalaron a tu hermana. ¿Cómo puedes perdonarle algo así y seguir enfadada conmigo por intentar protegerte?

—Lo de Dennis es mucho más complejo. —Utiliza una toalla para secarse las puntas del cabello—. Es parte de mi familia y nunca dejaré de quererle en mi vida. ¿Si Julia te la jugara encontrarías la manera de

perdonarla?

—¡Claro! —Asiente al entender dónde quiere ir a parar—. La gente se equivoca y es importante aprender a entenderla.

—Dennis vino a verme al salir de la cárcel y me lo explicó todo a su manera. —Suspira—. La había cagado muchísimo, pero estaba dispuesto a cambiar para volver a ser el de antes y desde entonces no ha vuelto a joderla.

—Yo tampoco la joderé otra vez. —La abraza por la espalda y apoya la barbilla en uno de sus hombros—. Quiero ser parte de tu vida para siempre.

—No sé si puedo olvidarme de lo que pasó sin más. Me destrozaste y no sabía cómo volver a unir las piezas rotas de mi corazón.

—Pues tendrás que encontrar la manera porque no voy a renunciar a ti.

Steff contrae la cara un segundo, suspira y cierra los ojos.

—Mañana no vamos a poder salir a la calle. —Al abrirlos se mira las marcas en los hombros en el espejo y cambia de tema con un millar de sensaciones invadiéndola—. Parece que nos hayamos peleado.

8

Tengo varias heridas en el hombro, la piel enrojecida y un brillo especial en la mirada. Observo por el espejo a Swan y me estremezco. Es guapísimo. Alto, fuerte, vigoroso, con unos ojos llenos de fuego y un atractivo salvaje que me enciende al observarlo. Pero la idea de admitir cuánto le amo todavía me aterra. Los recuerdos de este último año se me agarran con esa sensación de caer en el pozo negro de la desesperación, evocando cómo tenía mi alma en espera de alguna señal por su parte, cómo me rompía una y otra vez al enfrentarme a la ausencia de noticias y cómo necesitaba tenerle cerca.

Meneo la cabeza en busca de un poco de racionalidad y me dispongo a usar mi sonrisa para evitar que pueda leer en mi alma.

—Lo tuyo se arregla poniéndote manga corta. Yo parezco salido de una pelea. —Swan señala su labio con la mirada—. No tengo ni idea de cómo voy a explicar estas marcas de dientes.

—Di que has pasado una noche de sexo salvaje con una princesa. —Suelto una carcajada en un intento de aplacar las mil sensaciones encontradas que me sacuden—. Y que la has hecho enfadar.

Me besa en el hombro herido. Sus labios disipan otra vez mis latidos y aplacan con rapidez los pensamientos acerca del último año. Me agarro con fuerza a la pila para sofocar el fuego que me consume.

¿Va a ser siempre así? ¿Cada vez que me toque se excitará hasta la última fibra de mi cuerpo? Porque no tengo ni idea de cómo saldré a flote a partir de ahora sin él.

—Una princesa malvada. —Sube los besos hasta el cuello y contengo la respiración mientras levanto los brazos para cercarlo—. Mi princesa.

Muero por un beso suyo, por entregarle cada diminuta porción de mi voluntad, por pasar el resto de mi vida a su lado. Llevo un año soñando con esto y ahora soy incapaz de dar el paso decisivo porque no puedo permitirle salirse con la suya con esta facilidad o podría volver a partirme en dos. Me doy la vuelta y la toalla resbala dejándome desnuda. Necesito frivolar la situación para dejar de sentirme en la cuerda floja.

—¿Quieres que te deje chupe hasta la última gota de sangre del cuerpo? —Compongo una expresión traviesa y me propongo regresar a nuestros juegos

dialécticos.

—Princesa, si me dejas sin sangre no podré acompañarte en tu escapada por Hollywood. —Su boca se acerca a mi oído, donde me habla bajito—. Y me has prometido una cita el viernes. Necesito energía para prepararla.

—Tengo hambre. —Le coloco las manos en los hombros y le aparto un poco de mí—. Esto de follar abre el apetito.

Él da un paso hacia atrás y mira cómo recojo la toalla para volver a taparme.

—¿Follar? —Levanta las cejas en un gesto inquisitivo—. Ya hemos dejado claro que nosotros hacemos el amor.

—Has dicho que follar enamorado es hacer el amor. —Camino hacia la habitación dejando caer de nuevo la toalla y bamboleando las caderas con sensualidad—. ¿Por qué presupones que estoy enamorada de ti?

No puede verme, pero compongo una sonrisa páfida. Si le provoco, si vuelvo a llevarle a la cama, si consigo sentirle de nuevo entre mis brazos podré fingir que no quiero nada serio mientras quemo mi necesidad de él.

Da tres pasos lagos y poderosos, me alcanza, me rodea la cintura con los brazos y me clava los dientes en el hombro que no está marcado.

—Admite que estás loca por mí. —Aprieta un poquito desatando las llamas de mi interior.

Gimo cuando juguetea con los dientes sin llegar a herirme

—Puedes mordirme lo que quieras, Conde Drácula, pero no conseguirás arrancarme un te quiero.

Avanza sin soltarme hasta llegar a la habitación. Una vez frente la cama me da la vuelta despacio, posa su boca sobre la mía y me abraza acercándose mucho a su cuerpo. Mis defensas se convierten en papilla, escuchar su respiración ansiosa sobre mi piel, sentir su tacto, su torso pegado al mío y sus latidos acelerados me llena de sentimientos desbocados. A pesar de la lucha encarnizada que mantengo con mi razón, esa que grita la necesidad de mantener las distancias para ir despacio con Swan, el amor que siento por él expande mi corazón, le permite ocupar cada resquicio de mi ser y me nubla la mente.

—Llevo tanto tiempo esperando volver a tenerte entre mis brazos que ahora me parece un sueño —susurra sin despegar los labios—. Aunque no hayas estado a mi lado este año me has ayudado a superar lo de Tess, mis miedos, la rabia, la frustración. Siempre has sido tú, desde ese día en el Maggi's tu magia me ha atrapado.

Sus labios se abren para sellar su declaración. Y le beso. A pesar de la vocecita incómoda en mi cerebro que me insta a separarme de él, a hacerle pagar cada una de mis lágrimas, le beso como si me fuera la vida en ello. Mis manos lo acercan todavía más, intentan sentir hasta la última brizna de su calor, de su tacto, de su presencia para grabarla a fuego en mi mente.

El amor es algo curioso cuando te invade con esta fuerza arrolladora porque consume tu mente hasta convertirla en un ente cargado de deseo y necesidad.

Rompe el beso despacio, saboreando el momento. Yo tiemblo porque sus labios despiertan un hambre voraz de él, descubren cada uno de los sentimientos que me estremecen, apagan por unos momentos el huracán que me vapulea mostrándome con demasiada insistencia la desesperación en la que me he sumido durante su ausencia.

—Yo también tengo hambre. —Me acaricia la mejilla con delicadeza, sin perder su sonrisa—. Podríamos pedir algo al servicio de habitaciones, tener una hermana famosa nos ofrece ese tipo de privilegios.

—Hasta que aparecisteis en nuestra vida, Kris y yo jamás nos imaginamos estar en un lugar así. —Le doy un suave beso en los labios antes de caminar hasta la cama para ponerme el pijama—. Cada día doy gracias al karma por haber puesto a tu padre y a Maggi en nuestro camino, por tener algo tanpreciado como es una familia. Y te lo agradezco, Swan, sin ti nada de esto sería posible. Me diste algo maravilloso, pero también me heriste más de lo que nadie lo había hecho antes.

—Lo siento. —El arrepentimiento se cuelga en su voz—. Para mí también ha sido una putada estar lejos de ti. Pero si no llego a desaparecer no tendrías nada que celebrar. A veces sufrir un poco tiene recompensa.

Me estiro en la enorme cama *king size* para mantenerme alejada de la tentación que supone su cuerpo desnudo

—Pidamos algo de comer. ¡Estoy hambrienta!

—¿Qué te apetece? —Se coloca el bóxer y se sienta en mi lado enseñándome el menú.

—A ver... Quiero un club sándwich con muchas patatas fritas, un brownie con helado de vainilla y una Coca-Cola Zero.

—Después no dormirás. —Suelta una risotada que intenta sin éxito rebajar la tensión—. Las niñas no toman cafeína por las noches.

Me muevo hasta colocarme a horcajadas sobre él. Acercó mi boca a sus labios, se los lamo con lascivia y le susurro al oído.

—¿Las niñas? —Muevo las caderas—. Yo soy una princesa, ¿recuerdas?

—Mi princesa. —Me da un beso lleno de un amor que me llena el alma de candidez—. Una que me ha tenido loco desde que la conocí. No me arrepiento de haberte dado la oportunidad de construir una familia, Steff. Mi padre es feliz con vosotras y después de pasarlo tan mal durante años por fin Kris y tú pertenecéis a algún lugar.

—Siempre he pensado que las personas nos aferramos a las posesiones sin darnos cuenta de una verdad universal. —Levanto un poco la cabeza para mirarlo desde una distancia prudencial—. El hogar se construye en cualquier lugar, lo importante de verdad son las personas que lo componen. Durante años Kris y yo fuimos de una casa de acogida a otra, sin establecer raíces, sintiéndonos desplazadas muchas veces. Pero cuando nos juntábamos con Dennis éramos una familia y jamás me sentí sola. Ellos eran mi hogar antes de llegar a Fort Lucas. Y lo siguen siendo. Pero en casa de tu padre he conseguido aumentar la familia, sentirme querida por otra gente y es alucinante porque nunca antes había tenido algo parecido.

—Quiero formar parte de esa familia y convertirme tu hogar para siempre. —Me acerca a sus labios colocándome una mano en la nuca—. No puedo imaginarme pasar un día más sin ti. Esta noche es sin duda la mejor de mi vida porque te he recuperado.

—No sé si puedo olvidarme de cómo te fuiste, Swan. —Cierro los ojos y me muevo para colocarme a un lado de la cama, acurrucada contra su cuerpo—. Las cosas no se solucionan así de fácil.

Me cuesta domar mis sentimientos encontrados. Quiero estar con él, decirle que no volveré a separarme de su lado, que le perdono, pero algo me detiene. Durante mi vida las personas han ido y venido sin dejar huella a excepción de Kris y Dennis. Cuando él estaba en la cárcel debía mantenerme fuerte por mi hermana, apoyarla, no dejarle ver cómo me rompí con su ausencia. Pero mi corazón estaba desgarrado. Durante años fue mi apoyo, mi pilar para crecer con confianza y superar cada decepción con la gente que pasaba por mi vida. Y de repente no estaba. Le perdoné al salir de la cárcel, poco a poco hemos reconstruido nuestros lazos hasta volver a sentirme parte de su vida. Hemos necesitado tiempo para dejar atrás su traición y recomponer mi confianza.

Amo a Swan, no quiero que esta noche termine, deseo estar con él para siempre. Sin embargo me aterra aceptarlo en voz alta, darle una consistencia real porque en el fondo siento inseguridad y no me veo capaz de activar mi

esperanza porque si la desmorona me hundiré para siempre.

—Sé lo que quiero, Steff y eres tú.

Se levanta para ponerse los vaqueros y al volver a sentarse en la cama encarga la comida al servicio de habitaciones.

Cuando se estira coge el mando a distancia y enciende la tele. Me acurruco a su lado dándole vueltas a mis pensamientos, a lo que significa seguir aquí con él, a lo sucedido. No sé cómo me siento ni qué quiero. Deseo besarle sin descanso, sumergirme entre sus brazos, ofrecerle todo mi ser. Y a la vez necesito no admitir en voz alta esos deseos.

—Cuéntame cómo te ha ido este año en Fort Lucas. —Se coloca una mano en la nuca y me dirige una sonrisa haciendo *zapping* sin prestar atención a la pantalla—. Julia me contó que has hecho amigos nuevos.

—Nunca me ha costado hacer amigos. El problema es que la mayoría de veces eran solo de paso porque nunca estábamos demasiado tiempo en una casa de acogida y era difícil mantener el contacto después. Los colegios también variaban con cada cambio. —Suspira con los recuerdos a flor de piel—. En el orfanato había algunas personas con las que coincidíamos bastante, pero ninguna arraigó en mi alma. Solo Den y Kris.

—En Edwards he conocido a Mark, un ingeniero con el que me entendía bien. Va a venir a pasar un fin de semana a mi casa, quiere conocerte.

—¿Le hablabas de mí?

—Era un auténtico plasta. —Pasea su mano por mi cabello estremeciéndome—. Al principio me tiraba a cualquiera porque intentaba sacarte de mi corazón, pero al final me rendí a la evidencia de que solo tú podías vivir en él. Y Mark era mi confidente.

—¡Pobre!

—Necesito saber que hay esperanza, que me quieres. —Se gira mirándome con sinceridad—. Que vamos a construir una relación. Te quiero demasiado para volver a perderte otra vez.

Sé que debería admitir mis sentimientos, aceptar la desesperada necesidad que tengo de despertarme mañana con él a mi lado y no separarnos jamás. Pero los recuerdos dolorosos de este último año me estrujan el alma y nublan mi corazón para llenarlo de una absurda determinación, como si el hecho de negar una y otra vez la verdad pudiera borrarla.

—Eres un tío cojonudo, me gustas mucho, pero solo quiero pasármelo bien contigo esta noche. Mañana nos diremos adiós.

—¿No puedes decirlo? —Su rostro se descompone—. ¿No puedes

admitir que tú también me quieres? ¿Tan difícil es para ti?

—Lo nuestro solo ha sexo. Nada más.

Sopla con rabia y vuelve a colocarse estirado en su lado con la cabeza un poco incorporada sobre un cojín en un gesto furioso. En completo silencio cambia de canal en busca de algo que le distraiga, con una expresión de cabreo que me asusta un poco.

—¡Deja esto! —Topa con Disney Channel, donde hacen la enésima reposición de *High School Musical*—. Esta peli me mola.

Verla me ayudará a relajarme un poco y quizás a encontrar la fuerza para admitir mis sentimientos.

—¿En serio? —Me lanza una mirada airada—. ¡Joder Steff! ¡A cada segundo me doy más cuenta de lo cría que eres!

Deseo gritarle que le amo, que no quiero pasar ni un segundo más sin él, que llevo un año soñando con tenerlo en mi habitación, en mi cama, dentro de mí y que ahora solo deseo hacer el amor con él una y otra vez, probar nuevas y excitantes maneras de sentirle, explorar con él los confines de su manera de ver el sexo, construir un nosotros, caminar a su lado para siempre... No soporto ese tono dolido ni descubrir la decepción en su expresión. Sin embargo una fuerza desconocida se apodera de mi mente y me hace dudar.

Vuelvo a apartar mis sentimientos a un lado para escuchar la voz de la razón, esa que intenta convencerme de mantener el rencor en vez de admitirlos.

—Soy una niña. —Me contengo usando un tono mordaz—. Y me gusta esta película. La primera vez que la vi tenía siete años. —El recuerdo de ese momento me inunda un segundo las neuronas llenándolas con un conato de debilidad que aplaco con rapidez—. Después han hecho dos más y no han parado de repetirlas por la tele.

—No pienso ver a unos críos bailando sobre las mesas de su instituto. —Se incorpora mirándome con dolor y rabia—. Me voy a mi cuarto, será lo mejor.

—Bésame. —Le detengo sentándome a horcajadas sobre él—. Tócame. Fóllame.

—Si no te comportas tendré que ducharte con agua fría. —Tuerce la boca con una sonrisa letal que intenta esconder su desespero—. Hay que rebajar ese calentón o acabarás quemándote.

Llaman a la puerta y él espira antes de deshacerse de mí, levantarse y recibir nuestra comida. Son casi las tres de la noche, el despertador sonará a las seis y media. Solo me quedan unas horas para estar con él.

Darí­a cualquier cosa para detener las manecillas del reloj y disfrutar de Swan para siempre sin pensar en mañ­ana. Y no acabo de entender esa terquedad absurda que me obliga a no decirle cu­anto le quiero y a continuar fingiendo que no me derriten sus palabras de amor.

El camarero entra un carrito en la habitaci­on. Me apasiona ver c­omo Swan le acompa­na sin camiseta. Las marcas de mis uñ­as en su espalda son una clara advertencia a otras mujeres, un recuerdo constante a nuestros encuentros sexuales, una manera de mostrar cu­anto le quiero y le deseo.

Cuando Swan se da la vuelta mis ojos recorren la ese que le he dibujado con la uñ­a en el pecho. Est­a roja e inflamada. Le decora el pectoral derecho. La barbilla se le llena de la barba incipiente de la mañ­ana, en ella hay una peque­na herida. Y el labio hinchando, con las marcas de mis dientes en él, me estremece.

Una mirada del camarero demuestra las conclusiones que saca y me sonrojo.

Mi primera vez y parec­a una tigresa experimentada en vez de una niñ­ata sin la m­as m­inima idea de sexo. Solo sab­a lo elemental, pero la cantidad de sensaciones que un simple roce de Swan desencadena en m­í me han llevado a vencer cualquier reparo para entregarle hasta la ú­ltima brizna de voluntad. Me he convertido en una perversa. Le he dejado su preciso torso lleno de marcas. Le he lastimado el labio. Y tardar­a en poderse afeitarse sin acordarse de m­í.

Swan le da una generosa propina al camarero cuando sale por la puerta y camina hacia el carro para coger su s­andwich. Todav­a est­a furioso, lo muestran sus gestos bruscos y la expresi­on contra­ida de su rostro. Me estremezco al ver c­omo sus m­usculos se tensan con el movimiento, la agilidad de su cuerpo me hechiza.

Necesito hacer algo para rebajar la tensi­on o acabar­e confes­ndole mis sentimientos sin dudar. Y a pesar de cu­anto le amo, de estar convencida de que no quiero acostarme con otro hombre ni dejarle salir de la habitaci­on en el resto de mi vida, no quiero tragarme el orgullo para admitirlo en voz alta.

No se lo merece despu­es del a­no que me ha hecho pasar.

Jadeo. Acaba de darle un mordisco a su club s­andwich y mi cuerpo ha recibido una descarga de deseo. Sus dientes mastican con una fuerza incre­ible. Le cae un poco de mayonesa por la comisura de los labios.

¡Joder! Solo pienso en lamerlo para recogerla, en besarle, en...

No puedo seguir mir­ndolo o le dir­e lo que quiere oír. Mi fuerza de

voluntad no es de hierro.

Cojo medio bocadillo y decido centrar la atención en la película mientras lo mordisqueo. Está casi al final, cuando Troy y Gabriela cantan *Breaking free* en el festival de la escuela ante sus amigos. Recuerdo cómo me emocionaba este trozo de niña y las veces que he escuchado esta canción imaginándome al amor de mi vida cantando y bailando conmigo.

Al posar mi mirada en Swan me doy cuenta de lo diferente que me siento a esa imagen infantil. Quiero a mi hombre de una manera salvaje, que me arranque la ropa, que me ate a la cama, que me haga el amor de una manera fiera. A la mierda el baile y las ideas rosa pastel. Quiero que Swan me devore sin ser nada blando.

*Volamos, vamos de prisa.
No hay una sola estrella en el cielo
que no podamos alcanzar
si lo intentamos,
así es que nos liberaremos.*

Dejo lo que queda de sándwich en la mesilla de noche y me levanto de la cama con unas ansias imposibles de él. Es como si no pudiera respirar sin sentirle otra vez abrazándome, sin besarle, sin seguir mis instintos más primarios. La canción sigue recordándome cuando era una niña, esas fantasías acerca del amor y los príncipes montados en caballos blancos.

Ya no lo veo así, para mí es algo más visceral, una pasión que me recorre hasta la última molécula del cuerpo encendiéndola con llamas de necesidad.

Le paso la mano por el torso con un jadeo ronco. Repaso la ese con la yema del dedo, con una corriente de excitación recorriéndome la piel para ponerla de gallina. Él me mira sin mostrar la más mínima reacción, pero la respiración acelerada en su vientre le delata.

*Sabes que el mundo puede vernos
de una manera diferente a lo que somos en realidad,
creando espacio entre nosotros
hasta que seamos corazones separados.
Pero tu fe me da fuerzas,
fuerzas para creer.*

En mi interior crece una necesidad implacable de besarle.

Las palabras que en otro tiempo me parecían cursis y románticas ahora me muestran la intensidad de mis sentimientos por él y de mi deseo. Es como una mano que me estruja las entrañas para empujarme a besarle el torso con ansiedad, a acariciarle la espalda con fiereza, a volver a marcarle cada pedazo de piel para dejar claro mi dominio sobre ese cuerpo que me enloquece hasta volverme perversa, capaz de vencer mi absurda idea de moralidad para dar y recibir placer.

—Estás jugando con fuego. —Deja el sándwich en el plato y se separa de mí—. No volveré a tocarte si no es porque estás dispuesta a salir conmigo. Te quiero demasiado para seguir escuchándote negar tus sentimientos.

Doy un paso hacia él con una expresión malévola. Alargo la mano para volver a recorrerle el cuerpo con la yema del dedo.

—No hace falta que me toques —musito con voz sensual—. Puedo tocarte yo.

Me agarra la mano por la muñeca, la aprieta y me mira con fuego en los ojos. Está a punto de explotar, lo noto en su posición, en cómo tensa los músculos, en su respiración nada suave, en el movimiento del corazón aporreándole el pecho.

—Déjate llevar por tu deseo—susurro acercando la boca a su cuello para acariciarle con mis palabras—. Quiero tocarte.

—Steff, cómete tu sándwich y vuelve a la cama.

—Estoy deseando que vengas a la cama conmigo. —Le agarro el labio superior con los dientes y aprieto un poquito—. Puedes enseñarme algo más acerca de cómo seducir a los tíos.

Me coloca las manos en los hombros con furia. Ejerce una fuerza tan brutal que desencadena varios latigazos de dolor en mi cuerpo. Siento su rigidez, su lucha por contenerse, la tensión en sus rasgos apretados.

—Estoy enamorado de ti Steff. Me muero por volver a hacer el amor contigo, por besar esa boca que me tiene loco, por empezar a construir un nosotros. Pero no lo haré mientras sigas obstinada en negar tus sentimientos. Necesito un compromiso de tu parte. Y te estas comportando como una cría consentida.

Estira los brazos para poner una distancia prudencial entre los dos.

Me abraso. Veo cómo su mandíbula se tensiona, casi escucho el ruido de fricción entre sus dientes chirriantes. Sus ojos muestran deseo. Y necesito lanzarme encima de él, sorberle hasta la última gota de sangre, no dejarle

escapar.

—Quiero besarte. —Intento resistirme a la fuerza de sus manos para juntar nuestras bocas, pero él no me lo permite—. Quiero tenerte dentro de mí.

—¿No eres capaz de decirlo? —Su expresión se vuelve irritada—. Vamos princesa, es fácil, solo has de admitir que tú también me quieres.

No rebaja la fuerza que ejerce en mis hombros. Me queman, siento un dolor penetrante en ellos, sus dedos crispados, su ansiedad. Ese gesto aumenta mi necesidad de él. Es como un tormento lujurioso, como una llama que prende en mi cuerpo para llevarlo hasta una combustión espontánea.

—Solo quiero sexo.

—En serio Steff, necesito oírlo.

—Prefiero seguir follando contigo sin compromisos de futuro.

Él parece decepcionado, como si acabara de romper la última hebra de paciencia en su interior. Noto cómo se afloja, cómo se desmadeja por dentro, cómo se enfrenta un segundo a sus miedos antes de clavar su mirada en mí.

—Me largo a mi habitación. —Me suelta y camina hacia la puerta sin girarse en ningún momento.

No le puedo dejar escapar, soy incapaz de permitir que esta noche perfecta termine. Corro hacia él, me cuelgo de su espalda e intento evitar que alcance el pomo de la puerta.

—Quédate. Por favor.

—¿Por qué?

Callo. Mi orgullo me impide decirle la verdad. Soy una cabezona, lo sé, pero no puedo perdonarlo como si no hubiera pasado nada.

Cuando veo que no se gira algo se rompe en mi interior. Sé que le quiero y no puedo dejarle ir. Le amo. Estoy enamorada como una tonta. Le quiero con locura. Siento una pasión incontrolable por ese hombre.

Es el amor de mi vida.

9

La frustración y la rabia se expanden, igual que su deseo. No tolera un segundo más de este juego retorcido. No aguanta sin besarla, sin hacerla suya, sin tenerla para siempre entre sus brazos. No soporta escucharla negar una y otra vez sus sentimientos. Y no va a volver a tocarla hasta oírlos de sus labios.

Aunque eso signifique renunciar a ella.

Da un paso hacia el pasillo dejándola en la habitación. Su cuerpo sigue con una calentura imposible, le cuesta alargar la pierna para caminar lejos de ella. Es como si se rebotara en contra de esa decisión y el deseo se convirtiera en un peso muerto que le espesa la sangre.

Escucha su respiración agitada a la espalda, sus resuellos estresados y la tensión en el cuerpo de Steff.

Su imaginación le lleva a sentir la necesidad de darse la vuelta para escoltarla hasta la cama y no ser nada delicado con ella. Es una necesidad que le ahoga.

Ahora los resuellos salen atropellados de su boca, pero se obliga a dar otro paso.

—No te vayas —suplica ella.

—¿Vas a decírmelo? —Se detiene un segundo, sin darse la vuelta—. ¿Vas a admitir que me quieres? ¿Intentaremos que lo nuestro funcione? ¿O seguirás machacándome con tus juegucitos?

El silencio le golpea como un puño de hierro.

Da otro paso apretando los dientes. Ya está en el pasillo y no va a dar marcha atrás.

—¡Serás imbécil! —Ella le pega en la espalda—. ¡Cabrón! ¡Gilipollas! —Los golpes suben de intensidad—. ¡Quiero que vuelvas a mi habitación! ¡Ya!

—Estás dando un espectáculo princesa. —Vuelve a utilizar su tono sardónico—. ¿Tan desesperada estás por follar con un tío? —Se da la vuelta para mirarla a los ojos con chulería, no quiere mostrarle ni un ápice de su dolor—. Ahí fuera hay un montón que te darían placer. Yo no quiero solo eso de ti y no te tocaré otra vez sin tenerte para siempre.

—Eso es demasiado tiempo. —Le aguanta la mirada con decisión.

—Pues búscate a otro que te caliente la cama.

—Seguro que no tardaría ni cinco minutos en encontrarlo. —Se pasa la lengua por los labios—. Pero esta noche me apetece seguir follando contigo. Enséñame cosas nuevas y excitantes.

Se acabó, no aguanta ni un desplante más. Está hasta los huevos de esta niña orgullosa y cabezota. No puede soportar esa manera de negarse a decir dos simples palabras. Y no se rebajará a suplicar ni a demostrarle que sin ella no puede vivir.

Compone una sonrisa ladina, niega con la cabeza y se da la vuelta para alejarse con rapidez.

—No soy un buen profesor.

Ella no se rinde, camina tras sus pasos por el pasillo con jadeos cada vez más ansiosos. Vuelve a lanzarse sobre su espalda y le pega con los puños apretados.

—¡Joder! —grita—. ¡Eres un puto cabrón de mierda!

—Me estás cabreando, Steff. —No le cuesta deshacerse de ella y se encara con su mirada furiosa—. Dime lo que quiero oír o déjame en paz.

Siente su lucha encarnizada entre el orgullo y la necesidad. Tiene la mandíbula apretada, los ojos pestañean con espasmos en uno de los párpados. Abre y cierra los puños con soplidos.

Swan curva los labios hacia arriba y cuando está a punto de alejarse, ella le detiene.

—Llevo un año esperándote y no pienso dejar que vuelvas a irte nunca más —masculla entre jadeos—. Eres el amor de mi vida, el hombre más exasperante, maravilloso y sexy que he conocido. Quiero hacer el amor contigo una y mil veces. Quiero besarte. Quiero morderte, chuparte la sangre, devorarte. Quiero que te conviertas en mi Conde Drácula y me sorbas hasta el último resquicio de sangre de mi cuerpo. Quiero ser tuya para siempre. —Se acerca a él para hablarle en el oído—. Te amo Swan Nelson. Te amo más que a mi vida y no voy a pasar ni un segundo más sin ti.

La abraza acercándola a su cuerpo. Busca sus labios con desesperación, sin contener las ansias de tocarla y desnudarla, colmado de emociones tras escuchar esa ansiada declaración. Camina con ella hacia su habitación para arrancarle la ropa, devorarla, sellar sus palabras con sus cuerpos unidos, pero al llegar encuentran la puerta cerrada.

Le da igual estar en medio del pasillo, necesita sentirla, poseerla, apretarla contra él. La apoya en la puerta, le recorre el cuerpo con furia, sin

dejar de devorar sus labios.

—No vuelvas a largarte como la última vez —musita Steff—. Creí que iba a morirme de tristeza, solo pensaba en ti, en lo nuestro, en recuperarte. Me rompí mil veces, Swan porque te quiero demasiado para renunciar a ti. Y si me dejas otra vez no seré capaz de superarlo.

—En tres días lo nuestro no estará prohibido y podremos ser felices. — La estrecha todavía más entre sus brazos—. Confía en mí, Steff. Te quiero. No volveré a apartarme jamás de tu lado.

—Yo también te quiero.

Le besa agarrándolo con fiereza por la espalda para acercarlo más a ella.

—¿Dónde está la llave? —pregunta Swan entre besos desesperados—. Si no abres ya te desnudo aquí mismo.

—Me la he dejado dentro.

—Princesa, tenemos que trabajar esos descuidos.

—Es que el hombre de mi vida se escapaba y tenía que retenerle.

Swan busca su móvil en el bolsillo del vaquero y marca sin abandonar sus labios. Unos clientes pasan frente a ellos. Les miran con curiosidad, aunque están tan achispados que mañana ni se acordarán.

—¿Recepción? —Se aparta un poquito de ella para hablar con el empleado del hotel—. Mi novia se ha dejado la llave dentro de la habitación. ¿Puede mandar a alguien? Estamos frente a la puerta. Es la trescientos tres.

—¿A qué nombre está? —pregunta el recepcionista con voz cansada.

—Steff Edwards. —La besa en la comisura de los labios con una sonrisa.

—Comprobado. En unos minutos subimos a solucionar su problema — anuncia con amabilidad—. Pasen una buena noche.

Cuando se vuelve a guardar el móvil en el bolsillo trasero del vaquero la observa un segundo. Está guapa incluso con las marcas de los mordiscos y de sus manos en los hombros. Aunque deberían contenerse un poco, no es prudente que se descubra su pequeño secreto antes de tiempo o acabarán jodidos de verdad.

—Ahora nos abren. —La atrapa entre sus brazos.

—¿De verdad quieres que sea tu novia? —Se muerde el labio y lo mira con emoción—. ¿Me vas a comprar un anillo o alguna gilipollez parecida?

—No te lo tomes tan a pecho princesa. —Su sonrisa se ensancha hasta componer una expresión taimada—. Solo es una manera de decir que al fin nos vamos a arriesgar a estar juntos.

—Me gusta cómo suena. —Le lame la comisura de los labios—. Podría acostumbrarme a ser la novia de un soldado cachas con tendencias sexuales depravadas.

Con un gesto impetuoso la aplasta contra la puerta para besarla, tocándola con impaciencia. Sus manos despiertan otra vez el fuego en su interior, consiguen arrancarle gemidos y llevarla a una excitación próxima a la locura.

—¿Cómo puedes llamarme depravado después de dejarme el cuerpo marcado con tus garras? —Se separa un poco de ella—. Ay princesita no sé qué voy a hacer contigo. ¿A quién se le ocurre dibujarme una ese en el pecho?

—Soy muy celosa y quiero dejar claro que eres mi hombre. —Le lame los labios con la punta de la lengua—. Si una arpía se acerca a ti la mato. Y si se te ocurre mirar a otra mujer te arranco los huevos.

Esa manera tan directa de defender lo suyo le enciende. Steff es una mujer intensa, guerrera y con la capacidad de hacerle feliz. La abraza con fuerza, apretándola con su cuerpo contra la puerta. Ella responde a sus caricias con ardor.

—Solo tengo ojos para ti. —Posa sus labios en los de ella—. Te quiero tanto Steff. Tanto...

—Espero que tengas otras cosas aparte de ojos. —Le besa clavándole un poco los dientes—. Porque mis expectativas para el resto de la noche son muy altas.

—Nos quedan apenas dos horas para que acabe. —Susurra entre los besos—. Dormir sería una tontería y se me ocurren mil maneras de subir el listón.

—Mientras probemos cosas nuevas y me vuelvas a hacer gritar soy toda tuya.

—Eres una niña muy mala.

—Enséñame a ser la peor.

El mismo camarero que hace un rato les ha traído la comida alerta de su presencia con una tos impostada. Se separan para dejarle la puerta libre. Él les repasa con reprobación en la mirada.

Swan imagina sus pensamientos y curva los labios en una sonrisa. Steff lleva el pelo mojado y revuelto, el pijama cortito muestra las marcas de los mordiscos y de sus dedos en los hombros. Es la viva imagen de la felicidad. Él solo va vestido con los vaqueros y tiene el cuerpo lleno de señales de una noche de sexo desenfrenado. No debe estar demasiado presentable ahora

mismo.

No tarda en darse cuenta de que el camarero calibra hasta dónde han llegado.

Cuando descubre la mirada lujuriosa con la que recorre el cuerpo de Steff unos celos posesivos se ocupan de agriarle la expresión. Ella le responde con una sonrisa poco tímida y Swan siente cómo la rabia escala posiciones en su interior.

Steff es una bomba sexual y le da igual que piensen los demás mientras solo él le caliente la cama por las noches. No quiere compartirla ni sentir cómo ese imbécil se excita mirándola. Porque está seguro de que el camarero tiene ideas calientes con su chica. Solo hace falta ver su sonrisa torcida.

La abraza por los hombros, la acerca mucho a él y le da un beso nada casto en los labios, sin dejar de mirar al empleado del hotel. El chico se pone colorado cuando ve cómo la mano de Swan se acerca a las nalgas de Steff y las aprieta un segundo. Entonces se da la vuelta y se concentra en abrir la puerta con las manos temblorosas.

—Ya pueden pasar —indica apartándose de su camino lo más rápido posible—. Buenas noches.

Una vez dentro de la habitación ella le recorre los labios con la yema de un dedo.

—Debe estar al otro lado esperando para escuchar nuestros jadeos —susurra divertida—. Se muere de celos porque él también querría follar como un poseso toda la noche.

—Pensaba que habíamos puntualizado ese concepto. Contigo nunca podría follar porque estoy loco por ti. Loco. Y haría cualquier cosa para alargar las horas de esta noche, para que no acabara nunca.

Ella le cerca el cuello con los brazos, se acerca a sus labios y le besa.

—Me da igual cómo lo lames mientras me hagas temblar de la cabeza a los pies. Quiero gritar de placer, tocarte y que me toques, pasar el resto de mi vida encerrada en esta habitación para repetir una y otra vez. —Le da un mordisco suave en el labio superior antes de pasarle la lengua por él—. Y me ha gustado cómo has marcado tu terreno. Eres un hombre celoso y posesivo que me provoca solo con una mirada. Yo también estoy loca por ti, tanto que hasta me duele el corazón al pensar en estar separados.

De todas las tías con las que ha estado Steff es la única que le planta cara con esa fuerza arrolladora y aunque a él le gusta tomar la iniciativa en el sexo estar con ella le llena de una excitación nueva y desconcertante. Le gusta su

manera de tomar las riendas, su capacidad para vencer los convencionalismos, su vena combativa.

—No me molesta que te deseen si estoy seguro de que vas a volver a mi cama —admite dándose cuenta de que ella es muy diferente a las otras mujeres—. Entiendo que todos los tíos se mueran por tenerte porque eres sexy, explosiva, guapa y la tía más increíble que he conocido.

—Si sigues piropeándome así pensaré que el soldado cachas se ha convertido en un blandengue de los que lloran en las pelis románticas.

—¿Quieres ver cómo cambio esa impresión? —La agarra por la cintura para acercarla a él—. Porque no tengo problemas en demostrarte cómo puedo ser de creativo.

—Necesito comer algo o no voy a dar lo mejor de mí —le susurra al oído con una risa socarrona—. Es que un oficial macizorro de la Fuerza Aérea ha decidido desvirgarme con juegos perversos. —Le guiña un ojo caminando hacia el carrito—. Y me ha dejado exhausta.

—Sí que te cansas rápido, princesa. —Le da un cachete suave—. ¿Me he buscado a una jovencita para satisfacer mis depravadas fantasías sexuales y va y me deja a dos velas a la primera de cambio para pegármela con un sándwich, un brownie y una Coca-Cola?

—Podría pasarme una semana encerrada contigo en una habitación sin dormir demasiado, pero con comida cada pocas horas. —Le desafía con la mirada—. Espera a que me acabe este banquete y verás cómo todavía tengo energía para un par de asaltos más. ¿Vas a aguantar mi ritmo?

Sus brazos la envuelven con fuerza, busca su boca y la invade con la lengua con besos furiosos. El rugido de las tripas de Steff no le detiene. Necesita seguir besándola, tocándola, sintiéndola. Busca con la mirada su maleta y la encuentra abierta sobre el mueble. La lleva hacia allí sin dejar de besarla.

—¿Tienes hambre? —La deja para revolver entre su ropa hasta encontrar dos de los pañuelos que utiliza muchas veces para adornar sus conjuntos.

—Me voy a desmayar si no como algo —musita ella mirándolo con curiosidad.

—Ahora necesito que confíes en mí —La agarra con una mano por la cintura y le baja el tirante de la camiseta—. ¿Puedes hacerlo?

—Mientras no te vuelvas a largar...

—Jamás. —Le da la vuelta y le coloca uno de los pañuelos en los ojos en forma de venda, acariciándole las mejillas con suavidad—. Llevo un año

esperando esto, no voy a marcharme cuando al fin te tengo entre mis brazos. No te vas a librar de mí con facilidad porque he vuelto para quedarme contigo. Y nada ni nadie me disuadirá de seguir besándote el resto de mi vida.

Sin soltarla acerca la silla al carrito de comida, se sienta en ella y coloca a Steff de lado sobre sus piernas. Ella tiene la respiración alterada mientras se toca el pañuelo.

—No veo nada.

—De eso se trata. —Le recorre los hombros con el dedo arrancándole un par de gemidos—. Ahora te voy a dar de comer. —Le ata las manos sobre el regazo con el otro pañuelo—. Queda prohibido tocarme o hacer cualquier cosa que no te ordene.

Alarga la mano para hacerse con una patata frita, la pasea por su cara, cerca de la boca, y observa divertido cómo ella intenta cazarla acelerando sus jadeos. Con la otra mano traza círculos en el vientre, acercándose a la cinturilla del pantaloncito.

Le mete la patata en la boca y ella la atrapa con los dientes.

—Cómetela —le susurra al oído—. Quiero ver cómo la masticas.

Baja su otra mano un poco acelerándole todavía más la respiración.

Repite la operación varias veces, besándola, susurrándole órdenes, provocándola, moviendo su mano por su cuerpo para despertar su excitación.

—Quiero más —murmura ella entre gemidos.

—¡No hables! —Le da un azote en las nalgas—. Ahora mando yo.

Coge el sándwich, le da un generoso mordisco y acerca su boca a la de Steff, rozándola con la comida una y otra vez. Ella muerde el aire gimiendo de impotencia.

Sube la mano hacia su pecho, le agarra el pezón y lo pellizca. Steff se estremece.

Acerca más la boca con el bocado y le permite mordisquearlo hasta que llega a sus labios. Ella mastica con rapidez y saca la lengua para lamerle con ansia, deseosa de sellar un beso.

—No intentes besarme —musita Swan—. Aparta tus labios de los míos.

Ella gime y agita la cabeza con una negación. Avanza un poco la cara y atrapa el labio de Swan con los dientes para invadirle la boca con su lengua ansiosa. Él no responde a los besos y le da un azote en la pierna, pero Steff no cede, sigue excitándolo con su movimiento de lengua, recorriendo cada recoveco de sus labios.

Se separa de ella con el corazón a mil. Nunca había tenido una presa tan

difícil entre sus brazos. Con ella su voluntad se funde. Desaparece la necesidad de dominarla y disfruta con sus iniciativas.

—Tengo sed —susurra Steff—. Mucha sed.

La alza en brazos para estirarla en la cama. Le levanta las manos atadas y pasa el final del pañuelo por las barras del cabezal para dejarla sin capacidad de usarlas sobre su cuerpo.

—No te muevas.

Llena un vaso con un par de hielos y los agita.

El sonido le arranca gemidos incontrolados a Steff. Se muerde el labio, incapaz de aguantar los deseos de tocarle y sentirle. Ese juego siniestro la llena de fuego.

La observa un segundo de pie frente a la cama. Su expresión es una clara invitación a poseerla. Se estira a su lado sin soltar el vaso, le da un beso tímido y coge un hielo. Le recorre el vientre con él, subiéndole la camiseta con lentitud. Ella se arquea y gruñe al sentir cómo la frialdad entra en contacto con su piel. Al llegar a un pecho le recorre el pezón hasta erizarlo. Luego se acerca y lo chupa.

Baja la lengua siguiendo las marcas del hielo hasta pararse en el vientre, cerca de la cinturilla del pantalón. Ella arquea un poco esa parte del cuerpo acelerándose por la anticipación, pero Swan levanta la boca y con el hielo en la mano se acerca a su cara. Deja caer un poco de agua entre sus labios. Ella levanta la cabeza en busca del hielo, pero él lo alza para ver cómo se queda a pocos centímetros, gimiendo.

Muerde el hielo y lo acerca a sus labios. Con la mano le toca el cuerpo, desciende por él con lentitud, tocándole cada rincón hasta llegar al pantalón. Cuando Steff siente sus labios intenta quitarle el hielo para besarle, pero él consigue retenerlo entre los dientes. Lo suelta dentro de su boca y le lame con suavidad el labio superior.

—No te muevas —ordena cuando ella agita las piernas—. O tendré que castigarte.

Steff se traga el hielo, busca su boca y sigue moviéndose, incapaz de controlar su deseo.

—Castígame, hazme lo que quieras, pero bésame de una jodida vez.

La azota en el muslo y ella responde con un grito suave. Le quita los pantalones del pijama, le abre las piernas, coge el otro hielo y se lo pasa por el muslo enrojecido. Ella se agita y gime. Le acerca el hielo a su parte sensible con suavidad y despierta varios gemidos de Steff cuando lo pasea por

dentro.

10

Si sigue así voy a empezar a gritar como una posesa. El hielo está frío y me despierta un millar de sensaciones en mi cuerpo excitado.

Muevo las piernas para advertirle del grado de necesidad que siento. Busco alguna parte de su cuerpo para tocarla con ellas, ansío su contacto.

No sé qué me pasa con Swan, consigue hacerme enloquecer con sus actos y ahora no puedo resistir el deseo de sentirle dentro de mí.

El hielo se acerca a un punto crítico. Gimo varias veces, mi respiración es preocupante y el corazón me palpita en demasiados lugares del cuerpo. El deseo me quema, arde, me llena de una combustión imposible.

Estar a oscuras aumenta las sensaciones.

Siento cómo el cuerpo de Swan se mueve y su lengua junto al hielo. Está entre mis piernas. ¡Joder! ¡Voy a explotar!

Saca el hielo para llevarlo hasta los pechos sin dejar de trazar círculos con la lengua. Me arqueo, me muevo, le guío para que aumente el ritmo, pero él sigue con el pausado, sin atender a la urgencia de mi avidez.

Sale de mí y sube la cabeza mordisqueándome la piel. Está vestido. Me molesta el tacto de la tela contra mi piel sedienta de la suya. Mi sexo se queja, mi cuerpo arde y mi mente se nubla con un deseo irrefrenable.

Cuando llega a la boca y juguetea con los labios sin llegar a besarme creo que me voy a deshacer. Está sobre mí, su cuerpo me aprisiona contra el colchón, me llena de sensaciones.

—Bésame —suplico.

—No digas nada. —Me azota en la nalga.

Necesito besarle o me quemaré hasta las neuronas.

Le rodeo con las piernas por la cintura y aprieto con fuerza, intentando hacerle daño. Cierro la boca, junto los labios y me niego a seguir con su juego.

—Eres una fiera peligrosa —Me muerde el labio superior sin llegar a herirme—. ¿Quieres jugar fuerte?

Asiento con la cabeza componiendo una sonrisa maliciosa y aprisionándolo más con las piernas. Él claudica acometiendo mi boca con su lengua. Es una invasión perversa, llena de necesidad, fuerte y vigorosa.

—Quítate la ropa —musito entre los besos—. Estamos en desigualdad de

condiciones y necesito sentir tu piel.

Me da un azote que me pica mucho en un costado, suelto un gruñido y él me da un beso que me deja sin aliento.

—Las órdenes las doy yo princesa.

—Desnúdate. —Atrapo su lengua entre mis dientes para mordisqueársela sin llegar a hacerle daño—. ¡Ya!

Aprieto un poco más mis piernas en su cadera para indicarle que no me voy a amedrentar con sus azotes y él no tarda en deshacerse de ellas para quitarse la camiseta.

—¿Mejor así? —Vuelve a estirarse sobre mí para besarme.

Unos golpes suaves en la puerta nos alteran. Swan se levanta de un salto, me desata y me mira con ansiedad mientras me coloco los pantalones del pijama y me bajo la camiseta.

—¿Steff? Necesito hablar contigo. —Es la voz de Kristie—. ¡Ábreme por favor!

Me imagino los pensamientos de Swan al ver su mirada. Estar juntos es ilegal y más en esta situación. Podríamos haber esperado tres días y no habría problema en decirlo, pero ya no estamos a tiempo de dar marcha atrás.

—Ella lo entenderá —susurro de pie junto a él.

—No es sensato que me vea aquí a las cuatro y pico de la noche —susurra besándome—. Aunque sea Kris y confíes mucho en ella.

Asiento porque tiene razón. Una cosa es hablar con mi hermana para explicárselo todo y otra es que vea hasta dónde hemos llegado.

Me lanza un beso y se esconde en el lavabo.

—¡Steff! —insiste mi hermana—. ¡Abre de una vez!

La dejo pasar con el corazón a mil. Mentirle no entra dentro de mis planes. Mañana a primera hora confesaré mi noche de pasión sin entrar demasiado en detalles. Pero ahora no es el momento.

Está hecha polvo, parece que lleva un rato llorando y que no ha dormido mucho. Va vestida igual que hace unas horas, con el bolso colgado en bandolera. Tiene el pelo revuelto, la camiseta arrugada, una mirada llena de ansiedad y huele a alcohol.

—¿Qué te ha pasado? —La abrazo de camino a sentarnos en la cama.

Siento cómo tiembla.

—He discutido con Luke. —Se cubre la cara con las manos para limpiarse cuatro lágrimas rebeldes—. Llevo mucho rato dando vueltas por la calle, de bar en bar. No quería volver a mi habitación, pero cuando he llegado

aquí os he visto. ¡No me lo podía creer! Me he quedado un rato en el pasillo asimilándolo hasta que he decidido venir a hablar contigo del tema. —Su mirada dura se clava en mí—. ¿Estás loca Steff? ¿Cómo coño se te ocurre besuquearte con Swan en medio del pasillo? ¡Joder! ¡Si alguien os ve se lo llevan a una cárcel militar! ¡Él iba sin camiseta y tú casi desnuda! —Mira alrededor con los ojos inquietos—. ¿Dónde está?

Aprieto los dientes sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Estoy yo sola —miento con una voz delatora—. No sé de qué hablas.

—¿Vas a trolearme en la cara? —Arruga los labios airada—. Nunca me habías mentado así, Steff. Sé que Swan está en esta habitación y no pienso aguantar que lo niegues.

—Estoy aquí. —Mi increíble chico sale del baño con un andar fuerte y seguro. Al verle no logro reprimir una sonrisa de admiración—. Tienes razón Kris, lo del pasillo ha sido una temeridad. A partir de ahora vamos a tener más cuidado.

Ella lo repasa con los ojos sin dejar de proferir unos cuantos ruiditos. Cuando llega a los labios gira la cara hasta mirarme de manera inquisidora. Entonces se fija en las marcas de mordiscos y de los dedos de Swan en mis hombros y abre muchísimo los ojos.

—¡Joder! —Niega con la cabeza—. ¿Os habéis quedado sin neuronas? ¡Parece que salgáis de una puta pelea en un bar de carretera!

—Te lo puedo explicar Kris...

—No hace falta ser un Einstein para saber qué ha pasado entre los dos — me corta mi hermana—. ¿Sado? ¿En serio? ¡Estáis para encerrar y tirar la llave! —Se levanta y se acerca a Swan—. ¡Todavía no tiene los dieciocho! ¡Y era su primera vez! ¿Dónde coño queda lo de ser suave y paciente?

El corazón parece decidido a romperme las costillas. Mi hermana está enfadada, muy enfadada. Y lo que más me asusta es su capacidad para averiguar lo sucedido esta noche con una simple mirada a nuestros cuerpos.

Camina en círculos frente a Swan con un andar inquieto. Él parece aturdido, pero no tarda en reponerse.

—¡Ha sido brutal Kris! —Me coloco las manos en el corazón y suspiro—. ¡Acojonante, increíble, bestial! ¿Por qué no me dijiste cómo era un orgasmo? ¡Podría haber probado antes!

—Follar así es demasiado fuerte para una niña como tú. —Se detiene frente a la cama y me fulmina con los ojos—. Deberías empezar por lo básico y disfrutar de tu sexualidad con un tío más sensato. —Ahora le dedica su

mirada asesina a Swan—. ¡No te creía capaz de hacerle esto a Steff!

—¡Solo me llevas catorce meses, Kris! —Me levanto con una furiosa aceleración de la respiración—. ¡Deja ya de joderme con tu actitud sobreprotectora! ¿Cómo puedes saber qué ha pasado? ¿Por qué piensas en el pasado en vez de en otra cosa? ¿Acaso lo has practicado alguna vez?

—Tu hermana tiene razón, Steff. —Swan me abraza por los hombros—. Se nos ha ido un poco de las manos. Aunque tampoco se le puede llamar sado a lo que hemos hecho...

—¿Y cómo coño llamas a pegaros y morderos mientras folláis? —Los ojos de Kris se descolocan—. ¡Vuestros cuerpos son un jodido mapa! ¡Eres un depravado Swan!

—¡No! ¡Ni de coña! —Levanto el índice para señalarlos a los dos—. ¡Nada de lo que ha pasado esta noche aquí es depravado! ¡He disfrutado y no pienso tolerar que lo veas de otra manera Kris! ¡Porque yo he consentido y me ha encantado! —Me giro hacia Swan—. ¡Y tú no vuelvas a decir que se nos ha ido de las manos en tu puta vida! ¡Yo quería pegarte y morderte! ¡Y nunca voy a arrepentirme de lo que ha pasado esta noche! ¡Es más, pienso repetir las veces que me vengan en gana!

Una sonrisa traviesa cruza un segundo la cara de Swan, pero no tarda en soltarme, colocarse la camiseta y componer una expresión más acorde con la situación.

—La quiero y Steff me quiere a mí, eso es lo que cuenta. —Mira a mi hermana con sinceridad—. Y te recuerdo que el sexo es una decisión de dos. Nunca haría nada que ella no aprobara.

—¿Pero has visto cómo tenéis el cuerpo? —Kris señala su labio—. Y por lo que veo has acabado tú más malparado que Steff. ¡Pero si te ha tatuado una jodida ese en el pecho! —Me mira alucinada—. ¿Desde cuándo eres una perversa?

Swan se acerca a mí para volver a abrazarme.

—Quería que le suplicara un beso. —Bajo la cara hasta apoyar mi mejilla derecha en su hombro—. Y debía hacerle pagar este año de separación.

Ella sopla con fuerza, agita los brazos para deshacerse de la tensión y se sienta en la silla del escritorio. Swan y yo ocupamos un sitio en la cama sin separarnos. No pienso tolerar que me ningunee. Estoy harta de esa manía suya de intentar protegerme, como si al morir nuestra madre se hubiera convertido en la única responsable de nuestros destinos.

—Espero que tengas muy claras las consecuencias si alguien se entera de lo nuestro antes de tiempo, Swan.

—Déjalo ya Kris. —Le lanzo una mirada inflexible—. No vamos a acojonarnos. Estamos juntos y no pienso dejar que los demás opinen. Ya hemos pasado suficiente durante este último año.

—Está bien —acepta con un suspiro—. Entiendo que tenéis derecho a vuestra intimidad. Yo acepto vuestra relación, pero debéis tener cuidado. Seguimos viviendo en casa de Rob y tú eres militar, Swan. Te expones a la cárcel y el resto de la familia a un escándalo porque hasta el martes Steff es menor de edad.

—Seremos muy discretos. —Asiento—. Va a ser nuestro secreto, como cuando salías con Dennis. —Enseguida me arrepiento de haberle mencionado porque la cara de Kris sufre un descalabro—. Explícame qué ha pasado con Luke. Llevas la misma ropa de ayer y haces pinta de haber bebido mucho.

Me parte el alma la expresión dolida de Kristie al escuchar mi petición. Es como si esta vez la disputa la hubiera herido en lo más hondo.

—No ha sido nada. —Niega con su cuerpo—. Solo una discusión estúpida.

—Acercas del anillo y su odio al compromiso. —Me levanto para abrazarla por la espalda con cariño—. Tú eras una persona vital Kris, alguien con las ideas muy claras acerca de qué deseabas de una relación. No te reconozco en esta mujer. Es como si lo tuyo con Luke te hubiera cambiado. Plántale cara, explícale que quieres avanzar, irte a vivir con él o casarte.

—Ya se lo he dicho.

Inhalo una cantidad enorme de aire y suspiro al soltarlo.

—No puedes continuar atada a alguien que no apuesta por lo nuestro. ¿Le quieres suficiente para seguir así?

—No empieces Steff... —Se suelta de mis brazos.

—Okey, me callo. Como siempre. —Regreso al lado de Swan—. Piénsalo con tranquilidad, averigua qué sientes de verdad y actúa. Si le quieres suficiente lucha por cambiar las cosas, sino déjale.

—Le quiero Steff. Te lo he dicho mil veces.

—Cuando estás bien con alguien no te pasas los días pensando en cómo ser feliz, lo eres sin más.

—¿Entonces puedes morderle mientras te lo tiras? —Kris levanta las cejas con rabia.

—Eso ha sido un golpe bajo. —Tuerzo los labios—. Me ha gustado que

Swan me mordiera y me tirara del pelo. Y hacer el amor con él. Dos veces. — Levanto los dedos para enfatizar todavía más mis palabras—Los orgasmos son algo acojonante Kris. Me temblaba todo el cuerpo.

—No necesito detalles, la verdad. —Cierra los ojos—. Pensaba que tú nunca probarías algo así. Eres la más lista de las dos.

Percibo un deje de tristeza en sus palabras, como si se callara algo importante. Despega las pestañas y vuelve a mirarme con tanta congoja que empiezo a darle vueltas a una idea.

—¿Tú y Dennis? —Asiente con la cabeza—. ¡Tía, eso se cuenta! ¿Desde cuándo?

—No sé, la cuarta vez o quizás fue la quinta. —Exhala con nostalgia—. Él es puro fuego en la cama y yo no podía contenerme al estar con él, quería atravesar todos los límites conocidos.

Mira cohibida a Swan y se sonroja callándose de repente.

Me molesta descubrir partes ocultas del pasado de mi hermana y más después de escuchar cómo increpaba a Swan hace unos minutos.

Le sostengo la mirada con rabia.

—Nunca pensé que me ocultarías un secreto y menos de este calibre. — Cruzo los brazos bajo los pechos—. ¡Cuando empezaste con Den apenas tenías trece años! Sé que esperasteis para vuestra primera vez, pero seguías siendo una cría. ¡No entiendo por qué te metes ahora conmigo y Swan! ¡Yo como mínimo estoy a punto de ser mayor de edad!

—Tienes razón —acepta apretando las manos contra los muslos con tensión—. Los dos ya sois mayorcitos para explorar vuestra sexualidad como queráis.

—¡Fua Kris! ¡Vaya cursilada acabas de soltar! ¡Flipo! A veces pareces mi madre.

Ella suspira, mira la pantalla del móvil que vibra con insistencia y asiente levitándose.

—Debería volver a la habitación antes de que Luke llame a la policía. — Señala el teléfono sin contrastar la llamada—. Tenemos mucho de qué hablar antes de que suene el despertador.

—¡Machácale, Kris! ¡Ese imbécil es incapaz de mantener la polla dentro de los pantalones!

Su sonrisa es la de siempre. Triste, angustiada, sin luz...

—Intentad no levantar demasiadas sospechas de lo vuestro hasta el martes. Y no os hagáis más daño. A veces el sexo suave también te puede

satisfacer.

La acompaño a la puerta abrazándola.

—Habla con Luke y déjale de una vez —le susurro al oído—. Abre los ojos. La Kristie que creció a mi lado era una mujer valiente que aceptaba sus sentimientos. ¿Por qué sigues perdonádoselo todo? No lo entiendo.

—Buenas noches, Steff.

Sale sin mirar atrás, enfadada por mis palabras.

Ojalá pudiera ayudarla a mirar dentro de su alma para cambiar la situación. A veces me parece que con Luke sufre de Síndrome de Estocolmo porque se lo perdona todo sin pararse a juzgar sus actos ni el daño que le causan. Esa no es la Kris que conozco, la luchadora, la que entró en un correccional para protegerme. Y me gustaría recuperarla.

Cuando cierra la puerta camino hacia el carrito para coger el brownie. Necesito algo dulce para bajar el nudo que se me ha formado en el estómago.

—Está muy jodida. —Swan me abraza al sentarme a su lado—. Esta tarde en el concierto ya lo he notado. Estaba muy tensa, como si algo no fuera bien.

—No quiere asumir la realidad. —Le doy un mordisco al brownie y me apoyo en su pecho—. Es como si Luke la tuviera poseída o algo parecido. Antes no era así. Este último año la he visto marchitarse, como si su relación le quitara la vitalidad. No entiendo por qué no lo ve. Estar con un tío capaz de engañarla una y otra vez es difícil para mí. Me duele verla desperdiciar su vida así, esperando a que él le regale un anillo para convencerse de que puede cambiar. Si en un año no lo ha hecho, ¿qué le hace pensar que ahora será distinto?

Me levanta de su pecho para mirarme con esa sonrisa que eclipsa los nubarrones de mi cabeza. Coloca las manos en mis mejillas y me da un casto beso en los labios. Ese simple gesto consigue despejar un poco el dolor de enfrentarme a la tristeza de mi hermana.

—A veces nos aferramos a lo único que tenemos. —Apoya la frente en la mía acariciándome las mejillas con los dedos, sin quitar las manos—. Cuando os conocí supe ver enseguida la diferente manera en la que cada una de vosotras se enfrenta a vuestro pasado. Kris tiene miedo a volver a quedarse sola. La han abandonado demasiadas personas.

—¡Cómo a mí! —Me muevo para despegarme de él y mirarle a los ojos—. Yo también estaba acojonada el primer día de orfanato y he ido con ella de una casa de mierda a otra, con mil cambios de instituto, sin poder echar raíces

en ningún lado. Pero nunca me he dejado vencer por el miedo porque prefería disfrutar de lo bueno en vez de fijarme en lo malo. Eso me lo enseñó Dennis. Él nos salvó al llegar al orfanato y desde entonces me sentí protegida. Echo de menos estar los tres juntos. Y ella también, aunque le reviente admitirlo.

—¿Por eso le insistes tanto en que está enamorada de él?

Niego con la cabeza con rapidez, pero después me paro un segundo a evaluar sus palabras.

—Podría ser —acepto tras una pequeña reflexión—. Si ellos volvieran a ser pareja todo estaría en su lugar. Pero creo de verdad que ella sigue enamorada de Den. Viví su relación durante muchos años y les vi ese día en el Maggi's. Siguen locos el uno por el otro. Solo has de fijarte cómo se ilumina Kris al hablar de Den. Y si le vieras a él... ¡Bua! ¡Lo suyo es un amor de la hostia!

—A veces no basta con amar, Steff.

—Mi hermana tiene miedo porque Den ya la destrozó una vez sin darle ninguna explicación. —Cierro un segundo los ojos inspirando hondo y cuando los abro le miro con profundidad—. Tú también me hiciste daño, pero no puedo luchar para mantenerme alejada de ti sin perderme por el camino. No entiendo por qué ella lo deja pasar.

—Me alegro de que tú no lo hagas. —Se acerca para posar sus labios en los míos—. Todavía recuerdo nuestras miradas cuando no nos conocíamos, esa tensión que electrificaba el aire para conectarnos en la distancia y el subidón de deseo que experimenté aquel día en el Maggi's al rodearte la cintura con los brazos para apartarte de ese pandillero. No volveré a dañarte, te lo prometo.

—Yo también te quiero, Swan. Más que a nada en el mundo y no podría soportar perderte otra vez.

—No lo harás. El lunes volveré a Fort Lucas y a tu vida sin derecho a devolución.

Me besa y el mundo deja de existir. Es como si sus labios pudieran borrar los malos momentos y ya no me pesara tanto ver cómo Kris se apaga cada día un poquito más.

Cuando nos separamos me levanto para llenar un vaso con hielo y un poco de Coca-Cola. Siento a Swan recorrerme el cuerpo con una mirada libidinosa y ese gesto me enciende. Me apetece jugar un ratito, aprovechar las horas que nos quedan, disfrutar de él sin pensar en lo jodida que está mi hermana.

Le sonrío acercándome a la maleta para ponerme las sandalias de tacón que he traído por si esta noche salíamos después del concierto. Ahora me toca a mí sorprenderle.

—¡Quieto! —ordenó cuando veo su intención de levantarse—. Ahora va usted a mirarme, Conde Drácula. Prometo ponerlo muy caliente.

Me siento en la silla del escritorio, justo en la punta, con las piernas abiertas y sin dejar de dedicarle miradas provocativas. Le doy un mordisco al brownie y lo mastico de manera sexy, con una expresión seductora y picante mientras sus ojos se comen mis labios en la distancia.

Dejo el pastel encima de la mesa, cojo el vaso y paso la punta de la lengua por el borde sin dejar de mirarlo. No puedo ver su pecho por culpa de la camiseta, pero lo imagino subiendo y bajando a toda velocidad. Bebo un sorbo del refresco de cola y permito que un poco de bebida se deslice desde mi boca hasta el cuello. Dejo el vaso mirándolo con lascivia mientras recojo el hilillo con la lengua.

El brownie vuelve a estar en mi mano. Me humedezco los labios y lo mordisqueo. Con la otra mano me acaricio el vientre de camino hacia la entrepierna. Los jadeos que se escapan de la boca de Swan me muestran que estoy consiguiendo subir su temperatura corporal.

Se levanta y se acerca en tres zancadas rápidas, pero yo subo la pierna y le clavo el tacón en el estómago, manteniéndole a una distancia prudencial de mi cuerpo.

—¿Quieres que te castigue? —Aprieto un poco el tacón.

Su respiración se compone de resuellos roncós. Niega con la cabeza y se queda quieto.

Cojo un hielo con la mano, me lo paseo por los labios con lascivia y me bajo el tirante de la camiseta con un movimiento suave y sensual mientras desciendo la mano con el hielo hacia el cuello. Swan da un paso hacia mí a pesar de que mi tacón se le clava un poco en la piel.

—Quítate la camiseta —dice con voz ronca—. Y tumbate en la cama.

Niego con la cabeza, dejo el hielo en el vaso y me levanto.

—Tú ya me has tocado, ahora es mi turno.

Me acerco a él y le beso en el cuello. Con las manos le levanto la camiseta hasta sacársela. Él me deja hacer con una sonrisa lujuriosa. Le ponen mis caricias. Bajo la mano hacia el cinturón, se lo desabrocho con cuidado y le bajo la cremallera. Él esconde el vientre y aguanta la respiración cuando le toco.

Le beso en el torso y bajo los labios con lentitud por su piel acompañada de los gemidos de Swan. Le quito los pantalones besándole las piernas hasta llegar a los pies. Él los levanta cuando llega el momento de deshacerse de la prenda.

Vuelvo a subir mis besos sin detenerme en ningún lugar especial, hasta perderme en su boca. Cuando intenta abrazarme le doy con la palma abierta en los brazos y me separo de él.

—Si me tocas me encerraré en el baño.

—Y yo tiraré la puerta abajo. —Me agarra entre sus brazos, me levanta y me tira sobre la cama tras un beso caliente. No protesto, me gustan sus arrebatos posesivos—. No voy a dejar de desearte nunca.

Se agacha para buscar algo en el bolsillo de sus vaqueros y su cara se desfigura con ira.

—¡Joder! —Los tira con un gesto furioso—. ¡No tengo más condones!

—Da igual. —Me levanto para abrazarlo y besarlo—. Seguro que será mil veces más morboso hacerlo sin. Quiero sentirte sin nada.

Su mirada cuando me separa de él es una clara advertencia de que se ha cabreado.

—No vamos a hacerlo sin condón. —Se pone los vaqueros en dos movimientos rápidos—. Si quieres probarlo algún día será porque te tomas la píldora. ¿Te imaginas cómo nos complicaría la vida un crío? —Ahora ya lleva la camiseta puesta—. Princesa, hay límites que no vamos a traspasar y este es uno de ellos.

—Está bien. —Tuerzo la boca con fastidio y me pongo el pijama—. Pero dime cómo has podido quedarte sin condones.

—¿Acaso te crees que he planeado pasar la noche haciendo el amor contigo? —Se estira en la cama con un gesto airado—. Llevo meses sin tirarme a una tía. Tenía un par de preservativos en la cartera desde entonces, pero se han acabado.

Está enfadado, excitado y rabioso por la situación. Me estiro de lado, muy apretada a él, y paseo mis dedos por su torso.

—Me encanta que no lo hayas planeado. —Le beso los labios—. ¿Qué esperabas de esta noche?

11

La pregunta le deja un instante pensativo. Mientras caminaba por el pasillo rumbo a la habitación de Steff no ha pensado demasiado en lo que iba a pasar porque solo le movía la idea de recuperarla como fuera. Quería hablar con ella y convencerla de que volviera a confiar en él para iniciar una relación en serio. Era lo que llevaba un año atormentándolo, la necesidad de tenerla otra vez. Y en ningún momento se ha parado a pensar en la posibilidad de hacerle el amor.

—No podía imaginarme que acabaríamos así —admite—. Tenía la esperanza de besarte y quizás de seducirte, pero no más de una vez y en plan suave.

—¿Te he sorprendido? —Su sonrisa es una invitación a besarla—. Me gusta impresionarle, conde. Me pone saber que a pesar de la diferencia de edad puedo hacerle estremecer.

—¿Sabes princesa? —La abraza—. A veces no pareces una cría de dieciocho años.

—Me gusta que pienses así porque te he demostrado con creces que no soy una niñata recatada. Prefiero ser perversa y depravada.

Cuando ella le besa bajando la mano por su cuerpo él la detiene.

—Eres insaciable, pero si me tocas no podré parar y no voy a hacerlo sin condón. —Ella gruñe y aparta la mano—. Podemos ver un poco la tele o dormir. Mañana estaremos reventados.

—También podríamos jugar sin llegar al final.

—No me controlaré y acabaremos cometiéndolo una locura. ¿Dormimos un poco?

—Prefiero la tele o charlar un rato. Me gusta escucharte hablar de tu pasado. —Se estira acurrucada contra él—. Cuéntame algo interesante de tu vida que no sepa.

—No hay nada demasiado destacable. —Le acaricia la espalda.

—¡Estudiaste en Yale! —Su entusiasmo le arranca una sonrisa—. Me parece un sitio increíble. Allí solo van los empollones o los cerebritos. Cuando nos conocimos hablábamos mucho, pero nunca de tu vida universitaria.

—Era buen estudiante —explica—. Vivir en un lugar como Fort Lucas desde niño te marca. Me encantaba volar, quería seguir la tradición familiar y ser uno de los pilotos del cuerpo de élite. Nací pilotando un caza, pasé mi juventud sobre ellos y mi meta era clara. Para entrar en el cuerpo has de tener una buena formación universitaria y ser de los mejores.

—Pero tú no eres piloto. —Ella le mira con curiosidad—. Decidiste convertirte en ingeniero y trabajar de eso. ¿Por qué?

—Zack tuvo la culpa. —Sonríe al recordar la primera vez que vio a su cuñado y amigo montado en un caza—. Cuando le vi pilotar supe que nunca lo haría como él. ¡El tío es el puto amo! Le llevé a una base cercana a la universidad gracias a la intervención de mi padre y conseguí que se subiera a un Lockheed Martin F-22 Raptor para probarlo. Nunca había pilotado un caza de verdad, solo lo había hecho en simuladores. —Silba para enfatizar su entusiasmo—. ¡Joder! ¡Fue como ver la perfección en el aire! Entonces me di cuenta de que yo era un piloto normalito y en cambio un ingeniero cojonudo. De niño ya desmontaba y montaba las piezas de un motor con los ojos vendados y se me daban bien las mates y la física.

—Pero adorabas volar... ¿Lo echas de menos?

Niega con la cabeza abrazándola.

—Un par de veces a la semana me subo en uno de esos trastos para llevarlo en el aire. —Sonríe—. Me gusta la sensación de ser el amo del cielo, pero soy feliz con mi trabajo porque soy bueno en él. Me gusta imaginar nuevas máquinas, retocar los motores para darles más potencia, saber cómo se mantienen en el aire.

—A mí me encanta la velocidad. Zack me ha enseñado varios trucos y dice que soy buena. —Se coloca de rodillas en la cama, saltando un poco sobre el colchón—. ¿Vas a volar conmigo un día? Podríamos pilotar el Dragonfly, como Ju y Zack. —Le guiña un ojo—. Tu hermana me explicó que conseguiste mantener el avión en la base cuando la Fuerza Aérea lo descatalogó y que te ocupas de su mantenimiento. ¡Bua! Julia me contó la romántica proposición de Zack en ese avión y quiero saber qué se siente volando de noche cerca de las estrellas con tu chico.

—¿De verdad quieres ser piloto? Mi padre me ha dicho que tienes muchas posibilidades de convertirte en una de las mejores. Tienes instinto.

—Nunca había volado hasta que me fui a vivir con tu padre. Mi vida era demasiado complicada para pensar en algo así. Pero cuando entré la primera vez en el simulador me atrapó la pasión por pilotar. Es adrenalina en estado

puro.

Tiene los ojos muy abiertos, una sonrisa arqueándole los labios, los hombros un poco levantados y una luz especial. Swan no puede evitar sentir cómo su cuerpo se llena de ardor al contemplarla.

—Voy a volar contigo cuando volvamos a Fort Lucas. —Curva los labios en una sonrisa feliz—. Hablaré con mi padre y conseguiré llevarte en el Dragonfly una noche. Aunque olvídate de proposiciones o declaraciones románticas. Yo no soy de esos.

—¿Lo has hecho antes o seré la primera? —Levanta las cejas y le mira con esa mezcla de celos e ilusión—. Volar con una chica, quiero decir.

—Tess aprendió a volar conmigo. —Está dispuesto a no ocultarle nada, aunque no le pasa desapercibida la expresión celosa de su cara al escucharle—. Cuando Julia decidió convencer a Zack para que le diera clases de vuelo, Tess me pidió que la enseñara. Volaba bien, pero le faltaba coraje. Era una mujer poco valiente.

—No me gusta pensar que tenías a otra aquí antes que a mí. —Le toca en el pecho a la altura del corazón—. Sé que no es justo, pero para mí eres el primero en todo. Nunca había estado enamorada ni había fo... —ante el gesto de él se detiene— hecho el amor con otro tío.

—¿Tampoco habías besado a otro?

—¡Hombre, eso sí! ¡Tengo casi dieciocho y nunca he tenido complejo de monja! —Pestañea un par de veces, coqueta—. Hubo un par de tíos que me besaron y me dejaron temblando.

—Dame sus nombres y me los cargo. —La atrapa entre sus brazos—. Nadie besa mejor que yo princesa, te lo aseguro.

—A ver. —Se acerca a sus labios—. Déjame probar y te diré si es verdad.

Le devora los labios con intensidad. Ella reacciona con furia, se coloca sobre él a horcajadas y mueve la cadera. Enseguida siente el calor recorrerle el cuerpo y la separa de él.

—Tienes demasiado peligro. Si no te comportas me voy a mi habitación.

—Me portaré bien. —Pone unos morritos muy provocativos—. Pero a partir de ahora no te voy a perdonar que agotes tus existencias de condones tan rápido. He leído que al principio de una relación el sexo es importante. Y después de probarlo no quiero perder ni una oportunidad para descubrir si es verdad.

Se lanza encima de ella, la estira y le hace cosquillas haciéndola reír y

retorcerse de risa.

—Eres mala princesa, la tía con más cojones que he conocido.

Se pasan el resto de la noche charlando de cosas sin importancia, besándose y deteniéndose cuando la temperatura sube demasiado de nivel.

—Debería irme a mi habitación a ducharme —dice Swan a las seis y cuarto levantándose de la cama con pocas ganas—. Te voy a echar de menos cada segundo que pase separado de ti.

—¿Vas a dejarme? —Ella se levanta y le abraza por la espalda—. Ve a por tu ropa y dúchate aquí conmigo. No quiero que esta noche se acabe nunca. ¿No podemos retrasar las manecillas del reloj?

—El viernes hemos quedado en tener una cita, si quieres busco la manera de pasar esa noche juntos. —La abraza acariciándole el pelo—. Pero ahora debo irme, no quiero que me vean salir de esta habitación, podría complicarnos las cosas.

—¿Y piensas que esperaré al viernes para volver a tocarte? —Se muerde el labio—. Quiero ver cómo esta mañana entras en la primera farmacia que encuentres para comprar una buena provisión de condones. —Le agarra del pantalón con una mueca lasciva—. Porque la próxima vez no te perdonaré si te quedas sin.

—En dos días nada evitará que lo hagamos público. Contaré los minutos.

—Swan. —Le llama cuando está a punto de salir. Al darse la vuelta descubre cómo le manda un beso y compone una sonrisa—. Ha sido la mejor noche de mi vida.

—Y la mía, Steff. —Se acerca a ella, la abraza por la cintura y le roba un beso—. Estoy decidido a superarla a tu lado porque cada noche puede ser mejor que la anterior si tú estás en ella.

No está dispuesto a dejar pasar la oportunidad de disfrutar de otras parecidas a partir de ahora. Le da un último beso y se separa de ella con la dolorosa necesidad de quedarse a su lado.

Mientras se ducha piensa un segundo en Tess, en lo que tenían, en cómo se enfrentó al dolor de su pérdida, y se da cuenta una vez más de lo diferente que se sentía con ella. Era una mujer genial, le hacía reír, a su lado conseguía soñar en un futuro compartido y feliz. Pero nunca sintió esa fuerza en su interior con solo con mirarla.

En cambio con Steff...

Se viste con los vaqueros bajos de talle, una camiseta ceñida de color azul y unas deportivas. Frente al espejo se peina un poco el pelo hacia atrás.

Tiene ojeras y su aspecto no es demasiado atractivo. Va a necesitar una excusa creíble para explicar el labio hinchado y las marcas de la barbilla.

No se afeita como de costumbre, prefiere dejarse la barba de dos días para ensombrecer un poco las pruebas del delito.

Ella todavía no ha llegado al restaurante cuando se sienta en la enorme mesa redonda con Julia, Zack, Bryan, Wyatt, Austin, Penny y Ethan. Suspira y se prepara para contestar preguntas incómodas al descubrir los ojos de sus acompañantes observar su rostro.

—¡Vaya careto! —Su hermana le lanza un beso—. ¿Te metiste en una pelea?

—Salí un rato y tuve un altercado en un bar —explica sin darle demasiada importancia—. Nada que deba preocuparte.

—Pensaba que habías dejado de pelearte. —Zack le reprende con la mirada—. El lunes puedes tener problemas en la base con ese aspecto.

—Tranquilo cuñadito, me he puesto hielo y en un día baja la hinchazón.

Siente los ojos de Zack repasarle el cuerpo con reproche. Es como si su amigo intuyera algo y le molesta porque no quiere darle explicaciones a nadie.

—Cuéntanos un poco más acerca de esa pelea —solicita con una voz dura e inquisitiva—. ¿Cómo acabó tu contrincante?

—Con unas cuantas marcas en el cuerpo.

—Serás cabrón. —Zack golpea la mesa con el puño—. ¿Por qué tuviste que pelearte?

Por suerte la llegada de Kristie y Luke rebaja un poco la tensión. Ambos parecen cansados y sus miradas indican que han discutido durante horas.

—Buenos días. —Kris se sienta con una sonrisa triste—. ¿No ha bajado todavía la dormilona de mi hermana? —Le dirige la pregunta todos, pero su mirada se para en Swan.

—¿Preguntas por mí? —Steff aparece con su habitual derroche de energía positiva. Lleva un vestido ceñido muy corto de media manga que le marca un cuerpo estupendo—. Estaba acabando de arreglarme para salir bien en las fotos. —Se muerde el labio cruzando una mirada con él—. Swan, ¿qué te ha pasado en el labio? ¿Una noche de sexo salvaje?

Se le dispara el corazón cuando ella le guiña un ojo. Es una temeraria, una puta camicace. Su expresión se endurece y ve cómo Kristie se tensa.

—Tuve un altercado con un tío en un bar. —Le encantaría añadir princesa a su discurso, pero se contiene—. El cabrón no quería claudicar y acabó pagándolo muy caro.

—Deberías contar la historia completa, quizás él tenía razón. —Le lanza un beso que todos corean con risas—. A veces hay que escuchar las dos versiones.

Se sirve un poco de café y se va hacia el buffet en busca de un plato de comida. Swan la sigue a corta distancia.

—Eres una inconsciente princesa —susurra sin que nadie les vea—. Me vuelves loco.

—¿En tu habitación en diez minutos? —Se gira un instante para dirigirle una mirada pícaro—. Me muero por besarte, morderte, tocarte... —Levanta las cejas, junta los labios en un beso suave y se aparta de él—. No aguantaré demasiadas horas sin hacerlo.

Cuando regresa a la mesa Zack está de pie.

—¿Puedes venir un momento conmigo, Swan? —solicita en un tono que no augura nada bueno—. Necesito comentarte algo en privado.

—Claro.

Deja el plato encima de la mesa y sigue a su amigo hacia la salida del restaurante. Buscan un lugar tranquilo en el hall y se paran. Es una zona con dos sofás largos situados en una esquina bastante separada de la puerta principal. No hay demasiada gente a su alrededor.

—¿Estás loco, tío? —Zack se encara a su mirada interrogativa—. Te dije que hablaras con Steff no que te pelearas con ella a hostias.

—Estaba muy cabreada.

—¿Y ese labio? ¿Te pegó?

—Es un mordisco. —Le guiña un ojo—. Es un puto volcán, tiene un carácter...

—¿En serio? ¿Te la has tirado? —Contrae la cara—. ¡Todavía no ha cumplido los dieciocho! ¡Es tu hermana de acogida! A ti se te ha ido la pinza. ¿Te has parado a pensar en cómo nos afectaría si alguien se entera?

—Estoy loco por ella, tío y ella también lo está por mí.

Zack camina en círculos por el vestíbulo del hotel con un intenso dolor de cabeza.

—Siempre has tenido ese punto de no ceñirte del todo a las normas y hasta ahora no me ha parecido un problema, pero es que tu padre es el General de Fort Lucas, tiene una responsabilidad con Steff y si se hace público que os habéis peleado y habéis acabado en la cama puede destrozar a toda la familia. ¿No lo has pensado? ¡Solo tenías que esperar tres días!

—¿Te oyes Zack? —Se encara a la mirada de su amigo—. ¿Cómo puedes

darme lecciones? ¡Te liaste con mi hermana cuando solo tenía dieciséis años!

—No la besé hasta que cumplió los diecisiete.

—¡Y te casaste con ella al cabo de pocos meses porque fuiste incapaz de no tirártela! —Se acerca a él y lo empuja—. ¡Joder! ¡Si hasta tuvisteis que cambiar los planes de boda para evitar un escándalo público! ¿De qué coño vas ahora dándome lecciones?

—¡Es diferente! ¡Estaba loco por tu hermana! ¡Y no era la hija de acogida de mi padre!

Swan niega con la cabeza, le da otro empujón y levanta el puño.

—La quiero, joder. —Espira con rabia bajando el brazo y relajándolo a un lado—. ¡Yo como mínimo me fui para evitarlo! ¡Tú seguiste con Ju! —Da un paso hacia atrás y se sienta en un sillón que hay a su espalda—. He pasado un año muy jodido, tío. Estoy enamorado de ella y me odio por eso. ¡Yo no me enamoro de crías! Pero Stef se me ha metido en mi piel. No dejo de pensar en ella y cuando ayer la besé... —Se tapa la cabeza con las manos—. ¡Joder Zack! ¡Es el puto amor de mi vida!

—Parecemos gilipollas. —Zack se sienta a su lado y suspira serenándose un poco. No es justo con su amigo porque él hizo lo mismo—. ¿Te acuerdas cómo te pusiste cuando descubriste lo mío con Ju?

—Un poco más y te parto la cara, aunque al final me redujiste en el suelo. —Suelta una risotada—. Si Julia no llega a entrar con la pistola de mi padre todavía nos estaríamos peleando.

—¿A quién se le ocurre liarse con jovencitas?

Se ríen a carcajadas, dejando atrás el mal rollo.

—Nos las hemos buscado guerreras. Steff es un pedazo de mujer, tiene los huevos cuadrados y no le da miedo nada. —Recrea sus encuentros de la noche y se enciende—. Es muy diferente a Tess. Se parece más a Julia, pero creo que todavía es más fiera. Ya ves cómo me ha dejado el labio. Y si te enseño el pecho lo flipas, me ha marcado con una ese para que ninguna arpía se acerque.

—Tu hermana se deja las uñas en mi espalda muchas veces. —Se levantan y caminan de vuelta—. Es una terrorista.

—Creo que la gana Steff por goleada. —Se señala el labio—. Esto fue porque no quería besarme.

—¡Pues el día que le hagas una putada te capa!

—Como mínimo.

—Id con cuidado, tío. No podéis jugárosla así, solo os faltan dos días

para que sea legal y no nos salpique a todos. Tu padre se juega mucho.

—Lo sé. El martes estaremos dentro de la ley y ya nada me detendrá para hacerlo público.

Antes de entrar en el restaurante Zack le detiene y le mira un segundo.

—¿Estás seguro de que es la mujer de tu vida? —Niega con la cabeza—. No la conoces demasiado y lo de Tess fue una putada...

—En junio hará dos años de la muerte de Tess y desde que conozco a Steff pienso en ella de otra manera. —Intenta encontrar las palabras para explicarle la situación—. ¡Steff es como una puta obsesión! Solo pienso en desnudarla, tocarla, llevármela lejos, arrancarle los ojos a cualquier tío que la mire... Con Tess no era tan territorial. La quería, iba a casarme con ella, pero no sentía ni la mitad que con Steff.

—A mí me pasó lo mismo con Julia y Carol. ¡A ver si al final tu hermana tiene razón y existen los amores esos de verdad!

—¿Los que se te meten en la piel y se convierten en una pasión incontrolable? —Cita a Julia con una risa divertida, poniéndose las manos en el corazón en broma—. ¿Un amor de los que te ahoga y te impide respirar sin la presencia del otro?

Los dos se carcajean dándose cuenta de que esas palabras de Julia son una explicación clara de sus sentimientos.

—Algo así.

Al regresar a la mesa Steff le dedica una mirada sensual y él no soporta tenerla lejos. Observa con creciente envidia los arrumacos que Bryan le dedica. El *cowboy* la abraza por los hombros, la atrae hacia él y la besa en la mejilla cuando ella enumera con emoción sus expectativas sobre el día en Hollywood. Swan lucha para no levantarse y dejar clara su posición de novio oficial. Le cuesta controlarse, pero al final lo consigue.

Pasa el resto del desayuno mirándola en la distancia, deseoso de besarla. Ella parece feliz cuando sus ojos se encuentran, aunque están sentados demasiado lejos el uno del otro para tocarse.

—¿Preparados para un día inolvidable? —Julia se levanta al terminar—. Quedamos en veinte minutos en recepción con las maletas y el *check out* hecho. He contratado una limusina todo el día para ir de un lado para otro.

—¡Es un sueño! —Steff se levanta y da un par de saltitos—. ¡Bua! ¡Estoy súper emocionada! ¡Por fin voy a pasear entre las estrellas de Hollywood! —Mira a su hermana—. ¿Recuerdas cómo lo planeábamos de niñas? ¡Solo nos falta Dennis! Él se hacía el duro y decía que no le impresionaría, pero las dos

sabemos que se moría por estar aquí.

La mirada airada de Kristie se posa en su hermana.

—Éramos unos críos Steff. —Se levanta y le da la mano a Luke—. Ahora las cosas han cambiado. Dennis salió de nuestra vida hace mucho, cuando decidió liarse con una banda callejera.

—Y yo he entrado en ella. —Añade Luke un poco molesto.

12

Siento la incomodidad de Kris enseguida. Crispa los dedos en la mano de Luke con la espalda tiesa, como si entre ellos todavía quedaran muchas cosas para resolver y el comentario sobre Dennis fuera el detonante de una nueva discusión.

Me gustaría ayudar a mi hermana, hacerle ver que su relación con Luke no va a ninguna parte. Pero ha de ser ella quien se percate de la situación y estoy cansada de ser la mala que le recuerda a menudo la situación.

Caminamos juntos hacia el ascensor. Kris baja la mirada al suelo y avanza sin dejar traslucir su habitual brillo en los ojos. Me acerco a ella para rodearla con el brazo por los hombros y darle un beso en la mejilla.

—¿Estás bien? —susurro—. Lo siento, no quería cabrear a Luke.

—Ya se me pasará. —Aprieta los labios e intenta componer una sonrisa tensa—. No he dormido y estoy muy cansada.

—Si necesitas hablar, llorar o soltar toda esa mierda que te agobia ven a mi habitación.

—Tranquila, con aclarar un par de puntos con Luke tengo suficiente.

Es la misma canción de siempre...

Asiento con una media sonrisa para no discutir y la suelto al entrar en el ascensor. Swan se coloca a mi espalda, muy pegado a mi cuerpo. Sentirlo me estremece y llena mi piel de un hormigueo insano.

—Eres la tentación en persona. —Escucho su susurro en el oído acompañado de la suave caricia de su voz. Apenas soy capaz de moverme porque el suelo parece haberse convertido en gelatina.

Recuerdo cuando Julia nos contó a Kris y a mí su historia con Zack, cómo deseaba entonces tener un amor secreto y prohibido, igual que el suyo o el de Dennis y Kris. Los ojos de Julia eran pura excitación mientras narraba cómo persiguió a su piloto hasta conseguirlo y lo difícil que les resultó después esconder lo suyo. La miro un segundo de reojo con un poquito de envidia. Ella consiguió ser feliz, a pesar de las mil vicisitudes a las que se enfrentó.

Esa historia me marcó porque la escuché cuando estaba enamorándome de Swan, en nuestra época de besos pasionales, poco después de conocernos.

Y relataba el mismo caso que el nuestro, en el mismo lugar, con unos problemas muy parecidos. Quería vivir algo igual con Swan, un amor con mayúsculas que me hiciera suspirar en secreto, verle a espaldas de los demás, buscar lugares oscuros para besarnos. Ahora solo deseo encontrar la manera de darme la vuelta y besarle sin preocuparme de quien puede verme.

Me muerdo el labio con una sonrisa y sin llamar la atención le acaricio las piernas con mucha suavidad. Él pasea la yema de los dedos por mis brazos desnudos hasta llegar a las manos. Siento una fogata arrasando con mi cordura.

—¿Ju, has dicho que tenemos veinte minutos? —Avanza la cabeza hasta posarla en mi hombro—. Necesito hacer un par de llamadas antes de bajar.

Tiemblo de anhelo, necesidad y deseo.

—La limusina nos espera a las siete y media. —Julia consulta el reloj de pulsera—. Son las siete y cuarto, así que te quedan quince minutos exactos.

—Perfecto, me da tiempo a todo.

Cuando se aparta para volver a su posición inicial un frío atroz me invade, acompañado de temblores. Cierro un segundo los ojos para espantar la necesidad de darme la vuelta y lanzarme a sus brazos.

Al llegar al tercer piso me da una palmada disimulada en las nalgas, seguida de un pellizco. Me sobresalto un segundo y cuando salimos del ascensor me fijo en su expresión socarrona.

—Os veo en un rato. —Voy directa a mi habitación sin mirar atrás.

Cierro la puerta y me apoyo en ella para soltar el aire que retenía en los pulmones con una profunda y audible exhalación. No voy a resistir esta situación demasiado tiempo, hemos de encontrar la manera de hacerlo público cuanto antes.

Mi móvil vibra en el bolso. Lo abro con rapidez y busco el apartado. Al descubrir su nombre en la pantalla parpadeando junto a su foto me emociono.

—¿Quedamos en ocho minutos en el ascensor? —dice—. Me debes un beso de buenos días.

—Cuento los segundos.

Corro por la habitación para acabar de cerrar la maleta, ir al baño, lavarme los dientes y arreglarme un poco frente al espejo. Antes de salir al pasillo le doy una última mirada al lugar donde he pasado la mejor noche de mi vida. Me acaricio el labio en un gesto ausente, con una sonrisa al recordar cada segundo. Guardaré lo sucedido en un lugar privilegiado de la memoria para no olvidar nunca la sensación de volar hacia el cielo de mis deseos.

Una vez en el pasillo le descubro frente a la puerta del ascensor. Está

apoyado con el codo en la pared y tiene la mano tras la cabeza, mirándome con una expresión muy sexy. Se ha cambiado, en vez de la camiseta ahora lleva una camisa vaquera con tres botones abiertos, dejando al descubierto sus placas de identificación y un poquito de la ese. El corazón me empieza a latir con fuerza mientras corro a su encuentro.

Escucho el clic de la llegada del ascensor a pocos pasos de él. Cuando la puerta se abre Swan entra y aguanta el botón para que las puertas se mantengan abiertas, sin apartar sus ojos de mi cuerpo. Lo repasan con avidez.

Jadeo con una revolución interna que me llena de cosquillas el abdomen. Esa posición, su manera de devorarme con la mirada y su sonrisa seductora a pesar del labio hinchado son una invitación a desnudarlo ahí mismo.

Aprieto el paso arrastrando mi maleta de ruedas y una vez dentro del ascensor me lanzo a besarle con ansiedad. Cuando las puertas se cierran escalo con mis piernas por su cuerpo, con una necesidad extrema de devorarlo.

—Tranquila princesa. —Me separa un momento para respirar—. Si sigues así me vas a ahogar.

—Para el ascensor. —Le lamo el labio superior metiendo la mano por su camisa abierta.

—Vamos pillados de tiempo y Ju se cabreará si llegamos tarde. —Acerca otra vez su boca a la mía—. Solo voy a darte un beso de buenos días.

—¿Te crees que me voy a conformar con eso? —Coloco la palma de la mano en el botón de parada, lo pulso y siento cómo el ascensor pega un estirón para dejarnos suspendidos entre dos pisos—. Quiero mucho más que un beso de buenos días.

Le agarro el lóbulo de la oreja entre los dientes.

—¡He creado un monstruo! —Su expresión muestra deseo a pesar de alejarme de él con una carcajada—. Vamos a portarnos bien. Mañana estaré en Fort Lucas dispuesto a otro asalto, pero ahora vamos a bajar a recepción para no llegar tarde a tu visita a Hollywood.

—¿Piensas que voy a esperar tanto? —Me vuelvo a acercar hasta juntar nuestros labios—. Bésame.

Me atrapa por la cintura, me pega a su cuerpo y me besa hasta dejarme sin aire.

—Esto ha sido un aperitivo de lo que te espera mañana por la noche. —Me da un cachete y pone el ascensor en marcha de nuevo—. Prepárate para no dormir demasiado.

—Espero que tu casa esté insonorizada porque voy a hacerte gritar. —Le vuelvo a besar poniéndole la mano por dentro de la camisa—. Me gusta el riesgo, así que apuraré al máximo antes de volver a casa de tu padre.

Una vez en recepción me recoloco el vestido sin dejar de mirarlo y me pongo en la cola para el *check out*, detrás de Kris y Luke.

—Si sigues comportándote como una loba hambrienta se van a dar cuenta —me regaña mi hermana en voz baja para que nadie nos oiga—. ¿Has visto cómo habéis salido del ascensor? Entre vosotros saltan chispas de tensión sexual.

—Es que Swan emana sexualidad por cada uno de sus poros. —Levanto los hombros mordiéndome el labio—. Si me dejara le desnudaría aquí mismo.

Pone los ojos en blanco y me da con la palma abierta flojito en el brazo.

—Contrólate un poco.

—Míralo. —Se lo señalo detrás nuestro con la barbilla—. Está como un queso. Y folla tan bien...

—¡Te voy a coser la boca si sigues hablando así!

Luke agarra a mi hermana por la cintura, se acerca a nosotras y compone una de sus arrebatadoras sonrisas. Parece que al fin han hecho las paces.

—¿Qué cuchichean mis dos chicas preferidas? —pregunta.

—Nada importante —interviene con rapidez Kris—. A mi hermana a veces se le va chaveta.

—Yo también quiero enterarme de los secretitos de las hermanas. —Swan se adelanta abrazándome por la cintura como si se tratara de un gesto fraternal que me llena el cuerpo de calor—. ¿De qué hablabais?

—De nada importante. —Le dedico una mirada socarrona—. Solo le decía a Kris que si ahora apareciera el Conde Drácula le permitiría chuparme toda la sangre.

—¿El Conde Drácula? —Luke levanta las cejas sin entender mis palabras.

—Déjala. —Kris vuelve a poner los ojos en blanco y sopla—. Ya te he dicho que se le va la cabeza.

—Solo es una locura momentánea. —Compongo una sonrisa traviesa—. Maggi me dijo hace un tiempo que he de besar a muchas ranas para encontrar a mi príncipe.

Cinco segundos después el móvil vibra.

SWAN: ¿CÓMO QUE MUCHAS RANAS? CUANDO ESTEMOS A SOLAS TE DARÉ TU MERECIDO.

Le dedico una caída de ojos y espero mi turno con las hormonas disparadas.

STEFF: LO ESTOY DESEANDO...

Si seguimos así vamos a acabar enrollándonos aquí mismo. En eso Kris tiene razón, deberíamos frenar un poco nuestros juegos o no lograremos ocultarlo demasiado tiempo.

Los trámites para dejar la habitación del hotel se me hacen eternos. Escucho cómo Luke se ocupa de la suya y observo a mi hermana de reojo. Está más tranquila, la tristeza se ha rebajado de su mirada, aunque queda ese poso de siempre, como si no consiguiera deshacerse del todo de la melancolía.

Cuando el resto de nuestros amigos pasa por el mostrador de recepción salimos juntos hacia una enorme limusina blanca que nos espera frente a la puerta. El interior es muy parecido al de ayer por la noche, con un mueble-bar bien surtido y un aparato de música para amenizar el trayecto de media hora hasta el Paseo de la Fama.

—¿Habéis visto las noticias? —Penny nos enseña la pantalla de su móvil—. La proposición de Ethan se ha hecho viral en la red. Mis padres me han llamado esta mañana a primera hora para preguntar por la boda. ¡Con la emoción se me olvidó contárselo!

—Mis viejos están alucinados de que fuera capaz de pedírtelo en el concierto. —Ethan la estrecha entre sus brazos—. Ahora todo el mundo conoce a mi chica.

—¿Eso significa paparazzi por todos lados siguiéndome? —Penny suspira—. Es la peor parte de casarme con un músico famoso. ¡Pero no lo cambiaría por nada del mundo!

Empiezan a hablar de las posibles fechas para la boda, del lugar, de lo sucedido ayer...

Me abstraigo de la conversación para pensar un poco en cómo Swan y yo vamos a plantearle a Rob lo nuestro al llegar a Fort Lucas. En dos días seré mayor de edad y dejaré de estar bajo la tutela estatal, pero si el General no me permite vivir en su casa hasta terminar la escuela como hizo con Kris no sé qué será de mi vida.

Le lanzo una mirada a Swan. Él me devuelve el gesto con una sonrisa. Es como si su presencia me revolucionara el cuerpo disparando suspiros, cosquilleo en la piel, calor... Mucho calor. Sé que quiero construir una relación con él, aunque quizás no nos sea tan fácil como debería. Hay demasiados factores a tener en cuenta.

—¿Podemos parar un momento? —Swan señala el exterior y me mira un fugaz segundo con una sonrisa mordaz—. Ahí hay una farmacia, me iría bien comprar un par de cosas para curarme las heridas de la pelea.

—No tardes. —Julia avisa al conductor—. Y no sigas buscándote problemas en los bares.

Guiña un ojo antes de bajarse del coche. No puedo evitar componer una sonrisa feliz al comprender a quien iba dirigido ese gesto. Cinco minutos después mi móvil vibra para recibir una foto. Son cuatro cajas de condones sujetadas en una de sus manos.

SWAN: ¿CREES QUE TENDREMOS SUFICIENTES?

STEFF: TODO DEPENDE DE TU AGUANTE...

El trayecto hasta Hollywood Boulevard no dura más de veinte minutos. Los pasamos planeando la visita. Nos esperan a las doce en los estudios Warner para un tour guiado por los escenarios de películas y series míticas. Es el estudio de algunas de mis series favoritas, como *Pretty Little Liars*, *The Flash* y *Supernatural*, y de películas como *Harry Potter* y *Batman*. Me apetece muchísimo sumergirme en el mundo de unos estudios de filmación tan importantes. Pero antes voy a recorrer el paseo de la fama, a hacerme fotos con algunas estrellas y a disfrutar del Teatro chino y el Teatro Dolby.

Salgo de la limusina con una energía increíble.

—¡Es una pasada estar aquí! —Ruedo sobre mí misma encima de la primera estrella, canturreando la canción de *High school musical* de ayer—. ¡Vamos! ¡Salid ya o no tendremos tiempo de verlo todo!

Tengo la lista de estrellas que me apetece visitar y la ubicación exacta para no dar demasiadas vueltas. El sitio no es espectacular, es una calle como cualquier otra, pero caminar sobre esas estrellas de bronce que en mi infancia me parecían inalcanzables me llena de felicidad. Aunque no puedo evitar pensar en Dennis, en nuestros planes de niños, en lo que me pesa su ausencia...

Kris parece atacada. Su mirada se llena de ansiedad, como si estar aquí sin él también la afectara.

Los recuerdos vuelven a mí con una fiereza indomable. Éramos tres huérfanos a los que les gustaba soñar. Cada uno de nuestros deseos formaba una burbuja de felicidad en la triste realidad que nos tocó vivir para convertirla en una diferente, llena de emociones. Y esas pequeñas hazañas nos hacían sentir esperanza, mantenían la llama de las ilusiones.

Dennis solía explicar cómo se sentiría si un día pisaba estas estrellas.

Cierro un segundo los ojos para evocar esa sonrisa torcida, sus palabras llenas de notas de emoción, esa forma tan especial de hacernos partícipes de su alma.

Él debería estar aquí, es parte de esto, una parte importante.

Mi mirada se para un segundo en Kris. Ella me la sostiene hablándome con los ojos de los mismos pensamientos, como si por un momento ambas hubiéramos regresado a esos días donde solo podíamos ilusionarnos a través de la imaginación.

—Estamos en el 6801 de Hollywood Boulevard. —Me detengo un segundo al llegar a mi primera localización deseada—. Aquí vamos a encontrar la estrella de Matt Damon, Keanu Reeves y Britney Spears.

Me agacho para leer cada una de las inscripciones.

—¡Mi Jason Bourne! —Me pongo las manos en el corazón y toco la estrella de Matt Damon con una expresión extasiada—. Es uno de mis personajes de ficción preferidos. ¡Quiero un Jason Bourne en mi vida! ¡Necesito un Jason Bourne en ella!

Mi hermana lanza unas cuantas fotos con su móvil sin dejar de reír. Ella también se agacha para tocarla. Las dos somos unas forofas incorregibles de esta saga. Parece que por un momento deja de lado los recuerdos y se entrega a la emoción.

Cuando me levanto el móvil vibra.

SWAN: ¡JASON BOURNE NO PUEDE BESARTE!

Le miro mordéndome el labio con una mueca burlona. Él levanta las cejas y se pasa la mano por el labio superior. ¡Dios! ¡Es como si ese gesto me sacudiera!

—Mira, aquí está la de Keanu Reeves. —Señala Julia—. ¡Qué pedazo de hombre!

Se agacha para sacarse unas fotos en las que la acompañamos Kris, Penny, Wyatt y yo. Hacemos unas cuantas caras divertidas y las rematamos con unas instantáneas sacando la lengua. El resto de nuestros acompañantes se une a las risas y acabamos con una colección muy divertida de selfis.

De repente pasa lo inevitable. Un grupo de turistas empieza a mirarnos con interés. Julia, Ethan y Luke han pasado desapercibidos durante un rato, pero llega el momento fan.

—¡Son los *The Band*! —chilla una chica cerca de nosotros—. ¡Son ellos! ¡Qué fuerte!

Los señalan y las reacciones no tardan en llegar. Se acercan con el móvil

en la mano, dispuestas a tener un recuerdo con unas de las estrellas actuales del pop. En menos de dos segundos la gente rodea a Julia, Ethan y Luke pidiendo autógrafos y fotos.

Swan aprovecha el momento para estirarme del brazo y pasarme la yema del dedo por la espalda con disimulo. Nos camuflamos entre la multitud para tocarnos un instante, con una necesidad visceral de estar en contacto.

—¿De verdad prefieres a Jason Bourne? —Su voz me acaricia provocándome un hormigueo en la piel—. Princesa, no intentes ponerme celoso.

—Sus películas me apasionan. —Me abraza con disimulo por la cintura y me estremezco—. Es un agente secreto, tiene habilidades increíbles y Matt Damon es guapísimo. —Acerco la boca a su oído—. Pero solo tú me estremeces con una mirada.

Sus manos suben hasta mi pecho y lo tocan con suavidad sin que nadie nos vea. El suelo se convierte en arenas movedizas que me tragan para llevarme a un lugar lujurioso.

Cuando se separa de mi cuerpo suspiro temblando de deseo.

Le observo con disimulo mientras la realidad toma forma en mi mente. Es como si de repente explotara para ocupar hasta el último resquicio de mi alma, como si acabara de asimilar la noche y el significado de lo sucedido. Y sonrío con una ilusión llena de felicidad. Puedo saborearla como si fueran trocitos de caramelo esparcidos por el aire.

Tardamos un rato en dispersar a la multitud. La ayuda de los dos guardaespaldas de la discográfica, unida a la de Zack y Swan, logran lo impensable y conseguimos movernos dejando atrás a los fans. Caminamos parapetando a los famosos en medio del grupo para ocultarlos de miradas ajenas hasta el 6912 de Hollywood Boulevard, donde está la estrella de Tom Cruise.

—¡Ethan Hunt! —Doy saltitos de alegría sobre ella—. ¿Te acuerdas de las pelis, Kris? ¡La tercera de la saga fue nuestra primera visita al cine!

Kristie se suelta del abrazo de Luke para cogerme de las manos y saltar conmigo. Las dos recordamos las tardes de sábado en el orfanato o en alguna de las casas de acogida viendo las primeras películas de *Misión: Imposible* una y otra vez, acompañadas por Dennis. Cuando tenía once años estrenaron *Protocolo fantasma* y fuimos a verla los tres al cine con un gran cubo de palomitas. ¡Dennis estuvo ahorrando durante semanas para llevarnos!

Los recuerdos de ese tiempo se forman despacio en mi mente. Éramos un

trío feliz, nos entendíamos y nos apoyábamos. Unos meses después Kris y Dennis empezaron a salir. Me sentía emocionada por ellos, era la manera de integrarlo más en nuestro universo familiar.

—¡Ethan Hunt es el mejor espía del mundo! —corea mi hermana con los ojos húmedos—. No hay ninguno comprable.

Es como si pudiera leer en su interior y anunciara a gritos cómo le afecta recordar esa tarde de palomitas. Le sonrío abrazándola para ayudarla a superarlo.

Esta vez las fotos nos las hacemos todos, Swan incluido. Los fans vuelven a invadirnos a oleadas, es como si la fama de nuestros acompañantes creciera por momentos, pero entre todos conseguimos contener la situación.

Nuestra última parada es en el 7021 de Hollywood Boulevard, donde visitamos la estrella de *The Simpsons*. No todos mis amigos comparten mi pasión por estos dibujos animados, pero a mí me ilusiona immortalizar el momento con una fotografía. De niña solía mirarlos sin entenderlos demasiado y ahora todavía los sintonizo un par de veces a la semana.

Dejamos el Paseo de la fama para adentrarnos en el Teatro chino, un edificio en forma de pagoda con las huellas y las manos de multitud de artistas famosos. Estar aquí es como un sueño hecho realidad. Mientras recorro con el dedo las marcas dejadas por los actores de *Harry Potter* me siento transportada a una dimensión desconocida, como si pudiera acercarme a ellos en la distancia.

El Teatro Dolby, antiguamente llamado Kodak, me recuerda las noches de los Oscar de mi niñez, con Dennis y Kristie. Aunque estuviéramos en una casa de acogida él se colaba por nuestra ventana para encontrar una manera de verlos en directo. No siempre teníamos a mano una tele o un ordenador, pero de una manera o de otra acabábamos jugándonos las golosinas conseguidas por Den a acertar los ganadores y viendo la gala en algún lugar. Muchas veces nos escapábamos con ayuda de Dennis e íbamos a escondernos en un bar donde dieran el espectáculo.

Quizás era una forma absurda de pasar la niñez y la primera juventud. Puede que nuestras pequeñas costumbres solo intentaran calmar la vorágine de dolor que nos ocasionaba la peregrinación constante entre familias incapaces de querernos de verdad. Pero era algo muy nuestro y jamás aceptaré su fin con dignidad. Por eso luché hace un año por erradicar mi rencor hacia Dennis y volver a hacerle un sitio en mi vida. Un sitio que ahora ocupa con la energía que le caracteriza, aunque ambos descubrimos día a día el vacío propiciado

por la ausencia de Kris en nuestros encuentros.

Me cuelgo del brazo de Bryan y me imagino que avanzo por la alfombra roja acompañada de un actor de Hollywood, como en mis sueños, caminando hacia la entrada durante una premiere. Kristie nos graba con el móvil para no perderse nada, con una media sonrisa colmada de ansiedad. Sé leer en sus ojos con demasiada facilidad y me muestran cómo echa de menos a Dennis, cómo los recuerdos se ensañan con ella mostrándole con demasiada claridad unos sentimientos que se niega a asumir.

Mientras visitamos el interior del teatro no dejo de proferir exclamaciones emocionadas en cada rincón, contándoles a mis amigos anécdotas de alguna gala. Desde niña me ha gustado atesorar esa clase de detalles y no olvidar las emociones de cada noche de los Oscar compartida con Kris y Dennis. Era tan apasionantes para nosotros... Tres huérfanos unidos por el destino en busca de construir un millar de recuerdos perfectos, felices, increíbles.

Este año Den y yo hemos visto la gala en el televisor de su apartamento, con un bol inmenso de palomitas, bebidas de cola y una bolsa de golosinas cada uno para jugarlas con los ganadores, como antes. Fue una noche agridulce porque la falta de Kris pesaba demasiado en algunos momentos, aunque en otros saboreamos la emoción de volver a estar unidos.

—Pásame las fotos y la grabación —le pido a Kris de vuelta a la limusina con un nudo en el corazón—. ¡Ha sido mágico!

Me callo mi intención de compartirlo con Dennis para no alterarla, pero necesito integrarlo de alguna manera en este instante, permitirle formar parte de mi felicidad.

Le mando el material y escribo un mensaje.

STEFF: ¡MIRA DÓNDE ESTAMOS! TENDRÍAS QUE ESTAR AQUÍ, TE ECHAMOS DE MENOS.

Su respuesta no tarda ni un minuto en llegar.

DENNIS: UN DÍA LO REPETIREMOS TÚ Y YO.

STEFF: NO DEJO DE RECORDAR CUANDO ÉRAMOS UNA FAMILIA. ESTE VIAJE ERA UNA DE NUESTRAS FANTASÍAS MÁS LOCAS. ¿RECUERDAS CÓMO NOS GUSTABA IMAGINARLO?

DENNIS: ERA UN JODIDO OASIS EN MEDIO DE LA MIERDA.

STEFF: ¿SABES QUE TENGO NOVIO? SWAN HA VUELTO A POR MÍ Y ESTOY SÚPER FELIZ. ¿VAS A INVITARLE UN DÍA A TU CASA? QUIERO PRESENTÁRTELO.

DENNIS: ¡JODER PEQUEÑA! ¡ESE TÍO ES UN VIEJO PARA TI!

STEFF: NOS QUEREMOS...

DENNIS: NO LE DEJES JODERTE OTRA VEZ.

Los estudios Warner no están demasiado lejos. Antes de llegar nos paramos en uno de los miradores desde los que se ven las famosas letras de Hollywood. Swan se sitúa detrás para acariciarme la espalda mientras hago un par de fotos.

—¿Con quién hablabas? —susurra—. Se te ha puesto cara de triste mientras tecleabas.

—Con Dennis. Él quería venir a Hollywood en su Dodge soñado, hacer un viaje desde Texas por carretera con nosotras para no perderse ni un detalle de este lugar. —Suspiro—. Me encanta estar aquí con vosotros, saber que tú y yo estamos juntos al fin y pertenecer a un grupo de personas que me quieren. Pero me duele la situación entre Kris y Den. Si no quieren estar juntos deberían ser amigos porque él forma parte de esto tanto como ella.

—Quizás con el tiempo puedan perdonarse.

—Eso espero.

Me doy la vuelta, le rozo el brazo y camino hasta la limusina para emprender el camino hacia nuestra visita a unos estudios cinematográficos sacudiéndome la melancolía. Hoy es mi día, quiero disfrutarlo.

Llegamos a una entrada enorme, con una tienda y un Starbucks. Como nosotros tenemos un tour especial encargado por la discográfica no tardamos demasiado en subirnos a un carrito de golf con un guía llamado Bill para empezar el recorrido.

Las medidas de seguridad evitan que los demás visitantes se acerquen a nosotros para descubrir a Luke, Ethan y Julia. Ellos disfrutan conmigo de las paradas, con los ojos muy abiertos. Cada explicación de Bill me llena de recuerdos, de emociones, de instantes y me permiten ilusionarme sin dejar de cruzar miradas especiales con Swan, quien consigue hacer esta visita muy emotiva.

Hay platós de algunas películas que no conozco, pero quien olvidaría el beso de Spiderman a Mary Jane mientras colgaba boca abajo o el Batmóvil que utilizaba Ben Afflek o la calle de New York donde se filmó *La Máscara*.

En el tour vemos un montón de gente trabajando, algunas filmaciones y conocemos la historia de muchas películas y series. Los diferentes platós son como enormes ciudades fantasmas que cobran vida cuando se filma y se quedan desiertas después.

Bill es un guía genial. No deja de explicarnos algunas historias

escabrosas y divertidas de las estrellas de Hollywood relacionadas con sus películas. Es fan absoluto de *The Band*, le emociona acompañar a tres de sus integrantes y se fotografía con cada uno de ellos antes de dejarlos en la salida.

Toca la hora de la despedida y mi corazón se encoje al mirar a Swan. Hoy no hemos contado con demasiados instantes para estar a solas y necesito hablar con él, estar convencida de que ninguno de los dos nos arrepentimos de la noche porque él lo es todo para mí, el principio y el fin de mis ilusiones, la imagen de mis esperanzas.

Estamos todos cansados al subir a la limusina. Yo noto por primera vez en el día los síntomas de la noche en vela. Bostezo un par de veces y recuesto la cabeza en el cabezal.

Le dedico mi mirada. Siento sus ojos en los míos transmitiéndome la profundidad de sus sentimientos. Mi corazón se expande ocupando hasta el último átomo que compone mi cuerpo, me llena de mariposas en el estómago, de calor, de avidez. Y mis labios se curvan hacia arriba para componer una sonrisa mágica, auténtica, feliz.

Si tuviera que darle una consistencia verbal a mis emociones sería incapaz de encontrar suficientes palabras para darles una dimensión real porque son un millar de luces en el universo, infinitas, inacabables, incandescentes.

Al llegar frente al hotel sus ojos se despiden con tristeza, como si él también sintiera el vacío apoderarse de su alma ante este adiós momentáneo. Es absurdo, no tardará en volver a Fort Lucas para construir una relación a mi lado, pero es como cuando has probado un caramelo de fresa buenísimo y sabes que no podrás volver a disfrutarlo hasta la próxima vez que tengas dinero para comprarlo. Lo deseas tanto que te cuesta no paladearlo en tu imaginación.

Se apea del vehículo sin dejar de mirarme. Sus ojos brillan, me hablan, me invaden.

Zack le da un beso a Julia para despedirse de ella hasta mañana, se va quedar esta noche en la base Edwards para participar en la exhibición del prototipo de Swan, y siento un latigazo de rabia y celos, deseando que las manecillas del reloj me lleven hasta el martes para poder gritar al mundo nuestro amor. ¿Cómo podía soñar hace un año con un amor secreto? No entiendo la excitación que sentía al desearlo porque cada segundo de separación forzosa se me hace más difícil de sobrellevar.

Le veo caminar con Zack hacia la puerta principal con pasos largos y

poderosos. El corazón desata su furia, respiro mal, con jadeos roncós, y no soporto verlo avanzar para alejarse cada vez más de mí.

—¿Me esperáis cinco minutos? —Abro la puerta dispuesta a todo para besarle una vez más, para escucharle decir que estamos juntos, que nada nos volverá a separar, que esta vez regresará a mis brazos—. Tengo que ir al baño.

—El vuelo está previsto en dos horas. —Mi hermana consulta el reloj con una mirada reprobatoria al adivinar qué me propongo—. No tardes.

—¡No seas aguafiestas, Kris! Estamos solo a media hora del aeropuerto. ¡Y es un jet privado! Si es necesario nos esperará.

Gruñe a modo de respuesta, cruzando los brazos bajo los pechos.

Le mando un beso y corro tras él con el corazón a punto de saltar del pecho. Ya ha entrado en el hall del hotel para recoger su petate, pagar el parking y bajar a por su coche. Recorro el lugar con los ojos hasta encontrarle haciendo cola en el mostrador junto a Zack. Curvo los labios en una sonrisa al recibir una descarga de adrenalina. No puede estar más guapo y ese hombre perfecto es todo mío.

Durante un segundo mi mente retrocede en el tiempo evocando esas primeras miradas cruzadas entre nosotros, cuando no nos conocíamos y éramos ajenos a la cantidad de emociones que desataría nuestro primer encuentro real. Ya entonces mirarlo me provocaba unas reacciones físicas embriagadoras que no podría etiquetar con facilidad. Era una atracción que superaba los límites de la normalidad. Entonces solo le deseaba. Pero cuando empezamos a vernos, a hablar, a conectar, a mostrar esa beligerancia verbal que acababa en besos pasionales y a compartir algunos momentos de confidencias mi mundo sufrió un revés. Me enamoré tanto de él que cada vez que se iba de mi lado sentía cómo me rompía, la ansiedad de anhelar un nuevo encuentro, de no poder respirar con normalidad hasta verle de nuevo. Se convirtió en mi adicción, en mi necesidad, en la carencia más absoluta cuando desapareció para no volver en un año.

Camino en dirección a los lavabos de recepción sin que me vean mientras le escribo un mensaje. Están al final a la derecha, escondidos por una pared.

STEFF: ESTOY ESPERÁNDOTE EN LA PUERTA DEL BAÑO. NECESITO VERTE UNA VEZ MÁS.

SWAN: NO TARDO NI UN MINUTO.

—Estás loca princesa. —Al llegar me abraza y me besa hasta que boqueo en busca de aire y me hace temblar hasta los mechones de pelo—.

Contigo se huele el riesgo.

—No quería irme sin besarte otra vez. —Le lamo el labio acercándolo mucho a mi cuerpo—. Ni sin preguntarte si te arrepientes de esta noche porque si vas a dejarme de nuevo hazlo ya, antes de que me haga más ilusiones. Te quiero Swan, no vuelvas a partirme el corazón.

—He vuelto dispuesto a hacer las cosas bien contigo. —Arquea los labios en una preciosa sonrisa—. Mi vida sin ti es una mierda Steff, nunca volveré a marcharme de tu lado. Fue una de las decisiones más jodidas de mi vida porque estoy loco por ti. ¿Cómo quieres que me arrepienta de estar contigo con lo que me costó arrancarte un te quiero? No volveré a desaparecer de tu vida, a partir de ahora me voy a convertir en tu sombra. Creo que hasta me suplicarás un poco de espacio porque voy a coserme a ti.

Sus manos me recorren la piel del vientre bajo la camiseta y siento cómo se eriza de placer. Gimo, pego mis labios a los suyos y le beso.

—Me van los tíos duros, no lo olvides.

Dos minutos después me separo de él con dificultad. Tengo la cara arrebolada y el cuerpo convertido en una hoguera imposible de apagar.

—Te veo mañana por la noche. —Le recorro el vientre con un dedo, le lanzo un beso y camino hacia recepción evitando que Zack me vea.

—No voy a dejar de pensar en ti ni un segundo.

13

Conduce rumbo a la base acompañado de Zack. Llevan un rato sin hablar, escuchando un poco de música de fondo, que llena el coche con sus notas alegres. Está agotado después de una noche llena de excitantes momentos y a pesar de saber que ha cometido un delito no puede evitar sonreír cuando piensa en ella.

Sintió una conexión especial con Steff la primera vez que la vio. Fue como si ese día su corazón recibiera una sacudida y empezara a latir de nuevo. Llevaba unos meses apagado por la muerte de Tess. Cuando aquella bomba explotó llevándose a su chica también le dejó un hueco en su interior difícil de llenar.

Hasta Steff...

Al principio solo la miraba cuando se encontraban en un mismo lugar, con una sensación eléctrica en el cuerpo. Sus ojos solían unirse en la distancia para desatar la taquicardia.

Hasta el día del Maggi's...

Nunca había conocido a un pedazo de mujer como ella, alguien capaz de no amedrentarse por la lasciva mirada del cabrón que acababa de hundirle la hoja de un puñal diez centímetros en el cuerpo de Kristie. Le escupió a la cara como si no le tuviera miedo y lo amenazó. Si no llega a apartarla de él quizás hasta se habría atrevido a pegarle.

Ese día marcó un después en su vida y por fin pueden vivir su amor sin miedo.

—Mañana va a ser tu gran día. —Zack baja un poco la música—. El prototipo es una pasada, cuando lo piloté hace quince días ya me di cuenta de su potencial.

—Es una buena máquina. —Baja un poco la ventanilla para permitir que el aire le acaricie el rostro—. Ha costado muchas horas de trabajo. Este año se me ha hecho un poco eterno. Nunca había trabajado tan duro.

—Tenías mucho que olvidar.

—Cuando me fui de Fort Lucas estaba cabreado con el mundo —se sincera—. Tess, mi madre, Steff, Dick... ¡Joder! No podía pensar con claridad ni tomar decisiones lógicas.

—Tu padre ha visitado a Sullivan varias veces en la cárcel.

—¿En serio? —Le mira un segundo con ansiedad—. No me ha dicho nada.

—No deja de ser su hijo. —Espira con fuerza—. Ju le acompañó una vez y volvió muy afectada.

Swan recibe esa información con un vuelco en el estómago. Le parece increíble que su hermana decidiera visitar a alguien como Dick Sullivan después de las mil perrerías que le hizo pasar. Golpea con los dedos en el volante siguiendo la música.

—Pensar en volver a verle no me atrae. Si le tuviera delante no me controlaría. —Niega con la cabeza—. Nunca entenderé por qué programó esa bomba para explotar. Tess no se lo merecía.

Cierra los dedos sobre el volante y los aprieta con fuerza al recordar ese instante. El grado de sadismo de Dick consiguió poner a Zack y a Julia al límite varias veces, le arrebató a su madre y acabó cargándose a Tess. Recuerda cómo le dolió enterarse de lo sucedido de camino al hospital. El coche de su padre había volado por los aires hacía pocos minutos, tenía quemaduras en el cuerpo y una contusión craneal.

—Sigue pagándole el psiquiátrico de lujo a su madre. —Zack suspira—. Es difícil entender su mente, es un tío maquiavélico. Julia todavía tiene pesadillas, la traumatizó mucho no poder detenerlo cuando explotó la bomba.

—Durante un tiempo la culpé a ella —admite—. No le perdonaba que no le hubiera detenido. Luego empecé a culparme a mí mismo por no haber estado con Tess esa noche, por habernos peleado, por haber sido un hijo de puta en el baile de graduación de Ju.

—¿Por eso no luchaste por Steff?

—No solo me fui por lo sucedido con Tess. Si hubiera sido un egoísta me hubiera quedado porque cuando estaba con Steff lograba rebajar la culpabilidad y sentirme mejor. Pero ella merecía estar con mi padre, necesitaba estabilidad y si me llego a quedar a su lado las cosas se hubieran complicado demasiado. Yo no estaba bien, tío.

—Hubiera sido otra historia como la mía con Ju.

—Tú no tenías que superar la muerte de alguien cuando conociste a mi hermana. Lo mío era más profundo, había demasiado en juego y tampoco sabía si podía estar con ella sin recordar a Tess. Sabes lo jodido que estaba, lo que hice, en qué me convertí. —Sufre un descalabro interno que controla con dificultad—. Si Steff se entera alguna vez quizás la pierdo para siempre.

—Sé sincero con ella, Swan. Cuéntaselo.

—No puedo. —Golpea el volante con ansiedad—. Cuando la conocí no era yo mismo, todavía estaba jodido por lo de Tess, me costaba asimilarlo, por eso busqué una forma de afrontar mis sentimientos por Steff. ¡Fui un gilipollas! Y si ahora se lo contara destruiría lo que hay entre nosotros. La conoces, sabes cómo piensa.

—Estás jodido, tío. Tu única salida es buscar el momento para explicarle la verdad. Sería mil veces peor que se enterara de otra manera.

—Lo sé y eso me destroza.

Pasan los controles de entrada a la base con rapidez. Son parecidos a los de Fort Lucas y ambos están familiarizados con ellos.

Swan entra el coche en el garaje en silencio, dándole vueltas a la conversación con Zack. Sabe que su amigo tiene razón y que le debe sinceridad total a Steff, pero verbalizar esa parte de su pasado le produce un miedo voraz que oscurece su felicidad. Se convirtió en un ser despreciable, en alguien capaz de destrozar cuanto tocaba y le ha costado mucho dejarlo atrás. No puede perder a Steff por lo que hizo, ha de encontrar la forma de explicárselo sin consecuencias.

—¿Preparo un poco de pasta carbonara? —propone una vez dentro de casa—. Mañana es mi último día aquí y mi nevera parece un desierto.

—Okey. —Zack asiente—. Voy a dejar mis cosas en la habitación de invitados y a darme una ducha. El día ha sido largo.

Swan deja el petate en el recibidor y entra en la cocina sacudiéndose la ansiedad. Pone un poco de música de fondo, se coloca el delantal y pone agua a hervir.

Le cuesta entender a su padre. ¿Por qué visita a Dick? Él lleva un tiempo valorándolo. Por un lado siente un odio visceral hacia él por destrozarle la vida, pero por otro quiere ahondar en las razones por las que se comportó como un psicópata con ellos. Y quizás cerrar la herida para siempre.

La casa apenas se llena de demasiadas cosas suyas. Las pocas que se trajo ya están en la maleta, dispuestas para subir mañana a un avión y llegar a Fort Lucas cuanto antes para empezar su nueva vida con Steff.

Ha pasado tres años muy duros, con muchos sentimientos invadiéndole. Superar el fallecimiento de su madre y la de Tess, deshacerse de la culpabilidad de ser el causante indirecto de su muerte, descubrir que es incapaz de olvidarse de Steff, echarla de menos, evocar cada uno de sus besos, de sus conversaciones, de las discusiones, de sus malas decisiones...

No deja de mirar el teléfono de manera compulsiva. Necesita hablar con ella y más después de sentir cómo la mancha negra de su pasado oscurece su felicidad.

Cuando Zack vuelve la cena esta lista.

—¿Una cerveza? —ofrece abriendo la nevera—. A mí me sentará de puta madre.

—Venga. —Se sienta a la mesa con una sonrisa—. Tío, ya era hora de que volvieras a Fort Lucas. ¡La base no es lo mismo sin ti!

—¿Qué tal está tu hermana? —Sirve la pasta y se sienta cambiando de tema, necesita deshacerse de sus pensamientos recurrentes—. Terry está metido de lleno con lo de ser asesor de la AFOSI y el FBI. ¡Lisa debe estar un poco mosca!

—Le molesta no verle el pelo. Pero Terry decidió dejarlo todo por ella hace años, ahora le toca a ella ceder, ¿no crees?

Enrolla unos cuantos espaguetis en un tenedor y se los acerca a la boca para saborearlos. El cuñado de Zack es un gran hacker, cuando Dick se dedicó a joderles la ayuda de Terry fue crucial para salir airosos de la situación.

—Es un gran tío. —Se limpia los restos de salsa de la comisura de los labios con la lengua—. Se merece lo que le está pasando. ¡Fue el único que consiguió hackear el programa de Sullivan!

—Dick lo está pasando fatal en prisión. —Zack inspira para llenar sus pulmones—. Está en una cárcel militar y él pensaba que los tentáculos de Ugo Pisani no llegarían ahí, pero se equivocaba. El muy cabrón ha logrado meter a alguien con él y le da palizas sistemáticas.

—Se merece que le jodan, Zack.

—Lo sé, me hizo pasar un infierno con Ju y nunca se lo perdonaré, pero debe ser una putada vivir en sus carnes ahora.

—Me alucina que alguien así pueda tener mis genes.

—Para considerar a alguien de tu familia no solo importan los lazos de sangre. Ha de haber cariño y Dick demostró odiaros.

—Está pirado.

Acaban de cenar contándose algunas anécdotas de las últimas semanas. Entre los dos hay una amistad que se remonta atrás en el tiempo, desde que estudiaron juntos en Yale, y la camaradería de aquellos días no se ha perdido.

Recogen juntos la cocina, sin perder el buen humor ni las ganas de compartir algunas confidencias. A veces el hecho de que Julia sea la hermana de Zack les obliga a pasar de puntillas en algunos temas, pero en general

tienen una buena comunicación.

—Me voy a la cama —anuncia Swan al terminar—. Esta noche no he pegado ojo.

—¡Claro! ¡Te la has pasado con Steff! —Se carcajea—. Ya no tenemos su edad y aguantar este tute es complicado.

—Me tiene loco. —Swan se une a sus carcajadas.

Sube a la habitación, se viste con el pantalón del pijama y se estira en la cama boca arriba. Tiene el móvil en la mano a la espera de la confirmación de que ella ha llegado bien. La llama, pero tiene el móvil apagado. Todavía debe estar en el avión. Teclea unas palabras y le da con rapidez a enviar.

SWAN: ESTOY EN LA CAMA Y ME FALTAS TÚ.

Mientras se queda mirando la pantalla en silencio, con una necesidad acuciante de ver cómo se ilumina con un mensaje de Steff, su mente se evade atrás en el tiempo. Desliza el dedo por la galería de imágenes hasta que descubre de nuevo aquella foto que le sacó a Tess en su primer día de clase de aviación. Tenía unos ojos penetrantes que solían mostrar sus sentimientos con mucha claridad. Ese día reflejaban una felicidad sin límites. Para ellos fue un momento muy dulce porque, a pesar de la reciente muerte de su madre, se habían prometido y estaban dispuestos a pasar el resto de su vida juntos.

—Te quise —murmura Swan acariciando su rostro ampliado en la pantalla—. Fuiste la primera mujer que consiguió mostrarme mi capacidad de comprometerme en una relación. Antes de ti solo quería pasarlo bien y disfrutar del sexo, pero no valoraba la compañía de las chicas con las que me acostaba, solo eran personas de paso en mi vida. Hasta que te conocí y me enamoré de ti. —Cierra un segundo los ojos rememorando su voz—. Me diste algo increíble, Tess, nunca lo olvidaré. Añoro nuestras conversaciones hasta la madrugada, tu forma de ayudarme a darle la vuelta a algunas situaciones, cómo conseguías domar mi carácter rebelde, cómo me sentía al estar contigo. Era feliz a tu lado, Tess. Muy feliz. —Se humedece los labios con ansiedad—. A veces pienso que mi vida sería muy distinta si siguieras aquí, pero no quiero mentirte, no sería justo haciéndolo, porque creo que si Steff hubiera aparecido en ella hubiera eclipsado lo nuestro. Se puede querer de muchas formas, cada una de las historias es única y la nuestra la guardaré para siempre en mi corazón, pero con ella es todo tan intenso...

Espira con fuerza, buscando la forma de expresar sus sentimientos sin poner en peligro los recuerdos. Ha de hacerlo, necesita una despedida sincera, un adiós real, dejar atrás esa parte de su pasado.

—La quiero. La amo con una pasión desbordante, Tess. Cuando está lejos siento cómo mi corazón se desmenuza hasta convertirse en polvo. Me duele verla sin tocarla, la tengo tan dentro... Y lo siento, siento no haberte querido con esa desesperación, siento compararte con ella a veces, siento saber que es el amor de mi vida y que sin ella soy una minúscula parte de mí. Me ha arrebatado el alma para quedársela para siempre. ¿Recuerdas cómo hablábamos de eso cuando sucedió lo de Julia y Zack? Una vez me dijiste que envidiabas cómo él la miraba porque su historia era muy profunda, se amaban de una forma difícil de explicar. —Calla un segundo para encontrar las fuerzas y pronunciar sus siguientes palabras—. La miro así. Y ella también a mí. Julia lo describe como un amor que se te agarra en el alma y te impide respirar. Eso es lo que siento por Steff. Me gustaría que te alegraras por mí, que no me lo reprocharas, que lo entendieras. Además de mi chica eras mi mejor amiga y daría cualquier cosa por escucharte decir que lo entiendes. —Pasa un par de fotos más con un suspiro—. Nunca olvidaré lo que tuvimos, Tess, fue grande. Te querré siempre.

Se pasa varios minutos sumido en los recuerdos hasta que cae en un sueño profundo.

Cuando despierta descubre su mensaje y no puede evitar sonreír.

STEFF: ¡NI JASON BOURNE NI EDWARD CULLEN NI DAMON SALVATORE NI JACE HERONDALE NI ETHAN HUNT NI HOSTIAS! QUIERO ACOMPAÑARTE EN TU CAMA CADA NOCHE. CUENTO LAS HORAS PARA DEVORARTE.

Ese *cada noche* le llena de una inquietante necesidad de conseguirlo, de tenerla para siempre a su lado. Cierra los ojos con fuerza en un intento de deshacerse de esa idea absurda. Apenas han compartido unas horas después de un año de separación, es de gilipollas darle vueltas a comprometerse hasta ese extremo.

Pero solo pensar en ello su cuerpo reacciona con aceleración. Es superior a sus pensamientos racionales, un sinsentido, algo que no acaba de encajar en una conducta lógica.

Se mira un segundo al espejo del baño y no se reconoce en ese tío enamorado que solo piensa en pasar el resto de su vida con ella.

Teclea en el móvil con una sonrisa en los labios que en otro momento de su vida le haría vomitar. ¿En serio va a ponerse así por una tía? Necesita aligerar la tensión o acabará con un ataque cardíaco, así que decide frivolar.

SWAN: BUENOS DÍAS PRINCESA. ESTOY PENSANDO EN COMPRARME UNA CAPA ROJA PARA VENIR A MORDERTE LA YUGULAR ESTA NOCHE.

STEFF: SOLO DESEO QUE ME DEJES SECA.

SWAN: TENGO PROVISIONES PARA REPETIR HASTA QUE NO AGUANTES MÁS.

STEFF: QUIZÁS NECESITES COMPRAR MÁS...

Se ducha con una sonrisa. ¡Joder! ¡Cómo desea regresar a Fort Lucas para estar cerca de ella! Es una maldición porque solo piensa en su cuerpo, en besarla, en tocarla, en hacerle el amor...

Vestido con el uniforme de gala baja a la cocina para prepararse un café y algo de comer.

—Buenos días, tío. —Zack está trajinando con la cafetera eléctrica—. ¿Se te han pegado las sábanas? Vamos a llegar tarde...

—Tenemos tiempo de sobra.

—No voy a regresar contigo a Fort Lucas. Tu padre me ha llamado hace un rato con órdenes de llevar uno de los F-18 a la base. Después de la exhibición me van a dejar en el hangar para pilotar el avión hasta casa.

—Yo tomaré un vuelo militar a Randolph.

Desayunan con rapidez. La exhibición es en media hora y Dryden está un poco alejado de la zona de viviendas. Le quedan apenas unas horas allí y en el fondo le sabe mal acabar el proyecto. Ha sido un año muy productivo a nivel laboral, ha logrado ganarse la confianza de los ingenieros de la NASA y nuevos galones.

El aire seco del desierto les golpea cuando caminan hacia el coche. Hace un día claro, con un sol radiante en el cielo que se adivina duradero.

El trayecto hasta el centro donde ha pasado la mayoría de su tiempo este último año se llena de un poco de nerviosismo. Es importante que el vuelo salga bien, van a venir altos mandos del ejército y los jefazos de la NASA.

Llegan al complejo diez minutos antes de la exhibición. Zack se encamina al vestuario para prepararse, el vuelo de hoy ha de demostrar que la aeronave diseñada por el equipo de Swan es capaz de atravesar la atmósfera sin sufrir ningún daño. Es un prototipo ligero, muy manejable y con las características necesarias para convertirse en un número uno.

—¡Nelson! —Su compañero de este último año le saluda al entrar en la sala de mando—. ¿Preparado para dejar a los jefazos alucinados?

—Zack está en el vestuario, no tardará en subir al avión.

—¿Te has peleado otra vez? —Mark le señala el labio todavía un poco hinchado—. ¡Joder tío! Pensaba que ibas al concierto de tu hermana.

—Estuve en el *backsatge*. —No le apetece explicarle lo sucedido, así que sacude la cabeza y espira—. Solo fue una noche loca.

—¿Con una tía? —Levanta las cejas—. ¡Ya era hora colega! ¡Pensaba que esa chica de Fort Lucas te había sorbido los sesos!

—Fue con ella. Ahora es mi chica.

—¿En serio? ¿Una cría de dieciocho años te ha dejado así el labio? ¡Debe ser un pedazo de mujer! Si te cansas de ella me la presentas.

—Creo que me estoy volviendo un gilipollas. —Busca una foto de Steff en el móvil y se la enseña—. Porque ya me planteo pedirle que se venga a vivir conmigo.

Mark silba al mirar la foto.

—¡Menudo pibón! No sabes la suerte que tienes. ¡Joder! ¡Si está para mojar pan! Pero no te precipites tío. Vivir con ellas es jodido.

—Se va a alistar en un mes y medio. No quiero que se vaya a la instrucción ahora que al fin estamos juntos.

—¡Joder tío! ¡Gilipollas con mayúscula! ¿Desde cuándo te has convertido en un blandengue? ¿Te escuchas? ¡Vive la vida! Y no te líes tan pronto. —Sonríe con una carcajada irónica—. Por cierto, ¿a quién se le ocurre bailar en un escenario con una tía? ¡He visto en video en YouTube y un poco más y me meo de la risa!

—La tía era mi hermana y Steff me retó.

—En serio, tío. Quiero conocer a esa Steff porque si consiguió que hicieras ese ridículo... ¿Desde cuándo sabes bailar?

—Fue cosa de mi madre... Una larga historia.

—¡Echaré de menos tus largas historias! ¡Y nuestras risas! —Le da una palmada en la espalda—. Si todo va bien conseguiré el traslado a Fort Lucas en un par de años como máximo. ¿Hablarás con tu padre?

—Cuenta con ello. —Le encaja la mano—. Vente un fin de semana y te lo presento.

—Y también a tu morena.

La sala de mando es muy parecida a la que sale en las películas, con varias filas de mesas llenas de pantallas de ordenador colocadas frente a una enorme pantalla plana donde se observa el prototipo esperando en el exterior.

Swan se acerca con su equipo a la plataforma metálica un poco elevada del final, donde los altos mandos del ejército y de la NASA están a punto de contemplar el vuelo experimental de Zack.

Antes de llegar escucha la vibración de su móvil en el bolsillo.

—¿Todo a punto? —La voz de Steff le llena de emoción—. Solo te llamo para desearte buena suerte y pedirte que vengas pronto a casa.

—Zack se está cambiando, en pocos minutos vamos a empezar.

—¡Eres el mejor! Te quiero.

Sube a la tarima, encaja manos, sonríe y se coloca en una posición de firmes un poco tensa. Las últimas pruebas salieron bien, pero siempre queda el miedo de que algo se tuerza en el último minuto.

14

Cuelgo el teléfono con la sensación de estar flotando en una nube de emoción. Solo él consigue hacerme sonreír como una boba tras una breve conversación.

Esta noche he logrado dormir de un tirón. Estaba cansada, emocionada y llena de recuerdos perfectos de la noche en Los Ángeles. Ojalá a partir de ahora las cosas nos vayan bien, nos merecemos una oportunidad. Este año de separación ha sido difícil para los dos.

Estoy en el exterior del colegio, junto a la zona donde los pilotos están realizando sus maniobras matutinas. El cielo se llena de aviones, es la hora de entreno del grupo de élite. Me coloco la mano en forma de visera y levanto la mirada para observarlos.

—Un día estarás ahí arriba con una promoción. —La voz de Penny me sobresalta. Va vestida con el mono para su hora de instrucción y lleva incorporada una de sus sonrisas—. Zack me dijo el otro día que tienes mucho potencial.

—Me encanta volar. —Bajo la mirada hasta ella—. Cuando estoy ahí arriba es como si lo demás no importara. Somos la máquina y yo surcando el cielo a toda velocidad. Es mágico, como si pudiera ser dueña de mi destino por un momento.

—Tienes razón, es una sensación única. —Sonríe mirando el reloj—. Tengo que irme. Me toca pilotar y la maniobra de hoy es complicadita.

—¡Lo harás genial!

Me lanza un beso y camina hacia el hangar con rapidez. Al girarme descubro a Charleen avanzando hacia mí a pasos agigantados desde la puerta de la escuela. Parece nerviosa, como si acabara de pasarle algo. Levanto las cejas en señal interrogativa mientras voy a su encuentro.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Acabo de ver a Edward tonteando con una de undécimo. —Tuerce los labios con rabia—. ¡Será lagarta! ¡Le estaba poniendo ojitos!

—¡Vamos Charly! —Suelto una carcajada—. ¡Ed está loco por ti!

—Te juro que como la vea otra vez cerca de él le arranco los ojos.

La abrazo por los hombros sin dejar de reír y empiezo a caminar con ella hacia el aula. Nos hicimos amigas mi primera semana en la base y desde

entonces tenemos una conexión especial, aunque nadie conseguirá desbancar a Kris en el top de mi lista de mejores amigas.

—Deberías trabajar esos celos patológicos. —La estrecho un poco con el brazo—. No puedes ser así de insegura, él te ha elegido a ti y te ha demostrado mil veces que te quiere.

—Ya... —Tuerce los labios, exhala un suspiro y levanta la mirada con una sonrisa—. Hablando de chicos, ¿qué te ha pasado este finde? ¿Te has ligado a alguien? Porque, tía, brillas de una manera...

—Swan apareció en el concierto.

—¿En serio? —Se para en seco y me dedica una mirada intrigante—. ¿Os liasteis? —Abro la boca para contestar, pero ella levanta la mano y me corta—. ¡No! ¡No me lo digas! ¡Ha vuelto a por ti! ¿Verdad? ¡Qué romántico!

—Algo así. —Me toco los labios con un suspiro—. Acabamos pasando la noche juntos en el hotel. ¡Fue increíble!

—¡Uoooo! —Parpadea aplaudiendo con emoción—. ¿Lo hicisteis? —Aprieto los labios con una sonrisa y asiento—. ¡Quiero detalles! Y no pienso conformarme con cuatro frases, quiero una novela por fascículos con cada segundo explicado al milímetro.

—¡Serás cotilla!

—¡Si tú eres la cotilla Alpha en nuestra relación! —Me pone morritos—. Yo te lo cuento todo, incluso te expliqué mi primera vez con Ed y cada uno de sus besos.

—¡Okey! —Acepto con una carcajada—. Regresamos a casa juntas y te explico hasta la última coma, cotilla Beta.

—No voy a aguantar la curiosidad tanto rato.

Me paso las horas de clase preparando una lista de Spotify para escucharla con Swan cuando le vea. Hoy estoy muy dispersa, apenas me concentro en las lecciones y soy incapaz de centrar mi atención en otra cosa que no sea recordar cada instante del fin de semana.

Como con Charleen, Edward y nuestro grupo de amistades en el comedor del colegio, pero apenas hablo ni interactúo con ellos, mi mente está muy lejos de aquí.

Cuando regreso de nuevo al aula no tengo ganas de pasarme las siguientes dos horas atendiendo las lecciones, pero es la mejor manera de matar el tiempo, por mucho que lo desee Swan no llegará antes de la hora prevista.

—Tranquilízate. —Charleen me coloca la mano sobre la mía para evitar

que siga tamborileando con los dedos en la mesa—. Si sigues así acabarás con un ataque al corazón.

—Todavía quedan más de siete horas para que esté aquí. Necesito verle.

—Ten un poco de paciencia.

—Paciencia... —Hincho las mejillas con aire—. ¿Dónde se compra eso? Porque yo ahora mismo estoy atacada por las ganas de verle.

—¡Me va a entrar la risa! —Se tapa la boca para ocultar el amago de carcajada—. Suerte que al salir tenemos zumba y podrás quemar un poco de ansiedad. ¡Nunca te había visto tan nerviosa!

—Es que después de un año separados quiero recuperar el tiempo perdido.

Al salir de clase Julia nos espera en la sala de baile, en primera fila, con sus mallas negras y una camiseta que deja al descubierto su vientre plano. Lleva el pelo recogido en una cola alta que le favorece muchísimo.

—¿Preparadas? —Sonríe mirando hacia arriba, a la sala máquinas—. ¿Hoy no vamos a tener público? ¿Dónde está Edward?

—Ha acompañado a su hermana a San Antonio. —Charleen se coloca en segunda fila, en el lugar que suele ocupar—. Todavía no se ha sacado el carnet de conducir y necesitaba hacer unas compras. ¿Y Zack?

—Está volando. —Se muerde el labio—. Al terminar la clase iré a por él al hangar.

—¿No viene con Swan? —Una idea cruza por mi cabeza en ese instante—. Tu padre ha quedado en recogerlos en Randolph esta tarde.

—Le han pedido que traiga un avión desde Edwards.

—Así que Swan volverá solo...

El profesor irrumpe en la clase con su habitual derroche de buen humor y eclipsa mi momento de estúpida emoción. Puedo convencer a Rob e ir yo a Randolph a por Swan para pasar un rato con él. Sería una bonita manera de darle la bienvenida para siempre a mi vida.

—Buenas tardes chicas, ¿dispuestas a darlo todo? —pregunta César, el profesor, un colombiano simpatiquísimo con mucho ritmo. Todas coreamos un sí y él sonríe—. Lo más importante es sonreír.

Suenan las primeras notas de *Despacito*, un reggaetón de Luis Fonsi y Daddy Yankee que tiene mucha marcha. César empieza a moverse y nosotras no tardamos en seguir sus movimientos de cadera.

Sí, sabes que ya llevo rato mirándote.

*Tengo que bailar contigo hoy (DY).
Vi que tu mirada ya estaba llamándome.
Muéstrame el camino que yo voy (Oh).*

*Tú, tú eres el imán y yo soy el metal.
Me voy acercando y voy armando el plan.
Solo con pensarlo se acelera el pulso (Oh yeah).*

A medida que avanza la canción las sensaciones de la noche con Swan se propagan por mi piel estremeciéndome. Bailo con una comunión entre la emoción y las notas, como si mi cuerpo exorcizara cada uno de los momentos compartidos con él y pudiera acariciar con mis manos esa felicidad plena de tenerle conmigo.

El resto de la clase me siento flotar, es como si mis pies casi no tocaran el suelo y estuvieran suspendidos en un limbo de ilusión.

Una vez de vuelta al vestuario encuentro un mensaje de voz de Swan de hace media hora: *Llámame princesa. Quieto escuchar tu voz.* Miro la hora para corroborar que todavía estoy a tiempo de hablar con él antes de su vuelo, programado en una hora y media. Me aparto a un lado del vestuario y marco su número con el corazón a mil por hora.

—¿Cómo ha ido tu exhibición? —pregunto al escuchar su voz al otro lado de la línea.

—Ha sido un éxito. Zack es un piloto cojonudo y ha conseguido llevar a la máquina a su máximo rendimiento. Los jefazos de la NASA me han ofrecido colaborar en un futuro.

—Mientras no me dejes sola...

—Princesa, ahora que estamos juntos no pienso perder ni un minuto lejos de ti.

—En unos meses me voy a la instrucción... Son siete semanas separados...

—No me lo recuerdes. Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. ¿Cómo ha ido tu día? Yo me lo he pensado pensando en ti.

—Clase, comida con amigos, zumba, echarte de menos... Cuento los minutos para tenerte en mi cama.

—No queda tanto... Voy a casa a recoger las cuatro cosas que me quedan aquí y cogeré el avión destino a tus brazos. ¿Qué planes tienes para esta tarde?

—He quedado con Dennis en el taller. Quiero enseñarle las fotos de

nuestra visita a Hollywood y pasar un rato con él.

—Te veo en cinco horas. Pórtate bien.

—Seré la novia más buena del mundo.

Cuelgo con las emociones a flor de piel. Me parece estar viviendo un sueño y no la vida real.

En la vuelta a casa con Charleen *fangirleamos* con mi noche de pasión. Le cuento cada instante con la excitación propia del momento, sin dejar de proferir grititos emocionados al adentrarme en lo sucedido. La dejo frente a la puerta de su casa y camino hacia la mía para dejar los libros en mi habitación antes de ir al encuentro de Dennis.

Todavía quedan unas cuatro horas y media para la llegada de Swan cuando salgo de casa. En el porche están Julia, Penny y Kris con su helado de la tarde. Es una tradición muy arraigada entre nosotras desde hace tiempo. Mi hermana de acogida ya la practicaba con su madre cuando estaba viva y nos aceptó en ella cuando nos instalamos en Fort Lucas.

—Hoy no me quedo. —Me acerco un minuto a saludarlas—. He quedado con Dennis en su taller. Me apetece pasar un ratito con él antes de ser mayor de edad.

—Mientras llegues a la cena de bienvenida para Swan... —dice Julia.

—He pensado en eso. Le pediré a tu padre el Hummer para ir a buscarle yo misma a Randolph, así tendrá tiempo de preparar la cena con tranquilidad. Me ha dejado el coche para llevarlo al taller. Dennis me está ayudando a maquearlo un poco.

—Me parece una buena idea. —Julia asiente—. Esta noche es importante que todo salga perfecto. Hace demasiado tiempo que Swan no está en casa.

—Sí, demasiado...

Camino hasta el callejón con pasos rápidos y largos. El Hummer de Rob es una máquina increíble, me encanta conducirlo y sentir el rugido del motor en mi camino hasta San Antonio. Pongo la lista de Spotify que he creado en la clase y escucho algunas de las canciones que me recuerdan a Swan. Llamo a Rob para contarle mi idea y no tardo en obtener su aprobación. Al salir del taller iré directa a Randolph para darle una sorpresa a Swan.

El taller donde trabaja Dennis está en una zona de fácil acceso y no tardo más de media hora en llegar. Es grande, con capacidad para muchos coches, una cantidad inmensa de clientes y varios vehículos esperando a ser reparados.

Dejo el Hummer en la entrada con el motor en marcha y me apeo para

encontrar a mi amigo. No tardo en divisar sus inconfundibles deportivas negras bajo un coche.

—¡Sal de ahí! —Le doy con el pie en un gesto cariñoso—. ¡Necesito un abrazo!

—¿Steff? —Rueda la carretilla donde descansa su cuerpo hacia delante para aparecer lentamente ante mi mirada—. ¡Joder pequeña! ¡Me había olvidado de la hora!

—He traído el Hummer, ¿me ayudas a hacerle los últimos arreglillos?

—Déjame terminar este buga y soy todo tuyo. Entra el Hummer en el garaje.

Desaparece de nuevo bajo el coche.

Vuelvo a ocupar el volante, maniobro con soltura y aparco el Hummer sin ninguna dificultad en el lugar que Dennis me ha señalado.

Hace calor aquí dentro. Bajo del coche limpiándome el sudor de la frente con un pañuelo de papel y me apoyo en la carrocería a esperarle.

Los recuerdos de mi niñez irrumpen con rapidez en mi mente para llevarme a aquel taller donde solía pasar las noches con Dennis y Kris, aprendiéndolo todo acerca de los motores, las marcas, las carrocerías, las baterías y la vida útil de cada pieza. Dennis y yo fantaseábamos con ser los mecánicos de nuestro propio taller de mayores.

¡Qué lejos quedan esos sueños infantiles!

—¿Has venido a acabar ese trasto? —Lenora, la novia de Dennis, señala el Hummer.

—*Sip.* —Sonrío—. ¿Quieres ayudarnos?

—Tengo cita en el médico esta tarde. —Se limpia las manos en un trapo que cuelga de su mono de mecánica—. He quedado con Dennis para cenar juntos. Intenta que no llegue tarde, ¿okey?

—Tranquila, en tres horas he de estar en Randolph para recoger al hijo de Rob. No puedo quedarme mucho.

—¿Qué tal el concierto? Dennis me dijo que después fuisteis a Hollywood.

—Fue el regalo de mi hermana y la pandilla. —Suspiro al recordarlo—. Nos lo pasamos genial.

—¡Es verdad! Mañana cumples los dieciocho.

—No te he invitado a mi fiesta, lo siento. —Aprieto los labios—. Estarán Kris, Luke, Den... No quiero líos ni malos rollos y mi hermana está muy susceptible últimamente, no sé qué le pasa. Espero que no te lo tomes

mal, no es nada en contra tuya, es solo que las circunstancias...

—Tranqui tía. —Esboza una sonrisa torcida—. Lo entiendo. Tampoco pienses que me pone demasiado pasar la tarde con desconocidos en una base de la Fuerza Aérea.

Dennis aparece en este instante, la abraza por los hombros y le da un suave beso en la mejilla. Ella sonrío, le devuelve el gesto y desaparece hacia la puerta.

—Le he explicado lo de mañana... —digo.

—Será una jodienda para todos si aparezco. —Dennis se acerca para darme un beso en la mejilla—. Hace la hostia que no hablo con Kris.

—¡Ni de coña vas a dejarme plantada un día así!

—¿Plantada? —Suelta una carcajada—. Tendrás a tu vejistorio y a los colegas de la base. No me necesitas, pequeña.

—Sabes que eso no es cierto. Eres mi familia Den.

Camina hacia el Hummer con varias herramientas y empezamos a trabajar juntos en el motor. Parece que el tiempo vuelve hacia atrás para llevarnos al pasado.

—Venga, rájalo todo del viejales.

—Me quiere. —Coloco mis manos en el corazón y suspiro con emoción—. Y yo a él. Pasamos la noche juntos y fue... ¡Bua!!!

—¡Joder pequeña! ¡Todavía eres muy cría para eso!

—No tanto... ¡He crecido!

Levanta un segundo la vista del motor, me repasa con los ojos y niega con la cabeza soltando un silbido.

—Mañana ya no dependerás del estado. —Su sonrisa me ilumina—. Mientras ese tío te trate bien no voy a rallarte con gilipollecés.

—Vamos a ser felices para siempre.

Durante unos minutos nos dedicamos a la tarea de mejorar el motor del coche de Rob sin hablar, como en los viejos tiempos, descubriendo cada paso juntos.

—Ya no vas a ser mi socia, pequeña. ¿Desde cuándo te mola volar? —dice Dennis de repente—. ¡Tú en el ejército! ¡No aguantarás ni una puta semana!

—¡Seré la mejor soldado de la base! —Suelto una carcajada—. Soy totalmente capaz de obedecer una orden directa.

—Ya... ¡Pequeña! ¡He crecido contigo! ¡Eres un puto dolor de muelas!

—Qué mal concepto tienes de mí. —Me acerco a él, zalamera, y le doy

un beso en la mejilla—. Voy a ser una buena soldado, ya lo verás.

—Si no te da por joder a los oficiales...

—¡Qué poca fe tienes en mí! —Le guiño un ojo—. Aunque hay un oficial con el que sí voy a joder mucho.

Arruga la cara en un gesto de rabia y niega con la cabeza.

—¡Cómo se propase un pelo me lo cargo!

Trucamos un poco el motor para conseguir más potencia. Llevamos unas semanas esperando las piezas para hacerlo y ahora que por fin las tenemos terminaremos los arreglillos que tenía planeados para sorprender a Rob.

—¿Recuerdas cuando quería ser tu socia?

—Kris se iba a ocupar de las facturas... —Siento su dolor al instante—. ¡Ha llovido la hostia desde entonces!

—Todavía os queréis. Aprovecha mañana para hablar con ella, arreglad las cosas de una vez. No puedes desaparecer así de su vida, formas parte de ella.

—¡Es una puta mierda porque si no la tengo en mi cama no puedo verla!

—Sigues loco por Kris.

—Es el jodido amor de mi vida —admite con una mueca de dolor—. Las demás son simples sustitutas. Pero ella decidió dejarme de lado y no voy a arrastrarme.

—No es feliz. —Le acaricio la mejilla con el dedo lleno de grasa y sonrío al descubrir el resultado—. Busca la manera de hablar con ella mañana.

15

Después del éxito de la exhibición regresa a casa para recoger sus cosas con una mezcla de sensaciones en su interior.

Mark le espera fuera mientras echa un último vistazo a la vivienda donde ha vivido durante un año. Apenas conserva algunos recuerdos sueltos, instantes compartidos con sus compañeros, visitas de su familia, noches de autocompasión, horas frente al teléfono batallando contra su necesidad de llamarla.

Sonríe al recordar que al fin es suya y en pocas horas podrán vivir su amor sin trabas, sin el peso de la culpa, sin los remordimientos, sin ese vacío que le estrujaba el corazón al estar lejos de ella.

El equipaje le espera amontonado en la puerta, apenas son un par de bolsas y su petate.

Antes de salir observa por última vez la decoración impersonal que le ha acompañado durante doce meses. Necesitaba un espacio sin demasiada intimidad ni esencia, un lugar donde purgar su pasado y prepararse para luchar por el futuro que ahora se abre ante él.

Mientras cierra la puerta el móvil emite una vibración. Cuando descubre de quien es el mensaje un estremecimiento le recorre el cuerpo. Crispa los dedos sobre el teléfono sin leer esas palabras envenenadas, su último cabo suelto, uno que podría demoler lo suyo con Steff. Siente un conato de vértigo. Zack tiene razón, tarde o temprano deberá sincerarse con su chica. Pero no calibrar su reacción le ahoga, quitándole el aire de los pulmones.

Sacude la cabeza, guarda el móvil en el bolsillo del pantalón, deja la llave puesta en la cerradura y sube al coche con su amigo sin darle más vueltas a la situación. Esta noche es su reencuentro y mañana van a contárselo a todo el mundo. No es el momento de hablar con Steff, ya le arruinó un cumpleaños, no lo repetirá.

—Te veo por ahí colega. —Mark le da una palmada en la espalda cuando está a punto de bajarse del coche una vez llegan a la pista—. Y si te cansas de tu morenaza, llámame. ¡Es un pibón de cuidado!

—Me voy a casar con ella, tío.

—¡Joder! ¡Casarse! Tómatelo con calma y disfruta de tu soltería.

—Ya me ha cazado...

La despedida es agrisulce porque a pesar de no haber sido feliz en Edwards, su estancia ha sido agradable, igual que la compañía y el proyecto en el que ha participado. La idea de volver a colaborar con la NASA en un futuro le atrae, ha sido una experiencia profesional muy satisfactoria y ha liderado un equipo competente.

El vuelo se lo pasa escuchando música y cabeceando un poco. Hoy espera no dormir demasiado y necesitará muchas energías para aguantar el ritmo de Steff.

Se queda medio dormido hasta que el piloto inicia el descenso. Los últimos minutos charla un poco con sus compañeros de vuelo.

Al aterrizar en Randolph el corazón se le dispara alcanzando una cota crítica al enfrentarse a la sonrisa socarrona de Steff en la pista de aterrizaje, mirándolo de pie junto a un par de oficiales de la base. La repasa desde los pechos hasta la boca y no puede evitar sentir la tentación de abrazarla y besarla, pero se contiene.

Saluda cuadrándose ante los oficiales antes de darle a ella un simple beso en la mejilla.

—¡Bienvenido a casa! —Steff aprovecha la cercanía para rozarle con el cuerpo. Se acerca a su oído y le susurra—. No aguantaba un segundo más sin verte, la espera se me ha hecho eterna.

—¿Y mi padre? —Pregunta empezando a caminar hacia la oficina para dejar el papeleo en regla—. ¿No iba a venir él?

—He conseguido convencerle de que podía ir yo a por ti en su súper Hummer. —Su sonrisa le sabe a felicidad—. Me he convertido en su mecánica particular y se ha dado cuenta de que conduzco mejor que él. Y como quería prepararte una pequeña cena de bienvenida ha sido fácil convencerlo de dejarme venir a mí. —Le guiña un ojo—. Le he hecho creer que era idea suya.

—Eres increíble Steff. —Siente cómo su cuerpo se revoluciona—. Increíble.

Se alejan del hangar tras firmar en los registros y despedirse de los militares que le han acompañado en el vuelo para incorporarse a la base.

La oscuridad de la noche solo se ve empañada por algunas estrellas que brillan en un universo despejado. Hoy la luna apenas muestra una parte diminuta de su figura y aparte de las farolas del parking no hay demasiada iluminación.

—No veo el momento de hincarte el diente. —Llegan al Hummer y ella

abre la puerta del conductor—. Como no me beses pronto me moriré de tristeza.

—Sal de ahí, conduciré yo.

—¿Estás de coña? —La expresión de Steff es beligerante—. Tu padre me ha dado las llaves a mí y soy una conductora cojonuda.

—Venga princesa no me hagas sacártelas a la fuerza.

—Estás muy equivocado conmigo, conde. —Le lanza un beso juntando los labios—. No te dejes conducir ni muerta. ¡Me mola este coche! Lo he trucado un poco para que vaya más fino. Vas a flipar cuando veas cómo vuela.

Entra, cierra la puerta y no tarda ni dos segundos en hacer rugir el motor. Swan deja el equipaje detrás, abre la puerta del conductor y la abraza por la cintura para obligarla a bajar.

—Me gusta conducir. ¡Soy el puto amo del asfalto!

—¡Y yo! —Le da un golpe en los brazos para que la suelte y le cierra la puerta en las narices, con pestillo incluido—. Ya verás cómo te mola ir conmigo.

Él sopla antes de resignarse a subir al asiento del copiloto.

—Agárrate porque voy a ir como un rayo. —Steff le guiña un ojo—. He preparado una lista de canciones para el viaje.

Pone la música a todo volumen y sale de la base con una pericia increíble. Una vez en la carretera pisa el acelerador hasta poner el coche a una velocidad vertiginosa. Se agarra al volante con las dos manos, tensionando los brazos, y su expresión es pura adrenalina.

—¿Dónde has aprendido a conducir así? —Swan levanta la voz para hacerse oír sobre la música—. Todavía recuerdo cuando te enseñé para sacarte el carnet. No lo hacías ten bien.

—Tus clases siempre acababan igual. —Baja un poco el volumen y la velocidad—. Te largabas después de besarme. Fue Dennis quien me dio las mejores lecciones. De niña me lo enseñó todo sobre los coches, incluso a conducir. Pero cuando tú me enseñabas me hice la tonta para pasar más rato contigo.

—¿Ya sabías conducir?

—Desde los trece. Cuando crecí lo suficiente para llegar a los pedales Dennis nos enseñó a Kris y a mí. Íbamos bastante a un circuito abandonado muy cerca de San Antonio.

—¿Y de dónde sacabais el coche?

—De mil sitios. —Evade la pregunta—. Me molaba la velocidad y

Dennis me ayudó a superar cada uno de mis límites al volante. Quizás por eso se me da bien pilotar.

—Zack dice que eres una camicace en el aire. —Le acaricia el cabello por la nuca con suavidad—. No te asusta nada y eso a veces puede resultar peligroso.

—Lo mejor de pilotar es sentirse dueña de la máquina. Estás ahí arriba y solo tú eres capaz de decidir cómo surcar el cielo. —Le sonrío mordiéndose el labio—. A veces hago maniobras arriesgadas porque me mola ver hasta dónde soy capaz de llegar.

—No deberías jugarte la vida así —musita—. Pero está claro que un buen piloto no tiene miedo y que tú eres muy valiente.

—Hoy he estado hablando con Dennis de ti y mientras lo hacía me he dado cuenta de algo importante. —Baja un poco más el volumen de la música sin quitar más que un segundo la vista de la carretera—. Me he pasado un año cabreada por tu huida, te odiaba por abandonarme, por no luchar por nosotros y no lo veía, no era capaz de apartar a un lado mi enfado para descubrir lo mucho que me diste. Si no llegas a hablar con tu padre ese día en el hospital para que nos acogiera nunca habríamos conseguido formar parte de tu familia.

La observa un segundo con una sonrisa al descubrir la preciosa expresión de felicidad que compone al estar a su lado.

—Lo importante es que ahora estamos juntos. —Su mano le acaricia la mejilla con ternura—. Nada va a cambiarlo. Hace un año no era nuestro momento. Yo no estaba bien, Steff, cometí muchas estupideces, la muerte de Tess me dejó un agujero en el pecho que no se llenaba con nada. Me porté muy mal con ella antes de que Dick se la llevara, no quise entenderla porque estaba dolido por sus decisiones. Y eso me convirtió en una mala versión de mí. Empecé a beber, a volverme agresivo, a provocar peleas, a amargarme. Solo me salvaba mi trabajo, las horas en el hangar sin pensar en nada. Hasta que apareciste. Fue bestial, sentí la conexión enseguida y no podía dejarte entrar. No podía.

Aprieta los puños contra la tela del uniforme de camuflaje sintiendo cómo la ansiedad se propaga por su torrente sanguíneo. Seguir hablando es peligroso, temerario.

Sus ojos se detienen un segundo a contemplar su perfil para descubrir cada uno de los gestos que forman su expresión. Se muerde el labio inferior por un lado, la mirada está posada en la carretera con atención, tiene una pequeña arruga de concentración en el ceño, los labios ligeramente arqueados

y los ojos brillantes.

—El día de la boda de Brandon, cuando te di el ultimátum, le dije a Kris que quería continuar en casa de tu padre. Necesitábamos pertenecer a un lugar, sentir cómo creábamos vínculos duraderos con personas reales, salir de nuestro pequeño círculo para darle cabida a otros. —Se gira un segundo para regalarle la sonrisa más radiante que ha visto nunca—. Tu padre, Maggi, el grupo de amigos... Todo eso es posible gracias a ti y en vez de verlo me empeñé en culparte por mi corazón roto, por echarte de menos, por darme la oportunidad de amar tanto y arrebatármela después.

—Si me hubiera quedado nos habiéramos pasado la vida peleando. No era un buen momento, no podía quitarte la posibilidad de conseguir alguno de tus sueños ni seguir a tu lado. Debía asumir lo de Tess, perdonarme y encontrar la forma de apaciguarme.

—Cada vez que me besabas y te largabas me quedaba cerca de la puerta o de la ventana esperando verte aparecer, incapaz de entenderte. ¿Dónde ibas? ¿Por qué me dejabas? ¿Cómo podías parar cuando yo sentía que el suelo había dejado de agarrarme y solo lo hacían tus labios, tu cuerpo, tus manos?

A Swan se le detiene la respiración durante unos segundos, con un vértigo imposible en la boca del estómago, como si Steff acabara de asestarle un puñetazo. No puede responder a esas preguntas, es incapaz de admitir en voz alta su traición, esa sucia y depravada forma de enfrentarse a sus demonios en el pasado.

Si lo hace, si le habla de ello, si la pierde...

—Estaba loco por ti —susurra intentando aniquilar la ansiedad que circula por su torrente sanguíneo—. Demasiado para aceptarlo. Debes entender que en ese momento de mi vida no era yo, no me encontraba, estaba perdido en mi autocompasión y no actuaba con lógica.

Steff se detiene en un claro de la carretera. Repta por los asientos hasta colocarse encima del regazo de Swan y le cerca el cuello con los brazos.

—Por fin soy feliz, Swan. Tú me haces feliz. Me has brindado la posibilidad de tener una familia, de pertenecer a un lugar, de sentirme querida y aceptada, de soñar con un mañana mejor. —Apoya los labios en los suyos—. Cuando pasaban los meses y no sabía nada de ti pensé que me habías olvidado. Cada vez que pasaba frente a tu casa me preguntaba si pensabas en mí, si no me había imaginado tus sentimientos, si habías dejado de quererme.

—No podré olvidarte nunca porque cuando te conocí dejaste una huella profunda en mi corazón. —La estrecha entre sus brazos susurrando las

palabras sin despegar los labios—. Me faltabas cada día y si supieras cómo deseaba estar así contigo entenderías lo mucho que te quiero.

—Prométeme que no vas a volver a dejarme nunca más.

—Me quedaré a tu lado para siempre. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y ahora que podemos estar juntos no la voy a cagar.

Sus labios se abren para unirse en un beso lleno de palabras calladas. Es emotivo fiero, visceral. A través de él sellan una declaración de amor incondicional.

Steff rompe el beso pasados unos segundos y abre la puerta guiándole un ojo. Lleva unas horas ideando su próximo paso. Está emocionada por poner en práctica una de sus fantasías infantiles, cuando su única forma de vivir aventuras era inventándose las.

—Quédate aquí quietecito, vas a flipar con lo que te tengo preparado. — Se muerde el labio en una mueca coqueta—. De niña siempre pensaba en hacer locuras. Cada noche, antes de dormirme, me convertía en otra persona a través de mi imaginación. Me encantaba ser atrevida, traviesa, divertida, temeraria. Los cambios de casa eran inevitables, pero yo tenía mis historias, era capaz de sentirme transportada a un mundo de fantasía durante los minutos previos a apagar mi conciencia para caer en un sueño profundo. Una de mis locuras preferidas era esta.

Acerca la mano al aparato de música y busca una canción. *Let's talk about sex*, de Salt-N-Pepa, un rap que se puso de moda en los noventa. Baja del coche con la música a tope, se coloca frente a los faros y cuando empiezan las primeras notas empieza a moverse mirándolo con una sonrisa.

Vamos a hablar sobre el sexo nene.

Vamos a hablar de ti y de mí.

Vamos a hablar de todas las cosas buenas,

y las cosas malas que tal vez

Vamos a hablar de sexo.

Mientras ella se bambolea frente al coche cantando cada una de esas palabras el corazón de Swan se acelera. Los focos la iluminan, dándole relieve a un cuerpo que le excita y le llena de calor. Sus movimientos son sexys, apasionantes, sensuales... Va vestida con una falda vaquera muy corta, unas botas de media caña, una camisa anudada en la cintura y se ha dejado suelta la melena.

Sus caderas bajan y suben como si estuviera en un local de *striptease*. Se coge la falda con las dos manos y la agita mientras baja el cuerpo con un balanceo de caderas fascinante. Vuelve a subir levantándose la falda hasta casi dejar la ropa interior al descubierto. Se muerde el labio mirándolo con una expresión lasciva.

Un coche que pasa por la carretera da cuatro bocinazos al verla y Swan está a punto de apagar la música, pero cuando pasa de largo se apoya en el salpicadero para seguir observándola.

Vamos a hablar de sexo.

Vamos a hablar de sexo.

Vamos a hablar de sexo.

Los labios de Steff reproducen esas palabras con una expresión picante. Se desabrocha el nudo de la blusa con lentitud, juguetea con los botones y se la abre despacio, enseñando primero un hombro, luego el otro y al final el sujetador de puntilla negro.

La sensación de ser el único espectador de esas ideas locas de Steff le pone. Apenas pasan coches por la carretera a esa hora.

Ella se deja la blusa abierta, se pasa la mano por el pecho y la sube hasta el cuello moviéndose con provocación. Swan siente la erección en el pantalón enseguida.

Un coche reduce la marcha al pasar junto a ellos.

—¡Eh morena! —grita uno de los cuatro chicos del vehículo en un tono lascivo—. ¿Quieres hacernos un pase privado?

Swan baja del coche con la respiración acelerada. Da un portazo. No soporta que esos chavales la miren así ni que ella niegue con la cabeza declinando la oferta con contundencia mientras se cierra la blusa con las manos sin perder la sonrisa.

—Solo bailo para mi chico —dice Steff observando la reacción ansiosa de Swan.

El soldado camina hacia ella para marcar el terreno, con la mirada letal fija en los tíos del coche. Al llegar a su lado la envuelve entre sus brazos.

—¡Largaos de una vez! —brama.

—Tranqui colega, ya nos piramos. Solo observábamos las vistas.

Silban antes de emprender la marcha.

Cuando el vehículo vuelve a circular por la carretera ella le pasa la yema

del dedo por la mejilla siguiendo la música de nuevo con su cuerpo. Camina trazando un círculo a su alrededor, acariciándole el torso, la espalda, el cuello...

—¿Estás loca? —El corazón de Swan sigue acelerado.

—Me confieso culpable de haber perdido la cabeza por ti.

—Princesa, si no dejas de dar el espectáculo te voy a encerrar en un castillo y a tirar la llave. —La agarra por la cintura, se la cuelga a los hombros y la lleva de vuelta al asiento del copiloto—. Tienes unas ideas...

—¿No tienes ganas de jugar un poquito? —Cuando él se sienta frente al volante Steff camina con los dedos por sus piernas—. No aguantaré hasta la noche sin tocarte.

Sin dejar de mirarle de manera provocativa se quita las braguitas y se las enseña. Repta por los asientos hasta colocarse a horcajadas sobre él y le levanta un poco la camiseta para tocarle el vientre mientras se mueve sobre él con las caderas.

—Vamos conde, chúpame la sangre.

Swan la agarra por el pelo, le tira la cabeza hacia atrás y accede a su cuello dándole pequeños mordiscos. Siente cómo cada fibra de su cuerpo se llena de deseo. Sube los mordiscos hacia la boca, pasea los dientes por sus labios y le suelta el pelo para tocarle la piel.

Ella le clava las uñas en el vientre, ascendiendo con lentitud hasta llegar al cuello. Swan la agarra por la nuca con fiereza para acercarla más a sus labios. Saca la lengua para recorrérselos despacio con la punta.

Los jadeos de Steff llenan las ventanas de vaho.

Invade su boca con fuerza, quedándole todo el aire de los pulmones. Ella gime mientras siente las manos de Swan bajar hasta su culo y pellizcarle las nalgas.

Los besos se vuelven furiosos. Steff no deja de arañarle la piel y le exige cada vez más fiereza. Baja las manos hacia el pantalón, se lo desabrocha y tira de él para bajarlo. Swan se mueve con ella encima para ayudarla.

—¿Llevas tu arsenal de condones? —Le susurra ella al oído utilizando la punta de la lengua para calentarlo.

Por toda respuesta Swan mete la mano en el bolsillo del pantalón y se hace con uno. Ella se separa un poquito de él, se lo coge, rasga el envoltorio y se lo coloca con una sonrisa lasciva.

—Esto solo es una muestra de lo que te espera esta noche. —Empieza a moverse sobre Swan—. Espero que tengas energía porque no pienso dejarte

dormir ni dos segundos.

Los bamboleos de Steff son lentos y sensuales. Le producen una oleada de sensaciones. La agarra por las caderas para marcar un ritmo más rápido, subiendo y bajando. Ella gime, se aferra a su pelo y tira de él mientras aumenta las embestidas. Sus ojos no se apartan ni un segundo de las expresiones extasiadas de ella.

De repente llega la explosión de Steff y los gritos de placer inundan el coche. Swan tarda unos segundos en acompañarla, vaciándose con un orgasmo increíble.

La abraza, incapaz de no darse cuenta de sus sentimientos por ella.

—Te quiero princesa —musita—. Eres la reencarnación de la perfección.

Se quedan unos instantes abrazados, besándose, con la sensación de que sus cuerpos desearían volver a empezar. Swan se da cuenta de que con ella es más pasional que otras veces. No se conforma solo con tenerla. Quiere mucho más. Necesita un para siempre.

—Deberíamos irnos. —La separa mirando la hora en el salpicadero—. Es tarde y mi padre nos espera para cenar.

—Solo pienso en el postre. —Le susurra al oído antes de colocarse en el asiento y permitir que él conduzca—. Me he comprado un conjunto de ropa interior muy sexy.

Ella dobla los pies sobre el asiento sube un poco la música y le acaricia el vientre bajo la camiseta, trazando círculos con el dedo.

—Estoy deseando arrancártelo.

16

Llevo un rato sentada a la mesa con la mirada puesta en sus movimientos. Verle masticar es un espectáculo y descubrir cómo no aguanta ni dos minutos sin repasarme con los ojos me llena de deseo y emoción. Quiero tenerle a solas cuanto antes, la espera me mata.

Necesito probar sus labios. Necesito tenerlo a solas otra vez, hablar con él, descubrir cada una de las muelas de su alma. Necesito anunciar en voz alta lo nuestro para no esconderme y poder sentir su tacto en mi mano, abrazarlo, rozarle con cualquier parte de mi cuerpo.

Le escribo un mensaje en el móvil sin dejar de sonreír.

STEFF: NO VEO EL MOMENTO DE ENCERRARTE EN UNA HABITACIÓN DURANTE HORAS.

Me encanta descubrir su mueca traviesa al leerlo, la forma en la que mi insinuación le cambia la expresión por una llena de deseo. Levanta la vista del teléfono y la posa en mi escote con una aceleración visible de su respiración. Me muerdo el labio de forma coqueta dirigiéndole una mirada cargada de significado. Él responde con una espiración larga y profunda antes de forzarse a cambiar su foco de atención.

Estoy sentada al lado de Zack y de mi hermana. Kris mira una y otra vez el móvil, sin atender demasiado a la conversación que repasa nuestra visita a Hollywood, el concierto, la próxima boda de Penny y Ethan, la proposición... Me gustaría tanto verla feliz de nuevo, descubrir un cambio en su estado anímico, que me rompe el corazón enfrentarme a su tristeza. Debería plantarse, dejar atrás las discusiones con Luke y tomar las riendas de su vida otra vez. Suele ser demasiado rígida y deja escapar las buenas oportunidades.

—¿Qué tal tu vida en Edwards, Swan? —pregunta Rob sirviéndose una enchilada de pollo—. Todas las bases militares se parecen, pero no se trabaja en la NASA cada día.

—Tenía una rutina bastante parecida a la de aquí. Instrucción cada mañana, muchas horas en el Centro Dryden, salidas con los colegas, machacarme en el gimnasio... Solo me faltaba mi gente. —Me lanza una mirada fugaz—. Conocí a un ingeniero cojonudo que quiere trasladarse aquí. ¿Papá, te miraras su expediente?

—No voy a hacer ningún favoritismo. Ya lo sabes.

—Mark tiene una licenciatura en Harvard, trabajaba conmigo en Dryden y tiene las suficientes horas de vuelo para traerlo a Fort Lucas.

—Mañana me pasas sus datos y lo valoraré.

—Trabajar para la NASA ha de ser una pasada. —Mi hermana bebe un sorbo de agua rebajando un poco su expresión melancólica, aunque sus ojos siguen mostrando cuánto le afectó enfrentarse a la proposición de Ethan—. ¿Puedes contar algo de tu proyecto?

—Es *top secret*. —Swan niega con la cabeza—. Al empezar firmé unos contratos de confidencialidad muy estrictos. No me gustaría tener problemas.

—Yo piloté su máquina y he decir que mi cuñado es un ingeniero cojonudo. —Zack unta un nacho en guacamole antes de darle un mordisco—. El ambiente de trabajo era muy estresante y él aguantó el tipo sin venirse abajo.

—Me pasaba diez horas diarias en Dryden para tener el prototipo a tiempo. Era duro porque trabajaba a contrarreloj, pero la experiencia ha sido impresionante. Los ingenieros de la NASA son la hostia, con ellos he aprendido un montón.

Rob se sirve un poquito de agua y una tortilla con quesadilla.

—¿Y qué hay de las chicas? —pregunta con una sonrisa fisgona—. Ya hace casi dos años de lo de Tess, deberías empezar a salir al mercado otra vez.

—Solo hay una en mi cabeza. —Se ilumina mientras bebe un sorbo de vino, sin dejar de repasarle con disimulo con los ojos, y me invade una onda expansiva de ardor—. La conocí hace tiempo, pero lo nuestro era bastante imposible así que acepté el trabajo en Edwards y me fui.

Julia tuerce el gesto mirándome con una sonrisa cómplice.

—Al final los imposibles se convierten en posibles. —Baja un poco la voz mirando a su marido—. Me suena.

—He vuelto dispuesto a todo. —Swan asiente con la cabeza y levanta la vista hacia mí. Su expresión parece una invitación a probar sus labios—. Es la definitiva, lo tengo clarísimo.

Me estremezco.

—Deberías presentármela —solicita el General—. En Edwards parecías hecho polvo en cambio hoy estás feliz. ¿Es por ella?

—Ya está el pesado de papá cotilleando. —Julia le sonrío a Rob con una alarma callada en los ojos—. Déjale respirar, acaba de llegar.

—¿Acaso no es normal preocuparme por mi hijo?

—No tardaré en presentártela, papá. —Swan sonríe mirándome—. Ten un poquito de paciencia. Todo a su tiempo.

—Después de lo de Tess me alegro de que hayas rehecho tu vida. Te lo mereces —comenta el General—. Espero que esta vez sea alguien de nuestro entorno. La idea de tener una civil como nuera no me convence. Tú eres militar, hijo, has de compartir la vida con una mujer que te comprenda.

—¡Papá! —Julia pone los ojos en blanco y niega con la cabeza—. ¡Yo no me he alistado y estoy casada con un militar! Pensaba que se te habían pasado esos prejuicios absurdos.

—Tu caso es diferente, llevas toda la vida viviendo en una base, tu familia entera pertenece al ejército. Entiendes esta vida. En cambio alguien de fuera puede no adaptarse a ella.

—Creo que la elección de Swan te gustará. —Zack detiene la intención de replicar de Julia con un gesto—. Puede que te sorprenda al principio, pero acabarás adorándola.

No me pasa desapercibida la mirada asesina que Swan le dedica a su cuñado ni la mueca guasona que él le responde.

—¡Vaya! —Rob chasquea la lengua con enojo—. Siempre soy el último en enterarme de lo importante. ¿Zack, la conoces? ¿No me vas a dar una pista de quién es?

—Prometo presentártela muy pronto —afirma Swan.

—¿Algún voluntario para acompañarme a por el postre? —Me levanto de un salto mirándole con una clara declaración de intenciones. Él asiente de manera imperceptible y sonríe. Es un momento perfecto para romper la conversación o acabaremos hablando antes de tiempo—. Zack ha traído su famosa tarta de chocolate y muero por probarla.

—Voy yo. —Su voz es casi un susurro.

Una vez traspasamos la puerta del comedor me abraza por la cintura, me apoya contra la pared y busca mis labios. Siento su lengua acariciar la mía con ardor mientras sus manos me recorren los costados. Me quedo sin aire, apenas soy capaz de respirar cuando se separa de mí.

—No he dejado de pensar en besarte en toda la cena. —Me abraza por la cintura para caminar conmigo hacia la cocina—. Ocultar lo nuestro es una pesadilla.

—Hemos de esperar a que sea mañana, a que tu padre lo apruebe...

—Se me va a hacer eterno.

Cuando regresamos a la mesa la conversación recorre otros temas menos peligrosos y Rob pierde el interés a la hora de insistir en conocer la identidad de la novia de Swan.

El resto de la velada lo paso contando los minutos para verle a solas. Apenas logro esconder cómo mi cuerpo parece un volcán a punto de lanzar fuego. Sus miradas desatan mi libido y sus juegos verbales casi me arrancan gemidos.

Nos despedimos en la puerta acompañados del resto de la familia. Julia y Zack cruzan la calle, Rob se va a dormir enseguida y Kris y yo nos quedamos recogiendo.

Le veo caminar hacia su casa desde la ventana de la cocina con ese andar tan sensual y gimo. El uniforme le queda espectacular, se ciñe lo suficiente a su cuerpo como para mostrar su espalda cuadrada y el perfecto trasero que me llena de espiraciones.

Escucho un suspiro angustiado a mi espalda y me giro un segundo. Kristie está acabando de llenar la basura con las sobras.

—¿Qué te pasa? —pregunto limpiando a mano las fuentes de la comida—. Te has pasado la cena mirando el móvil. ¿Has vuelto a discutir con Luke?

—Más o menos.

—No podéis seguir así... ¿Qué ha pasado esta vez?

—Hay algo que no te he contado. —Saca la bolsa del cubo de basura y la cierra—. La semana pasada Luke me pescó espiando a Dennis.

Apago el grifo, me limpio las manos en el delantal y me giro para mirarla con las cejas enarcadas.

—¿Perdona? ¿Espiendo a Dennis?

—Le echo de menos Steff —admite cubriéndose la cara con las manos—. Me muero de celos cuando vas a verle y no soporto pensar que está con Lenora.

Me acerco, la abrazo y la conduzco a la mesa.

—Sigues loca por él.

—No es eso. —Niega con la cabeza, aunque sus ojos dicen otra cosa—. Estoy enamorada de Luke. Con Dennis solo siento que le necesito en mi vida, recuperarle. Recuerdo el último día que le vi en el Maggi's, cómo nos besamos y estuvimos a punto de enrollarnos en serio y se me pone la carne de gallina. Siento un hueco en el corazón.

—Mañana vendrá a celebrar mi cumpleaños. Habla con él durante la fiesta, busca una manera de ver cómo encajarlo en tu nueva vida y de descubrir qué

sientes por él.

Levanta la mirada de la mesa para centrarla en mí. Sus ojos están húmedos y mantiene una expresión angustiada.

—No puedo acercarme a él si no quiero problemas con Luke —explica en un tono afectado—. El jueves me vio frente al taller donde trabaja Dennis. Estaba escondida en mi coche. Llevo más de seis meses yendo a verle porque necesito saber cómo está. No entiendo por qué Luke tuvo que pasar por allí, estoy segura de que el karma me odia. Cuando me vio montó en cólera y empezó a gritarme. Discutimos mucho porque le puse los puntos sobre las íes. ¡Joder! ¿Él puede tirarse a las tías que le vengan en gana y yo no puedo ver a Dennis?

—Está celoso. ¡Bien! ¡Punto para ti, Kris!

—No quiere verle mañana aquí.

—Pues me la suda lo que él quiera. Voy a cumplir dieciocho años rodeada de la gente importante de mi vida y Dennis ocupa uno de los primeros puestos.

—¿Swan es el primero? —Se seca las lágrimas, levanta la mirada y compone una sonrisa pícara.

—Swan, Dennis y tú, tonta. —Le muevo un poco el pelo despeinándola—. Por mucho que le quiera os conozco hace más tiempo.

—Hace buena pareja con la Lenora esa. —Cierra los ojos y crispera los labios—. Son tal para cual. Parecen hechos con el mismo molde.

—Solo hay un problema...

—¿Cuál? —Me mira con esperanza, como si estuviera a punto de explicarle algún secreto escabroso de Lenora.

—Dennis está enamorado de ti. Y, aunque no lo quieras reconocer, tú también lo estás de él. —Me levanto para regresar a mi tarea de limpiar las fuentes—. No sé por qué te empeñas en negarlo y seguir con Luke.

Ella vuelve a colocarse frente al cubo de basura, pone una bolsa nueva y suspira.

—Les quiero a los dos —admite—. Me enamoré de Luke muy rápido, fue una historia muy bonita, aunque le costó mucho aceptar sus sentimientos por mí. En cambio con Dennis fue distinto, nos pasamos muchos años juntos, tardamos cinco en darnos el primer beso y a partir de ese instante todo fue como una locomotora. Éramos familia Steff. Lo nuestro fue único.

—Pero al final decidiste quedarte con Luke. ¿Estás segura de esa decisión?

Se cuelga la bolsa de basura a la espalda y camina hacia la puerta que sale al exterior para llevarla al callejón donde aparcan los coches y dejarla en el contenedor. La puerta da a la parte trasera de la casa, donde hay un pequeño jardín.

—No lo sé. —Un par de lágrimas le humedecen las mejillas—. Aquel día en el Maggi's, cuando Dennis me besó, fue como si no hubieran pasado los años y siguiéramos locos el uno por el otro. Pero no puedo olvidar lo duro que fue conmigo al dejarme, cómo me pasé un año llorando por él, cómo volvió a intentar manipularme al salir de la cárcel, cómo duele estar sin él...

—¿Qué sientes de verdad por Luke?

—Le quiero mucho. Me cuesta imaginarme mi vida sin él. —Contrae la cara con angustia—. Es como si los quisiera a los dos y no fuera capaz de dejar marchar del todo a ninguno. —Exhala un suspiro—. Estoy hecha un lío.

—¿Sabes cómo sé que estoy loca por Swan? —Niega con la cabeza—. Llevo un año sin sacármelo de la cabeza, sueño con él cada noche, en besarle, en desnudarle, en pasar el resto de mi vida con él. Por primera vez al estar con un tío tengo la certeza de que si me pidiera que lo dejara todo para seguirlo no dudaría, aunque fuera ir al Polo Norte en autobús. —Apago el grifo al terminar con mi trabajo y me doy la vuelta—. ¿Con quién sueñas tú?

Sonríe con tristeza, tuerce la boca y sopla.

—No lo sé, nunca me acuerdo de los sueños.

La veo caminar hacia la calle con la bolsa de basura y me asomo un segundo a la ventana para observar su avance hacia el callejón. No sé cómo ayudarla a centrar sus sentimientos, está claro que no acaba de decidirse entre sus dos hombres.

Mi móvil vibra en el pantalón.

SWAN: ¿VAS A TARDAR MUCHO? SI NO VIENES PRONTO ME VOLVERÉ LOCO DE DESEO.

Me muerdo el labio, levanto los hombros y sonrío.

STEFF: SOLO SON LAS DIEZ Y MEDIA, HABÍAMOS QUEDADO A LAS DOCE. ES LA HORA DE LOS VAMPIROS.

SWAN: ¿ME QUIERES MATAR DE ANSIEDAD? VEN YA, NO PUEDO ESPERAR HASTA LAS DOCE.

STEFF: DAME DIEZ MINUTOS Y PREPÁRATE PARA UNA NOCHE LOCA.

Espero a Kris en las escaleras del porche sin hacer ruido. Rob tiene un sueño profundo y no creo que esté atento a si subimos las dos o solo una.

—¿Estás mejor? —pregunto al verla llegar.

—Me voy a la cama, mañana nos espera un día emocionante. —Me da un beso en la mejilla—. Entiendo que quieras a Den aquí, pero me asusta muchísimo verle otra vez. ¿Va a traer a Lenora?

—No, viene solo. —Sonríó al descubrir su alivio—. Quizás lo que necesitas para aclararte es tenerlos a los dos delante y ver qué tipo de sentimientos tienes por cada uno.

—Puede... Solo espero que no te estropeen el cumple.

—No lo harán, con Swan aquí nadie puede joderme el día. —Bajo un escalón—. Voy a pasar la noche en su casa, cúbreme si Rob te da las buenas noches al subir.

—¿Estás loca Steff? —Su mirada es ansiosa—. Si Rob se entera...

—La buena noticia es que a las doce lo ilegal estará dentro de la ley y no pienso dejarle dormir ni cinco minutos.

Pone los ojos en blanco y entra en la casa.

Al llamar a su puerta mi cuerpo anticipa los besos y se contrae de deseo, es como si no pudiera evitar sentirme llena de anhelo al esperarlo.

Me abre sin camiseta, con unos vaqueros bajos de talle y descalzo. Le repaso el cuerpo con los ojos con una subida de calor por mi cuerpo.

—Ven aquí princesa. —Tira de mi brazo hasta colocarme a tres centímetros de su cara.

Siento su aliento en la boca, sus ojos llenos de anhelo y su erección en mi vientre. Sus manos se ocupan de sacarme la camiseta en dos movimientos rápidos mientras me vuelve loca lamiéndome el labio superior con la punta de la lengua. La atrapo entre mis dientes y la acaricio con ellos, jugando.

Gime mientras le recorro el torso con las manos. Me agarra por las nalgas, me levanta del suelo y me lleva hacia las escaleras.

Aparto los dientes para besarle con fiereza. Le sorbo el aire, le dejo seco y él boquea, sin abandonar mis labios. Sus manos me llenan de calor. Siguen en las nalgas, las agarran con fuerza, clavándome los dedos en ellas.

Subimos sin dejar de besarnos, dándonos golpes contra la barandilla, chocando con los escalones, sorbiéndonos el aire entre besos calientes. Mis manos recorren su espalda con fiereza, hundiendo los dedos en algunos puntos para intensificar el deseo.

Al llegar a su habitación me suelta sobre la cama y se quita los pantalones.

—Desnúdate —susurra.

Niego con la cabeza, le dedico una mirada pervertida y me levanto para

recoger sus vaqueros del suelo.

—Ahora vamos a jugar un poquito. —Suelto el cinturón de las hebillas y coloco la silla del escritorio en medio de la habitación—. Quítate el bóxer y siéntate.

—¿Qué pretendes? —Me abraza y me besa.

—Hacerte suplicar. —Le aparto, le guiño el ojo y le acabo de desnudar tocándole la piel con lascivia—. Siéntate.

Obedece divertido.

—Estoy deseando conocer tus juegos, pero no suplico ni loco.

Una vez consigo tenerlo sentado en la silla le coloco las manos en la espalda y se las ato con el cinturón besándole en la comisura de los labios.

Estoy un poco nerviosa porque es la primera vez que tomo así el control en algo tan íntimo. Ayer antes de dormirme vi algunas escenas subidas de tono en el ordenador para encontrar ideas y ahora me toca ponerlas en práctica, sin dudar, dándolo todo.

—Vamos a hacer un trato. —Me bajo las braguitas con sensualidad antes de sentarme sobre sus piernas a horcajadas. Acercó la boca a su oreja para susurrarle las palabras con una voz suave y sexy—. Si consigo sorprenderte bailarás conmigo en un karaoke mientras cantamos a dúo.

Le doy un mordisco suave en el lóbulo y le paseo la lengua tras la oreja.

—¿Y cómo sabrás si me has sorprendido? —Aumenta el ritmo de su respiración convirtiéndola en resuellos—. No soy una presa fácil...

Paseo los dedos por su torso lamiéndole el cuello.

—Vas a suplicarme que te folle. Entonces sabré que te he sorprendido.

—Princesa, nosotros hacemos el amor.

—Estoy convencida de que no tardarás en hablar de otra manera.

Siento su piel erizarse cuando le lamo un pezón y lo cojo entre los dientes para morderlo con suavidad. Gime mirándome con una expresión extasiada, como si cada uno de mis movimientos le encendiera, y se revuelve en la espalda con deseo de liberarse de la sujeción. Ese gesto consigue hacerme sentir poderosa.

Dejo a un lado todas mis inquietudes para hacerme con el control. Camino con las manos por sus muslos, clavándole los dedos desnudos, sin abandonar su pecho. Le doy un azote cambiando de pezón y sus gemidos electrifican la habitación de tensión sexual.

Mi cuerpo entra en combustión al sentir su excitación. Quiero llevarlo al límite, hacerle sentir al borde de la necesidad. Y con cada uno de sus jadeos

mi temperatura sube, encendiendo una fogata entre mis piernas.

—Eres perversa —musita entre jadeos al sentir mi mano azotarle otra vez en un muslo.

—¿Quieres follar? —Sonrío al escuchar su tono ronco de deseo.

—Solo... quiero... hacer el amor. —Consigue mascullar entre espiraciones largas y llenas de deseo—. Princesa... vas... a... matarme.

Le dedico una mirada llena de sensualidad, curvo los labios hacia arriba y arremeto con el otro pezón acercándome peligrosamente a su pene con las manos. Él mueve las piernas para aproximarme, se agita, se llena de calor. Y yo siento cómo ardo, cómo el anhelo de poseerle me invade llevándome a un estado de necesidad imposible.

Bajo los besos por la piel, desgarrándosela en algunos puntos con los dientes.

—Steff... —resuella cuando llego al vientre.

Junto los dientes para morderle y él se agita en la silla, jadeando, como si no fuera capaz de contenerse.

—Voy a hacerte gritar. —Desciendo al suelo de rodillas, entre sus piernas, mirándole a los ojos con una expresión lasciva—. Y entonces follaremos.

Me acerco con la boca a su entrepierna y utilizo la punta de la lengua para recorrerle los muslos hasta llegar a su pene. Le miro un segundo con lujuria, pasándome la lengua por los labios. Siento sus ojos en mí, cómo su vientre se contrae por la anticipación y cómo su respiración se vuelve furiosa.

—Steff... —Vuelve a pronunciar mi nombre agitándose—. ¡Joder! Me vas a matar.

Con la mano en forma de O le cojo el miembro ejerciendo un poco de presión. Acerco la boca para introducirla en ella y empiezo a chuparle con la lengua mientras me muevo arriba y abajo, sin dejar de presionar con los dedos a intervalos. Sus gemidos me guían a la hora de decidir el ritmo. Cuando aumentan de intensidad acelero el movimiento, sin dejar de dedicarle miradas libidinosas, buscando llevarle al límite.

Siento cómo tensa cada una de las fibras de su cuerpo, cómo sus gemidos alcanzan la cota más álgida, cómo sus músculos se preparan para la explosión. Entonces le suelto, me pongo en pie y le acaricio el torso.

—¿Vamos a follar? —Me desabrocho el sujetador frente a su mirada ansiosa, se los paseo por la cara y lo tiro a un lado.

—¡Hazme el amor de una vez! —Gime al ver cómo me siento de nuevo a

horcajadas sobre sus piernas.

Le doy un azote en el muslo lamiéndole el cuello.

—Esa no es la manera de pedirlo. —Bajo las manos hacia los testículos, los acaricio y le paso la lengua por los labios—. Sé sucio, perverso.

Me da un mordisco suave en el labio superior y siento cómo su lengua intenta atrapar la mía. Niego con la cabeza, me tiro un poco hacia atrás y le acaricio el torso con una mano.

—No voy a cantar y bailar en un karaoke. —Mueve las piernas para acercarme más a su cuerpo—. Pero quiero que te sientes encima de mi polla y la hagas feliz.

—Pídeme que te folle. —Le vuelvo a azotar en las nalgas acercándome mucho con el cuerpo a su entrepierna.

Avanza la cara hasta agarrarme el labio inferior con los dientes. Me succiona con la boca, llenándome el cuerpo de calor. Siento su lengua jugar con el labio y me enciendo. Pero no tardo en colocarle las palmas planas en el torso para apartarlo. Él se resiste, amplifica la fuerza de sus dientes y las clava en el labio. Es como si el dolor incrementara tanto la excitación que consiguiera llevarse mi voluntad.

—¿Quieres hacerme el amor de una vez? —gruñe quitando los dientes.

Le beso mientras mis manos vuelven a estremecerle al agarrarle el miembro y empezar a masajearlo arriba y abajo con un salvaje movimiento. Jadea, sus resuellos acompañan los besos cada vez más furiosos, suben la temperatura, muestran su estado al límite. Sus piernas intentan llevarme hacia él, pero no lo consiguen.

Cuando le falta poco para llegar al orgasmo me separo de sus labios, le suelto el pene, le paso la yema de un dedo por ellos y le lamo la mejilla. Mi cuerpo es un volcán a punto de estallar, siento un calor sofocante concentrarse entre las piernas, la necesidad de cabalgarlo, el deseo apresarme, pero me contengo.

—¿Sigues sin querer follar? —Me paso la lengua por los labios apartándome un poco de él.

Niega con la cabeza.

—Solo quiero hacer el amor contigo princesa. —Su voz es apenas un susurro cuando bajo la boca para devorar su pene otra vez—. Nunca te follaría.

Jadea con resuellos roncós de placer con mis movimientos de la boca. Mi mirada lasciva acaba de llenarle en cuerpo de calor.

Otra vez abandono su miembro cuando los músculos anuncian la proximidad de su explosión. Le muerdo en el muslo y subo la boca hacia la cara sin dejar de succionarle la piel en cada beso.

—Pienso elegir una canción ñoña. —Llego a sus labios y se los repaso con los míos.

Se quema, siente cómo su cuerpo entra en combustión, llenándose de necesidad. Tener las manos atadas es alucinante. Desea tocarla, sentirla, cogerla por las caderas y embestirla. Esa sensación de no poder poseerla le produce una mezcla de rabia y deseo que le quema hasta la punta de los pies.

Ella se mueve sobre sus piernas, cerca de sus genitales y le da pequeños mordiscos en la boca, sin llegar a besarlo. Vuelve a estar duro, muy duro. Sentirla tan cerca, tener sus pechos apretados contra el torso y sus labios devorarlo sin poder tocarla le excita tanto que no puede controlarse.

Necesita besarla, pero ella se aparta cuando lo intenta.

Necesita tocarla, pero las manos atadas a la espalda se lo impiden.

Necesita poseerla.

Suelta un gruñido ronco cuando la mano de Steff rodea otra vez su miembro y empieza a subir y bajar con movimientos que se acoplan a sus gemidos, a sus reacciones, a la forma en la que contrae los músculos para llevarlo a la cima con rapidez.

No quiere ceder, pero está tan próximo al orgasmo, lo necesita tanto... Y no aguanta un segundo más sin entrar en ella. Si vuelve a dejarle a las puertas de culminar no lo soportará.

—Fóllame. —ordena con ansiedad—. ¡Bailaré y cantaré contigo! ¡Haré lo que quieras! ¡Pero fóllame ya!

La mirada de Steff muestra cómo se siente ante la victoria. Le da un beso húmedo, acariciándole los muslos con las manos, se levanta y coge uno de los preservativos que él ha dejado sobre la mesilla de noche. Lo abre, le acaricia el miembro, le da un lametazo y se lo coloca despacio, tocándole.

Se sienta a horcajadas sobre sus piernas y le permite entrar en ella.

Los movimientos de cadera de Steff son suaves. Arquea el cuerpo un poco hacia atrás, se apoya con las manos en las rodillas de Swan y le permite a él marcar el ritmo.

Swan la embiste con fiereza, entrando y saliendo de ella con movimientos secos hasta que escucha sus gemidos. Segundos después le llega su explosión.

—¡Joder princesa! —grita corriéndose—. ¡Eres una diosa del placer!

Ella le besa con suavidad, acariciándolo con la lengua. Le desata las manos y él las utiliza para levantarla en brazos y llevarla a la cama. No separa la boca de ella, sigue besándola con necesidad, aumentando la fiereza de sus besos.

Volvería a empezar una y otra vez.

—Espérame aquí sin moverte. —La deja sobre el colchón para ir al lavabo a limpiarse—. Quiero la revancha.

Las siguientes horas se llenan de sexo salvaje. Es alucinante cómo Steff no se amedrenta ante los desafíos y acaba llenándole de placer. Le gusta llevarla a límites desconocidos para ella, tenerla entre sus brazos, perderse en esa manera de emocionarse ante las pequeñas cosas.

A las cuatro de la mañana se estiran en la cama agotados. Steff se acurruca junto a su cuerpo y él está un poco de lado, acariciándole los mechones de pelo con suavidad. Gira la cara, le da un suave beso en los labios y sonríe.

—¡Felicidades princesa! Ya eres mayor de edad.

—¡Sííí! —Da cuatro palmadas y sonríe—. Estar aquí contigo ya no está fuera de la ley.

—No voy a pasar otra vez por lo de esta noche. Tenerte en la cena y no poder tocarte o abrazarte cuando me apetecía ha sido una mierda. —Niega con la cabeza—. Hemos esperado demasiado para estar juntos, ahora vamos a ser felices para siempre.

—Suena tentador. —Lo abraza y lo acerca mucho a su cuerpo—. Me he convertido en una adicta a ti.

Swan la suelta depositándole un beso suave en la comisura de los labios y se levanta para caminar hacia la cómoda.

—Mientras planeaba cómo recuperarte te compré un regalo de cumpleaños. —Busca algo en un cajón y regresa hacia ella con una sonrisa—. Espero que te guste.

—¡Me encantan las sorpresas! —Se pone de rodillas en la cama y aplaude.

—En tu fiesta de mañana voy a participar en el regalo familiar, pero esto te lo prepararé hace tiempo. —Le ofrece un pequeño paquete cuadrado envuelto con papel rojo—. Durante un año no he dejado de pensar en ti. Te he seguido por las redes sociales, he recordado cada segundo juntos y no paraba de darme cuenta de cuanto te quiero. Jamás había sentido la milésima parte con una mujer al besarla. Y ha habido muchas en mi vida antes de ti.

Debería dejar de hablar como un gilipollas. ¿Cuándo ha dejado a un lado su sarcasmo habitual para abrirle el corazón a una chica? ¡Joder! Parece un puto imbécil.

Los ojos centelleantes de Steff le inducen a sonreír. Es preciosa, sexy, increíble...

Ya vuelve a sentirse como un gilipollas cuando la observa desgarrar el papel de regalo. Y a inquietarse por su reacción.

Se sienta frente a ella en la cama, le encanta la expresión alegre de su cara, esa sonrisa que ilumina cada pedazo de la estancia.

—¡Oh! —exclama Steff al encontrarse con un llavero con una placa de identificación del ejército y una llave—. ¿Qué abre?

—Mi casa. Antes de volver me prometí que haría cualquier cosa para conseguir que te quedaras para siempre conmigo. —Le acaricia la mejilla—. En la placa está mi número de identificación y espacio para poner el tuyo cuando te lo den.

Ella le lanza los brazos al cuello, abre las piernas para envolverlo con su cuerpo y le besa. Es un beso suave, lento, de los que pretenden llenar cada rincón de su cuerpo de felicidad.

La abraza, la acerca más a él y la estira en la cama.

—¿Cualquier cosa? —Steff levanta las cejas con una sonrisa divertida—. ¿Incluso cantar en un karaoke mientras bailamos? —Le guiña un ojo—. He ganado la apuesta, no lo olvides.

—Mientras hagas las maletas y te vengas a vivir conmigo puedes pedirme hasta un trocito de Marte. Haré lo que quieras, me convertiré en tu esclavo de por vida para hacerte feliz.

—¿Vivir contigo? ¿Estás de guasa? ¡Solo hace dos días que estamos juntos de verdad!

—Llevo más de un año pensando en pasar la vida contigo y no voy a echarme atrás ahora. —No sabe muy bien cómo explicarle sus sentimientos sin abrumarla, pero no va a ceder en su idea de mantenerla a su lado sin esconderse—. Te quiero en mi cama cada noche sin necesidad de que te escapes de casa de mi padre.

—Es demasiado pronto para hablar de ese tipo de compromiso. —Se sienta y le mira con ansiedad—. En un mes y medio tengo la instrucción, estaré casi dos meses fuera. Y al regresar viviré un tiempo en el edificio central con mis compañeros. Nunca he tenido algo parecido, quiero ser dueña de mi vida un tiempo.

—No voy a rendirme con facilidad Steff. —La abraza por la espalda rodeándola con su cuerpo—. Puedes tener una juventud normal conmigo. Mira a Ju, ella no se pierde nada por estar con Zack, y es feliz.

—Hagamos un trato. Si cuando vuelva de la instrucción sigues pensando igual me vengo a vivir contigo.

La estira y se coloca sobre ella, agarrándole las manos al lado de la cabeza.

—Cuando vuelvas de la instrucción voy a seguir deseándote en esta cama el resto de mis días. —Le da un beso suave—. Eres la mujer de mi vida y no voy a separarme nunca más de ti.

—No seas ñoño conde. Yo quiero a una fiera no a un blandengue.

—Podría seguir haciéndote el amor durante horas, pero mañana no sería persona y quiero estar bien en tu fiesta.

—El año pasado me arruinaste el cumpleaños. Este me merezco fuegos artificiales.

—Cuando estaba en Edwards me imaginaba esto. —La estrecha con fuerza entre sus brazos—. Soñaba en pasar la noche contigo, hablar hasta la madrugada, tenerte en mi casa. No entiendo cómo dos meses fueron suficientes para enamorarme de ti.

Se estiran boca arriba, abrazados, acariciándose.

—¿Cómo era tu vida allí? En la cena has contado muy poco.

—No había demasiada diferencia con Fort Lucas. Solo me faltabas tú. —Ordena sus pensamientos para hablar con coherencia, sin explicarle el dolor de despertarse cada día sin ella y de enfrentarse a las semanas con la sensación de que había dejado escapar su felicidad—. Me volqué en el trabajo para olvidar lo que perdí al irme de Fort Lucas. Pasaba muchísimas horas en Dryden y algunas noches salía a emborracharme con los compañeros para olvidar. Dejarte fue jodido. Tú eras la razón por la que no quería levantarme de la cama por las mañanas, me parecía difícil estar ahí fuera sin tenerte.

—Parecemos dos idiotas. —Se acurruca a su lado muy pegada a él—. Los dos lo hemos pasado fatal. A mí me pasaba lo mismo. No quería aceptarlo, pero no dejaba de pensar en ti.

—Por eso no me gusta que me pregunten por mi vida en Edwards. Fue oscura y triste. De todas las bases militares de Estados Unidos me tocó la única con tu apellido. Cuando lo veía escrito me jodía, era como un recordatorio de que te había perdido y me dolía muchísimo.

—Pero ahora estás aquí, seguimos enamorados y tenemos una

oportunidad.

Le acaricia el cuerpo con la mano. Sentirla pegada a él es increíble, un sueño hecho realidad. Durante sus dos meses juntos hablaron mucho acerca de algunos aspectos de su vida, se conocieron, consiguieron conectar más allá de las palabras.

—Me alegro de haber estado en el Maggi's el día que apuñalaron a Kris y de haberte traído a casa de mi padre.

—¡Casualidades de la vida! —Sonríe—. Nunca había vivido en una base militar y Fort Lucas me ha cambiado en muchos sentidos. Me gusta ser parte de algo. Por fin he conocido a gente que me quiere de verdad y se preocupa por mí. Ya no somos solo Kris, Dennis y yo, mi círculo se ha abierto. He conocido a Charleen, tu padre y Maggi nos quieren en su vida, Julia y Penny se han convertido en nuestras amigas... Y he encontrado mi vocación.

—Sé que ha sido un año de mierda, pero me alegro de que el sacrificio de los dos haya valido para darle un poco de estabilidad a tu vida. —Le acaricia la piel del costado con los dedos—. Ahora Kris y tú tenéis un futuro y un hogar donde os quieren.

—Tu padre es una persona increíble —musita—. Es la primera vez en mucho tiempo que Kris y yo no rezamos para cambiar pronto de hogar de acogida.

—Nunca más vais a desearlo.

Se quedan dormidos mientras hablan acerca del futuro y cuando el despertador de Swan anuncia las seis y media ambos abren los ojos con ansiedad.

—¡Joder! —Steff se incorpora enseguida en la cama—. ¡Cómo tu padre se entere de que he pasado la noche aquí se va a montar la gorda!

—Pues ya lo sabes, vente a vivir conmigo y así no tendremos estos problemas. —Le da un beso estirándola otra vez a su lado—. Es fácil, ahora que tienes dieciocho años ya es posible. Piénsalo princesa, no todas las chicas tienen un soldado macizo que las quiera acoger en su casa.

—¿Y si solo te quiero para pasar el rato? —Le abraza besándole—. A lo mejor prefiero buscar a mi príncipe entre varias ranas como sugirió Maggi.

Swan se coloca sobre ella aplastándola con el peso de su cuerpo.

—Yo soy tu príncipe, ¿estamos? —Le da un pequeño azote en la pierna—. Si se te ocurre tontear con otro no voy a quedarme de brazos cruzados.

—Eres muy celoso conde. —Le lanza un beso—. Me gustan los tíos posesivos, pero no voy a convertirme en una tía sosa solo para contentarte.

—Me gustas así princesa. Eres una caja de sorpresas.

El móvil de Steff empieza a sonar con insistencia. Está sobre la mesilla de noche. Swan afloja su abrazo y le permite cogerlo.

Es Kristie. Escucha sus gritos airados sin necesidad de tener el aparato en el oído. Sabe que tiene razón, están jugando con fuego, pero le da igual mientras la tenga con él.

—Me voy. —Steff se levanta y empieza a vestirse con rapidez—. Kris va a distraer a tu padre un rato en la cocina para que pueda entrar sin hacer ruido.

—No aguantaré que te vuelvas a escapar de mi cama otra vez sin ducharte conmigo y tomar un buen desayuno.

—¿Estás dispuesto a todo para tentarme a quedarme aquí para siempre?

—Incluso a prepararte las mejores toritas del mundo cada mañana. —Se levanta para retenerla un poco más cerca de su cuerpo. La rodea por la cintura y la atrae hacia él besándola—. Soy muy buen cocinero, me valgo solo para la casa y nunca tendrás quejas en la cama. ¿No te seduce venirte a vivir conmigo?

—No sé qué voy a hacer contigo. —Pasea la mano por su espalda desnuda y se estremece—. Eres muy persistente.

—Y tú un hueso duro de roer.

—A lo mejor me convences con un beso. —Se acerca zalamera a su boca—. ¿Quieres probar?

La estrecha entre sus brazos buscando sus labios para devorarlos hasta que el móvil de Steff anuncia la impaciencia de su hermana.

—Debería irme —musita Steff—. No quiero problemas.

Swan se coloca el pantalón del pijama y la acompaña abajo para despedirse de ella en la puerta.

—Te veré durante los ejercicios en el patio. —La besa otra vez, incapaz de dejarla ir—. No dejes de observarme princesa. Quiero sentir tus ojos calientes sobre mi cuerpo. Y esta noche vamos a explicarle a mi padre lo nuestro.

—Después de la fiesta te dejaré chuparme la sangre. —Saca los dientes de arriba gruñendo—. Te toca a ti sorprenderme.

La observa caminar por la calle desde la puerta con el calor apoderándose de su cuerpo. Al llegar a casa de su padre, Steff se gira un instante, junta los labios y le manda un beso con esa expresión libidinosa que le dispara el corazón.

Tarda un poco más de la cuenta en cerrar la puerta y subir las escaleras

de dos en dos. Tiene el tiempo justo para ducharse, vestirse con el uniforme, preparar una bolsa con la ropa de deporte y tomar un café con un par de tostadas.

Todavía no ha deshecho la maleta ni se ha instalado en la casa. Suerte que su padre le llenó un poco la despensa.

Antes de salir recibe una llamada del General para pedirle un favor. Ha de encargarse de distraer a Steff durante la tarde para llevarla a casa cuando la fiesta esté casi preparada. Su cuerpo se contrae de emoción al pensar en tenerla para él solo sin necesidad de buscar una excusa.

Cuando cuelga un nuevo mensaje ocupa la pantalla. Las primeras cuatro palabras le oprimen la tráquea. Ha de enfrentarse ello cuanto antes, encontrar el momento para encararse a ese pasado turbulento, plantarle cara. Desliza el dedo por la pantalla para leer el mensaje completo, la adrenalina se dispersa con rapidez por su organismo. Teclea una respuesta rápida. *Te llamo cuando tenga un momento.* Y se guarda el móvil en el bolsillo con una fuerte espiración.

Camina con rapidez hacia su coche mirando la puerta de casa de su padre en busca de Steff, pero el porche está vacío. Cierra los ojos aspirando una bocanada de aire para calmarse un poco. Sus reacciones al pensar en ella son desmedidas, debería aprender a controlarse.

Al girar la esquina su respiración se agita. Steff está sentada sobre el capó de su Hummer, mirándolo con una expresión pícaro. Va vestida con una falda plisada, una camiseta de manga corta muy ceñida que le marca los pezones en punta y unas sandalias con un poco de tacón.

—¿Me llevas al cole? —Se retuerce un mechón de pelo mirándolo con lascivia—. Tu padre hoy no podía acercarme y se me ocurrió recurrir a ti.

—Princesa, baja de ahí o vas a calentarme el coche antes de tiempo.

—¿Te gustan las vistas? —Apoya los pies en el capó, dobla las rodillas y se levanta un poco la falda para enseñarle la ropa interior—. Son para dejarte claro que esta noche espero sorpresas.

—Vas a matarme con ese ritmo salvaje. Necesito dormir.

—¡Joder! ¡Sí que empezamos bien! —Se baja con agilidad, se acerca a él y le recorre los labios con un dedo—. ¿No eras un soldado macizorro? —Da dos pasos hacia la puerta del copiloto bamboleando las caderas de manera exagerada—. Además, ¿qué necesidad hay de dormir si llevamos toda la vida haciéndolo?

—Tienes razón, quizás dormir está sobrevalorado. —Se sienta en el

asiento del conductor y espera a que ella ocupe el otro—. Esta noche voy a ganar yo una apuesta.

—Mientras no te rajes al cumplir la mía...

La mañana transcurre con rapidez. Entre ellos las miradas cargadas de intenciones son una necesidad cada vez que se encuentran en la zona restringida. El regreso a la rutina de Fort Lucas le cuesta un poco a Swan, aunque enseguida ha conectado otra vez con los chicos, como si no hiciera un año que desapareció de sus vidas sin darles demasiadas explicaciones.

A mediodía Swan camina con sus compañeros hacia el comedor. Zack le anima a contar alguna anécdota divertida de su año en Edwards mientras avanzan por los pasillos y él se decanta por las salidas con Mark al único bar cercano a la base.

Es agradable charlar con ellos.

Al entrar en el comedor su corazón recibe una descarga de adrenalina y empieza a respirar más rápido de lo normal. Sus ojos se cruzan con los de Steff. Está en una mesa rodeada de su grupo de amigos, con Richard Zuckerman a su lado. Su lenguaje corporal es una clara invitación para que el chico le lance miradas llenas de deseo. Coquetea con él, se ríe de sus gracias, le habla bajito y no deja de insinuarse.

Cuando Richard se adelanta sobre la mesa y le limpia un poco de salsa de la comisura de los labios con una servilleta la sangre de Swan hierve. Richard aprovecha para colocar la mano sobre la de Steff y acercarse demasiado mientras demora muchísimo su gesto. Ella levanta la mirada para posarla un segundo en Swan, le guiña un ojo y luego centra su atención en Zuckerman, hablándole con una zalamería dolorosa.

—Ahora vuelvo chicos. —Swan se encamina a la mesa de ella sin pensar demasiado en qué va a hacer. Su única idea es apartar las manos de ese imbécil de su chica.

—Contrólate. —Zack le alcanza en dos zancadas rápidas.

—¿Has visto cómo la ha tocado, tío? —Hincha las aletas de la nariz con ira en la mirada—. ¿De qué coño va ese crío? Steff es mi chica y no voy a consentir que un niñato la toque así.

—Solo están charlando. —Le agarra del brazo y se lo lleva a una esquina para evitar que su conversación trascienda—. Es uno de sus amigos.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —Intenta soltarse de su mano, pero Zack aprieta demasiado fuerte—. ¿Si fuera Ju estarías tranquilo?

—No me gustaría que la miraran así ni que ella jugase con otro tío frente

a mis narices —admite—. Pero tampoco montaría un escándalo. ¿Recuerdas cuando intentó darme celos con Sullivan? Nunca demostré en público cómo me cabreaba. Estamos en la base, tu padre es el General y Steff está contigo. Confía en ella.

—En quien no confío es en el capullo de Zuckerman. Parece que vaya a desnudarla con la mirada. Esta noche hablaré con mi padre. No voy a esconder lo mío con Steff, tío. Me da igual cómo se lo tome, no pienso volver a presenciar algo así.

—No lo tenéis fácil, a tu padre le costará aceptarlo sin más.

—Ya no hay nada ilegal en salir juntos y va a tener que adaptarse porque dejar a Steff no es una opción. La idea de pasar por lo tuyo con Ju no me tienta lo más mínimo.

—Julia está contenta por vosotros. Se lleva muy bien con Steff. Se parecen mucho, quizás por eso se han hecho buenas amigas.

—Le he pedido que se venga a vivir conmigo, pero dice que voy muy deprisa.

—¡Joder! ¡Tardaste tres años en decidirte a dar el paso con Tess! ¿Y con Steff no esperas ni tres días? En serio, te ha dado fuerte, tío.

—Te lo dije en Los Ángeles, es la mujer de mi vida. —Asiente con la cabeza, mirándola—. Tess era cojonuda, una tía increíble y me ponía. Pero Steff es increíble. Nunca había conocido a alguien así. No le da miedo probar cosas nuevas ni arriesgarse ni buscar cómo ponerme a mil. Y no voy a esperar ni un día más a tenerla conmigo para siempre.

—Estás jodido, tío.

Zack profiere un par de carcajadas divertidas al observar la expresión de Swan cuando Richard aproxima mucho la silla a Steff, se acerca a su oído y le susurra algo. Ella reacciona con coquetería y el ingeniero se zafa de la mano de su cuñado para colocarse junto a ella con una expresión airada.

—¿Puedo hablar contigo un momentito, Steff? —Controla como puede el tono para no alertar a los demás de su estado ansioso—. Es sobre la fiesta de esta tarde.

—¡Claro! —Le sonrío levantándose—. Os veo luego chicos.

Sus compañeros se despiden de ella sin dejar de felicitarla una y otra vez.

—¿Te llevo a casa después de tu clase de vuelo? —pregunta Richard esperanzado—. Acabo mi enteramiento a la misma hora.

—No hace falta. —Swan le fulmina con la mirada—. He quedado con

ella para acompañarla a comprar un par de cosas que faltan.

—Okey. —Muestra su descontento con una mueca—. Te veo en la fiesta Steff.

—Hasta luego. —Ella levanta la mano para despedirse y no tarda en sentir el tirón del brazo de Swan.

La lleva hacia una de las aulas desiertas del edificio principal, a una esquina donde las cámaras de seguridad no pueden captar sus movimientos. Por suerte no hay micros y a esa hora nadie les escuchará desde fuera.

—¿Estás celoso? —musita ella con retintín—. Conde, no deberías estarlo porque estoy loca por ti. Siempre vas a presidir mis sueños.

—Vamos a aclarar un par de puntos princesa. —La empuja contra la pared y la bloquea con su cuerpo—. Eres mi novia, no la de ese capullo. No vuelvas a tontear con un tío para ponerme celoso o voy a partirle la cara a él y a castigarte a ti después.

—Suena bien lo del castigo. —Le muerde el lóbulo de la oreja—. Podrías empezar azotándome y mordiéndome mientras entras dentro de mí.

—¿Intentas provocarme? —Su respiración apenas consigue llenarle los pulmones de aire—. ¿Estabas jugando con ese cabrón para ponerme caliente?

—Veo que ha funcionado. —Le lame el labio con la punta de la lengua—. Porque te tengo a punto de desnudarme.

—Si quieres que esto funcione no puedes ponerme a cien en público. —La besa con suavidad—. Ni ligar con otros. Eres mía princesa y no voy a compartirte con nadie.

—Me he sacado las braguitas antes de entrar en el comedor —susurra con lascivia—. Te deseo.

18

Su mano se acerca a mis muslos con rapidez para comprobar mis pablaras. Su excitación se apoya contra mi vientre con fuerza.

—Joder princesa, si sigues calentándome así me vas a volver loco.

—Mientras sea por mí.

Le desabrocho los pantalones con dos movimientos rápidos, se los bajo un poco y subo las piernas hasta rodearlo con ellas por la cintura.

—Siempre será por ti. —Me agarra por los muslos con fiereza, me clava los dedos en las nalgas y me besa—. Solo por ti.

Su lengua invade mi boca con una fuerza arrolladora. Sabe cómo moverla para producirme calor en el cuerpo y llenarme de deseo. Hundo las uñas en su espalda bajo la camisa del uniforme y le atraigo más hacia mí, con una necesidad extrema de entregarme a él.

Siento cómo uno de sus dedos entra en mi interior mientras el pulgar se entretiene en mi punto de placer. Solo me sostiene con una mano, aplastándome contra la pared con su cuerpo.

Bajo las manos hasta agarrarle el calzoncillo con ellas y bajárselo lo suficiente para sentir su erección en la piel. Le agarro el pene como puedo, tocándolo para que me sienta cerca.

Los movimientos de sus dedos son agresivos. Mientras uno entra y sale de mí el otro consigue tensarme cada uno de los músculos del cuerpo con gemidos. No tardo en estallar en un orgasmo épico. Siento su boca sobre la mía para acallar los jadeos que se escapan de mi interior sin pedir permiso, cómo su lengua recorre mi boca y cómo su cuerpo se aprieta contra mí para sostenerme.

Con una mano busca un condón en su cartera y se lo pone. Sin esperar ni un segundo me embiste con tanta fuerza que me golpeo contra la pared. Me agarra de las nalgas clavándome los dedos mientras aumenta el ritmo.

—¡Eres un puto infinito! —murmura una y otra vez mientras entra y sale de mi cuerpo—. Mi infinito.

No tardo en tensar hasta la última fibra de mi cuerpo antes de dejarme ir. Esta vez él se acompasa a mis oleadas de placer, estremeciéndose. Me muerde el labio con fuerza en un intento de no gritar. Yo aprieto la boca contra él y

reprimos los gemidos, con una sacudida en el cuerpo. Es como si cada vez que hiciéramos el amor consiguiéramos una mayor conexión con él.

Cuando nos relajamos los dos me besa con una pasión intensa. Devora mis labios y me regala cada uno de sus sentimientos a través de la calidez de su abrazo. No quiero soltarle, necesito tenerle un poco más apretado contra mí sintiendo su tibieza, oliendo su esencia, recordando cada segundo con él.

—Princesa eres una temeraria. ¿Has visto cómo hemos acabado? No vuelvas a jugar con un tío delante de mí.

—Si vas a volver a hacerme el amor así no dejaré de tirarle los tejos a Richard.

—Más vale que lo mantengas a varios metros de distancia —masculla con rabia—. Eres mi chica, no voy a consentir que se te insinúe.

—Ay conde, esos celos no son buenos para su salud.

Me separo de él con pocas ganas, pero mi clase de vuelo empieza en diez minutos y no quiero llegar tarde. Voy un poco pillada de tiempo porque he de pasar por el vestuario a ponerme el mono.

—Lo que no es bueno para mi salud es verte con otro tío.

Camino hasta la puerta del aula bamboleando las caderas para provocarle.

—Te veo en una hora y media. —Me despido con un beso.

Una vez en el pasillo empiezo a correr rumbo al vestuario donde me espera Charleen. Me pongo el mono con mucha rapidez, charlando con ella acerca de la fiesta de esta tarde. Al llegar al hangar el instructor nos explica las maniobras de hoy en el aire. No me parecen difíciles, Zack me ha dado clases extra en el simulador durante este año ayudándome a ser de las alumnas más aventajadas.

Surco el cielo con la máquina escuchando las instrucciones por la radio. La adrenalina se dispara en mi cuerpo para llenarlo por completo. Mientras estoy en el aire siento la conexión con el avión como si fuera una extensión de mí.

No me cuesta culminar la misión en un tiempo récord.

Escucho los vítores de mis compañeros al aterrizar, hace poco que volamos en aviones de verdad y subirnos a uno de ellos nos produce mil sensaciones emocionantes.

Le veo al bajar del caza y le repaso con la mirada sintiendo cómo mi cuerpo se llena de cosquillas. Está esperándome al final de la pista con las gafas de sol y vestido con el uniforme de camuflaje. Levanto la mano para

saludarlo de camino al vestuario. Él levanta las gafas para regalarme una mirada intensa y asiente.

—Tienes una suerte... —Charleen me acompaña al vestuario—. ¡Swan está buenísimo!

—Todavía no me creo que esté aquí —admito mordiéndome el labio—. Llevo tantos meses esperando esto que ahora es como si viviera dentro de una fantasía alucinante.

—¡Pues es real! Y te lo mereces Steff. —Me abraza al llegar al vestuario—. Has pasado por mucho en tu vida, disfruta ahora de la buena racha. Y de tu tío bueno.

Es una amiga genial. Si hace un año y medio me hubieran dicho que iba a acabar viviendo en una base militar, en casa de un General y que estaría pilotando aviones de la Fuerza Aérea me hubiera reído con ganas. Pero la providencia me ha llevado aquí y le estoy infinitamente agradecida.

Salgo al exterior pasados unos minutos y me acerco al coche, donde me espera Swan.

—¿Adónde me llevas? —Me subo al asiento del copiloto lanzándole un beso.

—Necesito ir al supermercado a llenar la despensa. Y luego debería pasar por casa a deshacer la maleta. Todavía no he tenido tiempo de instalarme.

—¡Qué aburrido! —Al dejar atrás el descampado me arrimo un poco a él para besarle en el cuello sin que nadie nos vea—. Pensaba en otra manera de pasar estas dos horas. Es mi cumpleaños...

—Ir de compras también puede ser divertido. —Me hace un gesto con el hombro para separarme al acercarnos a la garita de salida de la zona restringida—. Es algo que haremos juntos cuando te traslades a mi casa.

Me coloco de lado, con las piernas dobladas sobre el asiento.

—Es una de las pocas tareas del hogar que nunca he hecho —admito—. En el orfanato teníamos la comida en la mesa, como en las casas de acogida. Y aquí tu padre o Kris se ocupan de la compra. Mi hermana sigue tratándome como si fuera mi madre.

—Ir al súper no es tan horrible —musita—. Ya lo verás.

—Si tú lo dices...

El coche tuerce a la izquierda tras pasar el control de salida de la zona restringida.

—¿No íbamos al súper? —Le dedico una mirada llena de curiosidad—.

Por aquí solo se va al cementerio...

—Antes necesito presentarte a alguien muy importante para mí. —Me acaricia la pierna—. Mi madre era una persona especial. Tenía vitalidad, como tú, y una energía positiva que lograba hacerme sonreír en cualquier situación. —Me fijo en la nostalgia que se apodera de sus ojos—. Cuando hacía falta era severa, pero solía escuchar y valorar los puntos de vista de los demás. La echo mucho de menos, sobre todo en momentos como estos. Quiero explicarle lo feliz que soy contigo, hablarle un poquito de nosotros y llevarte a visitarla. Después iremos de compras.

Le coloco la mano sobre la suya y le acaricio en nuestro corto trayecto hasta la hilera de tumbas blancas que se alarga a un lado de la base. Swan aparca el coche, apaga el motor y suspira. Al salir me da la mano para caminar en silencio hasta la lápida donde está esculpido el nombre de su madre: *Rachel Nelson*. Se arrodilla, acaricia la piedra y sonríe al levantarse de nuevo.

—Si te hubiera conocido estoy seguro de que nunca se hubiera opuesto a lo nuestro. —Me rodea con su brazo por los hombros y me estrecha contra él—. Antes de marcharme a Edwards venía a visitarla una vez a la semana para contarle mi vida. Ella ha de ser la primera en conocer lo nuestro.

—¿Qué le dirías de mí si la tuvieras delante?

—Que eres una persona increíble. Valiente, alegre, con una vitalidad contagiosa, positiva... Que te quiero con locura y nunca voy a cansarme de ti porque me das más de lo que podía esperar de una relación. Que le has dado color a mi vida... Y que contigo me siento mejor persona. —Gira un segundo la cara para dedicarme una mirada especial—. Eres mi otra mitad, Steff. Solo a tu lado me siento entero.

Me quedo callada escuchando sus palabras. Apoyo la cabeza en su hombro, con la sensación de que estoy acompañándole en un momento muy íntimo. Me gusta ser parte de su vida así. Él le cuenta a la lápida nuestra historia, la separación de este año, sus intenciones al irse e intenta ponerle palabras a sus sentimientos.

Regresamos al coche pasados unos minutos. Swan mantiene una expresión melancólica, como si los recuerdos afloraran en su interior. Pongo un poco de música para aligerar la atmósfera y le acompaño respetando su silencio.

No tardamos demasiado en llegar al supermercado. Es una gran superficie a pocos kilómetros de la base, cerca de Cibolo. Dejamos el coche

en el parking y caminamos separados hacia los carritos. Medio Fort Lucas está allí y no es plan de que nos vean demasiado acaramelados.

Swan está más sereno y vuelve a sonreír.

—¿Qué te apetece comprar? —pregunta dirigiéndose al primer pasillo para alcanzar un pack con varios *bricks* de leche semidesnatada—. Piensa algún menú que te haga ilusión para el fin de semana. Así te tentaré con pasar el día en mi casa.

—No soy demasiado exigente con la comida. —Observo sus músculos tensarse al colocar el pack en el carrito y reprimo un suspiro—. Kris y yo nunca hemos tenido demasiado dinero para comprarnos caprichos y suelo comerme lo que me ponen en el plato sin discutir demasiado.

—Ahora estás conmigo y puedes elegir lo que quieras. —Me abraza por la cintura sin dejar de mirar alrededor para asegurarse de que nadie nos ve—. Mi madre me enseñó a cocinar, me gusta y se me da bien. Pide cualquier plato y lo prepararé para ti.

—¡Eres un pozo de sorpresas! —Le doy un beso en la mejilla mordiéndome el labio—. Durante muchos años la única persona que nos ha concedido algún antojo ha sido Dennis. ¿Y sabes una cosa? No necesito nada material para ser feliz, con saber que me quieres me basta.

—¡Qué fácil es hacerte feliz! —Me acaricia los labios con un dedo—. Porque te quiero tanto que me es imposible dejar de hacerlo.

Al llegar a casa una hora después encuentro al General, a Maggi y a Kris acabando de llenar la terraza con guirnaldas. Han colocado la barbacoa en un lado, junto a una larga mesa con varias fuentes de comida casera, ensaladas, canapés y fuentes vacías.

He dejado a Swan en su casa con las bolsas. Necesita arreglar la cocina, darse una ducha y deshacer la maleta antes de la fiesta y a mí me apetece arreglarme con tranquilidad.

Observo el lenguaje corporal entre Maggi y Rob. Llevo unos meses sospechando que entre ellos hay una química especial, aunque ninguno de los dos se atreve a dar el paso. Se conocieron cuando Rob nos acogió en su casa. Maggi es la jefa de mi hermana desde hace tiempo y quería ser nuestra madre de acogida. Nos cogió cariño enseguida, por eso no salió de nuestras vidas cuando llegamos a Fort Lucas y se ha convertido en parte de nuestra actual familia.

Kris me ve de pie en la puerta de la cocina y camina hacia mí con una sonrisa.

—Esos dos necesitan un empujón —digo en voz baja—. ¿Has visto cómo se miran? Ya hace casi tres años de lo de su mujer, Rob debería volver al mercado.

—Hablaré con Maggi mañana, a ver si ella piensa igual.

—¡Mírala! ¡Está loca por él!

—¿Como tú por Swan? —Caminamos juntas hasta la escalera para subir a arreglarnos—. Esta mañana un poco más y Rob os pesca. Deberías cortarte un poco.

—Quiere que me vaya a vivir con él —explico sin acabar de estar segura de cuáles son mis sentimientos al respecto—. Me ha regalado una llave de su casa.

Kris se para en medio de la escalera, gira la cara y me mira alucinada.

—¿En serio? —Enarca las cejas.

—No sé qué hacer. —Sigo ascendiendo seguida de ella para llegar cuanto antes a mi habitación—. Quiero pasar todo el tiempo con él, me muero por decirle que sí, pero me da miedo perder mi libertad o renunciar a cosas importantes de mi edad. Y no sé si es demasiado pronto.

—Llevas un año taladrándome con él. Te has pasado tardes enteras *googleando* en busca de pistas para saber si estaba con otra y desde que ha vuelto a tu vida estás radiante. —Me abraza sentadas en mi cama—. No seas tonta Steff. Es una oportunidad única para ser feliz y me parece genial que quiera vivir contigo. Uno de mis problemas con Luke es el miedo que le tiene a perder su libertad. —Sonríe con un suspiro—. ¿Te gustaría estar con otro tío?

Niego con la cabeza al imaginármelo.

—Solo quiero a Swan. Le quiero tanto que me duele estar separada de él. —Bajo un poco la voz—. Estoy muy enamorada y he pasado un año horrible.

—¡Pues vive la aventura hasta el final! Si no sale bien siempre te queda el edificio principal con el resto de soldados.

—Sabes cómo pienso acerca de lo vivir con un tío, mi ilusión por una boda desde que era una cría. —Soplo un poco inquieta—. Si algún día doy el paso quiero un compromiso de verdad.

La abrazo con fuerza al enfrentarme a su cambio de expresión. Mis palabras le han recordado su situación con Luke y la proposición de Ethan en el concierto.

Suspira, vuelve a centrar los ojos en los míos y compone una sonrisa triste.

—Explícale lo que quieres. No has de tener miedo y por suerte todo en esta vida tiene vuelta atrás. Es tu sueño desde niña, siempre has renegado de la idea de irte a vivir con un tío sin casarte.

—Necesito darme un tiempo, como mínimo hasta después de la instrucción. Casarse es un paso muy importante y una vez dé el sí quiero será para toda la vida.

—Siempre has sido una chica con los pies sobre la tierra. Cuando mamá murió y papá no quiso saber nada de nosotras me hice la fuerte, intenté hacer de hermana mayor para seguir adelante. Si no llega a ser por Dennis jamás lo hubiera conseguido. —Cierra los ojos un segundo e inspira—. En realidad tú eres la fuerte de las dos. Te adaptas con facilidad a las situaciones y contagias tu entusiasmo por la vida a los demás. —Suelta un suspiro triste—. Las dos fuimos adultas antes de tiempo.

—No nos quedó más remedio. —La abrazo para reconfortarla, sé que la asistencia de Dennis a la fiesta de hoy la inquieta—. Crecimos pronto porque necesitamos aprender a cuidar la una de la otra de niñas y nos costó mucho confiar en los demás. Quizás por eso los chicos de mi edad me parecen unos niños.

—¡Has acabado con un viejales! —Por fin una pequeña risa—. Aunque he de reconocerlo, es un tío cachas, atractivo, con un carácter fuerte... Y está loco por ti.

—Y folla de maravilla. —Me coloco las manos en el pecho, miro hacia arriba y suspiro—. Es el puto amo Kris. Solo quiero repetir una y otra vez y buscar maneras de sorprenderle. ¿Por qué no me lo dijiste? Merecía saber la fuerza de un orgasmo. Tú empezaste con Dennis de muy niña...

—El sexo solo es una parte de la relación. No puedes basarla en eso Steff, ha de haber más.

—Amor con mayúsculas. —Me muerdo el labio con un nuevo suspiro—. Cuando Swan entra en la habitación me quedo sin respiración, se me concentran un millón de cosquillas en el estómago y el corazón se me vuelve loco. Le deseo, quiero besarle, tocarlo, pasar el máximo de horas con él, conocer cosas de su pasado. Me gusta todo de él.

—Entonces no dejes pasar la oportunidad de vivir al máximo vuestra relación. —Aprieta los labios con una expresión ansiosa—. Nunca se sabe cuándo se puede torcer y es mejor disfrutar cada instante como si fuera el último.

—Es increíble que haya venido a por mí. Le quiero tanto...

Le cuento un poco por encima mi día, obviando el sexo con Swan en un aula de la zona restringida. Ella se alegra por mí, pero no hace falta ser una lumbrera para ver su tensión. No le apetece encontrarse con sus dos chicos en la fiesta porque ni ella misma es capaz de centrar sus sentimientos.

Hablamos unos minutos más acerca de esa realidad, pero Kris está muy agobiada y no piensa con claridad. No es el momento de ahondar más en lo que significan Dennis y Luke para ella, así que lo dejamos estar.

—Me voy a arreglar. —Se levanta para irse a su habitación—. Ponte guapa.

—Tú también.

Esta es la mejor casa de acogida de mi vida. Aparte de los seis meses que vivimos con Dennis en un pequeño apartamento de San Antonio, es el único lugar donde me he sentido querida. Tengo mi habitación, un baño privado y una persona que se preocupa por Kris y por mí.

Mientras el agua de la ducha me relaja los músculos pienso en la propuesta de Swan. Es descabellada, loca y fuera de lugar, pero me encantaría construir un hogar juntos.

Cuando estoy secándome recibo una llamada de Dennis.

—Lo siento pequeña, no voy a poder ir. —Su voz suena ansiosa—. ¿Quedamos el domingo en mi casa? Tengo un regalo para ti.

—Es por Kris, ¿verdad?

—Mi jefe me ha llamado...

—¡No me mientas! —le corto—. Es una excusa para no verla.

—¡Me jode un huevo estar cerca de Kris! —Golpea algo con el puño y gruñe—. ¡Es una puta mierda porque todavía estoy loco por ella!

—Pues arréglalo —digo tajante—. Hablad de una vez, buscad la manera de solucionarlo.

—Nos vemos el domingo. —Soplo con rabia cuando cuelga sin dejarme responder.

Me duele estar en medio de ellos, ser la única que lucha para mantenerlos a los dos a mi lado. Es como si no se dieran cuenta de mi posición porque es muy frustrante sentirme obligada a elegir a uno en cada situación. Y ambos son mi familia desde siempre.

El vestido que me compró Rob es precioso. Rojo, cortito, de seda, ceñido a mi cuerpo... Me siento una diva al colocármelo por su suavidad y cómo se adapta a mis curvas. Un poco de maquillaje, el pelo recogido a un lado, unos zapatos con un poquito de tacón y lista para la fiesta.

Cuando llego al jardín los invitados empiezan a llegar. Me acerco a mi grupo de amigos para saludarlos. Están Bryan, Allison, Austin, Wyatt y Ethan.

—¡Estás radiante! —Bryan me abraza dándome un beso en la mejilla y separándose un poco del grupo para preguntarme en voz queda—. ¿Esa sonrisa no tendrá que ver con un Mayor de la Fuerza Aérea?

Asiento mordiéndome el labio

—Soy muy feliz Bry. Swan es... —Abro los brazos para enfatizar mis palabras—. ¡Bua! ¡Estoy enamoradísima de él!

—Acaba de llegar y nos está mirando con cara de odio.

Sigo con mis ojos su mirada y le veo. Lleva unos vaqueros rotos y desgastados y una camiseta con cuello mao con varios botones desabrochados que dejan al descubierto sus placas y el inicio de sus perfectos pectorales. Le recorro con los ojos, encendiéndome. El pelo todavía atesora las gotas de la ducha.

—Es un poco celoso —musito sin encontrar las fuerzas para no gemir—. Pero no tardarás en caerle bien si le presentas a Allison.

—Voy a por ella. —Me besa en la mejilla y se aparta de mí guiñándome un ojo—. Sé muy mala. Seguro que ese tío te enseña cómo pasarlo bien.

—¡Es el puto amo en la cama!

Camina hacia su chica con una carcajada.

—¿Me doy la vuelta y ya estás tonteando con otro? —Tengo a Swan pegado a mi espalda—. Voy a hablar con mi padre ahora mismo princesa, no soportaré verte con otro tío sin dejar claro que eres mía. —Baja mucho la voz—. Cuando vuelva te voy a besar.

—Si quieres podemos escabullirnos a mi habitación.

—Esta noche soy todo tuyo. Ahora te debes a la fiesta. No se cumplen dieciocho cada día.

Se da la vuelta para caminar en busca de su padre, pero antes de llegar a él descubre a Richard entrar en el jardín y le sigue con la mirada.

—¡Aquí está la cumpleañera! —exclama Richard abrazándome por la cintura al llegar frente a mí—. ¡Estás guapísima Steff! —Me da un beso en la mejilla antes de soltarme—. Espero que el sábado en el Prom te pongas igual de radiante para ser la mejor acompañante del baile. ¡He encargado una limusina y todo!

Swan escucha con atención sus palabras y no me gusta su expresión fiera. Camina hasta nosotros y se coloca a mi lado, de cara a Richard. Escucho su respiración acelerada sin perderme la rigidez de sus músculos ni la dureza en

su mirada.

—¿Qué coño dices del Prom? —suelta amenazándole con su postura.

—Steff será mi pareja en el baile. —Richard no parece enterarse de nada porque me sonrío y me coge la mano—. Espero convencerla para salir conmigo después. Me encantaría que fuera mi novia, pero lleva meses rechazándome.

—¿Tu novia? —Swan me pasa un brazo por la cintura para acercarme mucho a él—. Steff no va a ir contigo a ningún baile. ¡Y ya puedes sacarte de la cabeza lo de salir con ella! Ya tiene novio y soy muy celoso.

Los ojos de Richard se abren como platos al entender de repente la situación. Tuerce la boca, aprieta los puños y me lanza una mirada airada.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —me espeta—. ¡Me has dejado hacer el imbécil contigo y tenías a un cabrón calentándote la cama! ¡Joder Steff, casi te dobla la edad!

—No le hables así. —Swan se adelanta para plantarle cara, pero Richard no se amedranta. Son de la misma estatura y complexión y ambos tienen una buena forma física—. Ella tiene derecho a decidir con quién quiere estar.

—Tranquilizaros un poco —protesto al ver a Rob mirándonos—. No es el momento de pelearos. Te conté lo de Swan sin darte nombres y nunca te he engañado Richard. Hace apenas tres días que estamos juntos. Iba a explicártelo mañana en el descanso.

Richard da un paso adelante, me agarra del brazo con fuerza y me mira con odio.

—¡Pero aceptaste ser mi pareja en el baile! —Me grita obviando la amenaza en la posición de Swan—. ¡Conseguiste darme ilusiones!

—Suéltala. —Mi chico le coloca la mano en el brazo, aprieta con fuerza y se acerca a su cara—. Haz el puto favor de dejarla o te partiré la cara, cabrón.

—¿De qué vas? —Richard me suelta, sube la voz y se encara a Swan acercándose mucho a él—. Vuelves a por ella después de dejarla tirada y piensas que me voy a rendir así de fácil. ¡Eres un hijo de puta! ¡Yo recogí los pedazos cuando la dejaste!

Rob camina hacia nosotros con la mirada encendida al descubrir la pelea.

—¿Qué está pasando aquí? —Agarra a su hijo por el brazo y le mira con dureza—. ¡No estamos en un bar de carreta Swan! ¡Haz el favor de

comportarte!

—Voy a partirle la cara a este niño si vuelve a acercarse a Steff.

—¡Richard es su amigo!

—¡Me la suda!

—Swan, tranquilízate un poco —musito abrazándole por la cintura.

Julia y Zack se acercan con rapidez. La gente nos observa con curiosidad y las conversaciones cesan.

—Deberíais pasar al salón —sugiere mi hermana de acogida sosteniéndole la mirada a Swan—. Estáis dando un espectáculo.

—Sí, será mejor que nos vayamos de aquí. —Asiento—. Debemos hablarlo con calma.

Richard da un par de pasos atrás para rebajar la fiereza de su posición y Swan siente mi abrazo como una declaración de intenciones. Inspira una bocanada de aire y asiente.

—De acuerdo princesa. —Me acerca más a él—. Lo dejaré estar, pero si vuelve a tocarte no respondo de mí. ¿Entendido? —añade mirando a Richard.

—¿Princesa? —Rob enarca las cejas con incredulidad.

—Aquí no —musito dándome la vuelta—. Vamos al salón.

Empiezo a caminar hacia la puerta para alejarlos al máximo de las miradas indiscretas de mis invitados. Julia se hace cargo de ellos poniendo un poco de música mientras Zack se lleva a Richard al porche para calmarlo un poco.

—Estoy esperando una explicación, Swan. —El General ocupa un sillón con el semblante contraído en un gesto airado—. ¿Desde cuándo estás con Steff?

—Antes de marcharme a Edwards tonteamos un tiempo. —Swan se sienta en el sofá a mi lado sin soltarme en ningún momento—. Por eso me fui. Estoy enamorado de ella desde entonces y necesitaba esperar a que lo nuestro pudiera ser. Y ya está papá, ya tiene dieciocho.

Rob nos mira con una expresión crispada que no augura nada bueno.

—Yo también estoy enamorada de Swan desde hace un montón de tiempo —acepto sin amilanarme—. Lo nuestro va en serio.

—¡Me parece una locura! —Se pone en pie y camina por el salón—. ¿Ninguno de mis dos hijos va a tener la cabeza centrada? ¡Ju se casó a los diecisiete con un hombre que casi le dobla la edad! ¿Y tú te enamoras de una niña? —Fulmina a Swan con la mirada—. Desde lo de Tess no eres el mismo, quizás te afectó de una manera despiadada. ¿No será que la echas de menos y

confundes las cosas? ¡Steff no se merece algo así!

—No tiene nada que ver con Tess. —La voz de Swan es pausada, como si quisiera mantener a raya sus nervios—. Fue muy duro superar su muerte porque pasé mucho tiempo culpándome, pero cuando sucedió lo de Dick y nos separamos me di cuenta de mis verdaderos sentimientos hacia ella. —Me lanza una mirada llena de amor—. Con Steff es diferente. La quiero de una forma que jamás creí posible. Y no, lo de Tess no me nubla el juicio. La única que lo hace es Steff. Hace un año me fui porque la quería y he vuelto dispuesto a todo por estar con ella. No he pasado ni un día en Edwards sin pensar en ella.

El General se sienta de nuevo en el sillón un poco más calmado. Por su mirada deduzco que está valorando las palabras de Swan desde todos los puntos de vista. Es un hombre razonable, aunque tiene un código de conducta muy rígido.

—Sigue sin estar bien —masculla—. Es tu hermana de acogida.

—Va a alistarse en un mes y medio. Y no estoy dispuesto a vivir un amor secreto como Ju. Los dos somos mayores de edad, podemos estar juntos porque no vivo en tu casa desde hace años y no la has adoptado.

—¿Recuerdas lo que hablamos hace unos meses? —pregunto dirigiéndome a Rob—. ¿Lo del amor y eso?

Fue una conversación muy sincera entre los dos. Rob se ha convertido en alguien importante en mi vida y le confesé que me había enamorado como una tonta de un imbécil y que era incapaz de olvidarle. Fue tras salir con algunos chicos y darme cuenta de que para mí solo existía Swan.

—El imbécil que te dejó tirada era él. —No tarda mucho en atar cabos—. Deberías habérmelo dicho, pensaba que entre nosotros había confianza.

—No podía contártelo sin provocar una hecatombe familiar. En todo este tiempo no he logrado olvidarle y no me apetece pasarme la vida besándolo por las esquinas a escondidas. Necesito que lo entiendas. Nos queremos de verdad y si yo he sido capaz de perdonarle por irse...

Coloca las manos en el regazo mirándome con resignación.

—Ya eres mayor de edad y me has demostrado tu madurez muchísimas veces desde que vives aquí. —Está más tranquilo, como si poco a poco interiorizara lo mío con Swan—. No puedo entrometerme en tus decisiones y mucho menos decirte a quien amar porque confío en tu criterio. Solo os voy a pedir que tengáis cuidado de no haceros daño el uno al otro. Los dos sois importantes para mí. No me gustaría que un día os llevarais mal.

—Eso no pasará —afirma Swan—. Vamos a estar juntos para siempre.

Escuchar su afirmación en voz alta me llena de un hormigueo la piel. Siento su brazo estrecharme por la cintura, el calor de su cuerpo, su corazón acelerado, y sonrío emocionada.

—Deberíamos pactar unas normas. —Rob asiente con la cabeza—. ¿Os parece?

—Si no le prohíbes pasar algunas noches en mi casa...

El mohín del General no augura nada bueno. Clava la mirada en su hijo, dándose cuenta del significado de su última frase.

—Mientras Steff viva bajo mi techo no quiero esa clase de relación.

—No está prohibida, los dos somos mayores de edad. —Swan no se acobarda—. No voy a esconderme papá. ¿Recuerdas cómo acabó lo de Julia y Zack? Fue un calvario para ellos. Lo mío con Steff es posible y legal. Mentir para estar juntos no es una opción para nosotros.

—Está bien, lo entiendo y lo acepto —Junta los labios con un suspiro—. No voy a ser yo quien os ponga problemas añadidos a la diferencia de edad. Pero quiero un compromiso por vuestra parte de que cumpliréis nuestros pactos.

—Lo tienes. —Asiento emocionada.

Salimos al jardín al cabo de unos minutos, tras hablar un poco acerca de la situación y pactar cómo vamos a llevar lo nuestro sin poner en peligro la estabilidad familiar. Zack ha convencido a Richard de que se vaya a su casa. Mañana en la escuela hablaré con él para explicarle lo sucedido. No me gustaría perderle como amigo. No me he portado demasiado bien con él, debería haberle contado lo de Swan ayer, pero no quería avanzar nada hasta saber cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Encuentro a mi hermana sentada en una de las sillas con la mirada perdida en la lejanía. Está sola y me parece extraño.

—¿Os habéis vuelto a pelear? —Me separo de Swan con una sonrisa para sentarme un segundo a su lado—. Pareces triste.

—Estamos bien. —Niega con la cabeza suspirando—. Solo necesitaba descansar un rato. Luke está entusiasmado con una nueva canción de Julia y no tengo ganas de escucharlo hablar de ella otra vez.

—Ya... —Observó cómo arruga la nariz y suspira. No tardó en comprender sus sentimientos—. Te molesta que Den no haya venido porque en realidad deseas verle. Y te fastidia que haya puesto una excusa de última hora.

—¡No todos mis problema empiezan y terminan con Dennis! —exclama

con un toque de rabia—. Estoy con Luke y no me apetece pasarme el día recordándotelo. Decidí Steff. Aquel día en el Maggi's me decanté por Luke y quiero apostar por lo nuestro.

—Lo siento. —Me acerco a ella para abrazarla—. Tienes razón, no debería joderte con este asunto. Pero a veces me da la sensación de que te arrepientes de esa decisión...

Inspira con fuerza por la nariz, suelta el aire por la boca, arruga los labios y sacude la cabeza. Señala la casa con el índice

—¿Qué tal ha ido con Rob? Os he visto entrar después del numerito con Richard...

—Mejor de lo que esperaba. —Curvo los labios en una sonrisa feliz—. ¡Swan es mi novio oficial! Es uno de mis mejores regalos de cumple. Rob no nos va a poner problemas. No le encanta la idea, pero confía en mí y está dispuesto a aceptar que nos queremos.

—Me alegro un montón Steff. Por fin tienes la posibilidad de estar con él. Ha sido un año muy duro y ahora te mereces ser feliz.

Swan aparece en ese instante.

—Princesa, llegó la hora de soplar las velas —anuncia dándome la mano cuando me levanto—. Maggi te ha preparado un pastel como el del año pasado.

—No me hables de ese día. —Arrugo la nariz al recordarlo—. Conseguiste convertirlo en el peor cumpleaños de mi vida. Nunca te lo perdonaré.

—Prometo compensarte a partir de ahora. Este va a ser un cumpleaños inolvidable.

Los invitados forman un corro a mi espalda a la espera del pastel. Maggi no tarda en traer su maravillosa obra de arte, con fondant decorándola.

—Pide un deseo. —Swan me abraza por la espalda mientras cojo aire—. El mío sería tenerte para siempre a mi lado.

Quiero pasar el resto de mi vida con él y ser siempre así de feliz.

Soplo con fuerza apagándolas todas de golpe. Swan me voltea para colocarme de cara a él, me separa un poco el pelo de la cara y acerca su boca a la mía con una sonrisa feliz.

—Felicidades princesa —susurra abrazándome—. Te quiero tanto...

Los invitados son testigos de su beso tierno. Un ¡Oh! generalizado llena el jardín cuando de repente entienden nuestra relación.

19

La reacción de Steff cuando descubre el coche de segunda mano que le han comprado entre todos es épica. Se pone a dar saltitos en el callejón, sin dejar de soltar exclamaciones de júbilo mientras lo toca y lo rodea. Una vez le pasa la emoción inicial enumera con absoluta facilidad cada una de las características técnicas del Fort Mustang. Es un coche muy parecido al de Julia, el que ella deseaba desde hace años, pero con marchas. Y le encanta.

Con las llaves en la mano abre el capó para ver el motor y lo comprueba con aire profesional. Swan la rodea por la cintura y escucha embelesado la descripción de cada una de las piezas y de cómo va a conseguir más velocidad con algunos arreglillos en el taller de Dennis.

—¿Vamos a dar una vuelta? —propone Steff besándolo—. ¡Quiero probarlo!

Él recuerda el dieciocho cumpleaños de Kristie, cuando fueron a estrenar su coche nuevo con Luke y Steff. Esa tarde acabaron besándose tras una de sus épicas peleas. Así era su relación entonces.

Discusión, ansiedad, deseo, besos...

Y después él se largaba para cometer la más estúpida de las traiciones.

Recuerda un segundo los últimos mensajes, la urgencia en ellos, la necesidad de hablar para zanjar, de conseguir que el pasado se quede ahí para no apuñalar su presente y su futuro con Steff.

La abraza con fuerza para sentirla. No va a volver a ese lugar cavernoso donde se pasaba los días acompañado de la inquietud de no poder tenerla porque lo suyo era imposible. Va a convencerla para pasar todas y cada una de las horas libres a su lado, para compartir algo más que unos momentos robados al día y disfrutar de ella siempre.

Suben al coche acompañados de Kris, Penny y Julia.

—¿Estáis preparados para la mejor experiencia de vuestra vida? —Hace rugir el motor con fiereza—. Voy a llevaros a un circuito que hay aquí cerca para poner este trasto al máximo de potencia. Y ya os aviso, voy a correr muchísimo.

Pasan el control de salida de la base con rapidez y Steff aprieta el acelerador agarrando el volante con fuerza. Tiene un dominio absoluto del

vehículo, sabe cuándo es necesario reducir de marcha, cuando acelerar y cuando rozar el límite de la calzada. Julia y Penny chillan en algunos momentos de tensión, en cambio Kristie se lo pasa de miedo. Su juventud con Dennis las preparó para disfrutar de estos instantes de pura adrenalina. Swan la mira alucinado, le encanta esa expresión de concentración absoluta, cómo aprieta los labios al adelantar un coche, cómo se muerde en inferior al sentir el peligro y cómo sonrío cuando sale victoriosa de la contienda.

Durante un par de horas Steff se dedica a dar vueltas a toda velocidad por el circuito, llevando a menos pasajeros en cada vuelta. El lugar está desierto a esa hora y les permite disfrutar de él sin problemas.

Al regresar a la base cenan las sobras de la fiesta con los invitados que todavía quedan en la casa y entre todos recogen el jardín.

—Me llevo a Steff un ratito —anuncia Swan cerrando la bolsa de basura para sacarla al contenedor—. Espero que no te importe, papá.

—Mientras vuelva a casa a las diez y media...

—¿En serio? —Ella apaga un segundo el agua del fregadero, deja las fuentes que está lavando en remojo, se seca las manos en el trapo que le cuelga de la cinturilla de la falda y le dirige una mirada airada a Rob—. ¿No me vas a dejar pasar la noche con él?

—Vamos a ir poco a poco con lo vuestro. Mañana hay escuela y Swan tiene trabajo en el hangar. Tomároslo con calma.

—Mi padre tiene razón Steff. —Swan levanta la vista hacia ella—. Es importante no dar un paso en falso.

—Okey. —Acepta ella regresando a su tarea—. Pero me parece muy injusto no ser libres para vivir nuestra vida como nos venga en gana.

Terminan de recoger la cocina en silencio. Swan le da vueltas a la conversación de esta tarde con su padre, no quiere tentar a la suerte ni meter a la familia en problemas, pero tampoco va a renunciar a su tiempo con Steff.

Minutos después caminan los dos juntos hacia el callejón para dejar la bolsa de basura en el contenedor. Hace una noche muy agradable, con una suave brisa que les acaricia el rostro.

Tiran la bolsa y se dirigen a casa de Swan abrazados.

—Esta noche deberíamos dormir algo —dice Swan—. Mañana tengo que concentrarme en el trabajo y preparar la cita del viernes. Además, el sábado voy a llevarte al Prom.

—Que me lleves al baile será emocionante. No pienso en otra cosa que en estar contigo.

—Mejor, así te pensarás en serio lo de mudarte a mi casa.

Ella le detiene a pocos metros de la puerta de su casa, le rodea el cuello con los brazos y le besa sin importarle las posibles miradas indiscretas.

—¿Piensas torturarme sin sexo para conseguir tus objetivos? —susurra—. ¿Por eso le has prometido a tu padre que a las diez y media estaré en mi cama?

—Si eso te convenciera de usar mi llave para siempre no te tocaría ni un pelo hasta conseguirlo. Pero sería un castigo para los dos.

Entran en casa abrazados y caminan hacia la cocina.

—Sé perverso conmigo esta noche —le susurra al oído—. La abstinencia solo me pondrá de mala leche, en cambio si eres diabólico desearé dormir cada noche en tu cama.

Swan abre la nevera para coger un bote de nata y unas pastillas de chocolate colocadas en un bol. Pone el chocolate en el microondas, deja la nata en la encimera, se acerca a ella y le da un beso caliente. Húmedo. Pasiona. Lleno de una promesa de sexo salvaje.

—Me toca a mí sorprenderte y no pienso bajar el listón.

Cuando el microondas anuncia que ha terminado su función la suelta para hacerse con el bol, la nata y una cuchara grande.

—Ve a la habitación y desnúdate. —Sus palabras sensuales la acarician con necesidad—. Subo en un momento.

Ella no tarda en lanzarle una mirada llena de intenciones. Camina hasta la puerta de manera sexy, provocándole. Al llegar se gira, se saca el sujetador en dos movimientos rápidos, se lo cuelga de una mano y se lo enseña antes de arrojárselos a la cara con una sonrisa.

—Estás jugando con fuego princesa.

Le lanza un beso juntando los morros, balancea la cadera y se levanta la falda hasta casi enseñarle la ropa interior. Sus movimientos solo buscan despertarle el deseo. Mete las manos debajo de la prenda y se baja las braguitas con una mirada lasciva, deslizándolas con suavidad por sus piernas hasta llegar a los tacones. Se las acaba de quitar, las menea en la mano, se las lanza y se lame los labios con la punta de la lengua.

—No tardes o cogeré frío —musita antes de desaparecer.

¡Joder!

Swan se ha pasado los últimos segundos casi sin respirar.

Suelta el aire, coge las esposas que ha comprado esta tarde, junto a unos pañuelos de seda, la nata y el chocolate, y sube las escaleras de cuatro en

cuatro.

Al entrar en la habitación la ve sobre la cama en una posición sugerente. Está desnuda y preparada. Deja las cosas sobre la mesa cuando ella se levanta para abrazarle.

—Estamos en desigualdad —musita quintándole la camiseta—. Y no es justo.

—Princesa, hoy mando yo. —La agarra con fuerza por las muñecas, le da la vuelta y le muerde en el cuello—. Si consigo sorprenderte quiero un *striptease* cachondo.

Le suelta las manos, coloca los brazos al lado de su cuerpo y le toca los pechos.

—¿Y cómo sabrás que me he sorprendido? —dice entre jadeos.

—Porque suplicarás que te haga gritar.

Baja una de la manos hacia su sexo y juega con el vello antes de adentrarse un segundo en su punto de placer. Ella gime.

—En tus sueños.

—Mis sueños son mucho más perversos que un simple gemido. —Le mordisquea el lóbulo de la oreja—. En ellos suplicas una y otra vez que te haga el amor.

—Estás tardando demasiado en ponerlos en práctica.

Le da la vuelta, la levanta y la estira en la cama.

—Te voy a atar como la otra vez en el hotel. —Le enseña las esposas protegidas con una tela esponjosa—. Te vendaré los ojos y vas a ser mía. Si hablas, te mueves o intentas tomar la iniciativa recibirás un castigo.

—¿Qué tipo de castigo?

—Dejaré de tocarte un rato. Y te daré un azote.

La sonrisa traviesa de Steff le provoca una descarga de deseo.

—Soy toda tuya. Muérdeme y desángrame de placer. Pero no pienses ni por un segundo que voy a suplicar.

—Eso ya lo veremos...

Le venda los ojos con un pañuelo. La otra vez, en el hotel, la interrupción de Kristie dio al traste con su juego y ahora está dispuesto a hacerla temblar de deseo.

Utiliza las esposas para atarle las manos al cabezal.

—Abre las piernas —susurra acariciándole el cuerpo con la yema de los dedos—. Para evitar que las cierres voy a atarte los pies a la cama.

Baja las caricias hasta el vientre, pasa por los muslos y desciende hasta

los pies. Le ata el extremo de un pañuelo al tobillo izquierdo para fijarlo a un barrote. Repite la operación con el pie derecho y le besa en el empeine. Sube la boca por la pierna izquierda mientras le recorre la derecha con la mano. Se entretiene un segundo en los muslos. Los pellizca y los mordisquea sin demasiada suavidad. Steff se agita gruñendo. El ruido que exhala su boca es una mezcla de dolor y goce.

Asciende sus besos y sus caricias hasta el vientre, donde sus dientes le dejan una señal visible. Ella gime, pero sigue sus normas y no habla. Llega a los pechos con las manos. Los pellizca para erizarle los pezones. Le lame el cuello hasta llegar a la comisura de sus labios. Ella gira un poco la cara para besarle y él reacciona con un azote en el muslo y levantándose para caminar hacia la mesa.

—No te muevas —la reprende.

Coge el bol con el chocolate, lo mezcla un poco con la cuchara y la levanta sobre sus pechos para que el líquido caiga con lentitud sobre ellos. El contacto con su piel le arranca un gemido. Está caliente.

Swan repite la operación en el otro pecho y luego le pinta una línea en el esternón hasta el vientre.

Deja el bol en la mesilla de noche, se acerca a los pechos y lame el chocolate con devoción, utilizando los dientes para excitarla, succionando en momentos puntuales, sacando la lengua para despertar gemidos.

Con la punta de la lengua recorre el esternón. Ella resuella entre jadeos extasiados. Con las manos en los pechos, Swan sigue bajando hasta detenerse en la pelvis.

Coge el bote de nata, lo agita en el aire y le llena la vagina con la espesura blanca. Ella se muerde el labio y se arquea un poco.

La azota de nuevo en el muslo.

—Princesa, te voy a dejar sin placer si vuelves a moverte.

—Joder —musita ella.

Otro azote suave.

Un gemido, un ruidito con la boca y un estremecimiento.

Empieza a chupar la nata con lametazos largos y profundos. Ella siente la punta de la lengua en su sexo sin llegar a tocarlo y se quema. Su cuerpo es como una hoguera donde las llamas se concentran en la entrepierna para propagarse por cada pedazo de su cuerpo. Es un deseo brutal, una necesidad de que la toque, la invada y la haga suya.

Resuella con ruidos salvajes cuando los dedos de Swan le pellizcan los

pezones con fiereza, produciéndole una descarga de dolor y placer.

Él siente su erección al instante. Le ponen esos sonidos de Steff, ver cómo lucha por mantenerse quieta, sentir cómo se excita con el movimiento de su lengua.

Va a devorarla. Le encanta hacerlo, sentirse dueño de ella por una noche.

Baja los pellizcos por la piel hasta llegar a los muslos. Le introduce dos dedos en la hendidura, muy adentro, moviéndolos para excitarla. Con la boca accede a su punto de placer. Primero lo estimula un poco con la punta, después lo agarra entre los dientes para darle un pequeño tirón.

Ella gime con ardor.

Empieza a mover la lengua con pequeños toques suaves. Los jadeos de Steff suben de intensidad, parece a punto de dejarse ir.

Ella siente cómo cada molécula de su ser está excitada. Arde, el calor le sube desde la entrepierna y se apodera de su cuerpo, de su mente, de su conciencia. Necesita que aumente el ritmo, lo necesita con desesperación.

Swan sigue con su táctica sin darle lo que su respiración pide a gritos.

Vuelve a usar los dientes para tirar del clítoris y sale de ella. Con el bol de chocolate le pinta la boca sin llegar a tocarla. Ella saca la lengua buscándole, lamiendo el líquido, gimiendo.

La besa. Primero con una suavidad exasperante, sin concederle la fuerza que su lengua solicita. Luego empieza a morder, lamer y sorber mientras sus manos vuelven a bajar hasta su punto de placer para jugar con él despacio.

Ella se arquea, mueve la pelvis para obligarlo a aumentar el ritmo y Swan abandona sus labios, le da otro azote y se separa de ella.

—Solo puedes suplicar princesa. —Le llena el sexo con un poco de chocolate. Todavía está caliente y cuando entra en contacto con su piel ella gruñe—. Si te mueves o hablas dejaré de tocarte. ¿Quieres suplicar?

Gime, aprieta los dientes y espira con fuerza negando con la cabeza.

Le gusta la resistencia de Steff.

Se acerca otra vez a su sexo para utilizar la lengua. Esta vez lo lame en toda su extensión, llenándose del sabor amargo del chocolate. Entra en su interior varias veces, consiguiendo una paleta de ruiditos embriagados, ardientes, cálidos y húmedos.

Utiliza el pulgar para rozar el inflamado clítoris. Y ella vuelve a arquearse, a moverse con desesperación implorando una atención continuada.

El cuerpo de Steff es como un campo minado de bombas de deseo, como si al entrar en contacto con algún pedazo de Swan explosionara produciéndole

una onda expansiva de calor. La necesidad de llegar al clímax le oprime la garganta llenándola de sequedad.

Cuando siente un nuevo azote, esta vez en el vientre, no logra evitar un gruñido de necesidad. El deseo se concentra en el punto donde la piel le escuece, se convierte en una bola de fuego, en una llamarada que se propaga por sus terminaciones nerviosas.

Swan no la toca, no la besa, no se acerca.

Esa separación es un detonador. Su cuerpo estalla, se quema, se llena de una avidez imposible de aguantar.

—Tócame —suplica.

—Esa no es la palabra, princesa.

La mira desde una distancia corta. Su erección es máxima, disfruta teniéndola en sus manos, viendo cómo su excitación se descontrola, tocándola, lamiéndola, mordiéndola. Su deseo lo inflama, lo llena de una necesidad imperiosa de poseerla.

Coloca la yema de un dedo en la abertura de su sexo, solo rozándola la acaricia con suavidad, observando su expresión lujuriosa, cómo se muerde el labio con gemidos, cómo se deshace entre resuellos.

Recorre el punto de placer hacia arriba, luego hacia abajo...

—¡Hazme gritar de una puta vez Swan! ¡Ya! ¡Quiero el puto orgasmo!

—¿Vas a bailar para mí? —Se queda quieto, sin mover el dedo.

—¡Joder! ¡Haré lo que quieras, pero termina de una jodida vez!

Sonríe y por toda respuesta se coloca entre sus piernas con la lengua y la mueve con maestría, ajustando el ritmo a sus jadeos.

Ella contrae los músculos del vientre y de las piernas, se tensa, arquea el cuerpo y se mueve para aumentar la sensación de pacer que la invade. Grita con gemidos llenos de goce, acompañada por los movimientos de Swan mientras su cuerpo siente varias sacudidas.

—¿Lo ves princesa? Yo también puedo sorprenderte.

Se desnuda en dos movimientos rápidos, se pone un condón y la penetra sin ninguna suavidad, mordiéndole con fiereza en el hombro. Entra y sale de ella embistiéndola cada vez más adentro, hasta dejarla sin respiración. Gime con cada movimiento.

—Eres una puta diosa —grita al ritmo de sus acometidas—. Una jodida diva. Un puto infinito. Mi infinito.

Quiere retrasar al máximo el momento. Baja el ritmo, la agarra por las mejillas y la besa. Es un beso caliente, sucio, perverso. Le muerde la lengua,

los labios, la piel. La devora mientras se mueve con mucha suavidad.

Los gemidos de Steff son cada vez más intensos.

Baja las manos hasta sus nalgas, las levanta un poco y le hunde los dedos en la carne para marcarle el ritmo. Está a punto de dejarse ir cuando ella gime con un segundo orgasmo muy intenso. Su explosión le llega al segundo. Es como una puta bomba atómica le desgarrara por dentro produciéndole un tsunami de placer. Siente las sacudidas en el cuerpo tensándole y destensándole los músculos, con espasmos llenos de intensidad.

Una vez su cuerpo se relaja busca sus labios para exprimirlos. Necesita besarla, sentirla, demostrarle hasta donde la necesita sin salir todavía de ella.

—No quiero que te vayas a casa de mi padre —musita dentro de su boca—. Voy a echarte demasiado de menos.

—Bésame y calla.

Minutos después la desata y se va al baño un segundo para limpiarse.

Al regresar ella está desnuda sobre la cama, incorporada sobre el cabezal, con el bol de chocolate en las manos y la cuchara en la boca. Se para unos segundos a observarla. Todo en ella es sensualidad. Le cae un hilito de chocolate por la barbilla y ella lo alcanza con la lengua.

La erección es instantánea. Es la primera chica con la que le pasa algo parecido, siempre está preparado para volver a empezar.

—¿Por qué soy un puto infinito? —Steff levanta los ojos del bol y los posa en él—. Es la segunda vez que me lo dices mientras hacemos el amor.

—Porque en una escala del uno al diez, tú eres mi infinito. —Se sienta a su lado en la cama, coloca el dedo en el bol, lo unta con chocolate y se lo mete en la boca—. ¡Mi puto infinito!

—Kris tiene tres infinitos tatuados en su cuerpo. El último lleva el nombre de Luke en el centro, aunque ese no debería habérselo hecho nunca. —Lame la cuchara—. Dice que cuando encuentras tu para siempre vale la pena marcarse la piel con él.

—Yo no necesito tatuajes para estar seguro. —Le pasa el brazo por los hombros para acercarla mucho a él—. Estoy loco por ti, eres mi infinito, ahora y siempre.

—Tienes dos *tatoos*. —Deja el bol en la mesilla y se coloca de rodillas para repasar el de su hombro derecho—. Este es el emblema de la Fuerza Aérea. Casi todos los soldados de la base lo llevan ahí. Quizás me lo haga yo también en unos meses.

—Es demasiado grande para tu hombro.

—Podría buscar otro sitio. ¿Quizás aquí? —Señala el tobillo—. Uno pequeño.

—Sería muy sexy.

La chica reptó por la cama hasta situarse al otro lado. Recorre el sol que Swan lleva tatuado en el hombro izquierdo con la mano. Es muy grande, le ocupa un espacio importante. Detrás se ven las nubes que el astro consigue vencer con su esplendor.

—¿Qué simboliza? —Lo besa con suavidad—. Dennis dice que cada tatuaje ha de representar algo profundo. Es una pena que no haya venido hoy, me gustaría presentártelo.

—El sol me lo tatué hace dos años. —Tuerce un poco el gesto al recordar sus motivos—. Fue por Tess.

Ella se aparta con demasiada brusquedad y Swan la alcanza con el brazo.

—La querías lo suficiente para tenerla en tu piel para siempre —indica airada.

—Eso creía. Antes de Tess solo tuve relaciones cortas, ninguna tía conseguía interesarme durante el tiempo suficiente para tener algo más. —La acerca a su cuerpo aunque ella está un poco reticente—. Me gustaba el sexo salvaje, probar cosas nuevas y estar con ellas un tiempo, pero al final me cansaba. Tess fue la primera que no me aburrió a las pocas semanas.

—¿Y lo del sol?

—Fue idea de ella. Nos lo tatuamos los dos. —Gira la cara para mirarla a los ojos—. Ella en el pubis y yo en el hombro. Fue una gilipollez.

Steff cierra los ojos para tragarse sus celos. No soporta pensar que él fue de otra antes y le duele aceptarlo sin más.

—Estabas loco por Tess —afirma sin rebajar su enfado.

—La quería mucho —admite abriéndole su corazón—. Pero nunca llegué a amarla como te amo a ti. Me di cuenta al conocerte. Contigo soy posesivo porque no aguanto la idea de estar separados ni un minuto. —Sus dedos le acarician los pechos desnudos y su cuerpo se estremece—. Si te llevara al tatuador como a ella no le dejaría acercarse a tu piel ni a tu pubis ni a ninguna parte de tu cuerpo porque no soportaría ver cómo otro te toca. Con Tess no me cabreó ni me molestaba que la miraran. En cambio contigo... Esta tarde he estado a punto de matar al cabrón de Richard a hostias. Cuando he visto cómo te abrazaba... Y sus palabras acerca del baile... Me tienes embrujado princesa.

—¿Recuerdas cuándo nos conocimos? —Él asiente—. Durante dos

meses sentimos una atracción de la hostia, no podíamos estar separados, pero tampoco juntos. Hablamos de muchísimas cosas, nos contamos partes de nuestras vidas porque lo necesitábamos, era como si no pudiéramos alejarnos por mucho que lo intentáramos. Nunca me atreví a preguntarte qué pasó con Tess, por qué estabas cabreado con ella cuando murió ni si ese sentimiento de culpabilidad que arrastrabas tenía alguna base. Evitabas hablarme de ella y eso me dolía porque ansiaba conocer hasta el último detalle de tu vida.

Swan cierra un segundo los ojos con una inspiración honda y profunda. Al abrirlos espira con lentitud, buscando la energía para compartir con ella sus recuerdos.

Cuando empieza a hablar sus palabras transportan a Steff a la historia que ya conoce por Julia, pero le dan otro matiz al percibir los sentimientos de Swan. Bajo la capa de tipo duro se esconde un hombre tierno, aunque no lo demuestre demasiado a menudo. Sufrió muchísimo por culpa de un loco que quería destrozarse a cada miembro de su familia y resultó ser su medio hermano.

La explosión del Hummer de su padre le hizo estar de camino al hospital cuando Tess estalló por los aires por culpa de un chaleco lleno de explosivos atado a su vientre. Unas cámaras lo retransmitieron en directo. Habían discutido hacía poco, Swan no quiso pasar la noche con ella y el muy cabrón de Sullivan lo aprovechó para raptarla.

—Si hubiera estado con ella esa noche... —repite—. Nunca me lo perdonaré, debí tragarme mi orgullo y entender por qué me había dejado unas semanas antes. Terry me lo contó después de presenciar cómo Zack la besaba. Sus palabras me mostraron una dimensión diferente a la que había imaginado, pero no podía perdonarle a Tess que hubiera anulado la boda sin contarme la verdad.

—Tú no tienes la culpa de lo sucedido. —Le abraza besándole en el torso—. Ella la cagó y estabas cabreado. Yo te mato si me haces algo parecido. Para mí la confianza es básica en una pareja.

En los ojos de Swan se cuele el miedo, uno atroz ante sus palabras porque no ha sido sincero con ella, no se lo ha contado todo y no puede prever qué sucederá cuando lo haga. Inspira con fuerza, se obliga a apartar esos pensamientos de su mente y le da un beso suave.

—Princesa, tú nunca me dejarías sin luchar. —Sus dedos se adentran en zona peligrosa y el cuerpo de Steff entra en combustión.—. Eres una mujer guerrera, no te acojonas con facilidad. Además, este año me he dado cuenta de algo importante. Contigo actuaría de otra manera, marcaría el terreno, no

pararía hasta conseguir hacerte hablar. Con Tess fui poco incisivo cuando me dejó, no la perseguí ni intenté descubrir qué pasaba. —La besa en la comisura de los labios consiguiendo despertar sus gemidos con sus dedos—. Me limité a cabrearme.

—Porque te dejó a pocos meses de la boda.

—No fue por eso. —Niega con todo su cuerpo—. Durante mucho tiempo me negué a ver la realidad, pero al final me di cuenta de que me dolió más no echarla tanto de menos como pensaba. Éramos felices, teníamos estabilidad y era la primera tía con quien deseaba planear un futuro. Eso era lo que nos mantenía unidos. Sin embargo no la amaba con desesperación ni me sentí destrozado por su abandono, solo era mi orgullo herido, perder la rutina, sentirme solo...

—¿Crees que hay varias maneras de querer?

—Lo tengo clarísimo. No todos los amores son iguales ni los vives con la misma intensidad. Eso no quiere decir que no quieras a la otra persona, solo que quizás tu capacidad de amar es diferente con cada pareja.

20

Me voy a casa a las diez y media para seguir las normas de Rob. Si lo nuestro ha de funcionar debemos ceñirnos a los pactos para no enfurecerle, pero me cuesta dejarle.

Escucho al instante la tele encendida y entro un momento al salón para darle las buenas noches. Al verme entrar Rob levanta la mirada, sonrío y me señala el sofá.

—¿Podemos hablar un minuto? —Baja el volumen de la televisión—. No me esperaba lo de Swan, pero he estado reflexionando mucho desde esta tarde.

—Siento no habértelo contado antes. —Me siento a su lado—. Me daba miedo porque no quería perder la oportunidad de construir una familia en esta casa.

—No voy a ser una persona intransigente ni a prohibirte nada ilógico Steff. Me preocupo por tu hermana y por ti, os quiero mucho y no me gustaría verte sufrir.

—Le quiero y él me quiere. —Sonrío cogiéndole la mano—. Nos hemos pasado un año separados intentando olvidarnos y no ha funcionado. Ahora necesitamos estar juntos y ver si nos queremos lo suficiente para avanzar como pareja.

—Nunca había visto a Swan con esa sonrisa de felicidad y no me gustaría ser yo quien le haga perderla. Te quiere mucho, salta a la vista.

—Se fue para evitar que no tuviera un futuro y ahora quiere correr demasiado. —Suspiro sincerándome—. Me ha pedido que me mude a su casa.

—¿Y tú qué piensas? —pregunta con sorpresa—. ¿También quieres vivir con él?

—No lo sé. Solo hace tres días que somos una pareja de verdad y todavía tenemos muchos problemas por resolver antes de pensar en algo así. —Espiro con fuerza—. Por un lado me apetece pasar el máximo de tiempo con él, pero por el otro me da mucho miedo perderme cosas de mi juventud.

—Eres una chica muy madura y sensata, seguro que tomarás la decisión correcta. Y yo te apoyaré decidas lo que decidas. —Suspira—. No voy a volver a ponerte hora ni a prohibirte pasar las noches en su casa. Quiero veros

felices a los dos y algo me dice que eso solo será posible si os dejas vivir vuestra relación como queráis. Solo prométeme una cosa.

—Lo que sea —Le doy un beso en la mejilla—. ¡Eres genial Rob!

—Swan lo pasó muy mal con lo de Tess, hubo momentos muy duros. Hazle feliz Steff, necesito verle sonreír de nuevo.

—Voy a buscar un poco de ropa para cumplir tus deseos al pie de la letra. —Me levanto tras darle dos besos más en la mejilla—. Voy a dormir con él, eso le hará feliz.

Sonríe y vuelve a centrar la mirada en la televisión. Este año y pico en su casa ha conseguido acercarme a Rob, aprender a quererle y a confiar en él, y me alegro muchísimo de tenerle conmigo.

En mi habitación me preparo una pequeña bolsa con ropa de recambio, el cepillo de dientes, mis cremas faciales y lo necesario para ir mañana a la escuela. Antes de marcharme paso por la habitación de Kris.

La encuentro viendo una peli en el portátil.

—¿No tienes sueño? —Me siento un segundo a su lado—. Mañana madrugas un huevo para ir a la uni.

—Estoy un poco desvelada. Y esta peli mola un montón.

—¿*Ecos del pasado* otra vez? —Suelto una carcajada—. Es una ñoñería. Un amor así no existe. ¿En serio piensas que te puedes enamorar de un tío en dos días? ¿Y que él cambiará por ti?

—¡No puedes hablar en serio! Empezaste a pronunciar la palabra amor un segundo después de conocer a Swan. —Me despeina riéndose—. Y él se olvidó de Tess ese mismo día.

—Cada vez que habla de ella me molesta —admito con un suspiro—. Se hizo un tatuaje para recordarla. Ella tenía uno igual. Ver esa mierda de sol en su hombro me joderá siempre, es como un recordatorio de que fue de otra tía.

—Está loco por ti. —Se muerde el labio con una sonrisa—. Ojalá Luke me mirara igual. Si le hubieras visto hoy cuando ha entrado y te ha visto con Bry... ¡Sacaba humo por las orejas! Olvídate de Tess, es su pasado y no puedes borrarlo. Lo importante es vuestro futuro.

—Me ha costado ceder a las normas de Rob. Quería dormir con Swan, despertarme a su lado, desayunar juntos...

—Pues múdate a su casa.

—Estoy muy indecisa con eso... Solo hace unos días que nos hemos vuelto a encontrar... Es precipitado.

—A veces olvidamos lo importante que es vivir el momento sin pensar

demasiado. —Me abraza y me da un beso en la mejilla—. Disfruta al máximo de él Steff y no le des más vueltas al pasado, a tus dudas, a si corre mucho... Lo importante es seguir a tu corazón para ser feliz.

Me levanto para caminar hacia la puerta. Esas palabras en boca de Kris suenan extrañas porque ella jamás actuaría así.

—Voy a pasar la noche con él, Rob me ha dado permiso. ¡Cierra el PC de una vez y duérmete!

—Piensa en lo que te he dicho.

Cinco minutos después estoy frente a la puerta de Swan. Busco el llavero con la placa en el pequeño bolso que llevo en bandolera y abro sin hacer ruido. Camino descalza hasta las escaleras, las subo despacio y abro la puerta de la habitación. Está dormido en la cama boca abajo, con la pierna derecha doblada y un brazo bajo la almohada. La sábana le cubre media espalda, dejando al descubierto el resto de su cuerpo.

En dos movimientos silenciosos me desnudo antes de estirarme a su lado. Le doy un beso suave en el hombro y me pego a él para abrazarlo. Él reacciona con agitación, rueda encima de mí y me inmoviliza haciéndome gritar.

—¿Steff? —Abre la luz—. ¡Joder princesa acabas de darme un susto de la hostia! ¿Qué haces aquí?

—Tu padre me ha dado permiso para dormir contigo cuando quiera. Quería sorprenderte.

Está encima de mí, aplastándome con su cuerpo y sujetándome los brazos sobre la cabeza con una mano. Sus labios se curvan en una sonrisa antes de besarme.

—Si te metes desnuda en mi cama no me vas a dejar dormir.

—Podemos quedarnos abrazados sin hacer nada.

—¿Te crees que puedo dormirte contigo desnuda debajo de mi cuerpo? —Siento su erección enseguida—. Después te dejo una de mis camisetas, a ver si vestidita me dejas dormir.

—¿Después de qué?

Por toda respuesta me besa.

Pasamos el resto de la semana alterando las noches para descansar algo. En la base corre la voz acerca de lo nuestro con rapidez. Durante unos días estamos en boca de la mayoría de mis compañeros de clase y de los soldados.

Paseamos juntos de la mano, abrazados, sin escondernos, y esa situación me hace muy feliz. Me da igual la diferencia de edad, los rumores, las mil

preguntas de la gente. Cuando Swan entra en mi radio de visión lo demás se funde en la nada, como si no existiera.

El viernes despierto en mi casa. Tenemos dos días intensos por delante y necesito energía para encararlos. Dormir con Swan siempre termina con largas sesiones de sexo. Somos incapaces de parar, el deseo nos arrolla con su fiereza y nos lleva a pasarnos horas repitiendo, como si solo estuviéramos plenos al tocarnos, besarnos y sentirnos.

Bajo a desayunar tras una ducha rápida. Tengo hambre y estoy deseosa de saber si mi hermana y yo nos saldremos con la nuestra. Kris habló con Maggi el miércoles y confirmamos nuestras sospechas: le gusta Rob. Ahora vamos a conseguir que el General le pida una cita para esta noche.

Los encuentro a los dos sentados a la mesa frente a unas tortitas caseras impresionantes.

—¡Buenos días! —Me siento con ellos sin perder la sonrisa—. Esta noche estás solo Rob.

—Yo me voy a quedar a dormir en casa de Luke —explica Kris—. Mañana por la tarde Steff y yo tenemos previsto empezar a pintar una habitación antes del baile. Ju y Zack se van a un hotel. —Sonríe—. No he conseguido sonsacarles dónde, quieren estar solos de verdad.

—Y yo tengo la cita con Swan. —Parpadeo varias veces con las manos en el pecho—. Me voy a quedar a dormir en su casa después.

—Estará bien tener la noche para mí solo.

—Necesito un favor de los gordos. —Allá va Kris—. ¿Puedes invitar a Maggi a salir? Lleva unos días muy agobiada y le iría bien cenar en un buen restaurante y bailar un poco.

—¡Qué buena idea! —Aplaudo—. Así no tendría tantos remordimientos al dejarte solo.

—Pero quizá ella tiene otros planes... —Los ojos de Rob se iluminan.

—No tiene nada. —Kris compone una de sus sonrisas taimadas—. La harás muy feliz si la invitas a salir. Hazme caso.

—Está bien, a mí también me irá bien airearme un poco.

Quince minutos después salgo de casa con una sonrisa de felicidad. Nuestro plan ha resultado perfecto, esta noche Rob y Maggi quizás empiecen algo.

—Princesa, un poco más y entro a por ti. —Swan está de pie en los escalones del porche—. ¿Después de dejarme solo toda la noche ni siquiera puedes apiadarte de mí para besarme a la hora?

Me lanzo a sus brazos y le beso con pasión. Él me aprieta contra su cuerpo acariciándome la espalda con ansiedad.

¡Joder! Ahora mismo le desnudaría.

—Llévame al cole —musito casi sin voz—. Si sigo besándote voy a necesitar una cama.

—Es culpa tuya. —Me pellizca las nalgas antes de separarse de mí—. Estar una noche separados tiene ese efecto. Pero hasta el final de la cita no habrá sexo.

—¿Podemos ir a un aula después de comer? —susurro caminando hacia el callejón—. No voy a aguantar hasta la noche.

—Es tu castigo por abandonar el hogar, princesa. Ya te dije que te trasladaras a mi cama para el resto de tu vida y tú prefieres seguir en mi habitación de joven.

—De momento me has comprado un cepillo de dientes y he dejado algo de ropa en tu casa. —Le acaricio la mejilla con un dedo—. Esta noche si quieres traigo un pijama.

—No es suficiente. Quiero el pack completo.

—Ay conde, te estás volviendo un sentimental.

—Solo intento tener largas noches de sexo. —Me da un pequeño azote en el culo—. No pienses ni por un momento que siento algo por ti.

—¡Qué alivio! Follar contigo es una gozada y si no hay amor podríamos incluso salir con otros. Tú has probado con muchas tías, pero yo solo te conozco a ti en la cama. ¿Y si encuentro a otro que folla mejor?

Se detiene, me rodea la cintura con los brazos, me acerca a él y me muerde en el labio antes de besarme.

—Aquí el único que te hace el amor soy yo, ¿queda claro?

—Acabas de decir que no sientes nada por mí. —Pongo morritos.

—Te quiero un montón princesa. Nunca voy a amar a otra mujer como a ti. —Sus labios arremeten con fiereza contra los míos—. Eres mi puto infinito, ¿recuerdas?

—Nunca lo haría con otro. Solo tú Swan. —Le abrazo cuando reemprendemos la marcha—. Y creo que no podré querer así a ningún otro tío. Tú también eres mi infinito.

Llegamos con rapidez al descampado. Me despido de él al salir del coche y corro para no llegar tarde a clase. Por suerte consigo sentarme frente a mi pupitre dos segundos antes de tiempo.

—¿Sabes algo de la cita de esta noche? —Charleen me interroga

mirándome con esa expresión emocionada de los últimos días—. Es una pasada estar casi viviendo con un tío bueno de treinta tacos. ¡Tía, qué envidia!

—No me vengas con esas... Tú tienes a Edward loquito por tus huesos. —Señalo a su novio—. Mírale. Es el cachas de doceavo, el puto amo del cielo, un crack que entrará conmigo en Fort Lucas en septiembre. Todas están coladas por él y te eligió a ti.

—Es tan guapo. —Suspira—. ¡Pero yo no casi vivo con él a la semana de salir! ¡Lo tuyo es una pasada!

—Me da miedo ir tan rápido con Swan —admito—. Tiene razón en que llevamos un más de un año enamorados. Y estamos muy bien juntos. Cuando duermo en casa de Rob le echo de menos. Pero es precipitado, me da vértigo. —Suspiro—. Kris me anima a dejarme llevar y yo no lo sé. Me da pánico liarme así.

—¿Le quieres?

—Más que a nada en el mundo. Si me dijera sígueme al fin del mundo me subiría al coche e iría con él sin pensármelo. Está metido en mi piel, en mi corazón, en mis pensamientos. Es como una obsesión porque no hay segundo en el que no piense en él.

—¡Cásate con él! —Hace un gesto teatral con la mano—. No te lo pienses más y declárate. —Me guiña un ojo—. Como mínimo tienes buen sexo asegurado.

—Es una de mis fantasías de niña, casarme con un tío como Swan. —Suspiro mordiéndome el labio—. Nunca me ha gustado la idea de vivir con un tío sin firmar papeles, pero es pronto, apenas hemos compartido una semana.

—¡Déjate de gilipolleces! Le quieres, él te quiere y estáis de puta madre. Si vuestra situación fuera diferente entendería que quisieras esperar, pero en pocas semanas te largas de casa de Rob para siempre, vas a vivir en Fort Lucas como él y es mil veces mejor su cama que el barracón para los cadetes.

A la hora de comer recibo un mensaje de Swan avisándome de que no tiene ni cinco minutos para tomar algo conmigo como habíamos previsto. Quedamos en vernos frente al coche a las cuatro, después de mi clase de vuelo.

Subo al caza con la mente enredada en él, pero no tardo en concentrarme en mi tarea. La maniobra de hoy puntúa doble y quiero situarme en los primeros puestos del ranking de mi promoción. Se trata de un par de acrobacias en solitario. Inspiro hondo, agarro fuerte los mandos y me lanzo a realizar la primera pirueta.

Los aplausos de mis compañeros al bajar del avión muestran que he logrado la máxima puntuación. Si sigo así lograré mi objetivo, aunque Edward me pisa los talones.

—¿Te vienes a dar una vuelta con Edward y conmigo? —propone Charleen quitándose el casco—. Hoy voy a saltarme el helado en tu porche, quiero comprar un par de cosas para el baile.

—Voy a por Swan. —Me muerdo el labio negando con la cabeza—. Lleva todo el día trabajando y le hace falta un poco de distracción. Habíamos quedado a las cuatro y no hay rastro de él en el parking...

—¿Qué clase de distracción tienes pensada? —Compone una mueca traviesa.

—Todavía no lo tengo claro... Pero no voy a permitirle darme plantón sin un castigo.

—Eres peligrosa Steff. Ojalá nunca te enfades conmigo...

Le mando un beso con chanza y me alejo con pasos rápidos hacia el hangar.

Swan está sentado frente a su mesa con la cabeza metida en unos planos. Se encarga de dirigir una sección de las actividades relacionadas con el diseño, desarrollo, mejora y mantenimiento de las aeronaves de Fort Lucas. Es uno de sus mejores ingenieros de desarrollo y según me contó anoche ahora trabaja en un nuevo prototipo.

Lleva uno de los uniformes de camuflaje, con los pantalones y la camisa estampados en verde militar. Está demasiado concentrado en su trabajo para ver cómo le observo de pie a cuatro pasos de él. Repaso su expresión con un aleteo en el estómago. Tiene el cejo fruncido, un par de arrugas de pensador en la frente, el mentón apoyado en la mano...

—¡Mayor Nelson! —Me cuadro colocándome la mano en la frente—. Su novia requiere atención inmediata después de darle plantón en el aparcamiento.

—Descanse, señorita Edwards —Levanta la vista con una sonrisa arrebatadora y me señala una silla—. Lo siento, necesito terminar este plano. ¿Te sientas un momentito?

Sin hacer demasiado ruido avanzo hasta él, tiro su silla hacia atrás y me siento en su regazo rodeándolo con los brazos por el cuello.

—¿Esta es manera de saludarme? —Le acerco la boca a los labios para darle un pequeño mordisco—. Las relaciones empiezan a decaer cuando se evita el contacto físico. Invitarme a sentarme lejos de ti después de un día

separados es el principio del fin.

Suelta una carcajada y atrapa mis labios en un beso apasionado que me sorbe hasta la última pizca de aire de los pulmones. Me lame el interior de la boca, le da pequeños mordiscos a la lengua y me aprieta con las manos en la espalda para mantenerme muy enganchada a su cuerpo.

—Ahora déjame trabajar.

—¡Joder! —Bajo la mano hacia su entrepierna—. ¿Me vas a dejar así?

—Si no te sientas en esa silla voy a castigarte de verdad.

—Azótame. —Por debajo de la camisa le desabrocho el pantalón y acerco la boca a su oído—. Muérdeme, átame a la silla, castígame de verdad.

Me agarra por la cintura para levantarse y apartarme un poco de él.

—Princesa, si sigues así voy a tener que llamar a seguridad. —Me da un beso suave y me lleva a la silla libre—. Quédate quietecita cinco minutos. Después te llevaré a casa para darte tu merecido.

Junto los morros, le lanzo un beso y me levanto la falda hasta casi dejar al descubierto la ropa interior. Sus ojos se desvían a mí con demasiada frecuencia mientras intenta concentrarse en los planos. Al encontrarme con ellos me humedezco los labios con la punta de la lengua y descruzo y cruzo las piernas en plan *Instinto Básico*. Él contesta a mis gestos con ansiedad. Resuella, gime y contrae la cara.

Me acaricio el cuello con la mano sin dejar de mirarle.

—Vámonos. —Se levanta, se acerca a mí y me agarra del brazo para tirar de él hacia la salida—. ¡Joder! ¿Eres consciente de que estamos en el hangar de la base? —Se para un segundo, mira hacia todos los lados y me apoya contra una pared en la que las cámaras no nos graban—. ¿Cómo coño se te ocurre provocarme así? ¿Quieres que acabe en una cárcel militar?

—Me has prohibido estar contigo... ¿Cómo puedes castigarme sin sexo?

Su cuerpo me aplasta, sus manos me recorren el cuerpo y sus labios me quitan la respiración con un beso profundo y caliente. Me enciendo, siento deseo y necesidad en cada parte de mi cuerpo. Le agarro por la espalda para acercarlo todavía más, aunque apenas soy capaz de respirar al sentirlo tan apretado a mí.

Sus manos me levantan el vestido en tres movimientos rápidos y me retiran el tanga a un lado. Le desabrocho los pantalones sin perder tiempo.

—Princesa, me vuelves loco —musita antes de entrar en mí.

Ahogamos los gemidos con besos, sin atender a la ilegalidad de nuestros actos ni al lugar. Sus besos son fieros, me rasgan la lengua y los labios con los

dientes, llenándolos de pequeñas heridas. Sus manos agreden mis muslos hundiendo los dedos en ellos. Mis uñas le desgarran la espalda. Mi cuerpo le pertenece como el suyo es parte de mí.

Cuando llegan las oleadas de placer gimo dentro de su boca, ahogando los gritos entre sus labios. Él se acompasa a mis últimos jadeos mordiéndome el labio superior mientras reprime los ruiditos de placer que intentan invadir sus cuerdas vocales.

—No podemos hacer esto. —Susurra besándome al relajarse—. Es una locura Steff. Estamos en una instalación militar. Si llega a pasar alguien...

—¿Vas a acojonarte ahora conde? —Le paso la lengua por el labio—. En el riesgo está el placer. —Me acerco a su oído—. Me debes un karaoke con baile, no lo olvides.

—¡Joder Steff! ¡Te hablo en serio! —Se separa un poco para obligarme a mirarle a la cara—. Estás jugando con fuego. Si me pones a mil en el trabajo podemos acabar los dos jodidos.

—Me gusta ponerte a mil. —Saco la lengua para lamerle el lóbulo de la oreja—. Hacerlo contigo en un rincón de la base es adrenalítico. Me gusta el peligro. —Le agarro las nalgas con las manos—. No te imaginaba un gallina conde.

—Princesa, voy a tener que atarte corto. —Sus labios vuelven a desatar llamaradas en mi interior—. Nunca voy a encontrar a otro puto infinito como tú.

—Si se te ocurre mirar a otra te corto las pelotas. —Se las agarro con la mano derecha y aprieto un poco—. ¿Estamos?

—Mientras sigas provocándome así no tienes nada que temer.

Regresamos a casa besándonos, sin resistir la tentación de detener el coche en algunos momentos para profundizar en el toqueteo o en los besos.

—Te recojo en una hora. —Swan se despide frente a la puerta de mi casa—. Te he preparado la mejor cita de tu vida. Vas a flipar.

—Tío, no te lo tengas tan creído.

—¿Cómo que tío? —Me agarra por la cintura y me apoya en la puerta—. No me gusta cómo me tratas princesa. Soy un vampiro con ansias de sangre.

—Pues chúpame, muérdeme, devórame.

—¡Joder! —Se separa con una erección—. Me voy a casa o no habrá cita.

Le despido apoyada en la puerta, con un pie descansado en ella y una sonrisa traviesa en los labios. Los junto, le mando un beso y me los humedezco

con la lengua con mucha suavidad.

—Swan. —Le llamo cuando abre la cancela—. Solo pienso en el postre.

21

Una ducha de agua fría le ayuda a rebajar su temperatura corporal. Steff consigue encenderle con facilidad y si no se controla echará a perder la cita de esta noche. Quiere que sea perfecta.

Elije unos vaqueros desgastados con una camisa a cuadros en tonos azules. Prepara una bolsa con cuatro cosas para pasar la noche fuera y las junta con las prendas de Steff que Kris le ha traído esta mañana antes de bajar a la cocina para acabar de guardar las provisiones, junto a un mantel, cubiertos, dos copas, una manta, una botella de vino y un bizcocho. Julia y Kris le han ayudado a prepararlo todo sin levantar las sospechas de Steff.

Antes de ir a por ella lo esconde todo en el Hummer para no chafar la sorpresa.

El móvil vuelve a anunciar el maldito mensaje, seguido de una llamada. La última semana ha sido más insistente y sabe que ha llegado la hora de contestar, antes de que la situación se agrave. Contesta al cuarto timbrado, habla con sequedad, como siempre. Pregunta lo justo, resuelve un par de temas y acepta una cita con la intención de dejar atrás el pasado. Aunque le cueste no puede arrastrar el lastre o acabará hundiéndose.

Entra en casa de su padre con la llave tras llamar al timbre para anunciar su presencia.

—¿Steff? —la llama buscándola con la mirada—. ¿Estás lista?

—¡Dame cinco minutos! —grita ella desde el piso de arriba—. Ahora bajo.

Camina hacia la cocina para coger una cerveza de la nevera. Está nervioso con la llamada y necesita un trago para relajarse o la cagará.

—Dame una. —La voz de su padre le sobresalta cuando mete la cabeza en la nevera—. Yo también necesito relajarme un poco.

—¡Te has arreglado un montón! —Se ríe al ver a su padre vestido con un pantalón de traje, una chaqueta y una camisa por dentro—. ¿Tienes una cita?

—Algo así. —Se sienta a la mesa de la cocina con la cerveza que le ofrece su hijo y habla con un poco de titubeo—. Voy a salir con Maggi. Pero no sé, tengo la sensación de que le estoy fallando a tu madre.

—Hace casi tres años de lo de mamá. —Sonríe—. Me parece cojonudo

que salgas con otra mujer. No me gustaría que se te atrofiara ese músculo. — Señala la entrepierna—. Y Maggi es una tía interesante.

Swan le da un trago a la botella repiqueteando con los dedos sobre la mesa.

—Tu madre fue el amor de mi vida —admite—. Ninguna otra podrá ocupar su lugar. Era increíble, la quise desde el primer instante.

—Nadie te pide que la olvides. Cuando encuentras la mujer adecuada sabes que jamás la olvidarás. Pero has de volver a vivir. Mamá lo hubiera querido así, jamás hubiera deseado que te encerraras en casa a llorarla el resto de tu vida.

—Maggi me hace reír. Es atractiva, tiene chispa y me gustaría que esta noche saliera bien.

—De alguien he heredado mi *sex appeal*. —Le guiña un ojo—. Irá bien papá, ya lo verás.

—Pareces otro desde que estás con Steff —comenta Rob con sinceridad—. Temía que te hubieras perdido con la muerte de Tess, pero Steff te ha traído de vuelta a la vida.

—Es una mujer increíble —admite—. Y me hace feliz. Este año lejos de ella ha sido una mierda y me ha ayudado a darme cuenta de mis sentimientos. La quiero, papá y nada me detendrá a la hora de seguir a su lado.

—Mis dos hijos han elegido la pareja más impensable. —Le da un trago a la cerveza—. Julia no paró hasta casarse con Zack. Hizo bien porque nunca la he visto tan feliz. Y tú... Entiendo que la quieras, Steff es una de las mujeres más fuertes que he conocido, tiene un carácter arrollador, es optimista, entusiasta, guerrera... Los dos os merecéis que salga bien.

—Cuando Tess murió mi vida se sumió en la mierda. Hasta conocer a Steff. Ella es diferente a todas las tías con las que he estado, tiene algo especial. —Sacude la cabeza con fiereza—. Saldrá bien. Lo nuestro es acojonante.

—¿En serio?

Levanta la vista hasta el marco de la puerta y descubre a Steff apoyada en él con las cejas enarcadas y una sonrisa taimada. Lleva un vestido rojo de tirantes un poco suelto, con un cinturón delgado de color beige en la cintura, unas manolitas a juego y la melena sin sujeción. Está sexy, guapa, increíble...

—¡Claro! —Arquea los labios—. Esta noche te lo demostraré.

Le encantan sus labios con carmín rojo pasión, los devoraría ahora

mismo.

—Mañana os espero pronto —dice el General—. Steff ha de prepararse para el baile.

—La dejaré en casa de Luke a la hora de comer. —Swan la besa con rapidez y la abraza por la cintura—. Ha quedado con Kris para empezar a pintar y yo con Paige para repasar un poco los números del local. Después vendrán los chicos a tomar algo. Nos veremos aquí todos a las cinco y media arreglados para la fiesta.

—Pasarlo bien.

Una vez fuera Swan mira al cielo con una sonrisa. Está despejado y la temperatura es perfecta para la cena que ha ideado.

—¿Adónde vamos? —Ella se cuelga de su brazo—. Me tienes muy intrigada...

—Eres muy curiosa.

—Dame una pista.

Le detiene frente al coche para abrazarlo con intención de darle un beso. Pero él la separa colocándole las manos en los hombros y niega con la cabeza.

—Nada de besos hasta el final de la noche. Es una de las normas básicas de la primeras citas y no vamos a romperla.

—¿En serio vas a dejarme toda la noche sin besos? —Cruza los brazos bajo el pecho—. No sabes con quien te la juegas. Ya has probado mi medicina esta mañana en el hangar, ¿quieres más?

—No pienso caer dos veces en tus juegos perversos.

—Eso ya lo veremos. —Le acaricia la mejilla con un dedo—. Te debo un *striptease* cachondo. Podría improvisar en el restaurante.

Sonríe con chulería, le abre la puerta del coche y la invita a entrar.

—Princesa, no vas a besarme hasta el final de la cena. —Se pone al volante dispuesto a emprender el trayecto—. O dormiremos separados.

—¿De verdad te crees que te voy a dejar salirte con la tuya?

Se levanta un poco el vestido, hasta dejar los muslos al descubierto, abre mucho las piernas y se acaricia la entrepierna con lascivia.

Él esconde la barriga para intentar rebajar el deseo que le despierta ese gesto. Quiere hacer las cosas bien, pero Steff se lo está poniendo muy difícil con su manera de comportarse. Sabe cómo provocarle y no se corta a la hora de usar cualquier táctica para salirse con la suya.

—Venga Steff, pórtate bien.

—Cuando me beses y me toques. —Agarra su mano para colocarla sobre

su muslo—. Acepté la cita, pero no tengo ninguna intención de seguir una estúpida norma porque tú y yo no somos unos desconocidos que empiezan. ¡Si hasta has hablado de vivir juntos!

Sube su mano hasta mostrarle la ausencia de ropa interior. Está húmeda, dispuesta a recibirle. Y él no es de piedra. La acaricia sin dejar de conducir, con un subidón de deseo invadiéndole.

Los gemidos de Steff le excitan. Se abre un poco más de piernas para recibir sus dedos y él de poco da un volantazo cuando las manos de ella se dedican a desabrocharle los pantalones para tocarle.

—Vamos a pasar el control de salida —masculla entre jadeos.

Ella retira la mano, le suelta la suya, se arregla para parecer modosita y le mira lamiéndose el labio con la punta de la lengua.

—No vuelvas a prohibirme que te bese —musita.

Durante el registro siente el corazón a mil. Steff saca una piruleta de su bolso y la chupa de manera lasciva. Los soldados la observan poniéndose cachondos y él siente que va a explotar si no la mete en el coche y la desnuda en los próximos minutos.

Una vez en la carretera Steff muerde la piruleta hasta terminarla, vuelve a coger su mano y le indica que la quiere entre sus piernas.

—Vamos a jugar con mis reglas ahora. —Le desabrocha el pantalón y se lo baja ayudada por sus movimientos de cadera—. Si paras el coche se acabó la cita.

Juguetea un poco con su miembro y baja la cabeza hasta introducirlo en su boca.

Swan se quema. Apenas es capaz de concentrarse en la carretera cuando ella empieza a mover la lengua y los labios. Siente el calor expandirse por su cuerpo, cómo se excita cada vez más, la fiereza del deseo apoderarse de cada átomo de su ser.

El movimiento de la boca de Steff en la dura erección es caliente, ardiente, sensual. Le succiona y le lame tensándole los genitales de una manera casi dolorosa.

Reduce mucho la velocidad para no estrellarse. La excitación se convierte en una bola de fuego en su cuerpo, le abrasa.

Le cuesta mantener el control del volante, pero se fuerza a no dejar de concentrarse en la carretera mientras aumenta el ritmo de su dedo para darle placer a ella. Los movimientos de la lengua de Steff le arrancan varios gemidos.

Cuando Steff se estremece por el orgasmo se incorpora, reptando por los asientos y se coloca a horcajadas sobre él. Le cuesta encontrar una posición cómoda para no interferir en la conducción, pero al final lo logra.

—Ahora conde no puedes distraerte. —Le da un lametazo en la cara antes de colocarle un condón y cabalgarlo—. Vamos a ver cómo son tus nervios de acero.

Se mueve despacio, intentando no tocar el volante con la espalda. Swan desea detener el coche en un lugar apartado y acoplarse a su movimiento. La cabeza de Steff está apoyada en su hombro para no privarle de la visión de la carretera.

Conduce con dificultad, el coche va de un lado a otro, descontrolado.

Derrapa un par de veces e invade el arcén.

—Si no paramos nos vamos a estrellar —masculla agarrando con fuerza el volante.

El cuerpo de Steff sube y baja a un ritmo cada vez más rápido, volviéndole loco. Apenas es capaz de mirar la carretera o de dirigir el coche. Su cuerpo es puro fuego, siente las embestidas como latigazos de placer. Y le cuesta mantener la concentración.

—Un soldado no se acojona en situaciones límite. —Steff le muerde en el cuello haciéndole daño—. Es capaz de seguir con su misión pase lo que pase.

—¡Joder princesa! —El Hummer zigzaguea por la carretera, por suerte bastante desierta de tráfico—. ¡Nos la vamos a dar!

—Ni se te ocurra parar. —Le embiste con fuerza—. O voy a dejarte a medias.

Los movimientos de Steff son frenéticos mientras grita corriéndose. No se detiene en ningún momento, llevándole al límite.

Swan tensa los músculos del cuerpo al sentir la explosión próxima. Le cuesta mantener los ojos abiertos mientras empieza a estremecerse acompañado de gemidos.

—¡Un puto infinito! —grita al sentir las sacudidas del orgasmo sin soltar el volante.

El pie de Swan sufre un par de sacudidas en el pedal y el coche se frena en seco esas dos veces, zarandeándoles. Invaden sin darse cuenta el carril contrario. Un poco más y acaban empotrándose contra el arcén, donde el ingeniero se detiene un segundo, resollando.

Steff se acerca a su boca y le acaricia el pelo con suavidad mientras él se

limpia y se abrocha el pantalón.

—¿Me vas a dar un beso ahora? —musita ella acercando los labios a su boca.

—Eres un puto peligro princesa. —Pone el freno de mano—. Podríamos habernos estrellado.

—Vamos conde, no me seas cobarde. Acabamos de pasarlo bien desafiando los límites. —Le acaricia los labios con la lengua—. Bésame.

—No soy un tío así de fácil. —La levanta con las dos manos para colocarla otra vez en su asiento—. No habrá beso hasta el final de la cita.

—Bésame. —Se acerca a su boca, pero él niega con la cabeza.

Enciende el aparcamiento de música, se inclina para ponerle el cinturón a Steff, arranca y conduce rebajando como puede su temperatura corporal.

—¿Adónde me llevas? —Steff le besa en las mejillas con lascivia, sin dejar de lanzarle miradas perversas—. Tengo muchísima hambre.

—Hace un par de años compré una cabaña frente al río Guadalupe, cerca del Lago Mcqueeney. —Con un movimiento seco la separa—. Tiene un pequeño embarcadero delante y un campo de espigas muy cerca. Te gustará.

Repiquea con los dedos en el volante para concentrarse en la música. Ahora Steff ha cambiado la táctica para llamar su atención y ha colocado las piernas sobre el salpicadero subiéndose mucho la falda del vestido.

—Hace mucho calor aquí dentro. —Se baja un tirante.

—Con un poco de aire acondicionado lo solucionamos.

—Quiero besarte. No somos principiantes, llevamos un tiempo juntos, ya hemos pasado la fase de no tocarnos. Nos la saltamos el primer día.

—Esta vez me gustaría hacerlo bien —insiste Swan mirándola un segundo—. Una relación se basa en mucho más que en el sexo. Y ahora me apetece hablar de nosotros, saber más cosas de ti. —Baja un poco la música—. No ha debido ser fácil crecer sin padres.

Ella suspira. Swan tiene razón, estaría bien tener una cita convencional. Baja las piernas del salpicadero, las cruza sobre el asiento y gira la cara para mirarlo con una sonrisa.

—Tenía siete años cuando murió mi madre y acabamos en un orfanato porque el capullo de mi padre no quiso hacerse cargo de nosotras. —Exhala con un poco de rabia—. Nos dejó tiradas cuando más lo necesitábamos y nunca entenderé por qué lo hizo. Tiene otra mujer, dos hijos y una vida ordenada en la que nosotras no entramos.

—Deberías buscarle para preguntárselo. Son cosas que no puedes

quedarte dentro.

Swan tuerce por un camino de arena que se adentra en una zona boscosa.

—Vive en Austin, cerca del instituto que dirige. —Cierra los ojos con la boca apretada. Cuando los vuelve a abrir los centra en él con una sonrisa triste —. Tengo dos hermanos, Rhonda y Steve. Ella tiene nueve años y él siete. Nunca entenderé cómo una persona normal es capaz de desaparecer un día de su casa para olvidarse para siempre de su familia.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Le busqué cuando Kris estaba en el reformatorio. Tenía mucho odio dentro, le culpaba a él de todo lo que nos había sucedido después de su huida. A él y a Dennis. —Swan le coge la mano para reconfortarla—. Una tarde cogí un autobús para ir a su casa a decirle lo que pensaba de él. Necesitaba mirarle a la cara y escupirle lo que nos sucedió por su culpa. Pero al llegar y ver a su familia no pude. Mis hermanos son casi como Kris y yo cuando él nos dejó a cargo del estado, no tienen nada que ver con lo que hizo mi padre ni puedo hacerles pasar por algo similar.

—Si has conseguido perdonar a Dennis también podrías intentarlo con tu padre, aunque sea solo para quitarte la espinita.

Ella aprieta los labios.

—Dennis le hizo mucho daño a Kris, la dejó sin darle ninguna explicación después de juntarse con *The black faces* y entrar en la cárcel. Ella fue a verle cada semana durante siete meses y yo no quise acompañarla porque le culpaba de haber vuelto al sistema. —Traga saliva para bajar el nudo en el estómago al recordar esos instantes—. Kris no dormía, no comía, no salía, no reía. Era como un alma en pena. Y yo tenía que tragarme mi dolor para apoyarla. También le echaba de menos, era como mi hermano mayor, casi como un padre, de mi familia y a mí también me abandonó. Sin embargo le perdoné cuando me lo pidió al salir de la cárcel porque siempre se ha preocupado de nosotras y sus palabras fueron de corazón.

—En cambio tu padre jamás os ha buscado ni ha intentado recuperaros...

Detiene el coche frente a una cabaña de madera, junto a la ribera del río. Está un poco descuidada. Hay malas hierbas por todo el recinto de la entrada y le falta un poco de mantenimiento.

—Es diferente. Dennis lleva a nuestro lado desde que yo tenía siete años. Fue nuestro amigo antes que el novio de Kris, nuestro guía, nuestro protector, la persona que se preocupó de verdad por nosotras. Durante años fuimos los tres contra el mundo. Y le quiero Swan. Le quiero muchísimo. No me imagino

mi vida sin él en ella porque fue quien me crio y me enseñó a ser quién soy. Sin Dennis jamás hubiera sobrevivido al orfanato ni a esa vida.

—Lo suyo con Kris fue muy intenso, se nota en cómo habla de él.

—Es tonta porque sigue enamorada de él, aunque no quiera admitirlo. — Sonríe con mucha tristeza—. Quiere a Luke, pero no es feliz con esa relación ni nunca lo será. Si la hubieras visto con Dennis lo entenderías. Hay amores con mayúscula que son imposibles de olvidar. El suyo fue uno de ellos y deberían volver a intentarlo. Pero Kris es obstinada y tiene miedo de volver a romperse.

Le quita el cinturón de seguridad, la levanta y la sienta en su regazo.

—El nuestro también es un amor de los que te arrebatan el alma Steff. — La abraza para arroparla junto a su cuerpo—. Me gusta conocer cosas de ti porque cuanto más sé más me cautivas.

—¿Ahora me vas a besar? —Se acerca a sus labios.

—Antes tenemos que cenar. —Abre la puerta para salir a la oscuridad de la noche—. Y pasear un poco bajo la luna.

—Podríamos acabar en el río. —Se levanta un poco el vestido en un gesto sexy—. Nunca lo hemos hecho en el agua.

Le da la mano para llevarla hasta la parte de atrás del coche.

—He traído la cena, unas velas, una maleta y desayuno para mañana. — Abre el maletero—. Vamos a seguir charlando un rato más.

Entre los dos cargan las bolsas y una nevera portátil.

—No me habías dicho que tuvieras una cabaña.

—La compré para pasar los fines de semana con Tess poco antes de su muerte.

Siente enseguida haberla nombrado porque Steff cambia la expresión al instante.

—¿Me vas a llevar a una primera cita a una cabaña que compartías con ella? —Le lanza una mirada airada—. Entiendo que es parte de tu pasado, pero deberías buscar algo nuestro para un día como hoy.

—Nunca vine con ella. Ni siquiera llegué a enseñársela porque murió poco después. —Aprieta los labios—. Quería un sitio para compartir con la mujer de mi vida y resulta que eres tú. Por eso quiero pasar aquí la noche juntos, bañarnos en el río, salir a pescar con la barca de remos. Te quiero a ti, no me voy a largar como hizo tu padre ni Dennis. Voy a quedarme para siempre a tu lado y Tess nunca va a interponerse entre nosotros.

—Me cuesta no tener celos de ella. Compartisteis muchísimo. Tu padre

dice que cuando murió te quedaste hecho una mierda. Y no me trago que la hayas olvidado del todo.

—Esto es ridículo. —Niega con la cabeza—. Es la cuarta vez que tenemos la misma conversación. Steff, si no dejamos atrás el pasado nunca conseguiremos que esto funcione. Quería a Tess, pasé con ella más de tres años de mi vida y no puedo borrarla de mi pasado. Pero ahora te quiero a ti. Y sé que eres el amor de mi vida.

—Intentaré no volver a hablar de ella. —Espera a que Swan abra la puerta para dejar las cosas en el recibidor—. Pero ese sol en tu hombro...

—No significa nada para mí, es solo un recuerdo. —Suspira—. Si te molesta podemos cambiarlo o borrarlo.

—¿Lo convertimos en una corona?

Swan se carcajea abrazándola.

—Te quiero Steff. No te sientas amenazada por un recuerdo porque el primer día que te vi sentí un ciclón en mi corazón. Desde entonces solo pienso en ti. Tess quedó atrás. La quise, fue mi chica y no puedo ni quiero deshacerme de los recuerdos porque con ella viví una historia preciosa. —Apoya su barbilla en mi hombro—. Ahora se trata de construir una nueva contigo y estoy dispuesto a todo para que funcione.

—Yo también.

El interior de la casa está bastante pasable, como si alguien hubiera ido a limpiar. No hay demasiada decoración, solo los muebles básicos.

—Bienvenida a mi cabaña. —Le indica el camino a una cocina de aspecto rústico—. Antes de traerte contraté a la chica de mi padre para dejar la cabaña en condiciones. Desde que la compré es la primera vez que duermo aquí.

—¿Vamos a estrenar la cama ahora mismo? —Se cuelga de su cuello con una sonrisa pícaro—. Es la parte más importante de una casa, si no es cómoda no vale la pena dormir en ella.

—Cena, velas, cita... —La separa con delicadeza—. Paseo a la luz de la luna...

—Suena fatal. —Un paso adelante, le rodea por la cintura con los brazos y le acerca la boca—. Yo quiero besos, pasión, gritos, gemidos...

—No me apetece pasarme la noche poniéndote en tu sitio. —Da un paso hacia atrás—. Te besaré al terminar la cena.

—Está bien. —Cruza los brazos bajo el pecho con un soplo—. Esperaré.

—He traído el famoso pastel de carne de los Nelson, unos burritos, nachos con guacamole, chili con carne, una botella de vino y un bizcocho de chocolate. Mi padre me ha ayudado en la cocina para prepararte un festín.

—¡Me encanta todo! Incluso probar un poquito de vino. ¿Dónde vamos a cenar?

—He pensado en hacer un picnic cerca del embarcadero. Hoy hay luna llena y la noche es perfecta para pasarla al aire libre.

22

Me apasiona estar frente al río sentada sobre una manta con él al lado, mirando el precioso río donde la luna se refleja en el agua. He ayudado a Swan a iluminar el camino desde la casa hasta nosotros con varias velas que ha traído. Es precioso verlas crepitar en la oscuridad de la noche.

Los deseos de besarle no me abandonan en ningún momento, pero estoy de acuerdo con él, es importante compartir retazos de nuestras vidas mientras cenamos. Y este lugar apartado de la civilización me invita a desnudar mi alma.

—Así que tus padres se separaron un tiempo. —Le doy un sorbo a la copa de vino sin dejar de perderme en sus ojos—. Debiste pasarlo mal esa época.

—Fue duro, no estaba preparado para algo así. Mi madre vivía con otro hombre fuera de la base y yo seguía con mi rutina. Mi padre lo llevaba fatal. —Suspira—. Fue una putada porque yo estaba en medio y no acababa de entender la situación.

—Algunas veces Rob me habla de tu madre con mucho cariño. —Dejo la copa sobre la manta y unto un nacho con guacamole—. Él también lo pasó fatal cuando se separaron, me lo contó hace un tiempo, mientras hablábamos del amor imposible.

—Tengo pocos recuerdos de esa época —admite—. Preferí borrarlos cuando mi madre volvió a casa y más después de conocer lo sucedido con Dick Sullivan. Cuando se reconciliaron nos cambiamos de base, nació Ju y nuestra vida cambió para mejor.

—Debió ser jodido para todos cuando su avión estalló en el aire. —Su mirada se vela un segundo—. Y más después de conocer la historia completa. El otro día en el cementerio me dio la sensación de que estabas muy unido a tu madre.

Se lleva el tenedor a la boca con un poco de pastel de carne, abre los labios despacio, envuelve con ellos la comida y la saborea. Me parece un gesto muy sensual.

—Vi en directo cómo estallaba su avión y no puedo describirte con palabras lo que sentí. —Crispa la cara en un gesto de dolor—. Aquel día

estaba en la sala de control por casualidad. Cuando mi madre alertó sobre que no dominaba el F-18 fue uno de los momentos más duros de mi vida porque a los pocos segundos estalló el avión y no pude hacer nada para salvarla. La escuché retransmitir desde el caza. Los controles no respondían, el avión se pilotaba solo y el sistema eléctrico empezó a fallar. Y de repente dejó de hablar, de contestar a mis preguntas, de estar en el aire. Solo se veía una nube de humo y fuego en el cielo.

—He visto algunas fotos de ella en casa. —Le cojo la mano sobre la manta y se la acaricio con mucha delicadeza—. Era una mujer muy guapa.

—Se parecía a ti. —Espira con suavidad deshaciéndose como puede del dolor—. Era decidida, llena de vitalidad, terca y con mucho carácter. Quizás por eso era una piloto cojonuda.

Doy otro pequeño sorbo al vino. No quiero pasarme porque no estoy acostumbrada a beber y no me gustaría acabar la noche sin capacidad de disfrutar del postre.

—Yo apenas recuerdo a la mía. Kris guarda varias fotos y vídeos de ella. A veces ponemos alguna grabación donde salimos las tres, pero soy incapaz de recordarla de verdad. Era muy pequeña cuando murió.

—Supongo que no tienes demasiado buen recuerdo de tus casas de acogida.

—Ha habido de todo, pero en general las personas con las que he convivido no nos han demostrado demasiado cariño. —Esbozo una sonrisa melancólica—. En algunas casas nos ponían muchas obligaciones, en otras apenas nos hacían caso y en muy pocas nos sentimos bien. Pasamos un tiempo con una pareja que nos gritaba mucho, estuvimos dos meses con una tía obsesionada con las armas de fuego, le partí un jarrón en la cabeza a un hijo de puta que quería propasarse conmigo...

—¿Le partiste un jarrón en la cabeza a un tío? —Levanta las cejas, cortándome—. ¿En serio?

—No se me ocurrió otra manera de explicarle que no pensaba besarlo. Ese cabrón era mi hermano de acogida y se me insinuaba cada día a pesar de mis negativas constantes. —Aprieto los labios al recordar ese episodio—. Tenía que hacer algo para ponerle en su lugar. Así que una noche, cuando se puso pesado, cogí un jarrón del salón y se lo partí en la cabeza. Acabamos de nuevo en el orfanato, pero me vengué de él. Le grabé follando con su novia y colgué el vídeo en YouTube. ¡Lo convertí en *Trending toping*!

—Si algo te ha enseñado la vida es a defenderte. —Me acaricia la pierna

—. Eso me gusta mucho de ti. Creo que fue lo que me atrapó desde el principio. Esa fuerza de carácter, tu tenacidad, la forma en la que te enfrentas a los desafíos...

Le doy un sorbo al vaso de agua sin perder de vista sus ojos. Cambian de tono según la luz, a la de la velas parecen de un gris muy claro, como si casi fueran traslúcidos. Me pierdo en ellos un segundo, viéndome reflejada, con los recuerdos de mi niñez a flor de piel.

—No me quedó más remedio que aprender a vencer el miedo —admito—. De niña era del montón, ni luchadora ni cobarde, simplemente normal. Nunca me planteé si tener una familia era algo natural o un lujo. Solo vivía al día, disfrutando de mi vida. Tenía amigas, a mi madre, a Kris y no me paraba a pensar en qué pasaría si un día llegaba a casa y mi madre no estaba porque era algo inimaginable para mí. Hasta ese día.

—Es difícil darle valor a lo que consideramos algo natural. —Me acaricia la mejilla con delicadeza—. ¿Cómo te enteraste de lo de tu madre?

Me abrazo por la cintura para repeler el escalofrío. Nunca he hablado con nadie acerca de lo ocurrido. Ni siquiera con Dennis. Y mucho menos con Kris. Fue el día en el que mi vida cambió para siempre, aquel en el que aprendí el valor de todo aquello que damos por hecho y de cómo duele si te lo arrebatan.

—Estaba en clase, escuchando a una profesora. No tengo ni idea de cuál, solo recuerdo que era un día con mucho sol, caluroso. Me gustaba mirar por la ventana mientras la profe hablaba, era una forma de soñar. Y a mí me encantaba soñar. —Junto las manos y las aprieto cerrando un segundo los ojos—. Esa capacidad de imaginar me salvó cuando llegué al orfanato porque decidí tomarme media hora cada noche para inventarme una vida mejor y fue mi salvavidas. Durante esos minutos podía hacer cualquier cosa, convertirme en quien quisiera y hacer millares de locuras.

—Como un *striptease* en medio de una carretera. —Sonríe.

—Cuando mi madre murió nuestro mundo se cayó sobre nosotras. Me vinieron a buscar a la clase y me encontré con mi hermana llorando en el despacho de la directora. —Cierro los ojos incapaz de seguir hablando de ese instante—. Kris se convenció enseguida de su rol de hermana mayor, empezó a protegerme, a pasar el día preocupada y aterrada por lo que nos pudiera pasar. Le agobiaba cambiar de casa, de instituto, de lugar. Se aferró a Dennis, decidió no hacer otros amigos, su mundo se reducía a él y a mí. Yo debía ser la fuerte, la despreocupada, la que no sentía miedo. Dennis me ayudó mucho

en ese punto, me enseñó a valorar cada instante, a no dejarme vencer por el pánico y a aceptar las cosas como vinieran.

—Te has convertido en una mujer increíble, Steff. Cuando te vi por primera vez reconocí algo en tu mirada, algo salvaje que me atraía. No podía dejar de mirarte porque eres especial.

—Todavía recuerdo el día que me acompañaste al orfanato a recoger nuestras cosas para instalarnos en Fort Lucas. Fue al día siguiente de lo del Maggi's... ¿Estuviste a punto de besarme? —Recuerdo ese momento y me enciendo—. A veces pienso que solo me lo imaginé.

—Te me caíste encima desde una escalera. —Su mirada se llena de deseo—. Aquel día me di cuenta de que podía enamorarme de ti. Cuando te sujeté por la cintura un poco más y mi corazón se para. ¡Joder! Me aporreaba las costillas como un loco. Si no llegan a pasar esos críos te hubiera besado ahí mismo.

—Tardaste varios días en decidirte. —Me acaricio el labio con la yema de un dedo—. Si no te llego a mandar el ultimátum todavía estarías pensándotelo.

Fue el día de la boda del hermano de Luke, a la hora del desayuno. Le mandé un mensaje diciéndole que no soportaba un minuto más esa situación y que si no quería estar conmigo le agradecería mucho poner distancia entre los dos.

—Te hubiera besado tarde o temprano. Lo que sentía por ti era demasiado intenso, no lo dominaba y eso me cabreaba. Cuando leí tu mensaje me dio un vuelco el corazón. No me imaginaba mi vida sin ti.

—Pues no lo demostraste para nada. Te portaste como chulo prepotente y gilipollas. —Junto los labios y le mando un beso—. Sobre todo gilipollas.

—Era un intento desesperado de deshacerme de ti. Debía alejarte, pero estaba demasiado enamorado para dejarte ir, y solo me faltó esa manera de encararte a mis palabras. —Su mirada es puro fuego—. Me aseguraste que nunca irías detrás de mí.

Me coge la mano con tanta suavidad que me estremezco. Su capacidad para disparar cosquillas en cada rincón de mi cuerpo se amplifica al descubrir su lado tierno.

—Yo no soy de esas Swan. Si algo no funciona lo corto de raíz, por eso cuando te fuiste no vine a buscarte, aunque solo pensaba en ti. Ha sido un año muy duro, muchas veces cogía el teléfono para llamarte, te necesitaba. Pero al final recordaba tu despedida, tus palabras, cómo me trataste en aquel almacén

del Maggi's y apartaba el móvil. —Es la primera vez que le abro del todo mi corazón, y me gusta la sensación—. Tu padre tiene muchos vídeos tuyos y de Ju en casa. Los he visto todos porque necesitaba tenerte cerca. —Suspiro mordiéndome el labio—. Quizás solo llevamos una semana juntos, pero para mí cuenta como mil años.

—Princesa, mi vida sin ti es oscura, triste y una mierda. Me he pasado este año espiándote por las redes sociales, viniendo a escondidas a San Antonio para verte en secreto. ¡Joder! Cada vez que veía una de esas fotos tuyas con un tío al lado me subía al primer avión. —Alarga el brazo para rodearme por la cintura y acercarme a él. Esquivo la comida, me coloco en su regazo y le abrazo por el cuello—. Me paré muchas tardes de sábado fuera del Maggi's espiándote. Solo tenía ganas de bajar del coche, raptarte y llevarte lejos para estar contigo. No soportaba verte reír con tus amigos, era como si esas risas me demostraran que podía perderte.

—Yo también te seguí por Facebook. Nunca comentaba tus publicaciones ni te decía nada, pero las miraba todas. Cada foto, cada palabra, cada instante. Me hice adicta a la página de noticias de la base Edwards para saber de ti. Te necesitaba a mi lado y aunque intentaba arrancarte de mi corazón me era imposible. —Le acaricio la nuca con los dedos—. Interrogaba a tu padre para descubrir hasta la última de tus travesuras infantiles y a Zack para conocerte mejor. Y cada vez que les llamabas por teléfono moría un poquito más.

—Perdimos el tiempo queriéndonos en la distancia.

—Por suerte ahora podemos recuperarlo. —Siento su boca en mis labios—. Tenemos el resto de nuestra vida para resarcirnos.

El beso es suave al principio. Poco a poco se vuelve fiero, chupándome el aire, llenándome el cuerpo de cosquillas de deseo, excitándome con el movimiento de su lengua.

—¿No habíamos quedado que nada de besos hasta el final de la cita?

—Eres irresistible. Me haces perder el control y faltar a mis promesas.

Con unas caricias nada suaves consigue hacerme arder. Me desnuda en tres movimientos furiosos y acabo entre sus brazos bajo la luna.

Despierto al alba. Estamos desnudos en la cama, abrazados y saciados después de una noche increíble. Le doy un beso en los labios antes de levantarme sin hacer ruido. Estoy cansada, pero soy incapaz de seguir durmiendo con la luz del sol colándose por la ventana.

En la bolsa de Swan encuentro mi ropa. Kris me puso los shorts vaqueros con una camiseta larga de manga corta. Me visto mirándole. Es increíble descubrir su cuerpo casi sin sábana sobre la cama. Ese hombre me vuelve loca, ha revolucionado mi vida y cuanto más le conozco más se mete en mi piel.

Paso por el baño, me cepillo el pelo y salgo al exterior de la cabaña.

El sol se ve pocos metros por encima del horizonte, justo donde el río lo baña con su agua azulada. Las velas apagadas me guían hasta el embarcadero de madera donde una pequeña barca flota en el cauce.

Los recuerdos de la noche me acompañan sentada en el borde, con un pie en el agua y el otro un poco levantado.

No puedo quitarme de la cabeza la posibilidad de pasar mi vida con él. Es precipitado, algo insólito y fuera de cualquiera de mis planes. Me gusta volar, la idea de ser piloto de la Fuerza Aérea me llena de ilusión y de esperanza, pero no sé si estoy preparada para convertirme en militar. Me cuesta acatar las órdenes...

—Hace frío en la cama sin ti. —Su voz me sobresalta. Está de pie a pocos pasos, vestido solo con un pantalón vaquero—. ¿Quieres desayunar? Me muero de hambre y tenemos poco rato antes de dejarte en casa de Luke.

—Podríamos aprovechar el tiempo. —Me levanto para colgarme de su cuello—. Se me ocurren mil maneras de no desperdiciar ni un segundo.

—Café princesa. —Un beso dulce me envuelve con su aroma—. Sin una taza de café al despertar no soy nadie, ya lo sabes.

—¡Pues que sean dos tazas! —Sonrío con una idea en la cabeza. Empiezo a correr hacia la casa riendo—. ¡El último prepara el desayuno!

Él no tarda ni dos segundos en alcanzarme, abrazarme por la cintura y levantarme en el aire.

—Princesa, a mí no me gana ni Dios.

—Pues como no me des una clase rápida de dónde están las cosas en esta cabaña no voy a dar ni una.

Me lleva en brazos hacia la casa, dándome pequeños mordiscos en el cuello.

—Creo que puedo pasar sin café...

Llegamos al recibidor en pocos segundos. Sus dientes escalan hasta el lóbulo de la oreja dejándome alguna marca. Cuando me baja al suelo para darme la vuelta con lentitud le desgarró la espalda con las uñas para pegarlo al máximo a mí.

Acerca la boca a la mía para agredirme los labios con sus dientes perversos, sin llegar a herirlos. Intercala lametazos con mordiscos y pequeños besos mientras me pellizca las nalgas con las manos, levantándose en el aire.

Le rodeo la cintura con las piernas, me cuelgo de él y le doy permiso a su lengua para apropiarse de mi boca con ferocidad, despertándome un deseo salvaje. Mis manos le tocan, le pellizcan, se hunden en su piel y le desgarran algunas partes con las uñas mientras me conduce hacia la cocina para apoyarme en la encimera.

Me desnuda con mucha lentitud, mordiéndome la piel al dejarla al descubierto. Cuando llega entre mis piernas me estira sobre el mármol y su lengua desata mi libido hasta convertirla en un millar de latigazos ardientes en mi piel. No tardo en arquearme para disfrutar de las arremetidas del placer, gimiendo.

Vuelve a levantarme en brazos para colocarme de espaldas a él. Se quita los vaqueros, coge un condón y me inclina el cuerpo sobre la encimera dejando mi culo en pompa. Le da un par de azotes y entra en mí con ímpetu, agarrándose por el pelo y colocándose sobre mi espalda.

Cada vez que entra y sale de mi interior siento cómo mi cuerpo se inflama, se agita y necesita deshacerse entre jadeos. El mármol está frío, se me clava en los pechos y su peso no ayuda. Siento los tirones en el pelo, sus dientes en mi espalda llenándola de marcas, cómo me penetra hasta las entrañas, y la mezcla entre el éxtasis y el dolor me desata una excitación sin precedentes.

Aumenta el ritmo cuando el momento cumbre se acerca. Escucho su respiración agitada, a punto de deshacerse en gemidos. Mi cuerpo se contrae, los músculos se preparan para acompañarse a sus gritos con sacudidas de placer que me devastan.

—¡Joder princesa eres la hostia!

—¡Y tú mi puto infinito!

Nos quedamos un rato abrazados, sin movernos. Él sigue dentro de mí y me acaricia la espalda con besos suaves.

—¿Vamos a ducharnos? —Se endereza levantándose entre sus brazos—. Necesito mi café y algo de comer.

—¿Ya no puedes más? Pensaba que eras un soldado macizo incapaz de cansarte. —Me acerco a su oído—. Podrías dejarme seca.

—Voy acabar con tus reservas de energía. —Me lleva hacia el cuarto de baño—. Prepárate para una mañana movidita.

Dos horas después subimos al Hummer dispuestos a recorrer la distancia hasta San Antonio para separarnos. Él ha quedado con Paige, la gerente del The Hole, en media hora para repasar la contabilidad, y después con sus amigos de la base para tomar algo antes de venir a por mí. Yo tengo una cita con Kris para darle un vistazo a la nueva casa de Luke y empezar a pintar una de las habitaciones como quedamos. Y me emociona hacerlo.

Está un poco inquieto desde que hemos salido de la cabaña. Aprieta mucho las manos en el volante y mantiene la mandíbula muy prieta. Me fijo en la arruga de preocupación que le cruza la frente.

—¿Estás bien? —pregunto acariciándole la mano que tiene en el cambio de marchas—. Pareces un poco atacado.

—No me apetece demasiado ir al The Hole. —Su tono es bastante ansioso.

—Llevas una semana evitándolo. —Su actitud confirma mi intuición. El bar se lo dejó Tess en herencia, es lo último que le queda de ella y quizás le dispara demasiado recuerdos—. Cuando te conocí te pasabas muchas noches ahí.

—Paige lo lleva bien, no me necesita.

—Todavía recuerdas a Tess, ¿verdad? —Aguanto la respiración para capear la punzada de dolor al pronunciarlo—. ¿Es por eso que has estado evitando a Paige desde que has llegado a Texas? —Su mirada alarmada me da alas para confesarme—. El jueves te dejaste el móvil en la mesilla mientras te duchabas y leí las primeras palabras de un mensaje de Paige. Sonaba molesta por tu falta de respuesta a los anteriores.

Se tensa enseguida al escucharme, con miedo. Suelta un suspiro exasperado y me mira un segundo, girando la cabeza.

—No deberías hurgar en mis cosas —dice con frialdad.

—Lo siento. —Me acerco para darle un beso suave en la mejilla—. Me pudo la curiosidad.

No me contesta y durante unos minutos conduce en absoluto silencio. Sus ojos están encendidos, una vena le late con fuerza en la frente, rechina un poco los dientes y solapa con disimulo un par de veces.

—Las chicas acostumbran a pasar la tarde del baile en la peluquería. —Pone un poco de música mientras pronuncia la frase como si no hubiera pasado nada hace unos minutos, aunque no logra esconder la tensión en su voz—. ¿De verdad prefieres pasarla pintando una pared con tu hermana?

—No necesito una pelu. —Cruzo las piernas sobre el asiento y decido no

ahondar más en lo sucedido—. Hace poco más de un año Kris y yo no teníamos dinero para algo así, era un lujo, así que aprendí todo lo necesario para maquearme yo solita.

—¿Nunca salías por ahí a comprar cosas inútiles?

—Dennis a veces nos invitaba a un helado o al cine. Pero en general no salíamos mucho y menos a darnos caprichos.

—Voy a acabar poniéndome celoso de tu relación con Dennis. —Por fin una débil sonrisa—. Hablas de él como si no fuera un delincuente.

—¡Y no lo es! Se equivocó, se lio con gente chunga y acabó en la cárcel, pero al final se dio cuenta de que la había cagado y lo solucionó. —Suspiro—. No es mal tío, de verdad. Le quiero un montón, sin él no sería así de fuerte, me enseñó a no quedarme llorando en un rincón.

—Mañana has quedado con él, quizás podría venir a buscarte y así le conozco.

—¡Genial! Quiere darme su regalo de cumpleaños a solas, pero después me encantará presentártelo. Llevo un año taladrándole con lo nuestro, se alegrará de ponerte cara al fin.

—Te acompañaré. —Me lanza una mirada penetrante, sin abandonar del todo la tensión de hace un rato—. No voy a dejarte sola con un tío como Dennis. Le vi una vez en el Maggi's y flipé con él. Lleva el cuerpo entero tatuado. Es un peligro para una princesa vulnerable que encima admite quererle.

Le doy un puñetazo flojito en el hombro.

—¡Dennis es como un hermano para mí! Y siempre será de Kris. —Miro un segundo por la ventanilla antes de volver a centrar mis ojos en Swan—. Su historia es una de las más bonitas del mundo.

—¿Cómo la nuestra? —Se humedece los labios con la punta de la lengua—. No quiero que acabe nunca.

—Todavía nos queda atar algunos puntos, como la idea de compartirte con los oficiales de la base. Tenemos un problema de diferencia de edad, ¡suerte que Ju hará de mí una mujer capaz de lidiar con tíos de treinta tacos!

—Te vales solita para eso. Pero yo tendré que acostumbrarme a críos...

—¿Así que me ves como una niña? —Acercó la boca a su oído—. ¿Quieres que te demuestre cómo te pongo a mil en un segundo?

—Princesa, hoy manos quietas. Estamos en una carretera con mucho tráfico.

Llegamos a casa de Luke veinte minutos después, tras charlar un poco del

grupo de amigos de cada uno y ver cómo encajarlos en nuestra relación. Es importante encontrar un equilibrio entre ambos mundos y por suerte tenemos la experiencia de Julia y Zack en este terreno pantanoso.

La casa de Luke es una pasada, está en San Antonio, en una parte residencial. Tiene un pequeño jardín tras una valla y la típica apariencia de una mansión de película. En la entrada encontramos a varios paparazzi preparados para lanzar una instantánea. Suerte que la valla es alta y tiene control remoto.

—Te veo esta noche. —Me siento un segundo en el regazo de Swan cuando detiene el coche—. Ponte guapo, quiero ser la envidia de todas las chicas del baile.

—Voy a ir niquelado con mi smoking nuevo. ¡Van a flipar!

El beso de despedida me sabe a poco, pero no puedo quedarme más rato con él si no quiero dejar plantada a mi hermana. Luke pasará la mañana en el estudio grabando un par de solos de guitarra para el nuevo disco.

Cuando me apeo él contrae la cara con ansiedad y emprende la marcha.

Kris me abre sosteniendo dos monos vaqueros en las manos. La abrazo con carcajadas al recordar nuestras conversaciones infantiles acerca de este momento. Queríamos pintar nuestra habitación vestidas así. Cuando la suelto suspiro. La idea de decorar un cuarto nuestro surgió al quedarnos solas, fantaseábamos con volver a tener nuestro espacio.

La primera vez que lo hicimos fue con Dennis, cuando consiguió acogernos y nos mudamos a vivir con él en un pequeño piso de San Antonio...

—He pedido una par de pizzas. —Kris me da una vuelta por la casa para enseñármela—. Y me he bajado nuestra canción.

—*¿Start of something new?* —Doy tres saltitos de emoción—. ¡Será como volver a esas tardes en el orfanato frente a la tele! ¿Recuerdas la primera vez que vimos *High school musical*? Acabábamos de conocer a Dennis y el orfanato nos parecía de peli de miedo.

—¡Vamos a ponerla! Luke ha instalado un sistema acojonante de sonido en la casa. ¡Puedes escuchar música distinta en cada habitación!

La acompaño sin pronunciar mis pensamientos. La canción, la pintura, los recuerdos...

Nos falta Dennis, él era parte de esto, nuestro compañero para siempre. Cuando le conocimos todavía no llevaba el cuerpo lleno de tatuajes que escondían mil historias ni era el novio de Kris ni tenía la vida de ahora, pero ya poseía esa fuerza arrolladora que nos envolvió entre sus alas y consiguió

convertirnos en dos personas luchadoras.

La expresión de mi hermana muestra sus pensamientos. Desde nuestra visita a Hollywood parece dispuesta a cumplir esas ideas infantiles dejándole aparte y el dolor de no tenerlo con nosotras en estos momentos se palpa en sus ojos. Esta tarde va a recordarle una y otra vez porque cuando pintamos nuestro piso de San Antonio fue uno de los mejores momento de nuestras vidas.

Llegamos a una habitación con mucha luz, bastante grande, con suelo cubierto con sábanas y un gran armario empotrado en una de las paredes tapado con papel. Hay varios botes de pintura en el suelo, junto a un par de cartones con pizzas enormes.

—He comprado pintura plástica fácil de quitar de la ropa y del cuerpo. A las cuatro nos vamos para casa, nos duchamos y te ayudo a arreglarte para el baile.

—El año pasado hice lo mismo contigo. Todavía recuerdo la limusina con la que apareció Luke. —Sonrío con emoción—. Esta noche será muy especial para mí.

Kris se acerca a unos mandos situados en la pared para que las primeras notas de la canción llenen la habitación de recuerdos. Se estira a mi lado, coge un pedazo de pizza y cantamos las dos en voz alta, sin parar de reír.

*Viviendo en mi mundo
no caí en la cuenta
de que todo es posible
cuando tienes una oportunidad.*

*Yo nunca creí
en lo que no podía ver
nunca abrí mi corazón
a otra posibilidad.*

*Y sé que algo ha cambiado
nunca me había sentido así
y aquí esta noche
podría ser el comienzo de algo nuevo.*

Los recuerdos se forman despacio en mi mente, me llevan a la sala de la televisión del orfanato, sentada en una de las sillas con Kris y Dennis,

abrazada a mi osito de peluche como si fuera la única arma contra el miedo de estar ahí sin mi madre, en un lugar donde dormíamos varias niñas en literas, sin cariño, sin los besos de buenas noches ni cuentos ni la sensación de estar en un espacio conocido.

Canto con fuerza cada estrofa. Es como si aquellos momentos eclosionaran en mi interior para traerme otra vez esa noche, cuando ver una película donde unos chicos bailaban y cantaban en su instituto me pareció una de las mejores visiones posibles de mi futuro.

Luego vino la peregrinación de una casa de acogida a otra, los cambios de hogar, las personas que entraban y salían de nuestras vidas sin quedarse demasiado tiempo, la sensación de soledad...

Sin Kris y Dennis jamás hubiera superado esa etapa. Entre nosotros se creó una sincronía especial. Él siempre conseguía escaparse de su casa de acogida o del orfanato para colarse por la ventana de nuestro hogar del momento y traía esta canción junto a las otras del musical. Era como un ritual sagrado entre los tres. A veces nos escabullíamos para ir a un Karaoke y cantábamos esta y otras muchas canciones entre risas. Parece mentira que un tío duro como Dennis se prestara a esos juegos.

Al trasladarnos a nuestro piso de San Antonio nos estiramos los tres en el suelo con una pizza antes de empezar a pintar entre risas llenas de felicidad y escuchamos esta canción, cantándola a voz en grito.

Mi hermana se calla de golpe, con lágrimas en los ojos.

—Deberíamos cambiar de canción. —Se levanta para acercarse a los mandos—. Pensaba que sería más fácil. Quería hacerlo igual que la otra vez sin él para descubrir mis sentimientos. Necesito saber qué siento por Dennis y por Luke. Necesito superar el pasado para avanzar.

—Lo que necesitas es dejarte de idioteces y llamar a Dennis.

—Me dejó tirada. —Vuelve a estirarse acompañada de un tema nuevo de *The band*—. No confió en mí, prefirió liarse con esos cabrones a seguir con nosotras en nuestra casa. ¿Recuerdas cuando la pintamos los tres juntos? ¡Era nuestro hogar! ¡Y él se lo cargó! —Sorbe por la nariz intentando ocultar sus lágrimas—. No puedo hablar con él porque para mí Dennis nunca podrá ser un amigo.

—Deberías pararte a pensar en vez de avanzar hacia un lugar imposible, Kris. Llevo tiempo sospechando que te empeñas en seguir con Luke para no enfrentarte a la situación. —Le doy un mordisco a un trozo de pizza—. Quizás si lo haces y descubres a quién amas de verdad podrás empezar a luchar por

ser feliz. Ahora no lo eres.

—¿Nos ponemos los monos? —Suspira antes de cambiar de conversación con una mirada triste, limpiándose las lágrimas que han aparecido en sus ojos—. Tengo ganas de coger la brocha.

—Me hace muchísima ilusión hacer esto contigo y si quieres no volveremos a hablar de Dennis, de Luke y de tu situación en unos días. Pero es importante que dejes atrás el miedo y te decidas a descubrir qué quieres de verdad. —Le cojo un mono para ponérmelo—. Si es Luke deberás encontrar la manera de ser feliz a su lado. Y si es Dennis has de decírselo. No puedes seguir así.

23

Aparca el coche en el descampado en tres movimientos rápidos y se queda dentro con la música apagada. Crispa los dedos en el volante, con un acceso de ansiedad. Desde que Steff le ha explicado lo del teléfono la tensión le agarrota los músculos y la decisión. Si llega a enfrentarse con otro de los mensajes...

Hace un año debió aclarar las cosas con Paige, no darle alas para acosarle desde su regreso a Texas. Pero estaba tan jodido... Y la necesitaba para ocuparse del The Hole, no podía irse sin contar con su ayuda. Por eso en cada una de las llamadas de estos últimos meses ha declinado sus insinuaciones y solo le ha hablado de trabajo sin dejar las cosas claras. Y ahora que está a punto de hacerlo su cuerpo se llena de inquietud, con la sensación de caer en un vacío extraño donde puede acabar perdiendo a Steff.

Los recuerdos vuelven a él, como cada vez que pisa ese lugar. Es como si contuviera la esencia de Tess, de su relación, de sus años juntos y de los errores que cometió tras su muerte. La recuerda tras la barra el primer día de abertura de su bar, hace casi seis años. Ella llevaba tiempo ahorrando para montar su propio negocio, uno que conocía gracias a sus padres. Llegó a Texas por casualidad, encontró una oferta para comprar el The Hole y lo convirtió en su medio de vida, uno que adoraba.

Esa noche estaba solo, su última conquista le había abandonado hacía unos minutos y quería emborracharse. La típica conversación entre la *barman* y el cliente se alargó durante horas. Tess era una mujer diferente a las que frecuentaba, era tierna, divertida, aguda y llena de respuestas ingeniosas.

Empezó a conversar con ella cada noche que salía, a conocerla y a explicarle su vida con esa naturalidad con la que ella le regalaba su pasado. Primero se hicieron amigos y luego se enamoraron A fuego lento. Al principio él seguía liándose con una chica distinta cada semana, hasta un que se dio cuenta de sus deseos, unos que solo contemplaban estar con Tess, charlar con ella hasta el amanecer, abrazarla, besarla, sostenerla entre sus brazos. Entonces supo que por primera vez quería intentarlo de verdad con una mujer.

Los tres años a su lado fueron preciosos. Ella le otorgaba paz, era paciente, llena de sabiduría, templaba su carácter y le apoyaba en cada paso

del camino.

Algunos mediodías de sábado abrían el The Hole para ellos solos y se pasaban la comida hablando. Después compartían sesiones de sexo increíbles. Pensaba que era el amor de su vida hasta que conoció a Steff. Ella ha cambiado para siempre su visión del amor.

Se baja del coche y camina con inquietud hacia la puerta.

No puede enfrentarse a lo que hizo ni sentir cómo cada fibra de su cuerpo se rompe porque si Steff se entera, si descubre en quién se convirtió al perder a Tess...

Mientras cada uno de los pedazos de su corazón se desgarraba buscó consuelo en la bebida, en la agresividad, en el sexo. Necesitaba encontrar su alma perdida, descubrir cómo superar la culpa y la pena, enfrentarse a ella. Y Paige estaba ahí.

Pasó los dos meses siguientes a la muerte de Tess emborrachándose cada noche detrás de la barra. Contrató a Paige para ayudarle con el The Hole, se pasaban las horas recordándola, bebiendo juntos, encontrando la manera de tirar adelante el bar y acabaron confundiendo los límites de su amistad para ahogar su dolor en compañía.

Se para frente a la puerta, incapaz de traspasar el umbral sin sentirse intranquilo. Estaba de camino al hospital cuando Tess murió y no pudo hacer nada para salvarla. Durante un tiempo se alejó de su familia, culpaba a Julia de lo sucedido, no podía dejar de pensar que si ella no hubiera actuado contra el hijo de puta que lo preparó todo para hacer estallar la bomba, Tess estaría viva.

Por desgracia su muerte la vieron en directo más de seis millones de espectadores por Internet y todavía circula el vídeo. Lo ha visto tantas veces que se lo sabe de memoria. Cada una de sus expresiones, de sus gestos, de sus muecas calladas, del miedo escondido en las facciones de una Tess atada a una silla frente a una pantalla de vídeo.

Tardó un tiempo en dejar de culpabilizar a Julia para recuperar un poco de equilibrio. Paige fue su salvavidas, alguien con quien compartió la pena, los recuerdos y las ilusiones rotas.

Cuando encontró a Steff entendió algo importante acerca del amor y los sentimientos, a pesar de que no podía admitirlo en voz alta ni estar con ella sin pensar en las consecuencias. Por eso acudía a Paige cuando estaba a punto de cometer una locura y ahora se pregunta cómo afectará ese pasado a su relación con Steff. Porque tarde o temprano deberá contárselo.

—¿Paige? —Entra en el local sacudiéndose los recuerdos—. ¿Estás ahí?

Hay velas en el suelo, en la barra y en la única mesa puesta con un mantel de lino blanco. No tarda en ver la cubitera, la botella de champagne, las intenciones de Paige... Y se le dispara la ansiedad.

—¡Ya has llegado! —Ella sale del almacén vestida con un conjunto muy provocativo—. Tenía ganas de verte.

Llega hasta él, le rodea el cuello con los brazos y le besa. Swan la separa de su cuerpo con un gesto delicado.

—No he venido para esto Paige.

—Nos iba bien juntos, teníamos un sexo increíble, nos entendíamos. — Parece muy afectada—. Te quería Swan. Todavía te quiero.

Suspira sentándose en una silla.

Teme enfrentarse a los fantasmas del pasado, aceptar sus errores y mirar a la cara a Paige con la verdad. Es difícil explicarla, hay instantes en los que ni él mismo se entiende.

—Lo nuestro fue sexo, nada más. Nunca hablamos de sentimientos ni los buscamos.

La mirada de Paige se oscurece.

—Al principio solo intentaba enfrentarme a la muerte de Tess. —Niega con la cabeza ignorando su tono hiriente—. Follar contigo mitigaba el dolor porque ella era mi mejor amiga y no concebía su triste desaparición, pero luego se convirtió en algo más intenso, aparecieron mis sentimientos. Y de repente te fuiste. —Se acerca a él—. ¿Qué pasó? ¿Por qué me dejaste? Dos meses antes de marcharte algo cambió en ti.

—Me ofrecieron el trabajo en la NASA, por eso me fui.

Intenta dominar su ansiedad, esa sensación de tener el corazón en la garganta. Ha de hablarle de Steff, de su relación, de sus intenciones. Necesita que ella le prometa guardar silencio hasta tener el coraje suficiente para sincerarse con su chica, pero las palabras parecen atrancadas en las cuerdas vocales.

—¡Como mínimo merezco una explicación! —Levanta la voz y gesticula con los brazos delante de la cara—. Llevo un jodido año esperándote.

La expresión de dolor de Paige le sacude. No es justo con ella, le debe sinceridad. Porque lo suyo pasó y no puede darle esperanzas.

—Me enamoré de otra persona —admite mirándola a los ojos—. Para mí estar contigo solo era una manera de superar lo de Tess. El sexo me ayudaba a dejar de lado el dolor y a no pensar en lo sucedido... Era solo algo físico.

—Para mí fue algo más. —Ella niega con los ojos húmedos acercándose mucho a él—. Te quiero desde hace mucho tiempo y no voy a consentir que ninguna zorra se interponga entre los dos. No quiero perderte.

Se sienta en su regazo e intenta besarle, pero Swan no abre la boca para recibir su lengua. No quiere herir a Paige. Necesita explicarle las cosas sin desatar una guerra, pero solo piensa en Steff, en cómo se lo tomará cuando descubra la verdad, y se pone nervioso.

—¡Deja de comportarte como una ninfómana! —Se levanta tirándola al suelo—. Tengo una chica maravillosa esperándome en casa y no voy a joderlo todo por un polvo contigo. Fue solo eso Paige, me ponías caliente, me ayudabas a olvidar, el sexo contigo era la hostia. Pero la conocí y mi vida cambió.

—¿Llevas todo este año con ella?

—Hace solo una semana que estamos juntos de verdad.

—¿Te marchaste porque ella no quería saber nada de ti? Todavía recuerdo la última tarde, antes de que te subieras a ese avión. —Se levanta y le apunta con el índice con la mirada herida—. ¡Joder Swan! Fue el mejor polvo de mi vida.

—¡Me fui porque ella era menor, la hija de acogida de mi padre, una niña! —Al recordar esa tarde se siente sucio porque después de abandonar el Maggi's necesitaba deshacerse de su deseo y acudió a Paige, como cada vez que besaba a Steff—. ¡Joder! ¡Hice lo correcto! ¡Me largué de su lado para que ella tuviera un futuro!

—Solo querías consuelo... —Niega con la cabeza sorbiendo por la nariz—. Por eso venías a mi cama. Yo pensaba que era por Tess, porque todavía la recordabas y necesitabas este año para olvidarla. Pero en realidad solo intentabas alejarte de otra. ¿Nunca nos quisiste a ninguna de las dos?

Es incapaz de ignorar sus sentimientos porque durante un tiempo compartieron penas. Se equivocó, siguió acudiendo a sus brazos para no admitir su amor por Steff.

—Quería mucho a Tess. —Vuelve a sentarse en una silla con una expresión angustiada—. Deseaba compartir mi vida con ella y nunca dudé de lo que teníamos. Pero con Steff es diferente. La necesito a mi lado, mi vida sin ella es un puto hueco vacío. Este año ha sido el peor de mi vida, estar alejado de ella me deja hundido en la mierda. —Suelta el aire con una espiración sonora—. Conocerla me impactó porque no estaba preparado para querer, era demasiado pronto, Tess no hacía ni un año que había muerto. No podía

aceptarlo, por eso venía aquí cada vez que la besaba y me alejaba para no desnudarla ahí mismo. Por eso follaba contigo y por eso me he pasado un puto año destrozado. ¡Joder Paige! Sin ella estoy jodido y no sé cómo contarle lo sucedido entre nosotros.

—¿Me estás pidiendo que guarde lo nuestro en secreto? ¿Es eso? —Se sienta a su lado y se acerca mucho a él para hablarle cerca del oído—. Una relación se basa en la confianza y si no eres capaz de decirle la verdad deberías pensar en dejarla porque tarde o temprano esa falta de sinceridad se cargará lo vuestro. Conmigo no tendrías ese problema, soy comprensiva.

Swan se frota los ojos con las palmas abiertas.

—Se lo voy a decir —musita—. Solo necesito encontrar el momento adecuado.

—Nunca lo encontrarás.

—¡Sin Steff soy un puto náufrago! —Suelta un suspiro ansioso—. Se lo contaré, lo entenderá y me perdonará.

—¡Pareces un gilipollas! ¿Te has visto la cara? Nunca te habías comportado así con una tía.

—¡Porque no sentía lo mismo! —Sopla con rabia—. ¡Nunca me había enamorado así! ¡Y es una mierda porque ella tiene mi vida en sus manos! Si se lo cuento y me deja nunca lo superaré.

—La quieres de verdad. —Sorbe por la nariz con las lágrimas resbalando por sus mejillas—. Tess hubiera querido que fueras feliz, pero no soportaría ver esa mirada. Tus ojos hablan de un amor diferente al que sentiste por ella, es algo más profundo.

—Los dos queríamos a Tess, salíamos muchas veces por ahí juntos los tres, compartimos mucho y la echamos de menos.

—¿De verdad piensas alguna vez en ella? ¿O solo te importa cómo se tomará tu Steff que la engañaras?

—¡Enamorarme de ella no entraba en mis jodidos planes! ¡Sucedió! ¡Y sí! ¡Estoy cagado de miedo! —Se levanta para caminar en círculos—. Nunca me había sentido tan vulnerable. Si ella se aleja de mí me muero. ¡Joder! ¡Sueno como un gilipollas! ¡Pero es la puta verdad! Si Steff me deja me volveré loco, me partiré en dos. Nunca había sentido algo así por nadie. Es como si estuviera metida en mi piel, en mi cabeza, en mi corazón. Y ahora necesito asegurarme de que no vas a explicarle lo sucedido antes de darme la oportunidad de hacerlo yo a mi manera.

—Lo nuestro es importante para mí.

—No hay nada nuestro, Paige. Lo siento.

Asiente con la cabeza, se sienta en una de las sillas y se cubre la cara con las manos un segundo antes de mirarlo con tristeza.

—Espero que esa chica te merezca porque eres un tío increíble.

Pasan la siguiente hora repasando los números del local y las actuaciones del mes. Ahora que han resuelto ese tema, Swan quiere implicarse más en la marcha del negocio.

El resto de la tarde la comparte con los colegas en su bar. Hacía tiempo que no salían solos para charlar un rato y lo echaba de menos, aunque le apetecería contar con Zack. Su cuñado se ha marchado con Julia a pasar un día romántico apartados de las cámaras, del espectáculo y de los ensayos. Le verá esta noche en casa de su padre.

Se acerca a la barra para despedirse de Paige antes de marcharse.

—Nos vemos el martes. A partir de ahora voy a ser un habitual.

—Podrías quedarte un rato más charlando conmigo.

—Tengo un poco de prisa. —Consulta el reloj—. No quiero llegar tarde, voy a llevar a Steff al Prom.

—¿En serio? —Paige se carcajea—. Te imagino rodeado de críos de dieciocho y me descojono. —Baja un poco la voz—. Si prefieres una noche de sexo increíble puedo llevarte a mi casa.

—¡Joder! —Se aparta de ella con brusquedad—. ¿Qué coño no te ha quedado claro antes? Tengo novia, la quiero y el sexo con ella es acojonante. No tengo ninguna intención de liarme con nadie más.

—Está bien. —Asiente varias veces—. Tienes razón, no soy nadie para intentar joder tu relación. Pero me enamoré de ti. Fui estúpida, debería haber previsto esto en vez de esperar doce meses anclada al móvil para recibir una llamada tuya. Cada vez que sonaba y hablábamos del bar esperaba una proposición, algo para volver a tenerte. Incluso me planteé comprar un billete para ir a buscarte a California.

—Nunca te di motivos para esperarme. —Se aparta un poco de la barra—. Este año lo único que ha habido entre nosotros ha sido una relación profesional, nada más.

—También somos amigos. —Ella avanza la cara, le agarra de la camiseta y lo acerca a su boca—. Podríamos convertirnos otra vez en amigos con beneficios.

—¡Qué te jodan Paige! —Le suelta con brusquedad—. Si quieres seguir trabajando aquí deja de tocarme los huevos. Tengo novia y la quiero.

—Okey, lo siento, tenía que intentarlo una última vez.

—Nos vemos el martes.

Se da la vuelta, aprieta los labios y camina hacia la salida con pasos rápidos.

Sabía que lo de Paige le estallaría en la cara en algún momento. No es una chica demasiado estable en el terreno emocional, no lo era cuando salía con Tess y con él y es impensable que lo sea ahora. Nunca debió liarse con ella, pero la pena actúa a veces como catalizador de estupideces.

Una vez en el coche enciende el aparato de música para relajarse un poco. Pinchan un par de canciones de su hermana en la radio. Sonríe al recordar sus inicios, cuando la llevaba al The Hole por las tardes a tocar y aprovechaba esas horas para esconderse con Tess en el almacén.

Le ha dicho la verdad a Paige, la quería mucho. Y todavía la echa de menos en algunos momentos, sobre todo al pasar por el The Hole y recordarla tras la barra. Tenían una buena conexión a todos los niveles. Le gustaba estar con ella. Sin embargo no puede dejar de preguntarse qué hubiera pasado si Steff se llega a cruzar entonces en su vida. Porque nunca había sentido esa necesidad de estar con alguien.

Llega a su casa pasadas las cinco. Tiene veinte minutos para darse una ducha y arreglarse.

Observa el smoking preparado en el armario con una pajarita de color azul noche, como el vestido de Steff, y se recuerda hace trece años a punto de ir a su Prom. Entonces era un ligón, alguien incapaz de atarse a una sola chica demasiado tiempo. Todavía cojeaba un poco por culpa del tiro que recibió en la pierna de Diane, su chica durante el último curso. Después de separarse acabaron convirtiéndose en amigos hasta que el cabrón de Dick se la llevó por delante. Si le viera ahora se reiría con la situación. ¡Él de nuevo en un baile de fin de curso!

En el baño llena la pila con agua caliente y se desnuda. No tarda en afeitarse con la cuchilla con cuidado de no cortarse. Quiere estar perfecto para Steff.

La ducha de agua fresca le sienta de maravilla. La reacción de Paige a su anuncio le ha dado una idea clara de que tiene pocas opciones con Steff. Ha de explicarle lo sucedido entre ellos antes de que se entere por otros medios. Y con el carácter de su chica no será fácil hacérselo entender.

Sale de casa con una cajita donde descansa la flor para la muñeca de Steff. No quiere perderse ninguna tradición, necesita hacerla feliz.

—¡Ya estoy aquí! —Abre la puerta de casa de su padre con su llave y camina hacia el salón—. ¿Te falta mucho princesa?

—Cinco minutos —grita ella desde el piso superior.

—No tardará en bajar. —Encuentra a Zack con una cerveza frente a la tele—. Tu padre está en la cocina preparando la cena y Ju arriba con Steff y Kris. La están ayudando a arreglarse.

—Este año han puesto un buffet con cena antes del baile. —Se sienta al lado de su cuñado con un soplido—. En mi época cenábamos en casa porque la idea de invitarlas a un restaurante era difícil en una base.

—¿Qué te pasa tío? Haces un careto...

—Paige. —Espira con fuerza—. No se ha tomado demasiado bien lo de Steff.

—Esa tía está pirada. Nunca entendí que Tess fuera su amiga ni que te liaras con ella.

—Fui un imbécil. Y no puedo perder a Steff por culpa de una gilipollez.

—Habla con ella, ya te lo dije en Edwards. Tiene carácter y se enfadará, pero si lo vuestro es fuerte sobrevivirá a algo del pasado. Explícale la verdad, por qué lo hiciste.

—Solo lo sabes tú, y porque nos pescaste un día en el bar. No se lo cuentes a Ju.

—¿Por quién me tomas? Llevo casi dos años casado con tu hermana y he sido una tumba. Nunca traicionaría así tu confianza.

Arquea los labios en una sonrisa agradecida.

—No me dijiste que Lisa vuelve a estar embarazada. Me lo contó mi padre ayer.

—Terry y Lisa vendrán a Fort Lucas en verano a pasar una semana con Phoebe. Ya les verás entonces. Están muy contentos con la noticia.

—El tío es un crack con los ordenadores. La AFOSI hace bien en tenerlo como asesor externo. —Sonríe—. Me alegro tío. Cuando vengan en verano podemos salir los seis por ahí a cenar una noche. Seguro que Steff se entiende con tu hermana.

—¡Hecho! A Ju le irá bien tener una amiga de su edad.

Escuchan voces en las escaleras y se levantan para caminar hasta el recibidor. Cuando la ve su corazón sufre un paro momentáneo. Lleva un vestido de seda palabra de honor ceñido a su cuerpo, largo hasta los pies, con una abertura en el lado derecho que le llega hasta el muslo y unos zapatos de tacón a juego. El pelo se lo ha recogido en un lado, con brillantitos en el

contrario. El maquillaje es justo para eclipsar su aparición.

La observa caminar hacia él sin ser capaz de hablar.

—¿Preparado para una noche mágica, conde? —Se lanza a sus brazos al llegar al último escalón—. La quiero inolvidable.

24

Me parece un Dios del Olimpo con ese smoking. Le sienta impresionante. Solo pienso en quitárselo, pasar del baile y no dejar de tocarle, pero quiero ir al Prom para despedirme de mis compañeros de este último año, personas que por fin han arraigado en serio en mi corazón gracias a la estabilidad de vivir en una casa donde nos quieren.

Sus labios despiertan llamaradas en mi cuerpo, si sigue besándome así me volveré loca de deseo y no vamos a ir al baile.

—¡Déjala respirar o se ahogará! —Kris le toca el hombro a Swan riendo—. Vamos a buscar a Rob y su cámara de fotos. Quiere inmortalizar el momento.

—Estás impresionante, princesa. —Swan me suelta despacio.

—¿Por qué la llamas princesa? —Julia parece enfadada—. Sabes cómo me jodió el cabrón de Dick, conoces sus mensajes y el muy hijo de puta me apodó princesa. No quiero recordarle, todavía me pongo a temblar de rabia al pensar en él.

—Ni me acordaba de eso, Ju. —Abraza a su hermana para calmarla un poco—. Olvídale, fue un cabrón, pero ahora tiene su merecido. Y Steff es una princesa de verdad.

Sonrío ante sus palabras.

—Cada vez que escucho a alguien decir princesa me tensa, es como si esa palabra pudiera agredirme. —Julia sopla apretando los labios—. Pero tenéis razón, he de superarlo porque me niego a dejar que Dick me destroe así los nervios.

—A mí me llamaba campeón. —Zack sonrío—. Y nunca voy a odiar esa palabra porque un perturbado quisiera hacerme daño con ella.

—La semana pasada recibió una paliza de la hostia —explica Swan—. Los hombres de Pisani no le han dejado en paz desde que entró en prisión. Prefieren joderle a matarle porque así sufre más.

—Se lo merece por capullo —afirma Julia con rabia.

—Zack me contó que has ido con papá a verle.

—Necesitaba decirle a la cara lo que pienso de él. —Compono una expresión furiosa—. Se pasó muchísimo con nosotros, estuvo a punto de

matarnos varias veces y no podía soportar saber que en realidad es nuestro hermano. Pero no pienso volver, me trató con un odio...

—Está loco Ju, no vale la pena recordarlo. —Veo una sombra de inquietud en los ojos de Swan, como si no fuera del todo verdad.

Me acerco a Julia con la intención de cambiar de tema. No me apetece pasarme el Prom recordando cómo Sullivan destrozó a su familia ni asistiendo en directo a la tristeza de Swan porque a pesar de lo nuestro y de saber cuánto me ama, no logro arrinconar los celos irracionales de Tess, de su relación, de cómo su muerte le sumió en la mierda.

—¡Gracias por el concierto! —exclamo dirigiéndole mis palabras a Ju—. Significa mucho para nosotros que estéis ahí.

Los *The band* han aceptado tocar unas cuantas canciones en directo esta noche antes de dar paso al DJ.

—Cuando me lo propusiste me encantó la idea. —Relaja un poco los músculos faciales y suelta un suspiro para deshacerse de sus pensamientos exaltados—. Nunca he actuado en Fort Lucas y un Prom es el mejor momento.

—¡Estáis increíbles! —Rob aparece en el recibidor armado con una cámara de fotos—. Swan, parece que acabes de entrar en una máquina del tiempo. ¡Todavía recuerdo cuando saliste para tu baile de promoción!

—¡Anda que no ha llovido desde entonces!

Los flashes nos obligan a posar sin perder la emoción. Swan me coloca la flor en la muñeca y yo le acerco la suya a la solapa para cumplir al cien por cien con las tradiciones de este día. Está un poco tenso, tiene una arruga permanente en la frente que me hace sentir muy incómoda. ¿Por qué recordar a Dick le ensombrece la mirada?

—¿Qué tal la cita de ayer? —le pregunta Kris a Rob al terminar la sesión de fotos—. He hablado con Maggi hace un rato y estaba entusiasmada. ¡La llevaste a bailar country!

—¡Pero si tú no bailas! —Julia se cuelga del brazo de su padre con una sonrisa divertida.

—Tu madre y yo íbamos mucho a bailar country de jóvenes. —Tuerce la boca—. Con los años perdimos la costumbre, pero los movimientos no se olvidan.

—¡Es alucinante que todavía tengas secretos para mí! —Julia le da un beso en la mejilla—. La próxima salida familiar será a un local de country, ya te lo aviso.

—Espero que vuelvas a invitar a Maggi a salir. —Swan me abraza por la

cintura para caminar juntos hacia el recibidor—. No queremos que se te atrofien los músculos más importantes del cuerpo. ¡Y es una tía cojonuda!

Salimos a la noche estrellada con una carcajada. Aunque él sigue teniendo ese vacío en la mirada, como si algo le preocupara.

—¿Hummer o Mustang? —pregunta mi chico al acercarnos al callejón—. Te di la opción de elegir. Hoy es tu noche.

—Mi coche. —Saco las llaves del mini bolso que llevo colgado en bandolera y las agito frente a sus ojos—. Conduzco yo.

—Sabía que me lo pedirías. —Me rodea con sus brazos por la cintura acercándose a la carrocería del Mustang para apoyarme en ella—. Si quieres ser la conductora tendrás que convencerme.

—¿Así? —Le lamo el labio superior agarrándole por las nalgas con fuerza.

—Después del baile te voy a enseñar cómo compensarme. —Me atrapa la lengua para besarme y yo me deshago entre sus brazos—. Siempre serás la princesa de mi corazón.

—¡Joder! ¡Vaya ñoñería! —Intento no fijarme en sus nervios en punta ni en esa expresión llena de ansiedad, pero me cuesta un mundo hacerlo.

—Por ti lo que sea.

Enciendo la radio a todo volumen, arranco el motor y le miro mordiéndome el labio. Mi mente traza mapas de posibles explicaciones a la forma de actuar de Swan. No quiero sumirme en la paranoia de imaginar cosas irreales y la idea de que recuerde demasiado a Tess es inverosímil.

¿Verdad?

—Agárrate nene porque voy a poner este trasto a trescientos. —Necesito adrenalina en estado puro para deshacerme de la tensión. Quizás estoy viendo demasiadas cosas en la situación.

—Ve con cuidado princesa, quiero llegar con vida al baile.

Cuando acerca la mano a la radio para bajar el volumen le doy un cachete.

—¡Eh! ¡Ni se te ocurra! —Acelero arrinconando mis últimos recelos y me concentro solo en conseguir llevar el coche a su límite de velocidad—. Necesito la música para ser la reina de la carretera.

Me agarro con fuerza al volante, tenso los músculos de los brazos, piso el acelerador hasta el fondo y emito un grito de guerra al alcanzar los doscientos cincuenta.

—Eres mi puto infinito princesa —dice cuando freno de golpe para

detenerme en la garita de seguridad—. No entiendo cómo he sobrevivido estos años sin ti.

—¿Sabes qué decía Buzz Lightyear?

—No tengo ni puta idea de quién es Buzz Lightyear...

—Tienes una hermana un poco mayor que yo, has de saber quién era. — Bajamos del coche para que los soldados de la entrada a la zona restringida puedan registrarlo. Esta noche se ha aumentado la seguridad—. Te debería sonar *Toy Story*. —Niega con la cabeza para darme a entender su desconocimiento del tema—. Es una serie de películas de dibujos animados donde los juguetes hablan.

Busco en el Google una foto de los personajes principales y se la enseño.

—¡Ahora me acuerdo! Ju tenía una de esas muñecas cuando era una cría.

—Pues este. —Señalo al juguete que lleva un traje para viajes interestelares—. Es Buzz Lightyear. De niña me encantaba esa saga de pelis, las vi varias veces y me daban mucha envidia los niños que podían tener un Buzz de juguete en su casa.

Firmamos en el registro antes de volver a entrar en el coche.

—¿Me vas a contar de una vez por qué me hablas de un muñeco de una peli de Pixar?

—Porque Buzz Lightyear se hizo famoso por una frase: *hasta el infinito y más allá*.

—Princesa no me seas pava.

—Cada vez que me llamas tu puto infinito no dejo de pensar en que de niña esa frase me alucinaba. La repetía siempre, levantando el puño en alto como hacía Buzz en las pelis. Me parecía una idea increíble poder volar más allá del infinito.

—¿Y después de esto he de escuchar cómo me llamas ñoño? —Se acerca para besarme en la mejilla.

—De niña soñaba en príncipes montados en caballos blancos. —Me cuelgo de su brazo para caminar rumbo al baile—. Ahora prefiero ingenieros militares macizos.

El baile es en el polideportivo de la escuela. La comisión lo ha decorado con muchas luces multicolores, largas mesas con un buffet de comida, un par de barras de bebida no alcohólica y una pista de baile con bolas de discoteca. Hay un escenario al final con varios instrumentos preparados para la actuación del grupo de Julia y para proclamar al rey y la reina de la noche.

—Será una de las mejores noches de mi vida. —Abrazo a Swan junto al

buffet—. Es mi primer baile serio y vais a estar las personas más importantes para mí. Solo me falta Dennis.

—Kris vendrá un rato para ver el concierto —Sonríe con picardía—. Mientras esté aquí no podré meterte mano y me muero por tocarte.

—Primero la cena y el baile, luego seré toda tuya. —Le doy un mordisco en el lóbulo de la oreja—. Quiero presumir de novio. ¡No todas mis compañeras pueden agarrarse a un tío como tú! Les voy a dar envidia y eso me encanta.

Sus labios se pegan a los míos para besarme acercándome mucho a su cuerpo.

—Si después me prometes una noche perversa voy a ser el novio perfecto.

Charleen no tarda en llegar del brazo de Edward. Ambos están muy guapos, deberían coronarles esta noche.

—Mira a esas zorras cómo nos odian. —Mi amiga señala con la cabeza a las *cheerleaders*—. Se mueren por tener a los tíos como los nuestros.

—No te cambio por ninguna de ellas. —Edward la rodea por la cintura—. Yo, aparte de la belleza, también me fijo en el cerebro. ¿Te ha contado Charleen que vamos a alistarnos contigo? Entraremos los tres juntos en Fort Lucas en unos meses y conseguiremos entrar en el cuerpo de élite.

—¡Seguro! —Aplaudo feliz—. Será genial no pasar sola la instrucción.

Swan se interesa por el tema y pasamos la cena charlando acerca del ejército y de la sus experiencias. A medida que pasa el rato se relaja, pero sigo notándolo agobiado, como si hubiera pasado algo durante la tarde.

La aparición de Kris, Penny y Zack borra de mi pensamiento esa sensación de que Swan tiene algún secreto. Debo olvidarlo para disfrutar de mi día. Hoy no valen los malos rollos, solo pasarlo bien.

Bailamos las canciones de *The band* en la pista todos juntos, sin dejar de reír. En *Cada día te espero a ti* me arrimo a Swan para bailar pegados. Sus movimientos sensuales me llevan a enloquecer. Mi cuerpo vibra entre sus brazos, se enciende, como cada vez que me toca.

—¿Será siempre así? —pregunto besándole en el cuello—. ¿Te voy a desear a todas horas? Porque puedo acabar volviéndome adicta a ti.

—Solo pienso en irme a casa, desnudarte y pasar de los besos.

—Al terminar el baile. Debemos ser capaces de no pasaros el día en la cama. La cita de ayer fue genial, me encantó charlar contigo.

Cuando el grupo se despide dan comienzo a la coronación de la noche.

Las votaciones han sido esta última semana en las clases y hoy tendremos los resultados. Taylor Neeley sube al escenario para presentar el acto. Es una chica no muy agraciada, bajita y un poco entrada en carnes, pero muy simpática.

—Y los ganadores de la noche son... —Saca un sobre del bolsillo y lo abre—. ¡Steff Edwards y Richard Zuckerman!

Los aplausos llenan el polideportivo. Swan me agarra por la cintura para demostrarme cómo le molesta esa elección.

—Solo tú eres mi infinito —le susurro al oído—. Ningún otro tío conseguiría hacerme pensar en serio en vivir con él a la semana de salir juntos.

—Princesa, si se te ocurre besarle me lo voy a cargar. Además, nosotros tenemos un pasado, llevamos mucho tiempo enamorados, es una gilipollez esperar.

Subo al escenario acompañada de Richard. Él no intenta propasarse ni tiene ganas de iniciar una pelea con Swan. Hablé con él después de mi cumpleaños y hemos decidido ser amigos. Bailamos juntos como dicta la tradición, nos sacamos las fotos de rigor y volvemos cada uno con su pareja. Mi amigo ha conseguido a Tandy Stewart en el último momento y parece muy cómodo con ella, como si empezara a gustarle.

El resto del baile lo paso con Swan, danzando al ritmo de varias canciones actuales y sin volver a pensar en su actitud de antes. Es un gran bailarín, ya lo demostró en el concierto, y no le molesta pasarse varias canciones en la pista.

—Es la hora de los vampiros. —A las doce le beso cercando su cuello con mis brazos—. Deberías llevarme a casa para utilizar tus colmillos.

—Joder princesa, pensaba que no me lo pedirías nunca. Pero ahora conduzco yo.

Hace una noche perfecta, con buena temperatura y una luna que pende en un universo exento de nubes cuando dejamos el polideportivo. Caminamos abrazados hasta el descampado donde se aparcan los coches de la base. Charleen y Edward van a quedarse un poco más y apenas hay un par de parejas besándose cerca de sus automóviles.

—¿Cómo fue tu Prom? —Me quito los zapatos de tacón y subo los pies al asiento para apoyar la cabeza en las rodillas—. Tenerte en el mío ha sido alucinante.

—No me coronaron, pero estuvo bien. Entonces no me comprometía con

las chicas en serio. —Tuerce la boca—. Prefería tener varias a la vez.

—¿Con quién fuiste? Debías ser un rompecorazones.

—La afortunada fue Olivia Truman. —Suelta una risotada—. Estaba muy buena la tía. ¡Tenía unas tetas! —Silva—. Por eso me la tiré a pesar de que salía con Diane.

—¿La Diane de Zack? —Levanto las cejas—. ¿En serio?

—Me alucina que Ju no te haya contado la historia. Diane y yo salimos durante doceavo. Aunque para ella era serio, para mí solo era un juego. No le fui fiel ni un día. Discutíamos mucho y las reconciliaciones eran la hostia. Cuando me lie con Olivia cogió la pistola de su padre y me disparó a la pierna. Acabé en el hospital. Olivia era su mejor amiga.

—Si se te ocurre engañarme yo me limitaría a dejarte. Soy de las que valoran la confianza, es lo más importante para construir algo sólido.

Ya vuelve a arrugar la cara y a poner esa expresión ansiosa, como si callara algo importante.

—Antes has dicho que te estás pensando en serio lo de vivir conmigo. —Se fuerza a sonreír para alejar de él los nubarrones que siguen velándole la mirada—. ¿Cuándo te mudas?

—Corres mucho para mí. Quiero pasar hasta el último minuto libre contigo, pero quizás necesitemos un poco de tiempo para adaptarnos el uno al otro.

—Llevas casi toda la semana durmiendo en mi casa, hemos desayunado juntos, preparado la comida, dormido algo, compartido cuarto de baño... Es absurdo no dar el paso cuando tenemos tanto tiempo que recuperar.

—Te quiero. —Le acaricio los labios—. Debería bastarte con esto de momento.

—Quiero más Steff. Mucho más. —Aparca en el callejón, se gira hacia mí y me coloca en su regazo levantándose por la cintura—. Entiendo que una semana no es demasiado tiempo para una pareja, pero tú y yo llevamos más de un año queriéndonos. Es absurdo negar lo que sentimos y deseamos, una gilipollez pasarse la vida cruzando la calle cuando nos tenemos tan cerca.

—Solo tengo dieciocho años y mucho por vivir. —Le rodeo el cuello con los brazos—. Me da miedo comprometerme hasta ese extremo contigo y arrepentirme después.

—¿Cambiarías algo de esta última semana? —Niego con la cabeza y pego mis labios a los suyos—. Has compartido la casa conmigo y no ha sido tan malo. Hagámoslo permanente. Yo nunca te impediré ser libre ni te privaré

de vivir tu juventud, solo quiero que la vivas conmigo.

Le beso emocionada. Es lo más tierno que me ha dicho nunca Swan. El tipo duro, el chulo, el soldado acaba de mostrarme un pedazo de su corazón y me ha parecido lo más rosa pastel del mundo.

Sus manos me cercan por la cintura para estrecharme más cerca de su cuerpo.

—¿Esto es un sí? —pregunta sin abandonar mis labios.

—Un me lo pensaré.

—No me vale princesa. —Me agarra el pelo para tirar la cabeza hacia atrás y acceder a mi cuello—. Quiero un sí antes de acabar la noche.

—Convénceme.

Gimo al sentir sus dientes en el cuello enterrándose en la piel para desgarrarla y succionarla, dejándola marcada. Sus dedos se introducen en la abertura del vestido hasta llegar a mis muslos. Se clavan en ellos, los aprietan y yo me humedezco, resuello y siento cómo el deseo se apodera de mí como si fuera una hoguera que me devora con hambre y necesidad de él.

—Tus deseos son órdenes. —Abre la puerta del coche, me deja en el asfalto y se apea separándose mucho de mí. Tiemblo, con agudas sensaciones que me atormentan. Necesito volver a estar entre sus brazos, tocarle, besarle—. Voy a convencerte esta noche. Si no quieres vivir conmigo te dejaré dormir en tu casa cada día. O todo o nada.

Empieza a caminar hacia la esquina sin acercarse a mí. Mi corazón palpita a toda velocidad por la excitación y el enfado. Quiero que me toque. Pero antes muerta que darle la satisfacción de salirse con la suya.

Al llegar frente a mi casa se para, curva los labios en una sonrisa sagaz y me lanza un beso sin perder la postura chula de siempre.

—Puedo encontrar a otro tío para pasar la noche. —Me acerco mucho a su cuerpo, pego mis caderas a las suyas y le rodeo la cintura con el brazo paseándole la boca por la barbilla—. Tengo las llaves del Mustang y el baile todavía no ha acabado.

—Ninguno será como yo —susurra agarrándome el labio inferior entre sus dientes.

—Quizás me decido por dos a la vez. Podría ser excitante...

Le clavo los dedos en las nalgas y me restriego contra su erección para aumentarla. Hundo los dientes en su barbilla, pellizcándole la piel.

Me agarra otra vez del pelo para apartarme de su barbilla. Me mete la lengua en la boca consiguiendo encender una chispa de placer en cada rincón

de mi cuerpo. Me levanta en brazos, incapaz de dejar de devorar mis labios con besos voraces, llenos de lujuria. Le rodeo el cuerpo con las piernas y lo estrecho contra mí, exigiéndole besos más ardientes.

Swan camina hacia su casa bajándome la cremallera del vestido, accediendo a la piel de mi espalda, clavándome los dedos en ella con tanta fuerza que me dejará marcas en forma de morados. Resuella dentro de mi boca cuando siente mis manos quitarle la camisa de la cinturilla y acceder a su espalda para desgarrarla con las uñas.

Llegamos a la puerta de su casa sin hablar, presos de unas sensaciones demasiado carnales para pararnos a pensar. Cruzamos la cancela con dificultad, yo me golpeo la pierna con la valla, pero me da igual, solo deseo desnudarle, sentir su piel sobre la mía. Necesito tocarla, lamerla, devorarla.

Me apoya contra la puerta mientras busca las llaves en el bolsillo. Le lamo los labios, se los muerdo y los succiono. Su cuerpo pegado al mío desata un fuego en mis entrañas, un fuego devastador, una tentación a volver a sentirlo dentro de mí de forma salvaje.

Conseguimos entrar al recibidor con dos movimientos furiosos, sin separar nuestros cuerpos. Le quito la chaqueta, le levanto la camisa y le arranco los botones para acceder a su piel. Necesito tocarla. Bajo la cabeza hacia uno de sus pezones, lo agarro entre los dientes y los hundo en él. El gruñido de Swan retumba en la casa. Es una mezcla de dolor y éxtasis. Lo suelto, lo lamo, lo succiono y repito la operación con el otro.

Él acaba de desabrocharme el vestido. Con poca delicadeza lo desliza fuera de mi cuerpo, dejándome solo con la ropa interior.

De repente da un paso atrás y me dirige una mirada socarrona.

Jadeo muerta de deseo, mirándolo con ansiedad.

—¿Cuándo te trasladas? —Me acaricia los labios con la yema de un dedo—. O todo o nada princesa.

Se coloca bien la camisa y se afloja el lazo de la pajarita antes de caminar hacia el salón. Tardo más de la cuenta en recuperar la compostura, con una frialdad que se ocupa de zarandearme con un deseo palpitante.

—¡Serás cabrón! —Me acerco por la espalda y le golpeo con los puños cerrados—. Bésame. Tócame. Fóllame.

—Hace un momento me has dicho que en el baile podías encontrar a varios tíos para darte lo que quieres. —Se da la vuelta, me agarra los puños por las muñecas y aprieta fuerte—. No vamos a hacer el amor hasta conseguir una promesa de tus labios. —Se acerca a mi oído—. Te quiero en mi cama

cada noche, no me conformo con una menos.

—¿Crees que me voy a derretir con esa táctica? —Le lamo la mejilla antes de agarrársela entre los dientes para pellizcarle la piel—. Tienes las mismas ganas de follar que yo.

Ejerce una fuerza brutal en las muñecas mientras yo bajo los mordiscos hacia el cuello, los hombros, el pecho...

—Te voy a meter en una bañera con hielos princesa. Parece que estás a punto de quemarte. —Me separa con facilidad, se da la vuelta y se aparta a grandes zancadas de mí—. Ya sabes donde está la puerta. Mañana nos vemos para ir a San Antonio.

—En el baile encontraré a un par de tíos dispuestos a quitarme el calentón de manera salvaje. —Lo digo con sensualidad, arrastrando las palabras para clavárselas en su masculinidad—. Voy a darles mucho placer a los dos. —Se gira un segundo y le dirijo una mirada llena de intenciones—. Voy a ir así, sin vestido.

Camino hacia el recibidor esperando su reacción. Solo llevo un conjunto de ropa interior de puntilla negro, unos ligeros y los taconazos.

25

Escucha sus pisadas alejarse con rapidez hacia la puerta principal y siente cómo se inflama su cuerpo. La necesita. Esa guerra de poder entre ellos consigue llevarle a una borrachera de deseo, a no controlarse.

La idea de castigarse a él también para convencerla le parece absurda. Es mejor utilizar armas más efectivas, llenarla de deseo, llevarla al abismo del placer para que suplique un orgasmo.

No tarda ni dos segundos en recorrer la distancia hasta el recibidor para colocarse frente a la puerta un segundo antes de que ella la abra.

Le mira con triunfo, juntando los labios en una mueca desafiante y sensual.

—Eres mía princesa. —La agarra del brazo—. Solo mía.

—Demuéstralo. Déjame exhausta.

La acerca a su cuerpo con un tirón ansioso. La rodea con el brazo por la cintura, la estrecha contra él, se acerca a su oído y le mete la lengua en él mientras le azota en las nalgas con fuerza.

—Múdate aquí —musita volviendo a darle un cachete—. Comparte tu vida conmigo.

—Necesito tiempo para pensármelo. —Las uñas de Steff le recorren la piel mientras le saca la camisa—. No puedo ser así de facilona.

Swan la acerca hasta cuatro centímetros de su boca. Con una mano le desabrocha el sujetador para dejar los pechos sin sujeción y se los amasa con fiereza, clavándole los dedos en la piel.

—Quiero tenerte aquí cada día. —Acerca los labios a los suyos y los lame con avidez mientras le pellizca los pezones hasta arrancarle un gemido—. No voy a darte placer sin un compromiso por tu parte.

Ella agarra uno de sus labios con los dientes para apretarlos con fuerza. Luego baja el beso hacia el cuello y lo succiona mientras le muerde, dejándole una marca visible.

—No aguantarías ni dos minutos sin hacer el amor conmigo. —Le desabrocha el cinturón—. ¿Quieres castigarte tú también? —Baja la boca hacia el pectoral para succionarle cerca del pezón—. ¿O vamos a follar de una vez?

—No deberías provocarme así. —Con una mano la agarra por la cadera y con la otra le azota el trasero antes de agarrarlo con fuerza, hundiéndole los dedos en las nalgas—. Te vas a venir a vivir aquí conmigo mañana.

—Sigue flipando. —Clava la uña en su brazo. La desliza por la piel enrojeciéndola hasta llegar a la mano. Entonces la levanta para asestarle un bofetón con la palma abierta sobre el antebrazo.

Swan se siente a punto de explotar de deseo. Aprieta su erección contra su entrepierna sin soltarle la cadera y vuelve a azotarla, esta vez más fuerte, provocándole una violenta sacudida que se expande por sus terminaciones nerviosas como si fuera un latigazo de fuego. El grito jadeante de la chica le hace arder de placer.

—Princesa, quiero escuchar ese sí. —Le desliza los dedos por los muslos, hiriéndoles con la presión, acercándose a su sexo—. Viviremos juntos.

Quiere dominarla, hacerla suya, sentir cómo sus cuerpos vuelven a encajarse. Pero Steff se resiste clavándole las uñas en la espalda para desgarrarla con sus movimientos, dejándole marcas enrojecidas.

—Necesito pensarlo...

Hunde dos dedos en su hendidura mientras la azota en una nalga y luego en la otra, consiguiendo que le tiemblen las piernas por la oleada de placer que la recorre.

Le da la vuelta, arrancándole el tanga de puntilla, sin abandonar su interior. Con la otra mano le agarra un pezón y lo pinza, endureciéndolo.

—¿Sugieres que me busque a otra? —Sus dedos entran y salen de ella llenándola de un doloroso placer.

—Ninguna podría hacerte temblar así. —Gira la cara para agarrarle la barbilla con los dientes y le coloca la mano en el pelo para tirar de él hasta levantarle la cabeza con dos gemidos—. Soy tu puto infinito.

Se desabrocha los pantalones, se los quita en dos movimientos rápidos, la agarra por los hombros, le da la vuelta, la apoya contra la puerta y se arrodilla frente a ella. Steff forcejea cuando los dedos de Swan se clavan en los talones para deslizar los pies hacia los lados, abriéndole las piernas, pero no tarda en ceder a sus exigencias calladas.

Las manos de Steff se enredan en su pelo, tiran de él y le producen descargas de un placer punzante.

Antes de que ella pueda darse cuenta tiene la cabeza entre sus piernas y la boca sobre su sexo. Le separa los labios con las manos para lamerla. La

lengua entra y sale de ella escuchando sus gemidos, sintiendo cada uno de los tirones en el pelo reverberar en su cuerpo, llenándolo de un fuego caliente.

—¿Te ayudo con el equipaje? —gruñe sobre su punto de placer, rodeándolo con la lengua para torturarla—. Porque tu destino va a ser esta casa...

Vuelve a introducir dos dedos en ella, los mueve y juguetea con la lengua cerca del clítoris volviéndola loca de deseo, dándole lo justo para avivar el tormentoso placer de mantenerla en vilo. Ella se quema, siente una bola de fuego llamear por cada rincón de su cuerpo, un fognazo de deseo demasiado vivo como para no sucumbir a sus caricias con gritos suplicantes.

—¡No me voy a mudar! —Le agarra la cabeza con las manos, hundiéndole los dedos en el cuero cabelludo, y le insta a moverse más rápido, a subir un poco las caricias de la lengua, a permitirle llegar al final.

Cuando el cuerpo de Steff se tensa él se separa de ella, vuelve a ponerse en pie y la azota en las nalgas con las dos manos abiertas. Ella siente cómo se rompe, cómo la humedad se apodera de sus muslos, cómo el doloroso martirio del deseo se mezcla con la necesidad de alcanzar la cima.

—Podría volver ahí abajo una y mil veces sin darte lo que quieres. —Le acaricia cerca del clítoris con el dedo, dándole algunos toques suaves y rápidos, manteniéndola en un estado de necesidad extrema—. Puedo atarte a la cama y hacerte suplicar, tentarte con mi lengua, tocarte, llevarte a casi el orgasmo y negártelo durante toda la noche. ¿Quieres eso princesa?

Los ojos de Steff centellean con un deseo desesperado. Se acerca a su cara, le agarra los labios con los dientes y descarga en ellos su furiosa necesidad mientras los dedos de Swan vuelven a entrar y salir de ella acariciándole a ratos el punto de placer, llenándola de una dolorosa y placentera tortura.

Con la palma abierta se ensaña con las nalgas de Swan, las azota varias veces, descargando estremecimientos de placer en el cuerpo vigoroso de él. El soldado le agarra los brazos por las muñecas con una mano, los levanta sobre su cabeza y los inmoviliza en la pared. Sus labios bajan hasta los de ella. Los tiene castigados por los mordiscos, pero le excita devorarle la boca a Steff. Ella gime y se arquea contra su cuerpo, restregándose contra su erección, con una necesidad extrema de sentir la tela de los calzoncillos contra su clítoris. Los dedos de Swan siguen entrando y saliendo de ella, alternando un ritmo rápido y profundo con otro lento y suave.

—Te mueres por un orgasmo. Di sí y te daré lo que quieres.

Se vuelve a poner de rodillas para hundir la lengua en su sexo. Ella se abre de piernas sin negarle el acceso. Le desea, no podrá aguantar mucho más esa tortura. Necesita dejarse llevar por la explosión, sentir cómo su cuerpo se tensa y se destensa. La lengua de Swan la llena de una húmeda necesidad, la acaricia sin llegar a desatar las llamas al completo, la toca sin profundizar.

—¿Vas a resistirte mucho más? —Apenas es un ronco gruñido en la boca de Swan.

En ese instante Steff sabe que no puede aguantar ni un segundo más sin estallar.

—¡Viviré contigo! ¡Haré lo que quieras! ¡Diré sí una y mil veces! —grita agarrándole el pelo—. ¡Pero acaba de una vez!

Swan curva los labios en una sonrisa ladina, le toma el clítoris entre los labios y empieza a lamerlo y a mover la lengua con movimientos precisos, desatando una oleada de sacudidas. Steff estalla en gritos de éxtasis que atraviesan sus terminaciones nerviosas, estremeciéndola y haciéndola temblar de placer, acompañada de gemidos, jadeos y alaridos extasiados.

Él se levanta, se quita el bóxer para liberar su ardiente erección y se la cubre con un condón. Envuelve a Steff entre sus brazos, le agarra las piernas alzándola en el aire, las coloca alrededor de su cadera y se acerca a ella para introducir su miembro un poco en su interior, sin profundizar.

—Joder Swan, empieza a moverte de una vez. —Steff le agarra las nalgas sin piedad, clavándole las uñas—. Ya te he dicho que sí, que viviré contigo. ¡Ahora fóllame!

—¿Cuándo te mudas? —La penetra con mucha suavidad, llegando hasta el fondo con movimientos lentos—. ¿Esta misma noche? ¿Mañana a primera hora?

Parpadea para deshacerse de las gotas de sudor que le resbalan desde la frente, jadeando por la necesidad que le palpita en su miembro. Pero antes de embestirla va a doblegarla. Quiere oírla suplicar.

—¡Ahora mismo si me das lo que quiero!

—¿No te arrepentirás después?

—¡Joder! ¡Voy a vivir contigo!

La penetra con fiereza, aguantándose con una mano en la pared y agarrándola por las nalgas con la otra. La lujuria le devora de manera salvaje, hambrienta, incontrolada. Swan se pierde en el placer de aumentar el ritmo, de clavarse cada vez más dentro de ella, de llegar hasta sus entrañas. Gime, bombeando cada vez más deprisa, con más rudeza, con más intensidad.

Cada uno de los gritos de Steff le sacude, mostrándole la embriaguez de su propio deseo, invadiendo sus sentidos, expandiéndose por las terminaciones nerviosas de su cuerpo para llevarlo a un estado cercano al éxtasis.

El estallido de Steff se acompaña con gemidos intensos. Su vagina se contrae sobre su pene, produciéndole una sucesión de espasmos al llegar al clímax. Sus labios gritan con lujuria, necesidad, placer y enajenación mientras se vacía dentro de ella.

La abraza, la besa y la lleva hacia la habitación sin separarse de sus labios. Con ella nunca consigue saciarse del todo, es como si su deseo fuera un ente autónomo y se negara a abandonarlo.

Steff le besa con pasión, tocándole el cuerpo, dejándole marcas, castigándolo con sus turbadores manos, sin dejar de devorar cada rincón de sus labios, de su boca, de su cuerpo.

Vuelve a poseerla en la cama con más suavidad. Quiere recordar cada instante, sin perderse ninguna de sus expresiones llenas de motas de placer, deseo y necesidad. Los graba en la memoria para siempre.

Se duchan juntos, tocándose, vibrando con las caricias, retándose para encontrar el punto justo en su relación. Terminan apoyados contra la pared haciendo el amor de manera salvaje, dejándose marcas en la piel.

Swan sale de la ducha secándose con una toalla y Steff le imita con una sonrisa.

—Esta vez me has dejado hecho un cromo. Pareces una gata salvaje en vez de una mujer. —Se acerca al espejo—. ¡Mira cómo tengo el brazo! ¡Y los labios! —Levanta un poco la cabeza para observar el cuello—. ¡Joder princesa! ¿Y este chupetón?

Es grande, poderoso, rojo, enorme.

Steff se acerca a él, suelta la toalla y le besa en el cuello.

—Te he marcado. —Se lo toca con la yema del dedo—. Solo quería dejar claro a las otras que eres mío. Solo mío.

—No me acercaría nunca a otra. —Se deja abrazar por la cintura—. Solo tú princesa. Nunca encontraré a otro puto infinito.

—Soy posesiva. —Le lame el lóbulo—. Quiero a mi hombre solo para mí. Y si alguna vez se te ocurriera engañarme te dejaría sin pensarlo.

La mirada de Swan se oscurece un segundo al pensar en Paige. No se imagina la vida alejado de Steff y quizás cuando le cuente lo sucedido hace un año ella le deje. No está preparado para asumirlo si pasa.

—Mañana hablaremos con mi padre para organizar tu traslado —susurra quitándose esos pensamientos de la cabeza—. Estoy deseando despertarme contigo cada día.

Caminan desnudos hasta la habitación y se estiran en la cama abrazados. A Swan le cuesta bastante olvidarse de Paige, de lo que pasó, de la angustiada sensación de que le está ocultando la verdad a Steff. Pero no piensa hablar hasta estar convencido de su perdón.

—No sé si estoy preparada para comprometerme hasta ese punto, Swan. —Sus ojos brillan mirándolo con sinceridad—. Podemos seguir como hasta ahora, es lo más sensato. Además, quedamos en esperar a después de la instrucción.

—¿Quieres volver a empezar? —Rueda hasta colocarse sobre ella. Si la convence para mudarse será más difícil que lo abandone—. Si me lo propongo puedo pasarme horas torturándote.

—Lo has demostrado. —No parece con ganas de retarlo—. Quiero vivir contigo, me apetece muchísimo pasar todas las noches aquí. Pero me voy a ir en un mes y poco a la instrucción, estaré siete semanas fuera y después volveré para estar con mis compañeros. Me apetece pasar un tiempo dependiendo de mí misma después de tantos años dando tumbos.

—No eres un capricho tonto Steff. —Le acaricia los labios con la lengua—. Este año en Edwards ha sido el más duro de mi vida. Quiero pasar toda mi vida a tu lado y no pienso desperdiciar ni un solo segundo.

La besa con ternura, perdiéndose en sus labios.

—Hicimos un trato, íbamos a esperar a la instrucción. No podemos volver al tema cada vez que nos vemos. Es cansino.

—No hace ni un par de horas hemos sellado un nuevo trato. —Vuelve a estar excitado. Steff le lleva a un estado de lujuria permanente—. Y me voy a aferrar a él. Mañana hablaremos con mi padre para instalarte esa misma noche en esta cama para siempre. No quiero excusas.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si un día te cansas de mí?

—Eso no pasará. —Niega con la cabeza—. Nunca dejaré de quererte ni de desearte.

—La idea de vivir con alguien no acaba de convencerme, nunca lo ha hecho. —Crispa los labios un segundo—. Llámame convencional si quieres, pero para mí ha de haber un compromiso para compartir cama cada noche.

—Pues comprometámonos. ¿Quieres un anillo? Porque haré lo que sea para convencerte.

—Vamos a ir paso a paso. Primero veamos qué nos dice Rob y luego decidimos qué hacemos a continuación. También deberíamos tener en cuenta la decisión de Kris y has de conocer a Dennis... Él es como un padre para mí.

—Me parecen bien tus condiciones. —Baja mucho la voz—. Pero no intentes hacerme cambiar de opinión porque no pienso hacerlo.

Pasan un rato charlando de cosas sin importancia hasta que les vence el sueño.

A las diez de la mañana Swan abre los ojos. Está solo, no hay ni rastro de Steff en la cama. Las sábanas huelen a ella, igual que su cuerpo. Es un aroma perverso, un perfume con una mezcla de sexo y feminidad. Se despereza estirándose mucho. Sale de la cama, se pone el pantalón del pijama y baja al piso de abajo.

Se ha pasado la noche dándole vueltas a lo sucedido con Paige. Necesita desprenderse de ese lastre, asumir de una vez en que se convirtió hace un año o acabará por destrozar sus nervios. Pasa por el baño mientras toma una decisión. Esta noche se llevará a Steff a algún rincón romántico y se lo contará todo. Ha llegado la hora de desprenderse de ese peso.

La escucha tararear en la cocina al ritmo de una canción reproducida por el altavoz de su móvil. La voz de Steff es suave y cálida, le envuelve en su sedosidad, despertando su deseo. No desafina mientras entona una canción antigua de Savage Garden que él conoce muy bien. Se llama *I knew I loved you*.

*Tal vez es intuición,
pero hay cosas que no se preguntan,
como en tus ojos, donde veo mi futuro en un instante
y después pienso que he encontrado a mi mejor amigo.
Sé que eso puede sonar
más que un poco loco,
pero creo que...*

*...Sabía que te amaba antes de conocerte
Pienso que te soñé dentro de mi vida.
Sabía que te amaba antes de conocerte,
Te he estado esperando toda mi vida.*

La letra es perfecta para describir sus sentimientos.

El olor a café recién hecho le acompaña en su avance silencioso hacia la cocina. Al llegar frente a la puerta la observa un segundo con el corazón a mil. Steff va vestida con una de sus camisetas anchas. Le queda muy corta y deja al descubierto el inicio de los muslos.

Está de pie frente a la vitocerámica, de espaldas a él, cocinando unas tortitas en la sartén. Mueve el cuerpo al ritmo de la melodía, dándole énfasis a las notas. El balanceo de su cadera le despierta deseo. Le levanta un poco la camiseta en algunos instantes, mostrando el inicio de las nalgas.

*Te he estado esperando toda mi vida.
Simplemente no hay rima ni razón,
solo esta sensación de complemento
y en tus ojos veo las piezas perdidas que he estado buscando
y creo que he encontrado el camino a casa.
Sé que quizá sueño como un pequeño loco
pero yo creo que...*

Se acerca a ella fregando el suelo con los pies descalzos para no alertarla de su presencia. Sobre la encimera observa el móvil reproduciendo las notas.

—Podrías hacerle la competencia a Ju y convertirte en su cantante rival.
—La abraza por la cintura y le susurra las palabras al oído, sorprendiéndola
—. Eres muy mala princesa. ¿Piensas matarme a polvos? Si te encuentro así de sexy me pongo a mil.

—Antes de hacer nada guarro vamos a desayunar. —Gira un poco la cara para darle un beso en los labios—. Necesito fuerzas para pasar la mañana contigo. Nunca te cansas de repetir.

—Contigo es difícil contenerse. —Le acaricia la piel del vientre bajando con lentitud hacia el pubis—. Eres mi perdición.

—Pon la mesa. —Le separa los brazos de su cuerpo—. Después de las tortitas y el café volvemos a la cama hasta la hora de comer. No he quedado con Dennis hasta las tres. Pero ahora necesito reponer fuerzas.

—No sé si aguantaré tanto sin tocarte.

Mientras pone un par de individuales se fija en ella. Es sensualidad en estado puro, no deja de mover las caderas tarareando en un tono más bajo.

Steff coloca las tortitas en una fuente redonda, las acerca a la mesa y se sienta en una silla con las piernas cruzadas sobre ella.

—No me salen tan buenas como a tu padre, pero las he hecho con amor. Él me dio la receta y me enseñó a prepararlas, así que algo se me debe haber pegado...

—Estarán de muerte. Como tú.

—Tienes una fe ciega en mí.

—Eres perfecta y no es difícil tenerla. —Pone mucho sirope en una de las tortitas y se la lleva a la boca para probarla. Se relame al saborearla—. ¡Está buenísima! Eres una gran cocinera.

—Me defiendo. —Se ríe feliz y Swan se siente el hombre más dichoso de la tierra.

Quince minutos después suben las escaleras enredados en un beso caliente. Swan la sostiene entre sus brazos los últimos escalones para llevarla cuanto antes a la habitación. Al cruzar el umbral el sonido de su móvil rompe el momento.

—Es Paige —anuncia tras dejarla y acercarse a la mesilla de noche para rescatar el aparato. Sus ojos miran airados el nombre que ilumina la pantalla—. No sé qué puede querer a estas horas.

Tuerce el gesto con un mal presentimiento al contestar. Esta semana no ha parado de insistir en verlo de nuevo y no tiene ganas de lidiar con ella ahora, pero si no contesta Steff puede intuir que algo va mal. Y pase lo que pase va a abrirle su alma en canal, a desnudarse por completo y a mostrar sus miserias ante ella antes de que Paige lo haga por él.

26

Me da la espalda mientras habla con Paige y mi cuerpo recibe una oleada de ansiedad al escuchar el tono crispado de su voz. Camina hacia el armario para abrirlo, mirándome con una expresión incómoda, como si le molestara cada una de sus palabras.

—No tardo ni media hora —contesta sin mirarme. Reconozco la alarma en su cara—. Ten un poco de paciencia, no puedo salir a la calle en calzoncillos. Me doy una ducha rápida y vengo a sacarte de ahí.

Cuando cuelga centra su atención en el armario apretando la mandíbula. Algo va mal y no sé qué es.

—Ha ido un momento al The Hole para recoger una cosa que se dejó ayer y se ha quedado encerrada en el baño —explica—. Voy a rescatarla.

—Déjame pasar un segundo por mi casa para cambiarme y te acompaño, así aprovechamos para dar una vuelta.

No parece recibir mi oferta con demasiada alegría porque aparta la mirada y se pasa la mano por la cara con gestos inquietos, como si le molestara la idea.

—¿Qué te pasa? —Me acerco a él para abrazarlo por la cintura—. Salir de casa también es divertido. Podemos aprovechar para hacer algo diferente.

—Te recojo en unos minutos en el porche. —Se deshace del gesto para sacarse la camiseta y asiente con pesadez, como si esa decisión fuera una condena para él—. No tardes.

Mi casa está vacía. Kris duerme en casa de Luke y Rob se ha ido de pesca con Sam a primera hora, como suele hacer los fines de semana.

Mientras me cambio le doy vueltas a la extraña llamada de Paige, al comportamiento de Swan, a sus excusas para no ir al The Hole hasta ayer y un presentimiento me hiela la sangre. La historia de Paige no cuadra. Si está sola y encerrada dentro del bar, ¿por qué ha cerrado el pestillo del baño? Y luego está ese estremecimiento de Swan al comprobar su número al otro lado de la línea, como si esa chica le recordara algo que le atormenta. No acabo de entender las reacciones de mi novio al hablar con ella, es como si me ocultara algo.

Frente al espejo me sujeto el pelo en una coleta alta. Necesitaría un poco

de maquillaje para ocultar los rastros de nuestros encuentros de esta noche, pero no tengo demasiado tiempo si quiero ir con él y algo me dice que es importante hacerlo.

Ayer Swan decidió marcarme igual que yo a él y tengo un enorme chupetón en el cuello que tapo con un pañuelo de algodón floreado.

Lo encuentro en la cancela vestido con unos vaqueros negros un poco ceñidos, una camiseta que le marca los pectorales, unas botas negras y unas gafas de sol con cristales tintados que le quedan de muerte. Mi cuerpo se revoluciona mientras lo repaso de arriba abajo, sintiendo otra vez esa bola de deseo en mi interior.

—Eres una diosa. —Me abraza besándome—. Odio a Paige por jodernos la mañana en la cama. Solo pienso en volver a desnudarte.

—No me has hablado demasiado de ella. —Caminamos abrazados hacia el Hummer—. ¿Erais muy amigos?

—Apenas puedo contarte cuatro cosas acerca de Paige. —Su cara se contrae con ansiedad—. Es muy buena como gerente del The Hole y era una gran amiga de Tess. Salíamos muchas veces los tres juntos... No hay mucho más.

Entra en el coche sin mirarme, como si realmente hubiera muchísimo más. Alarga la mano para encender el aparato de música y arranca el motor.

—¿Vas a contarme qué te pasa?

Sopla con rabia, agarra con fuerza el volante y mira hacia la carretera.

—Quería pasar la mañana contigo y me molesta la estupidez de Paige. ¿A quién se le ocurre encerrarse en el baño?

—Son cosas que pasan. No puedes enfadarte con ella por algo así.

—¿Y si llego a estar en California? ¿Hubiera llamado a Zack? Le di una llave por si acaso pasaba algo. —Niega con la cabeza—. ¡Es una gilipollez cerrar el pestillo si estás sola en el bar! ¡No tiene sentido!

Está tenso, aprieta los dedos contra el volante hasta que se le marcan los nudillos en blanco y tiene los dientes comprimidos, rechinándolos. Me acerco a su cara para darle un beso tierno. No me gusta verle así.

—No te cabrees. Podemos aprovecharlo para dar un paseo e ir a comer algo. Salir contigo me encanta. ¿Me invitas a una buena comida en un restaurante? Nunca hemos comido por ahí los dos solos, parecemos vampiros de verdad. ¡Siempre estamos encerrados en tu habitación! —Sonrío mordiéndome el labio—. Me apetece muchísimo fardar de novio cachas en un restaurante.

—Busca uno cerca de casa de Dennis que no sea demasiado caro. —Una pequeña sonrisa curva un segundo sus labios para volver a crisparlos—. Quizás un italiano con pasta fresca. Me apetecen unos *tortellini* con un poco de Chianti.

El resto del trayecto lo pasa callado. Frunce el ceño apretando mucho las cejas, no se relaja y su postura denota una inquietud impropia de la situación. Yo aprovecho el tiempo buscando un restaurante que cumpla con los deseos de Swan para apartar de mí la sensación cada vez más acuciante de que me oculta algo. Encuentro una pequeña *trattoria* con muy buena puntuación en Trip Advisor a pocas manzanas de casa de Dennis. No tardo en reservar una mesa.

El The Hole es un bar cerca de Cibolo. Está en la carretera, frente a un gran descampado donde aparcan los coches. Suele tener mucha gente en las horas de abertura, sobre todo por parte de los soldados de la base. Cada noche actúa un grupo de música en directo y los viernes es la noche de micro abierto.

El grupo de Julia se dio a conocer gracias a sus conciertos semanales en este bar donde vi varias veces a Swan cuando todavía no nos conocíamos. Recuerdo la primera vez que vine. Fue poco después de conocer a Luke, tras escaparme con Kris por la ventana de la casa de acogida de entonces para acudir a una cita con los *The band*. Estaba emocionada por la aventura, ir a un concierto en un bar invitada por los músicos me parecía increíble. Swan estaba en una de las mesas junto a Zack y otros oficiales de la base. Era la segunda vez que le veía y mis ojos se desviaron varias veces a él, como en nuestro primer encuentro en el Maggi's. Entonces no podía imaginar la fuerza magnética que ejercería en mi interior unas semanas después. Solo podía sentir la corriente eléctrica que recorría mis terminaciones nerviosas cuando me enfrentaba a sus ojos, cómo él parecía cambiar la expresión crispada por una iluminada, cómo mi voluntad se licuaba en una sucesión de deseos de entregarle hasta la última migaja de mi alma. Fue una atracción primaria que con el tiempo cuajó en algo más. Y al enfrentarme a su actitud de la última hora me pregunto si estamos a punto de atravesar un bache, si conseguiría coser las piezas rotas de mi corazón al enfrentarme a alguna traición por su parte.

Swan detiene el coche junto a un Ford Fiesta blanco bastante hecho polvo. Pone el freno de mano, gira las llaves en el contacto y suelta un soplido al abrir la puerta.

—¿Estás bien? —Me apeo y me cuelgo de su brazo—. No has dicho una palabra mientras veníamos. Y eso no es propio de ti.

—Te quiero Steff. —Se detiene frente a la puerta, me acerca mucho a él cercándome la cintura y me besa con ansiedad—. Eres la mujer de mi vida y voy a luchar cada día para mantenerte a mi lado.

—¿Pasa algo? —Su tono, ese beso desesperado, su forma de estrecharme entre sus brazos...—. Me estás acojonando un poco.

—Solo recuerda que lo eres todo para mí. Nunca he querido tanto a una persona como a ti.

Me suelta, da un paso al lado, coloca la llave en la cerradura con inquietud, como si algo le enfureciera más de lo normal, la gira y abre la puerta despacio, con una vena laténdole furiosa en la frente. El presentimiento de antes me fulmina con un escalofrío gélido.

Las luces del bar están semiapagadas cuando entramos, creando una atmósfera cálida en el interior del local.

Cuando veo a Paige sobre el escenario mi corazón se acelera. Va vestida con un conjunto muy provocativo de ropa interior, como si esperara seducir a Swan. Está sentada en una silla con las piernas abiertas en una posición felina y caliente. Y la música de ambiente invita a bailar de forma sensual.

Me paro en seco al interpretar la invitación directa a follar con él en esa pose, como si no fuera la primera vez.

Al cruzar su mirada con la mía cambia la expresión seductora por una de sorpresa y corre a ponerse un vestido para cubrir su desnudez. Es de tirantes, transparente y le marca un cuerpo perfecto.

—¿Qué coño significa esto? —Swan da tres pasos hasta ella, la agarra del brazo y la fulmina con la mirada—. ¡Me has dicho que estabas encerrada en el baño!

Mis ojos se entretienen en el arsenal de juguetes eróticos colocado sobre una de las mesas. Hay esposas, un látigo de tiras de cuero, un vibrador, un antifaz y correas de piel.

Trago saliva para bajar el nudo que se me ha formado en el estómago.

—¿Qué hace ella aquí? —Paige me señala con el dedo—. Esto era algo entre tú y yo.

—¡Entre nosotros no hay nada! —La mano de Swan le aprieta en el brazo con fiereza, dejándole marcas—. ¡Steff es mi chica y nada de lo que hagas lo cambiará! ¡Te lo dejé clarísimo!

—¿Ya le has contado cómo follabas conmigo después de besuquearte con ella hace una año? —Escupe las palabras con rabia y me alcanzan, provocándome un temblor en el cuerpo—. ¿Cómo me sometías con esos

juguetes? —Señala la mesa con un dedo, sin perder la sonrisa enfermiza—. ¿Cómo intentamos olvidarnos de la muerte de Tess follando como animales? ¿Se te ha ocurrido explicarle nuestro polvo salvaje antes de subirte a una avión para pasar un año en California?

Las palabras de Paige me abren gritas profundas en el alma. Me sostengo en una de las mesas para evitar caer de bruces al suelo porque mi cerebro acaba de procesarlas, de darles una consistencia, de entenderlas. Y siento cómo mi corazón se desgarrá para convertirse en un millar de pedazos desperdigados por mi cuerpo dolorido.

Mis ojos se entretiene en la mirada de Swan. Es oscura, apagada, llena de dolor, como si me suplicara en silencio un perdón imposible.

No puedo hablar, no puedo moverme, no puedo reaccionar.

La miro a ella y después a Swan, respirando con una aceleración casi cercana al infarto.

—¡Lárgate de una puta vez! —Swan la agarra y la lleva a rastras hacia la puerta—. ¡No quiero volver a verte por aquí ni cerca de mí! —Coge el bolso de Paige para quitarle las llaves del bar antes de tirárselo a la cara—. ¡Estás despedida!

La empuja fuera, cierra la puerta con fuerza, echa la llave y se acerca a mí.

—Princesa escúchame. —Retrocedo para evitar que me alcance—. Lo de Paige no era nada serio, solo era sexo y se acabó hace un año.

Mis cuerdas vocales están atascadas, son incapaces de expresar con palabras la rabia y el dolor que me rompe. Tengo los ojos muy abiertos, tiemblo, las piernas parecen decididas a no sostenerme y respiro demasiado rápido.

Él avanza. En sus ojos percibo miedo, ansiedad y necesidad.

La pared frena mi intención de apartarme de él.

Está a dos pasos.

No quiero escucharlo, no quiero desearle, no quiero saber por qué me engañó. Solo quiero que se vaya para asumir lo que acaba de pasar. Necesito aire, tiempo, espacio. Necesito entender lo sucedido, las palabras de Paige, su significado. Procesarlas. Descubrir hasta dónde llagan mi alma. Y encontrar una forma de superarlo porque Swan es mi única razón para sonreír y acaba de quitarme esa potestad.

Swan se coloca a dos centímetros de mi cuerpo, acorralándolo con el suyo. Levanta la mano y me acaricia la mejilla con una mueca ansiosa, como si

suplicara perdón con la mirada.

—Mi vida sin ti es una mierda Steff. Te necesito.

—¡No me toques! —Le aparto la mano con rabia—. ¡Cabrón hijo de puta! ¡No te atrevas a tocarme! —Junto el puño y lo golpeo contra su mandíbula con la mayor fuerza que soy capaz de reunir—. ¡Te odio!

La sorpresa cuando recibe el puñetazo se refleja en su cara, en su postura, en cómo se retira un poco hacia atrás y se toca la mandíbula, escupiendo un poco de sangre.

Me aganto la mano con la otra mientras me escabullo hacia la puerta. Está dolorida. La muevo varias veces mirándolo. Parece un poco sorprendido de mi reacción, pero no tarda ni dos segundos en recomponerse y correr para bloquearme el paso colocándose frente a mí.

—No te he engañado ni una sola vez. —Me rodea la cintura con un brazo y me inmoviliza las manos a la espalda con el otro—. Eres la única para mí. No me dejes Steff, no soporto estar sin ti. Te quiero.

—¡Quítame tus sucias manos de encima!

Intento deshacerme de su bloqueo, soltarme las manos, herirle como él acaba de hacerme a mí, pero es más fuerte que yo. Grito, pateo, me retuerzo entre sus brazos mientras él me arrastra hacia atrás hasta apoyarme contra la pared.

—Steff escúchame, por favor. —Sube las manos sobre mi cabeza sin soltarlas y utiliza la otra para intentar acariciarme la mejilla, pero yo lo evito moviendo la cabeza con rabia—. Eso pasó hace tiempo. He vuelto a por ti, quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Sabía que esto podía pasar y te he dejado venir. Quería contártelo.

—¡Qué te jodan! —Giro la cabeza hasta alcanzar su dedo con los dientes y los aprieto con toda la fuerza que soy capaz de reunir.

—No me dejes, Steff. —Su tono es suplicante—. Por favor.

—¡Déjame marchar! —Abro la boca, le suelto y me encaro a su mirada—. ¡No quiero pasar ni un segundo más contigo!

Baja la cabeza con ansiedad, sin separarse de mí, sin darme espacio, sin permitirme salir corriendo de este lugar para pensar con tranquilidad y darme cuenta de cómo me afecta descubrir su traición. Necesito que me suelte, quiero hacerle daño, pegarle, golpearle, dañarle su preciosa cara de capullo arrogante. El dolor es como un puño que agarra mis entrañas, las estruja, las convierte en una sucesión de cuchillos que me laceran la piel y el corazón.

—Eres mi puto infinito —musita abatido—. Te necesito.

—¿Por eso te follabas a otra hace un año, después de besarme? ¡Eres un hijo de perra! ¡El mayor cabrón que se ha cruzado por mi vida!

—¡Me la tiraba a ella para no aceptar que me había enamorado de ti! — Siento cómo su cuerpo se tensa—. ¡Era mi vía de escape! ¡Acababa de perder a Tess y no podía liarme con una menor! ¡Deberías entenderlo!

—¡Haz el jodido favor de soltarme! ¡Me la suda por qué lo hiciste! ¡La cruda realidad es que te la tiraste mientras me hacías creer que me querías!

Levanta la mirada, la clava en mis ojos y compone un mohín ansioso.

—Nunca he querido a otra como te amo a ti. —Acerca su boca a la mía—. Necesito tus besos, tus caricias, compartirlo todo contigo. Soy incapaz de imaginarme mi vida sin ti. Has de encontrar la manera de perdonarme.

—¡Jamás! —Le agarro los labios con los dientes para dejarle una marca—. ¡Se acabó! ¡Te lo has cargado en una puta semana!

—Princesa, sin ti me muero.

Vuelve a empotrar la boca en la mía. Su lengua lucha por introducirse entre mis labios. Le escucho jadear, cómo suplica en silencio. Siento su cuerpo tensarse, su corazón aporrear el pecho con fiereza, su dolor.

Mi corazón se despedaza, se parte en mil piezas, se convierte en un tarro de cristal golpeado por sus puños de acero.

Cuando noto cómo afloja un poco la presión de su cuerpo aprovecho para levantar la pierna e impactar la rodilla contra su entrepierna. Aúlla de dolor, da un paso atrás y se dobla por la mitad permitiéndome escapar hacia la puerta.

Saco el móvil del bolsillo y marco el número de Dennis.

—¿Puedes venir a buscarme al The Hole? —digo tras escuchar su voz.

¡Joder! ¡La puerta está cerrada con llave y no está puesta en el paño! ¡Y Swan se está recuperando del golpe!

—Pareces un poco alterada pequeña. ¿Estás bien? —Dennis siempre tan perspicaz.

—Acabo de dejar a Swan. Es un cabrón.

—En veinte minutos estoy ahí.

—Gracias Den, eres el mejor.

Le tengo a dos centímetros, mirándome con una mueca llena de dolor. No me amedrantó, levanto la mirada para clavarla en la suya con rabia y empiezo a caminar hacia las mesas para apartarme de él.

—¡No puedes dejarme! —No tarda en alcanzarme—. ¡No vas a hacerlo!

Coloca sus manos en mis hombros zarandeándolos con fuerza. Su cara

está contraída, angustiada, desesperada.

—¡Quítame las manos de encima! —grito intentando deshacerme de él—. ¡Déjame marchar! ¡Lo nuestro es historia!

Camina arrastrándome con él hacia una de las mesas hasta que mi trasero choca con ella. Está justo al lado de los juguetes sexuales.

—No puedo vivir sin ti, no quiero hacerlo.

Levanto una pierna como puedo e impacto mi pie en su espinilla sin librarme de él. Sus manos siguen aferrándome los hombros con tanta fuerza que me quedarán marcas de sus dedos. Resuella, sus ojos lanzan fuego y su cuerpo parece decidido a impedirme el movimiento.

—¡Quieres dejarme marchar de una vez! —Le arrojó las palabras a la cara—. ¡Te la tiraste Swan! ¡Todavía recuerdo nuestro último día en el Maggi's! ¿Cómo pudiste irte con ella después?

—¡Necesitaba liberar la tensión! —Crispa la cara con desespero—. ¡Estabas en mis putos sueños! ¡Eras la única tía capaz de hacerme estremecer con una palabra! ¡Y no podía estar contigo!

Otra vez su cuerpo me impide moverme, me bloquea, me confunde. Siento el calor expandirse por mis venas, calentar mis sentidos, llevarme a un estado de agitación demasiado intenso para no atender a mis ansias de besarlo.

—Pensaba que me querías. —Aprieto el puño dolorido, le levanto como puedo y cuando estoy a punto de impactarlo contra su cara él me sujeta la muñeca.

—¡Eres la mujer de mi vida! —Me baja el brazo forcejeando contra mis intentos por deshacerme de la sujeción—. ¡Joder Steff! ¡No vuelvas a decir que me vas a dejar! Te quiero. Me tiraba a Paige para apartarme de ti, porque no podía aguantar mis ganas de arrancarte la ropa y nuestra situación era muy delicada. No podía poner en riesgo a mi familia, a Kris ni a ti misma por un amor imposible y Paige conseguía ayudarme a atenuar la mierda de dolor que me producía amarte. Eres mi chica, mi puto infinito.

—¡Tú y yo ya no somos nada! —Le agunto la mirada con determinación—. ¡No me van los capullos capaces de follar con otra mientras me hacen creer en putos cuentos de hadas! ¿Habías quedado con ella? ¿Es eso? ¿Ibas a tirártela otra vez? ¿Ya lo hiciste ayer cuando viniste a verla?

Niega con la cabeza, furioso.

—¡Llevo un puto año sin tirármela! ¡Le dejé claro lo que siento por ti! ¿Crees que te hubiera traído aquí si no fuera así? —Cierra un segundo los ojos con dolor—. ¿De verdad me crees capaz de algo tan ruin? Te he traído porque

me imaginaba algo así y no quería ocultarte nada.

—¡Te la follaste cuando estábamos juntos! —Reprimo una lágrima apretando los labios—. ¡Cada vez que me besabas! ¡Te la tiraste mientras superabas lo de Tess! ¿Qué clase de cabrón eres? ¿No sabes vencer la pena de otra manera? ¿Vas a correr detrás de ella cada vez que nos peleemos? ¿Tienes otras zorras en tu vida?

Con demasiada facilidad consigo inmovilizarme los brazos en la espalda con una sola mano. Siento una mezcla de emociones encontradas. Ira, deseo, rabia, anhelo...

—Solo tú Steff. —Se acerca hasta rozarme la cara con los labios—. Eres la única para mí.

—¡No puedes consolarte con el sexo! —Contraigo la cara sin amilanarme al descubrir las heridas abiertas en sus ojos—. ¡Ni engañarme! ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no podía perderte. —Me acaricia los labios con la yema de un dedo de la mano libre—. ¡Mi vida sin ti no tiene sentido!

—¡Habértelo pensado antes de mentirme!

—He venido a por ti, te he abierto mi corazón y no pienso volver a joderla porque sé cómo me hundo en la mierda cuando estoy sin ti.

Por mucho que intente evitarlo le deseo, le quiero, le necesito. Y poco a poco el enfado remite porque no puedo luchar contra la atracción, contra la necesidad, contra mi anhelo de encontrar la forma de perdonarle, de no perderle, de asirle tan fuerte que sea incapaz de volver a descoserse de mi lado.

—¿Cómo pudiste dejarme en el Maggi's y meterte en la cama de Paige? —Mi voz se tiñe de tristeza, las lágrimas pugnan por salir de mis ojos y poco a poco mi rabia se mitiga convirtiéndose en una sucesión de dolores—. Ese día fue uno de los peores de mi vida porque me quedé sin ti.

—Para mí fue una puta mierda largarme. Te quería demasiado y me costó un huevo subirme a ese avión. —Siento su desgarró y me desarma—. Ese día no follé con Paige, hice el amor contigo, terminé lo que empezamos en ese almacén, te sentí durante un rato entre mis brazos y así logré convencerme para subirme al jodido avión.

—Fuiste un cabrón egoísta.

—¡Solo follaba contigo! ¡Una y otra vez! ¡Desde que te conocí fui incapaz de tirarme a otra tía sin ver tu jodida cara en cada orgasmo! —Se acerca tanto que su cuerpo casi se convierte en una prolongación del mío—.

¡Joder Steff! ¡Tú eres la puta princesa de cuento que me arrebató el alma!

Nos quedamos un segundo mirándonos en silencio, con una cacofonía de resuellos acompañada por el palpitar del corazón en cada parte del cuerpo susceptible de sentir el pulso.

Sus labios chocan con los míos con furia.

—No voy a renunciar a ti. Nunca.

Durante unos segundos lucho con él, intentando apartarlo, alejarlo, evitar la tentación de sentirlo, pero acabo sucumbiendo a mi necesidad de él. Es superior a mi enfado, al dolor de descubrir su traición, a cualquier razón para alejarlo. Le amo tanto que no puedo rechazarlo. No puedo.

Le muerdo, le beso, le succiono y le vuelvo a morder.

Cuando al fin acepto su lengua lo hago con rabia, gruñendo, con el cuerpo a punto de hervir, como si no pudiera evitar sentirme llena de necesidad.

Afloja la sujeción en mis manos. Me acaricia el cuerpo, me acerca mucho a él, gimiendo, resollando, a punto de colapsarse.

No debería seguir besándolo, no le puedo consentir que me convenza, que borre con cuatro besos las mentiras, que se difuminen en un perdón demasiado fácil, como si no hubieran destrozado mi corazón. Cuando reúno el vigor para reactivar mi ira detengo el movimiento de la lengua, le rodeo la suya con los dientes y los junto con fiereza.

Él grita y se separa de mí.

Aprovecho el momento para disparar un puñetazo contra su cara, con ganas de herirle, de hacerle sentir cómo ha impactado contra mi cuerpo su forma de mentirme.

Steff consigue impactar un nuevo puño contra una de sus mejillas desatando una nueva oleada de dolor. La agarra por la muñeca para detenerla cuando intenta repetir, apretándola con fuerza. Le duelen los golpes, tiene la lengua ardiendo, los labios castigados, la mandíbula dolorida, la entrepierna ardiendo y el corazón desintegrado.

—Deja de luchar conmigo. —Es casi un lamento—. No quiero hacerte daño.

—¿Prefieres follar dándome azotes? ¿O tirarte a otra mientras me dices cuánto me quieres? —Levanta la otra mano y Swan la intercepta enseguida—. ¡Eres un jodido perverso! ¡Un cabrón!

Él alarga la mano para coger las correas de la mesa de al lado.

—¡Deja de intentar pegarme! —Le ata las dos manos a la espalda con la correa a pesar del forcejeo de la chica—. Cuando Tess murió estaba hecho una mierda, no podía soportar el dolor y Paige estaba ahí, dispuesta a ayudarme a superarlo. El sexo con ella era duro, muy duro. Era una manera de no pensar, de olvidarme de todo, de seguir con mi vida.

Acerca la boca a la suya con una necesidad extrema de besarla.

—¿Por eso te la follabas a ella en vez de salir conmigo? —Steff gira la cara para apartarse de la tentación— ¿Porque te mola el sexo duro?

—¡Pasó hace tiempo! ¡No puedes dejarme por eso! Estoy aquí, no voy a alejarme nunca más ni voy a engañarte. Hace un año estaba con Paige porque no podía contenerme cuando te veía. Te amaba Steff, y lo nuestro era imposible.

El dolor, se clava en él al observar la airada mirada de Steff, su angustia, su desespero. Se acerca para besarla, pero ella vuelve a morderle.

La agarra por la coleta, tira de ella para levantarle la cabeza y le pasea los labios por el cuello.

Ella gime.

—Te quiero Steff —musita entre besos ansiosos—. Hace un año no te prometí nada. No estábamos juntos ni teníamos ninguna relación seria como ahora. Perdóname.

—¿Por qué debería perdonarte? —Su voz es anhelante.

—Porque te quiero y tú estás loca por mí. Porque seríamos los dos unos desgraciados si nos olvidamos de lo que sentimos. Y porque te prometo que nunca volveré a mirar a otra.

—Tus promesas no valen nada.

—Dime que no me quieres y te dejaré marchar. —Swan baja la boca hacia el escote de la camiseta, le agarra la piel con los dientes y le deja un par de marcas—. ¿Quieres que deje de tocarte? ¿Terminar para siempre? —Le da dos besos ansiosos—. ¿De verdad estás dispuesta a renunciar a seguir a mi lado por algo que pasó hace tiempo?

Ella no habla, solo gime, jadea y gruñe. Sus resuellos resuenan en el local al ritmo de los movimientos de su pecho.

Está excitada.

No puede detenerle porque le quiere.

Pero seguir aquí con él, besarle, volver a darle permiso para entrar dentro de ella podría hacerla sucumbir de nuevo. Y él la ha engañado.

Siente cómo el deseo se vuelve codicioso, cómo su cuerpo se deshace con sus mordeduras, cómo es incapaz de decirle que pare.

Jadea. En su cara se lee excitación, deseo, voracidad.

Los labios de Swan descienden hacia sus pechos. Los mordisquea sobre la camiseta, agarrándole un pezón entre los dientes para erizarlo. Ella aumenta más el ritmo ya acelerado de su respiración.

Cada uno de sus mordiscos la excita. Siente el calor de su aliento en el pezón, las caricias de su boca, su erección contra su sexo.

—¿Quieres que deje de tocarte? —insiste caminando con la boca hacia el otro pezón—. ¿Vas a negarme cuánto me quieres? ¿A acabar con lo nuestro?

Debería alejarse, abandonarle, dejarle para siempre. La engañó, la traicionó, no pensó en cómo se sentiría ahora.

Pero le quiere y le desea.

Y pasó hace tiempo...

Swan agarra el pezón con los dientes haciéndola arder. Le suelta la coleta y la levanta por la cintura para sentarla en la mesa. Le abre las piernas y se coloca entre ellas, mostrándole cuánto la desea.

Ella solo jadea a un ritmo frenético.

Él sube la cara hasta sus labios. Joder, cómo le ponen esos labios. Se acerca a ellos levantándole la camiseta para acceder a su piel.

—¿Me detengo? —musita a pocos centímetros de su boca—. ¿O vas a besarne?

La lucha interior de la chica es intensa.

Deseo contra razón, ira contra amor, dolor contra necesidad.

Resuella a toda velocidad.

Su cuerpo es una bola de fuego, unas llamas que chispean en sus terminaciones nerviosas, un mapa de necesidades y anhelos.

Debería pedirle que se detenga. Debería impedirle que se apodere así de sus sentidos, de su cuerpo, de su alma.

Le tiene a dos milímetros. Siente sus labios casi rozando los suyos. Los desea, los ambiciona, los necesita.

No puede negarse cuánto le desea.

Ni cuánto le ama.

¿Puede detenerse ahora? ¿Puede apartarse sin consumir las ansias de sentirlo dentro de ella? ¿Podrá dejarle para siempre?

Se acerca un poco más y gime cuando sus labios casi se unen produciendo una chispa de placer en su cuerpo.

Sus jadeos son roncós, sonoros, acelerados.

El cuerpo de Swan la calienta, la convierte en una hoguera, en un amasijo de deseo, excitación y necesidad. Sobre todo necesidad.

Un milímetro más y posa sus labios en los de él.

Swan siente una descarga de placer recorrerle las terminaciones nerviosas, expandirse por su cuerpo y apoderarse de su razón.

Necesita que ella abra la boca, que le regale la lengua, que le bese. No soporta esta tensión, este abismo entre ambos, la posibilidad de perderla.

Sus manos la recorren con avidez, repasan sus muslos, su espalda, sus costados.

Los labios siguen unidos. Solo se escuchan los resuellos acelerados de Steff, su respiración a punto de colapsarse, los jadeos roncós que muestran la batalla interna que la devasta.

Swan está a punto de explotar de deseo. La necesidad de devorarla le consume, le llena, le incendia. Joder, si no le besa rápido se volverá loco. No soporta esta tensión, esta cercanía, sentir sus partes unidas, tenerla sin poseerla.

Ella abre la boca despacio, sin abandonar los jadeos profundos.

Se queda unos segundos quieta, solo con los labios abiertos unidos a los de él. Swan la estrecha entre sus brazos apretándola tan fuerte que la deja casi sin respiración.

Un par de lágrimas rebeldes resbalan por las mejillas de Steff. No puede

renunciar a él. Le ama demasiado para imaginarse su vida sin él.

Gime antes de empezar a devorarlo con ansia, incapaz de dilatar más el momento. Sus lenguas se enredan con pasión, se entregan a un beso caliente, ardoroso y sexual que les sorbe la sangre, el aire y la razón. Les llena el cuerpo de reacciones en cadena, de excitación, de anhelo.

Las manos de Swan le desabrochan el pantalón con movimientos ávidos. La estira sobre la mesa, se separa un poco de ella y le quita el vaquero y el tanga rasgándole la piel, sin dejar de resollar.

—Es tu última oportunidad para pedirme que me detenga. —Se obliga a contenerse antes de aflojarse el pantalón y colocarse un condón—. ¿Quieres que siga?

Se queda a pocos centímetros de ella con el deseo palpitándole entre las piernas. No quiere joderla otra vez. Necesita que se entregue a él sin reservas, aunque si le rechaza se sumirá en la desesperación.

Steff gruñe. Su corazón está punto de destrozarle las costillas. Hiperventila, jadea, gime y siente cómo es incapaz de resistirse al magnetismo, a la necesidad y al deseo.

Se incorpora de nuevo, alarga las piernas, lo rodea por la cadera y lo acerca a ella.

No puede luchar contra sus sentimientos ni enfrentarse a la posibilidad de perderle.

No puede imaginarse un mañana sin él.

No puede evitar amarle con toda su alma.

—No vuelvas a mentirme —musita permitiéndole que entre en ella—. Necesito confiar en ti. Eres mi alma.

—Tú y yo juntos princesa. Ahora y siempre.

El beso de Swan es dominante y desesperado. La seduce, la lleva a una dimensión desconocida, la hace suya.

Empieza a moverse con rudeza, introduciéndose dentro de ella hasta el fondo, con un deseo intenso de dejar una huella en sus entrañas.

—No vuelvas a decir que me vas a dejar. —Entra y sale de ella agarrándola de las nalgas con posesión—. Mi vida sin ti no es nada.

La mesa desaparece, se hunde bajo su peso, se convierte en una superficie mullida que la engulle, calentándola, llevándola al abismo del deseo. Es un deseo vibrante, duro, caliente.

Swan abandona un segundo sus labios y ella siente un frío atroz en el cuerpo. Le falta el aire, se ahoga en un mar de necesidad.

Siente cada una de las acometidas clavarse en su interior para abrir una brecha más profunda en su anhelo. Gime buscando su boca de nuevo, perdiéndose en sus labios, ofreciéndole hasta la última migaja de su ser.

Él la penetra con más rudeza, preso de una pasión descontrolada, gimiendo dentro de su boca al sentir la presión devastadora de los músculos internos de Steff en su erección. Carne contra carne. Boca contra boca. Cuerpo contra cuerpo.

Mientras cada embestida invade sus sentidos escucha los jadeos suplicantes de Steff ahogarse en su boca. La siente deshacerse en mil pedazos y recomponerse una y otra vez sin dejar de entregarse a él con una pasión demoledora.

Coloca una de las manos en su cadera y la obliga a moverse contra él, a apretarse en cada movimiento, a sentir cómo la penetra hasta lo más profundo de su interior.

Una avidez abrumadora se apodera de su cuerpo cuando ella grita su nombre contrayéndose contra su pecho, explotando, gimiendo salvajemente al compás de las oleadas que sacuden su cuerpo con fiereza. Swan se deja ir dentro de ella, se deja poseer por el orgasmo, se deja arrastrar a las aguas profundas del devastador placer que le recorre cada una de las fibras de su cuerpo.

La besa sin dejar de abrazarla, de estrecharla tan fuerte contra él que la hiere. No puede dejarla escapar, no puede imaginarse volver a escuchar un adiós de sus labios, no puede ignorar ese amor que le desgarró el alma.

—Necesito saber que nada nos separará —susurra—. Comparte tu vida conmigo, déjame cuidarte ahora y siempre.

—¿Por qué lo hiciste? —Se afloja entre sus brazos como si el dolor regresara a ella—. Podrías habérmelo contado. No puedo estar con alguien sin confiar en él.

—Durante mucho tiempo el sexo fue mi manera de deshacerme de las emociones. —Busca las palabras en su interior para abrirle su corazón. Le debe la verdad—. Empecé pronto. No me liaba en serio con nadie porque solo quería follar. No tardé en descubrir el poder de un polvo, cómo llevar mi cuerpo y el de mi amante al límite y cómo hacerlo me ayudaba a enfrentarme a mis sentimientos. Era liberador cuando me cabreaba o algo salía mal. Hasta Tess solo buscaba follar cada vez más duro para saborear el placer.

Le desata las manos sin dejar de abrazarla, sin separarla de él, sin salir de su interior.

—Deberías preguntarte qué cambió con ella.

—Nunca engañaba a las tías desde que pasó lo de Diane. Les dejaba las cosas claras desde el principio porque no quería hacerles daño o que se hicieran ilusiones conmigo. Pensaba que era inmune al amor —Le acaricia el cuello con la nariz aspirando su aroma—. Empecé con Tess igual que con las demás. A medida que la conocía descubrí que no solo la deseaba, también me apetecía pasar más tiempo a su lado.

—Y acabaste enamorándote. —Su tono es herido, como si los celos lo eclipsaran.

—La quería, con ella el sexo era un desafío constante porque le gustaba probar cosas nuevas y dejarse dominar. —Sube los labios con lentitud por su cuello—. La deseaba a todas horas. Me gustaba salir con ella a cenar, mantener largas conversaciones, compartir mi tiempo con ella. —Llega a sus labios—. Cuando la perdí Paige estaba ahí, ofreciéndome su cuerpo para olvidar.

Ella lo abraza con un gemido.

—¿También intentabas olvidarme a mí tirándotela? —Se acerca a sus labios con un estremecimiento—. ¿Era eso?

—Nunca en mi puta vida me había sentido como contigo. Besarte era una tortura porque solo me hacía ver cuánto necesitaba tocarte, desnudarte, hacerte el amor una y otra vez. —Habla pegado a sus labios, despertando el deseo de nuevo—. Me ponía duro al verte, me pasaba todas las horas del día y de la noche pensando en ti, en llevarte lejos, en pasar mi vida contigo. No solo era atracción sexual, era amor. Un amor jodido y desesperado. Un amor que yo nunca había sentido. —Le da un beso suave y regresa a su cuello—. Necesitaba arrancarte de mi corazón, quemar la tensión, convencerme de que podía vivir sin ti. Eras menor Steff. Y la hija de acogida de mi padre. Estar contigo significaba joderte la vida. Por primera vez tenías la oportunidad de vivir en una casa de acogida con personas decentes. Debía olvidarte.

—¡Así no se afrontan los problemas! Podías haber hablado conmigo, explicarme lo que te pasaba por la cabeza en vez de largarte con otra.

—Lo entendí a base de golpes. —Acaricia su piel con los labios—. En California probé sexo cada vez más duro. Pero nada te alejaba de mi pensamiento. Cada tía era una mala imitación de ti. Ninguna me llenaba, no podía quemar mis sentimientos porque eran abrumadores. Y dejé de follar. Dejé de buscar. Dejé de negar mi amor por ti. Estaba hecho una puta mierda porque te necesitaba. Contaba los días para regresar a Fort Lucas, rezaba para

que ningún otro desgraciado me hubiera negado la posibilidad de recuperarte y sufría como un cabrón. Hasta nuestro encuentro en el hotel de Los Ángeles. Cuando te vi... ¡Joder princesa! ¡Me tembló hasta la uña del dedo del pie! Esa noche te hice el amor por primera vez y me convertí en un adicto a ti.

—Yo tampoco podía olvidarte. —Hunde las manos en su pelo y gime—. Pero no me acosté con el primer tío que apareció ni te engañé.

—Perdóname. Nunca más volveré a mentirte porque mi vida sin ti no tiene sentido. Necesito que te comprometas a pasarla conmigo. —Regresa a sus labios, los mordisquea resollando, suplicando por un beso—. Me destroza pensar en perderte. Necesito tenerte a mi lado cada segundo, tocarte, besarte, hacerte el amor, conseguir tus putas sonrisas. Necesito que te quedes conmigo para siempre.

Por toda respuesta ella sube las manos hasta la nuca, le aprieta contra sus labios y le besa. Su lengua parece poseída por las palabras calladas que susurra su corazón. Encontrará la manera de perdonarle porque sin él es incapaz de encontrar la felicidad.

—¿Eso es un sí? —pregunta Swan ansioso.

—Si vuelves a joderla te cortaré los huevos.

La abraza, la acerca a él y la besa con codicia. Ha estado a punto de perderla y no va a volver a ese punto nunca más. Ella es el centro de su universo y hará lo posible para mantenerla a su lado el resto de su vida.

—¿Steff? —La voz de Dennis se escucha tras la puerta mientras la golpea—. ¿Estás ahí?

—¡Un momento! —Separa a Swan, baja de la mesa y recoge su ropa—. ¡Ahora te abro!

Él le da las llaves del local antes de perderse en el baño un momento. La escucha caminar hasta la puerta, girar la llave y darle la bienvenida a su amigo.

Frente al espejo descubre los rastros de sus encuentros. Tiene el labio hinchado, un pequeño morado en la mejilla, el chupetón en el cuello y la barbilla con marcas visibles de mordiscos. Por no hablar de los arañazos en el brazo y en otras partes de su torso. Deberían aflojar un poco si no quieren llamar demasiado la atención. Ella también tiene marcas que les delatan.

Se moja la cara con un poco de agua fría, se deshace del condón y sale al bar prometiéndose no volver a cagarla nunca más porque Steff es el principio y el final de su alma.

Dennis es alto, moreno, musculado, con piercings en la oreja, el pelo

corto, barba de cuatro días y una piel llena de tatuajes. Lleva una camiseta blanca de tirantes gruesos, unos vaqueros negros bajos de talle bastante apretados y unas botas negras de cordones.

Está al lado de Steff, abrazándola por la cintura. Sus felinos ojos verdes taladran a Swan con rabia. El aspecto de la chica da una idea aproximada de su pelea. Tiene el pelo revuelto, con la cola medio deshecha. Los mordiscos en el escote se unen a las marcas de sus dedos en los hombros desiertos gracias a la camiseta de tirantes finos.

Dennis le repasa con los ojos furiosos.

—¡Serás cabrón! —le espeta acercándose a él y agarrándole por la camiseta—. ¿Cómo se te ocurre follar así? ¡Steff es una niña!

—Soy bastante mayor que cuando te tiraste a Kris por primera vez. —La chica avanza hasta ellos y le pone la mano en el brazo de Dennis—. ¿Has visto la cara de Swan? ¡No ha sido solo cosa suya!

—¡Joder pequeña! —Dennis tarda unos minutos en soltar a Swan y retirarse hacia atrás—. ¡Le has dejado hecho un puto cromo!

La rodea con el brazo por los hombros y la atrae hacia él.

—Estaba cabreada. —Se acerca a su mejilla para darle un beso y le apoya la cabeza en el hombro—. Y se lo merecía.

Los celos toman posesión de Swan al comprobar la complicidad entre ellos. En los ojos de Steff brilla un cariño que le pone enfermo. No soporta verla así con otro tío ni pensar en sus años compartidos.

—No hacía falta que vineras. —Da tres pasos hasta situarse frente a ellos, muy pegado a Steff—. Hemos arreglado lo nuestro.

—¿Con un polvo? —Las cejas de Dennis tocan el nacimiento del pelo en una expresión agresiva—. ¿Dándoos de hostias? ¿Así solucionas tus problemas? Steff solo tiene dieciocho años tío. No deberías tocarle ni un pelo.

—¡Joder! —Swan se enfrenta a su mirada con rabia—. ¡No puedes venir aquí a darnos lecciones! Apuñalaron a Kris por tu culpa, las dejaste tiradas cuando al fin habían logrado salir del sistema y te liaste con una banda callejera.

—¡La jodí! —Pega un puñetazo con la mano libre sobre la mesa—. ¡Fui un gilipollas! Pero Steff es como una hermana pequeña para mí y no pienso consentir que un cabrón la destroe. ¡Tienes treinta tacos tío! ¡Deberías respetarla!

—¡Quiero pasar mi vida con ella! ¿Te crees que voy a dejarla tirada como hiciste tú con Kris? —Niega con furia—. No soy un capullo.

—¡Pues deja de follar como si fueras un cabrón!

Se sostienen la mirada como si fueran dos machos alpha. Swan nunca había actuado así con una mujer, con esta sensación de territorialidad, como si le fuera imposible compartirla con nadie. Y le asustan estas reacciones porque son una advertencia a la ferocidad de sus sentimientos por Steff. Ella tiene su corazón y la llave para destruirlo.

La testosterona de ambos parece a punto de iniciar una pelea. Swan contrae la mandíbula con una mirada fiera. Puedo sentir sus celos, saborearlos, escuchar cómo le crisan los nervios.

Dennis me acerca más a su cuerpo para marcar el terreno y le responde con ojos feroces.

Su abrazo me reconforta. Cuando lo perdí me arrancaron una parte de mí. Le quiero, me gusta tenerle en mi vida con su aire arrogante a la hora de protegerme de los peligros, con su forma tan belicosa de velar por mi seguridad. Le eché mucho de menos en su periodo en la cárcel y ahora soy feliz al volver a contar con él.

Observo a Swan con un suspiro. Tiene mi corazón en sus manos, es el único con poder para destruirme porque posee la llave de mi felicidad. Quizás hace un año se comportó como un cabrón, pero debo mirar hacia delante en vez de fustigarme por lo sucedido entonces. Necesito darle una oportunidad a lo nuestro, ver a dónde llega y descubrir si en realidad es para siempre.

Mientras me hablaba de Tess y de su pasado he entendido algo importante. Hay diferentes tipos de amor, distintas intensidades. El nuestro nunca ha sido plácido ni sencillo. Desde el primer minuto fue explosivo, pasional y demasiado intenso como para limitarnos a simples besos y caricias. Un amor con mayúsculas. Un amor que se ha apoderado de cada resquicio de mi ser mostrándome vulnerable ante él, llevándome a desearle a todas horas, a depender de él para sonreír.

Si hubiera venido a follarse a Paige yo no estaría aquí. Se ha sincerado conmigo, ha aceptado su culpa y me ha abierto de par en par las puertas de su alma.

Necesito darle esta oportunidad porque no puedo vivir sin él. Es así de simple. Le necesito. ¿Puede haber mejor razón para perdonarle? Quiero hacerlo, necesito aparcas el pasado para vivir el presente sin pensar en lo que no fue.

Mi mirada les repasa a los dos. Ellos siguen con sus posturas amenazantes y eso me molesta. Deberían hacerse amigos en vez de pelear.

Le doy un beso en la mejilla a Dennis y me separo de él para colocarme

entre los dos.

—Nada de lo que hemos hecho Swan y yo hace un rato ha sido sin consentimiento —expongo en un tono conciliador—. Swan me ha preguntado varias veces si quería que se detuviera.

—¿Y eso? —Señala la mesa donde están los juguetes sexuales de Paige.

—Ha sido parte de mi cabreo —admito caminando hacia una silla—. ¿Puedes confiar en mí, Den? Este último año hemos recuperado nuestra relación y no me gustaría perderla por una tontería. Quiero a Swan, es el hombre de mi vida. Y siempre lo antepondré a cualquiera.

—Hablas como si quisiera acostarme contigo pequeña. —Acepta mi tácita invitación, le da la vuelta a una silla y se sienta a horcajadas en ella—. Te quiero demasiado para prohibirte nada. Solo me jode que te hagan daño.

—¿Recuerdas cómo te enamoraste de Kris? —Suelta una risotada nerviosa, como si no le gustara mi pregunta—. No es algo que se pueda controlar. Nadie decide a quien le entrega su corazón, sucede sin más. Un día sientes una química especial con alguien, empiezas a soñar con esa persona y nada te la quita de la cabeza.

Dennis baja la mirada al suelo con dolor, como si mis palabras le demostraran que no ha olvidado a mi hermana. Swan se sienta a mi lado dándome la mano con una sonrisa.

—Deberíamos probar de entendernos —dice levantando el brazo derecho en señal de cordialidad—. Los dos queremos lo mismo para Steff.

—Si la puteas voy a reventarte la cara. —Le encaja la mano con determinación—. Es mi niña, mi hermana pequeña. Y nadie la jode.

Mi chico asiente sin perder la sonrisa.

—Voy a cuidar de ella. —Me levanta de la silla para sentarme en su regazo. Cuando se pone así de tierno me lo comería entero—. Le he pedido que se venga a vivir conmigo, pero me rechaza una y otra vez.

—Steff no cree en vivir con alguien sin un compromiso de la hostia. —Sonríe—. Tiene unas ideas un poco antiguas.

—Era una niña cuando hablaba así —digo con reproche—. El tiempo cambia las opiniones. También quería un príncipe montado en un caballo blanco y ahora prefiero un soldado pilotando un caza.

Los dos estallan en unas carcajadas divertidas que acaban alcanzándome.

La conversación se suaviza con rapidez. Entre ellos surgen temas en común, como la mecánica, los coches y su afición por las carreras de Fórmula 1. Dennis es un experto en esa materia y cuando era niña sus lecciones también

abarcaban hablarme de marcas, modelos, pilotos y las carreras más importantes, así que no tengo problemas en seguir la conversación.

Mientras hablan descubro algunos aspectos de Swan que desconocía. Él también es un forofó de los coches potentes y compartimos el entusiasmo por la mecánica.

Media hora después Dennis y Swan se tratan con camaradería, ya no hay tensión en el ambiente.

—¿Os apetece ir a tomar algo? —Miro el reloj—. Son las dos y no hemos comido. Estoy muerta de hambre.

—Necesito encontrarle una substituta a Paige. —Swan me rodea la cintura con los brazos para besarme—. Es una putada que haya sido tan estúpida.

—Si no te importa contratar a un ex presidiario podría echarte una mano —ofrece Dennis—. En el taller donde curro nos han jodido rebajándonos las horas. ¡El muy cabrón del propietario quiere exprimirnos como si fuéramos gilipollas!

—Deberías abrir tu propio taller. —Le dirijo una mirada coqueta—. Cuando éramos niños siempre fantaseabas con eso. ¡Yo iba a ser tu mecánica estrella!

—Era una puta ilusión, pequeña. —Golpea la mesa—. No tengo pasta.

—Nunca se sabe si podrás montar uno en el futuro. —Me muerdo el labio con una sonrisa—. Perder la esperanza es lo último. Tú me lo enseñaste.

—De momento podríamos hablar del curro aquí. —Posa su mirada en Swan—. Aprendo rápido, soy currante y de confianza. Nunca haría nada para joder a Steff y tú eres importante para ella.

—Necesito a alguien capaz de dirigir el The Hole. —Swan chasquea la lengua—. Yo apenas tengo tiempo de implicarme y Paige era buena en eso.

Siento una oleada de ira al pensar en ella, pero hace un rato me he entregado a Swan y he decidido perdonarle. Debería empezar a confiar en él ahora, darle la oportunidad de salvar el bar. Necesita la ayuda de Paige y me odiaría si les jodiera la vida a mis dos chicos por un ataque de celos. Sé cuánto le importa a Swan el The Hole y cuánto necesita Dennis el trabajo.

—Llámala —digo con un suspiro ansioso—. Pídele ayuda un tiempo. Que enseñe a Den antes de dejar el bar.

—¿En serio? —Swan levanta las cejas negando con la cabeza—. Prefiero pasarme las noches tras la barra a volver a discutir contigo.

—No debería confiar en ti, te mereces un cabreo de los gordos. Pero te

quiero y sé cuánto significa este bar para ti.—Frunzo los labios—. Aunque te advierto que si te veo a menos de un metro de ella te dejo para siempre.

—¿Qué ha pasado con esa tía?

La curiosidad de Dennis me arranca una sonrisa. Siempre ha sido así con nosotras, le gusta conocer hasta la último detalle de nuestra vida.

—El muy idiota de mi novio se la tiraba hace un año. —Le doy una pequeña cachetada en el muslo—. Le gusta el sexo fuertecito y ella es de las que practican sado. ¡Ya has visto sus juguetitos! —Señalo la mesa de al lado—. Intentaba olvidarse de la muerte de su prometida follándose a su amiga. Y cuando me conoció se la tiraba para no arrancarme a mí la ropa.

—¡Princesa, te voy a cortar la lengua!

—No tengo secretos para Dennis. —La risotada de mi amigo caldea el ambiente—. Se lo hubiera contado igual cuando tú no estuvieses. Es mi amigo, mi confidente, mi hermano, ya te lo he dicho un montón de veces.

—¿Te crees que le contaría algo de esto a Ju? —Parece un poco ofuscado.

Le doy un beso suave en los labios y sonrío.

—Dennis y yo nos lo contamos todo. —Tuerzo la boca mirando a Dennis—. Bueno, casi todo. ¡Kris me dijo lo vuestro! ¡Qué fuerte! ¡Vuestro sexo era la bomba!

—Te estás pasando pequeña. —Dennis me fulmina con la mirada—. No te debería importar mi vida sexual con tu hermana. Ni a Swan.

—Vamos Den, no seas estrecho. —Le sonrío con picardía—. Cuando estemos a solas quiero detalles. Kris está muy tonta con este tema, no quiere tocarlo.

—¡Será porque es una gilipollez! —Se levanta de la silla con rabia—. ¿Te has parado a pensar en lo jodido que es hablar de ella? Si no fuera por ese pijo capullo estaríamos juntos. No puedo recordarla sin sentir una puta bomba arrasar con mi corazón.

—Te quiere. —Espiro con lentitud cerrando los ojos—. Nunca he creído que lo vuestro se acabara. Era único.

—¡Ya te lo dije la semana pasada! —Se acerca a mí en tres zancadas y me mira con dolor—. ¡No quiero hablar de ella! ¡Kris me dejó! ¡Fue una cabrona hija de puta!

—Eso no es cierto y lo sabes. —No me amedranó ante el puñetazo que descarga sobre la mesa de al lado—. La culpa la tienes tú por evitarla cuando te metieron en la cárcel y por trolearla al salir. Si hubieras seguido en contacto

con nosotras nunca hubiera conocido a Luke.

Regresa a la silla con un andar furioso.

—¡No tienes ni puta idea de lo que me hizo!

—¿Detenerte cuando ibas a tirártela en el Maggi's? —Su expresión descolocada me arranca una sonrisa—. Eso lo hizo por despecho. Estaba confundida. Luke le gusta, pero estoy convencida de que tú eres su verdadero amor.

Golpea otra vez una mesa con el puño cerrado y me mira con rabia.

—¡Déjalo ya! ¡Ella eligió al pijo!

—Dennis tiene razón, princesa. —Swan me acaricia el vientre—. Tu hermana decidió quedarse con Luke y él debe seguir con su vida.

Punto para Swan. Ambos se miran con el reconocimiento de una batalla compartida y ganada. Me gusta esa complicidad entre mis dos chicos, pero nunca voy a dejar de luchar por volver a ver a Kris y a Dennis juntos. Es su destino.

—No deberías conformarte Den —insisto—. Nunca has sido de los que se rinden y no me gusta verte así.

—¡Deja ya de joderme Steff! —Dos puñetazos en la mesa, una expresión rabiosa y aquella mirada fiera de siempre—. ¡Estoy con Lenora! ¡Lo mío con Kris es historia! ¿Te crees que no me jode verla con ese capullo? ¿Que no le partiría la puta cara? —Le da una patada a una silla—. ¡Estaba dispuesto a todo al salir del trullo! ¡Pero fue tu hermana quien me dejó claro que yo no le importaba una mierda!

Abro la boca para replicar, pero Swan me mira con dureza para hacerme callar.

—Ya le has oído. No vale la pena darle más vueltas.

—Okey. —Tenso los labios viendo cómo Dennis regresa a su silla con ademán airado—. ¿Qué hay de la llamada a Paige? ¿Y de la contratación de Den en el The Hole?

—Quiero que estés segura del todo. —Swan busca el teléfono de Paige en el móvil—. No voy a arriesgarme a perderte. Antes cierro el bar.

—¿Vas a volver a tirártela? —Compongo una mueca taimada—. Te advierto que lo del cambio de parejas no me va. Quiero exclusividad absoluta en ese tema.

—Nunca habrá otra. Solo tú princesa. —Se acerca a mi oído—. Me das más de lo que imaginaba en ese terreno.

—Entonces marca.

Me levanto para dejarle espacio y me concentro en Dennis mientras él camina de un lado a otro del bar manteniendo una tensa discusión con Paige.

—Tenías razón, me cae bien el viejo. —Dennis le señala un poco más calmado—. No le dejes pequeña. Ese tío te quiere.

—¿Vas a ayudarme con el tema del sexo? —Acerco la silla a la suya para casi susurrar—. Quiero sorprenderlo. Dame alguna idea excitante.

—Ni lo sueñes. ¡Tú siempre vas a ser mi pequeña! ¿Cómo voy a contarte esas mierdas?

—Pues explicándolas. No es tan difícil. Solo has de darme algunas indicaciones para follar mejor. Eso es todo.

—¿Has visto cómo le has marcado? No necesitas consejos, eres un puto peligro. No voy a darte más ideas para haceros daño.

—Él consigue hacerme suplicar, me lleva al límite. Me gustaría hacer lo mismo. —Todavía acerco más la silla—. Una noche conseguí sorprenderle y me prometió cantar y bailar en un karaoke si le llevaba al orgasmo. ¡Fue guay!

—¡Joder! —Me lanza una mirada ceñuda—. ¡Deja ya de contarme tus polvos!

—No te hagas de rogar. —Le acaricio una mano con una expresión melosa—. Cuando era una niña me hiciste de padre, de hermano mayor y de amigo. Siempre te lo he contado todo. Bueno, menos en tus años de cárcel...

Swan cuelga y camina hacia nosotros con rabia en la mirada. Dennis sopla, como si acabara de pensar en la mítica frase *salvado por la campana*. Se mueve en la silla y vuelve a soplar mirándome con la boca torcida.

—¡Paige está pirada! —Swan se sienta a mi lado—. Le cuesta aceptar un no. Pero necesita la pasta y al final ha aceptado quedarse un mes para enseñar a Dennis.

—¿Cuándo empiezo?

—En cinco horas. ¿Quieres escuchar las condiciones?

Me voy un momento al baño para dejarles hablar con tranquilidad del sueldo y las obligaciones inherentes a él.

Al salir están riendo como dos viejos amigos mientras dan un tour por el bar. Me fijo en Swan detrás de la barra y me dan ganas de lanzarme a sus brazos para desnudarle otra vez. Es como si no pudiera pensar en otra cosa.

—¿Vamos a comer? —insisto con las tripas rugiendo furiosas—. Podríamos ir a algún bareto cerca de tu casa, Den. Así te da tiempo a cambiarte antes de empezar tu trabajo en el The Hole. Nosotros ya hemos perdido la reserva en la *trattoria* hace rato...

Mi propuesta es bien recibida por ambos. Me parece una buena idea compartir la comida con los dos. Si van a mantener una relación laboral estará bien que se conozcan a fondo.

Durante el trayecto hasta San Antonio Swan me interroga acerca de algunos aspectos de mi pasado con Dennis. Le cuento cómo nos conocimos el primer día en el orfanato, la complicidad que se creó entre los tres, cómo mi hermana luchó por hacerle ver que su amor era importante y nuestras travesuras infantiles.

—Daba igual donde nos llevaran, él siempre encontraba la manera de venir a por nosotras. —Sonríó al recordar cómo me alegraba de verle—. Era nuestra única familia. Solía ayudarnos a escaparnos para seguir sus ideas locas. No hacíamos nada demasiado ilegal. Nos colábamos en un taller mecánico por las noches para montar y desmontar motores. Allí aprendí muchísimas cosas interesantes.

—¿Y colarte en un taller mecánico no te parece ilegal? Dennis era una buena pieza.

—Para él no era algo fuera de la ley. Dennis llevaba tres años en el orfanato cuando nosotras llegamos. Lo pasó muy mal y el estado apenas se ocupó de él como tocaba. —Mi voz se siente afectada por los recuerdos—. Él creció en ese taller mecánico. Era de su padre, vivían en el apartamento de encima y se llevaban bien.

—Pensaba que era huérfano.

—Lo es. Su madre murió en el parto por una estúpida complicación y se quedó solo con un padre que le quería. Se pasaba las tardes ayudándolo con los coches, era su mundo. Hasta que el cabrón de Jorge, su socio, se metió en problemas chungos con prestamistas para cubrir unas deudas de juego. Una tarde aparecieron en el taller para reclamar la pasta con malas maneras. Jorge no estaba y el padre de Dennis intentó echarlos a la calle. Acabó recibiendo un balazo. Él lo vio todo.

—¡Joder! —Es la reacción normal ante la historia de Dennis—. Debió ser duro para él. ¿Por qué no se quedó el taller?

—Jorge lo hipotecó para pagar a los prestamistas e hizo varios chanchullos para quedarse con el cien por cien del negocio. No quiso hacerse cargo del crío, le robó todo lo que tenía y Dennis acabó en el orfanato sin nada. Si hubiera tenido un buen abogado las cosas serían distintas, pero acabó a cargo del estado y solo tenía nueve años. Por eso era de justicia entrar en su taller. —Saco un segundo la cabeza por la ventanilla para tomar un poco el

aire—. Una noche Jorge nos pescó y en vez de ayudarnos llamó a la poli. Al día siguiente Den se hizo su primer tatuaje para no olvidar jamás lo sucedido.

Evoco el día que nos contó su historia. Entonces los años habían conseguido endurecerlo, dotarlo de una coraza para afrontar cualquier reto sin desmoronarse. Se convirtió en un chico rebelde, lleno de fiereza, con una manera fría de afrontar las situaciones. Hasta que irrumpimos en su vida estuvo solo, pero nosotras conseguimos devolverle la parte de humanidad necesaria para desafiar los nuevos retos con más ternura.

—Ahora su piel parece un lienzo —comenta Swan—. Apenas le queda piel limpia.

—Los tatuajes son para siempre. Él necesita dejar un mapa de lo que ha sucedido en su vida para explicar cuántos para siempre tiene en el corazón.

—Princesa te estás poniendo ñoña que te cagas.

—Kris se tatuó varios infinitos en su piel para copiar a Dennis y sus para siempre. Cuando se lio con los *The black faces* se cargó todo por lo que llevábamos años luchando. Habíamos conseguido vivir los tres en un piso de San Antonio. Y de repente le metieron en la cárcel, dejó de hablarnos y nos echó de su lado. Entonces pasamos los peores años de nuestra vida.

—Todavía recuerdo cómo esos cabrones os jodieron en el Maggi's. — Estamos llegando cerca de casa de Dennis—. Aparecieron sin avisar para lanzarle un advertencia. No entiendo cómo se pudo meter en una banda. Parece un tío sensato.

—Lo hizo por dinero. Por suerte al final se dio cuenta de sus errores y acabó cerrando el trato con el FBI para meterlos en la cárcel. Fue muy valiente.

Gracias a ese trato está en la calle y los miembros de la banda encerrados en la cárcel con una larga condena. El año pasado contrataron a dos cabrones para seguirnos mientras estrenábamos el coche de Kris, pero también acabaron en prisión. Aunque amenazaron a Dennis con vengarse de él algún día.

Comen en un local de hamburguesas los tres juntos. Swan no deja de mirarla con una apremiante sensación de necesidad. Todavía no ha asimilado lo sucedido, la forma en la que ha conseguido obtener su perdón y respira con dificultad al recordar cada una de las palabras de Steff cuando ha descubierto lo de Paige, como si le hubieran dejado resaca y ahora se ensañaran con él.

Tiembla. Es como si al sentarse a comer y enfrentarse a una conversación trivial la angustia sentida hace más de una hora se dispersara por su organismo, como si la oleada de pánico que ha sentido al escuchar la temida intención de Steff de dejarlo ahora le ahogara.

Mientras la comida va desapareciendo de los platos consigue recomponer esos sentimientos adversos y poco a poco centra la conversación en el nuevo trabajo de Dennis en el The Hole. A medida que le conoce entiende su relación estrecha con Steff porque su forma de tratarla es alucinante. Es como si se hablaran sin necesidad de palabras.

—Voy a buscar el contrato de trabajo —anuncia tras pagar la cuenta, dirigiéndose a su Dennis—. La oficina de Ned no está muy lejos y me ha hecho el favor de preparar los papeles para tener las cosas en regla cuanto antes.

—Te espero en casa de Den. —Steff le rodea el cuello con los brazos, lo atrae hacia ella y le besa—. Tenemos un par de asuntos pendientes de los que hablar.

La expresión airada de Dennis le da una pista de que no le apetece nada solucionar esos *asuntos pendientes*. Tenerla entre sus brazos anula los malos pensamientos, los malos recuerdos, cualquier atisbo de ansiedad.

—Tardaré una hora o así. —Caminan juntos hacia la puerta—. Comparte la ubicación conmigo cuando estés en casa de Dennis, así tendré la dirección exacta.

Se despide de ellos en el coche y pone rumbo a la oficina de Ned. Es hijo de uno de los oficiales de Fort Lucas, creció con él en la base y cuando se licenció en derecho empezó a ocuparse de los asuntos legales de su familia. Tess le contrató por él para el The Hole y ha sido de gran ayuda este último año.

No tarda más de veinte minutos en llegar al despacho. Ned vive en el

piso contiguo y no suele poner problemas a la hora de preparar algún papeleo en fin de semana.

Charlan un poco de la vida, de la recién estrenada paternidad de Ned, de Steff, de los amigos comunes y de la marcha del negocio. Hacía tiempo que no se veían en persona, solo se hablaban por teléfono o vía mensaje.

Con el contrato bajo el brazo se despide de él.

Son cerca de las cinco cuando aparca a una manzana de casa de Dennis. Hace casi una hora Steff le ha mandado la dirección por mensaje y no ha vuelto a hablarle.

Camina rumbo al paso de peatones para cruzar la calle y sus ojos de soldado adiestrado captan algo anómalo al pasar frente a un coche negro situado delante del edificio de Dennis. En su interior hay dos hombres dormidos que le resultan conocidos. Su posición es extraña, demasiado para pasarla por alto.

Se acerca a la ventanilla y su cuerpo se contrae de la impresión al reconocer a los agentes que custodiaban a Steff y a Kris hace un año y pico, cuando Dennis pactó con el FBI para conseguir la inmunidad y los federales les asignaron vigilancia. Un presentimiento le hiela la sangre. Los agentes no deberían estar dormidos.

Golpea el cristal con el puño para despertarles. Sus rostros están demasiado pálidos y la flacidez de sus músculos no le parece normal. Ninguno de los dos hombres responde a sus golpes. Con ansiedad abre la puerta. Al meter la cabeza en el coche y abrirle un poco la chaqueta a uno de los agentes descubre que tiene un tiro en el abdomen. El cadáver todavía está caliente, como si no hiciera demasiado que se ha producido el disparo.

Le golpea la taquicardia acompañada de un conato de ansiedad, pero la arrinconan en un lugar apartado para abrazar la sangre fría. Necesita mantener todos sus sentidos alerta y no derrumbarse.

Mira hacia el cuarto piso del edificio de cemento sin demasiados distintivos donde vive Dennis mientras marca el teléfono de Steff. Necesita escuchar su voz, saber que está bien. Aunque en el fondo intuye la realidad y apenas es capaz de calmarse.

Nada. Salta el contestador.

Steff nunca deja de contestarle a una llamada.

Traga saliva para bajar el amasijo de nervios concentrado en su estómago y busca en la agenda el móvil del federal que se encargó del caso de los *The black faces* hace más de un año. James Childs. No ha olvidado su

nombre.

—Soy Swan Nelson —se presenta tras escuchar la voz del agente al otro lado de la línea—. Estoy frente al edificio de Dennis Spring y sus hombres están muertos en el coche. ¿Qué coño pasa? Mi novia está con Dennis.

—Ya me han contado lo suyo con la señorita Edwards. —El tono sarcástico de Childs le molesta—. Felicidades, es un pedazo de mujer.

—¡Deje de joderme! ¡Dígame de una puta vez qué pasa! Alguien les ha disparado a sus hombres.

—No pueden estar muertos.

Swan les saca una foto con el móvil abriéndoles la chaqueta y se la envía al gilipollas del teléfono.

—¿Me cree ahora? —brama—. ¿Quiere hacer el jodido favor de decirme por qué tiene hombres vigilando a Dennis? ¿Quién les ha pegado un tiro? ¿Puede asegurarme que Steff no está en peligro? ¡Hable de una vez!

—Un par de miembros de la banda se han fugado de prisión esta mañana —admite un poco nervioso—. Los mismos que atacaron a Kristie Edwards en el Maggi's.

—¿Me está diciendo que ahora Steff podría estar con esos tipos? —Hiperventila al pensar en esa posibilidad—. ¡Debería habernos llamado para avisarnos! ¡No la hubiera dejado sola!

—Les he puesto vigilancia, por eso sabía lo de su chica. Tranquilícese, tengo a otro hombre ahí.

—Voy a la casa. Averigüe si estoy solo y rece para que Steff esté bien porque le juro que si le han tocado un pelo voy a ir a por usted.

Cálmate tío, se dice mientras el agente le deja un segundo en espera para comprobar la situación de su hombre.

—No responde. —Las palabras de Childs acaban por llenarle el cuerpo de sudor—. Hace diez minutos que ha mandado el último informe.

—¿Hay alguien cerca? ¿Tiene un puto comando para ayudarme a salvar la vida de Dennis y de Steff?

—Puedo mandarle apoyo en veinte minutos.

—¡Steff no tiene veinte minutos! —Fuerza su mente para idear una estrategia coherente—. La última vez uno de esos tipos la amenazó con violarla antes de matarla. Y esos capullos cumplen sus amenazas.

—Voy a enviarle refuerzos cuanto antes. No cometa una gilipollez.

—¡Qué le den! Entraré en esa casa y salvaré a mi chica.

—Tengo un plano del piso, se lo voy a mandar por mensaje. —La voz de

Childs muestra un rastro de ansiedad—. Abra el maletero, debajo de la alfombra hay un par de armas de emergencia. Esos tipos son peligrosos, debería pensárselo dos veces antes de entrar.

—Voy a ir a por Steff. Ocúpese de llegar lo antes posible.

Abre el maletero y no tarda en colocarse en la cinturilla un par de pistolas de nueve milímetros. Si esos tipos no se han deshecho de los federales significa que tienen intención de acabar con su tarea con rapidez. O van a llevarse a Steff y a Dennis a otra parte para torturarlos antes de matarlos.

Ambas opciones le parecen imposibles de asumir.

Cruza otra vez la calle con la adrenalina surcando su cuerpo con aceleración.

El portal está abierto.

Entra en las entrañas de un recibidor cutre y mal iluminado. Hay un ascensor destartado a un lado. Aprieta el botón para llamarlo.

Zack está en San Antonio, ha acompañado a Julia a pasar la tarde en el Maggi's y por suerte el bar está a poco más de cinco minutos en coche de su ubicación.

Marca el número de su cuñado con una furiosa aceleración de su respiración.

—Te necesito en casa de Dennis —solicita tras escuchar su voz—. Y que busques a Kristie para asegurarte de que está bien. Dos cabrones de *The black faces* se han escapado de la cárcel esta mañana. Tienen a Dennis y a Steff encerrados en el piso.

—Kris está trabajando, avisaré a Luke para que no se mueva de su lado —contesta Zack—. Mándame la ubicación y voy cagando leches.

—Si le pasa algo a Steff...

Deja la frase en el aire porque es incapaz de pronunciar el final sin desmoronarse y ahora necesita concentración. Hay demasiados recuerdos despertándose en su interior, demasiadas punzadas de culpabilidad latente, demasiados paralelismos con la situación de Tess.

—Mantén la calma, Swan.

—No tardes, tío.

Se para frente a la puerta de la casa. Si quiere salvar a Steff es importante deshacerse de ese nudo de ansiedad que le aprieta en la garganta impidiéndole respirar. No pudo salvar a Tess y esa realidad le reconcomerá toda la vida y no está dispuesto a pasar por lo mismo de nuevo.

Childs le acaba de mandar el plano del apartamento. Es pequeño, de unos cincuenta metros cuadrados. Tiene un diminuto recibidor, una habitación, un salón con cocina americana y un baño.

Escucha detrás de la puerta en busca de algún sonido que le ayude a ubicar la posición de su chica y los atacantes. A pesar de su necesidad de rescatarla lucha por recuperar la serenidad. Los miembros de la banda van armados y son peligrosos.

Recuerda un segundo sus caras en el Maggi's hace más de un año, aquella arrogancia con la que se acercaron a Kristie para clavarle el puñal y cómo él se ocupó de golpear con saña al cabrón que abofeteó a Steff al enfrentarse con el desafío de su mirada.

No puede evitar sentir de nuevo aquella onda expansiva de ansiedad que le recorrió el cuerpo al descubrir cómo la miraba con lascivia. Por eso se acercó con rapidez y descargó su furia contra el cabrón que sonreía. Steff lo observaba con la mano en la mejilla palpitante, sin perder de vista cada uno de sus movimientos ni rebajar la determinación en su postura.

En ese instante una descarga de atracción le recorrió el cuerpo. Fue como si despertara del largo letargo en el que se había sumido tras la muerte de Tess, como si su corazón fuera capaz de volver a latir. Y empezó a golpear con fiereza al mamón que se había atrevido a ponerle la mano encima.

Los dos tipos iban vestidos de negro, con ropas de cuero que intentaban mostrar sus músculos de acero. Llevaban el pelo rapado al uno y varios tatuajes en la cara que incrementaban la sensación de ferocidad en sus expresiones duras e inflexibles. Varios rostros tatuados llenaban sus brazos desnudos, junto unas siglas: TBF. *The black faces*, una de las bandas más temibles de San Antonio.

Recuerda sus miradas duras, sus labios tensos a causa de la rabia que exudaba cada una de sus acciones, la mandíbula apretada y aquel aire de ferocidad salvaje de sus facciones contraídas mientras avanzaban hacia la puerta escoltados por los policías.

Esos dos hombres querían sangre. Eran temibles, tenían nervios de acero y estaban dispuestos a todo para vengarse de Dennis, incluso de hacerle daño a su chica.

Ella le detuvo gritándole, le dijo que no necesitaba a un psicópata en esa situación. No rebajaba la dureza de su voz ni dejaba entrever el miedo por su hermana, aunque minutos después estuviera arrodillada junto a ella susurrándole palabras de aliento.

Cuando la policía se llevó al esbirro que había apuñalado a Kris, Steff no se amedrentó y corrió hasta plantarse frente a él. Estaba enmanillado, pero conservaba su aire de suficiencia, sin rebajar la dureza de su rostro.

—¡Cabrón! —Le espetó tras escupirle a la cara—. Te juro que si mi hermana muere voy a buscarte y te destrozaré.

Fue en ese instante cuando su corazón la reconoció como la elegida para ocupar un lugar importante en él. Esa fuerza de carácter, esa fortaleza belicosa y esa forma de defender a los suyos eclipsaron cualquier atisbo de duda. Era una mujer increíble. Debía ser suya.

—¡Calma tigresa! —exclamó el agresor con una carcajada sarcástica—. No tardaré en salir de la prisión y voy a disfrutar de tu cuerpo durante unas horas antes de matarte.

¿Podría soportar que cumplieran la amenaza? ¿Sería capaz de sobrevivir a ese dolor de Steff? En esa ocasión ella no se amedrentó por las palabras ni por la mirada lasciva. Levantó el puño para estamparlo contra la cara de ese cabrón, pero él lo impidió rodeándola por la cintura y arrastrándola hacia atrás.

La reacción en cadena de su cuerpo fue furiosa al sentirla pegada a él. Un millar de sensaciones se apoderaron de su interior, eclosionaron llenándole de vida, devolviéndole los latidos acelerados y demostrando que era capaz de volver a sentir.

Ahora Steff está en manos de esos dos hombres. Llevan armas y ella está indefensa.

Traga salvia para deshacerse del nudo en la garganta. Necesita rebajar la adrenalina para concentrarse en salvarla. Si entra en esa casa atrapado en una espiral de rabia y miedo podría ser fatal. Necesita recuperar su instinto de soldado entrenado, encontrar esa frialdad primaria en su interior para evaluar cada uno de sus movimientos.

Pega la oreja a la plancha de madera con el corazón latiéndole en las sienes.

—¡Cabrón! —La voz de Steff suena amortiguada, como si no estuviera demasiado cerca de la puerta—. ¡Suéltame! ¡Deja de manosearme!

La rabia le atraviesa el pecho como un rayo. ¡La está tocando! Tarda un par de segundos en rebajar el impacto para regresar a la fingida calma. Solo deja traslucir sus sentimientos a través de los ojos y de los latidos furiosos en cada parte de su cuerpo donde siente el pulso acelerado.

—Me gustan las gatas salvajes. —La lujuria de esa afirmación acelera

todavía más la respiración de Swan—. Vas a acompañarnos a casa, preciosa. Disfrutaremos de ti antes de meterte una bala en esa cabeza tan bonita. Sería una pena desperdiciar un cuerpo así.

—¡Quita tus sucias manos de encima mío! —grita Steff con un deje de miedo en la voz.

Los sentidos de Swan le ayudan a decidirse a forzar la cerradura en silencio. Por la lejanía de las voces supone que están en el salón o en la habitación y que la puerta del recibidor está cerrada. Quizás por precaución.

Su necesidad de protegerla le insta a actuar más rápido, pero el instinto le marca un ritmo más pausado para actuar con el factor sorpresa de su lado. Los dos hombres de la banda carecen de su entrenamiento, lo demostraron hace un año en el Maggi's. Pero no dejan de ser dos contra uno. Y van armados.

Mira el reloj. Han pasado seis minutos desde la llamada a Zack. Su amigo no puede tardar demasiado en aparecer por la puerta para ayudarle. Zack es cinturón negro de Judo, Dan tres, siempre ha sido el más hábil de sus compañeros en la lucha cuerpo a cuerpo y es letal en una pelea. Le necesita.

—Quiero saborear tus labios —dice el otro hombre—. En un par de horas vas a ser nuestra. ¿Te han follado dos tíos a la vez? Llevamos un año en la cárcel y necesitamos un cuerpo para satisfacernos.

Deja la puerta medio abierta para su cuñado y avanza de puntillas hasta la puerta de cristal biselado que comunica el recibidor con el salón. Los cuerpos se traslucen a través de él. Dos en un lado y otro par a pocos pasos.

—No te acerques a ella. —La voz de Dennis contiene miedo—. Déjala Roy. Ella no tiene nada que ver con esto.

—¿Te crees en posición de darme órdenes? Eres un traidor y vas a descubrir cómo me follo a tu putita una y otra vez antes de matarte con mucha lentitud. Voy a disfrutar de cada uno de tus gritos.

La mente de Swan evalúa la situación. Según el plano hay dos puertas que conducen al salón. La otra está en la cocina.

Necesita actuar con rapidez, pero no tiene claro cómo sin dejarse atrapar. Por lo poco que percibe a través de la puerta de cristal uno de los dos esbirros podría estar encañonando a Dennis y el otro está muy cerca de Steff, tanto que ella forcejea sin dejar de soltar gritos furiosos.

La sangre de Swan se calienta. Es incapaz de contenerse y una furia salvaje se apodera de su mente, nublándole el juicio. Tarda unos segundos en rebajar esos efectos para centrarse de nuevo en la situación.

—¿Quieres que le dispare a tu chico en la pierna? —El tono amenazante de uno de los dos esbirros le muestra hasta dónde son capaces de llegar para vengarse—. Vamos preciosa dame un beso.

Steff grita de dolor, como si acabaran de tirarle del pelo o de abofetearla. Uno de los grupos de cuerpos que se vislumbran en el biselado parece acercarse. Escucha los gruñidos de Steff, su lucha contra los labios de su atacante y el grito de dolor del miembro de la banda ante lo que posiblemente sea un mordisco por parte de ella.

—¡Serás hija de puta!

El sonido de la bofetada retumba en la mente de Swan para volver a llenarla de ansiedad. No puede entrar sin refuerzos porque sería un suicidio, la posición de los cuerpos es demasiado amenazante y él solo no puede protegerla ni salvarla.

Se odia a sí mismo por quedarse agazapado, oculto tras la puerta mientras la agreden. La única solución es esperar su oportunidad aunque cada una de las acciones de esos capullos le abra grietas más intensas en su inquietud.

Un disparo con silenciador surca el aire acompañado de un grito ahogado de Steff.

—¡Me has disparado! —grita ella, y el corazón de Swan se paraliza—. ¡Serás hijo de puta!

—Es solo para advertirte de que si vuelves a mordirme te follaré hasta reventarte, zorra. Este tiro solo te va a doler un poco, pero no te matará. Todavía es pronto para eso. Vas a sufrir, vas a suplicarme que te mate, vas a desear no haberme puesto tus sucios dientes encima.

—¡Jamás!

La fiereza de su respuesta es la viva imagen de Steff. Luchadora, fuerte, orgullosa. Pero a Swan no le pasa desapercibido el miedo en su voz, la ansiosa necesidad de salir de ahí, el oscuro terror que le produce estar en manos de dos tíos capaces de hacerle daño.

Y él no puede hacer nada para librarla. Todavía no. Quizás cuando Zack llegue encuentre una manera de enfrentarse a los dos miembros de *The black faces*. Sin embargo ahora está convencido de que uno encañona a Dennis y el otro está lo suficiente cerca de Steff para lastimarla si él entra en el salón. Si lo hace solo conseguiría ser uno más en peligro.

—¿Estás bien pequeña? —Dennis parece asustado.

—Duele, pero resistiré.

Necesita un plan y lo necesita ya. No puede contener la furia ni la desesperación de quedarse a un lado mientras la hieren. El dolor le desgarró el alma, la ansiosa necesidad de actuar le insta a deshacerse de cualquier reparo, pero su instinto le obliga a mantenerse atento a su situación, con el cuerpo en tensión y las gotas de sudor empapándole, a la espera de su oportunidad para salvarla de verdad.

30

Tiemblo. Mi cuerpo parece poseído por la ansiedad y el miedo que irrumpen con determinación en mi mente desbancando la valentía que traslucen mis acciones. Me duele el brazo, justo en el lugar donde me han disparado. La sangre empapa el suelo creando un charco rojo pasión y siento el miembro flojear.

El cabrón deja la pistola sobre la mesa de centro del salón para usar el pañuelo que le envuelve el cuello como torniquete en mi brazo. Intenta frenar la hemorragia para mantenerme consciente mientras vuelve a posar sus asquerosos labios en los míos. El superior está hinchado gracias a mi mordisco.

Siento su mano en el pecho y una rabia aterrorizada sacude mi cuerpo.

—¡Déjala Roy! —Dennis está aterrado—. Steff no es mi chica. Solo estaba aquí de paso.

—Te importa esta gatita salvaje. —Me lame la mejilla con la lengua y mi estómago se contrae de asco—. No tenemos mucho tiempo, los federales no tardarán en darse cuenta de que nos hemos deshecho de sus compañeros. Os vamos a llevar a nuestra guarida para disfrutar de ti, preciosa. —Me pellizca el pezón y siento una descarga de ansiedad—. Te curaré ese brazo y luego vas a darnos mucho placer a los dos.

Mis pensamientos se evaden un segundo a Swan. Ojalá estuviera aquí, me sería más fácil contener la cordura si él me mirara con sus ojos tranquilizadores. Porque los dedos de Roy consiguen llenarme el cuerpo de miedo y rabia.

—¿Estás caliente preciosa? —susurra tan cerca de mi oído que la vibración de su voz se introduce por mi pabellón auditivo como si fuera un cuchillo—. Eres ardiente, el chupetón de tu chico muestra que te gusta el sexo duro. ¿Quién es él? Podríamos buscarle para que viera cómo te follo de verdad.

La mano del esbirro se mete entre mis piernas y me rebelo con un movimiento hacia atrás. Todavía no ha recuperado la pistola de la mesa. Uno de sus brazos me rodea por la cintura para impedirme escapar y acercarme mucho a su asqueroso cuerpo.

Siento su aliento en la cara, sus dedos agredir una parte demasiado íntima de mi anatomía, su deseo cruel en los resuellos roncós cerca de mi cuello, mientras lo acaricia con su boca.

—¡Suéla la Roy! —La voz de Dennis contiene miedo, un miedo que me produce náuseas—. ¡Solo tiene dieciocho años! ¡Es una cría!

—¿Te importaba ella cuando decidiste traicionarnos? Porque al hacerlo la pusiste en peligro —Me desabrocha la cinturilla del pantalón con facilidad, a pesar de que me resisto pegándole en el brazo—. Deberíamos irnos, pero todavía tenemos unos minutos para ver cómo este coñito se muere de placer gracias a mis dedos.

No puedo quedarme quieta sin luchar. A pesar del temblor, de la rabia, del miedo, de la sensación de pánico en la boca del estómago y del dolor palpitante en el brazo, no puedo derrumbarme ahora. Prefiero luchar hasta el final.

Me inmoviliza las manos en la espalda, se acerca mucho a mí y me clava su erección en el vientre. Tengo ganas de vomitar. Estoy a punto de perder el control sobre mí misma porque sus acciones me debilitan la valentía.

—¿La notas preciosa? ¡Me pone caliente tu manera de resistirte! Las tigresas me ponen duro. Me encanta someterlas hasta hacerlas suplicar.

Mis cuerdas vocales emiten resuellos roncós.

No puedo dejarme llevar por el pánico, es la peor decisión en este instante. El dolor en el brazo es un claro recuerdo a las intenciones de estos cabrones.

Necesito sobrevivir a ellos para pasar mi vida con Swan.

Mi cuerpo parece decidido a no hacerle caso a mi razón, a rebelarse contra mi control de las emociones. Necesito arrinconarlas para pensar con tranquilidad, necesito encontrar una salida o me hundiré un pozo profundo y no podré salir a la superficie.

Siento los dedos invadir mi carne y doy un respingo emitiendo un gruñido rabioso. Me agito en un intento de deshacerme de él, de conseguir que me suelte los brazos, de obligarle a abandonar mi cuerpo. Pero él aprieta la mano que sujeta mis muñecas obligándome a estrecharme contra él, restregando su asqueroso miembro contra mi vientre.

Las náuseas me asolan, la rabia se propaga por mis venas y la sensación de caer en un abismo debilita mis piernas y mi sangre fría.

Si no me sereno no saldré de esta.

—¡Cabrón hijo de puta! —masculla Dennis ante la impotencia del

momento—. Solo me queréis a mí. ¡Suéltala!

Algunos gritos asustados se escapan de mi boca a pesar de la fiereza con la que lucho contra la desesperación y el pánico.

Ha de haber una manera de salir indemne de esta situación.

Calibro un segundo mi capacidad de movimiento y no tardo en darme cuenta de algo importante. Tengo las piernas libres, puedo moverlas.

Una hebra de esperanza inunda mi cerebro disparando la adrenalina. La euforia de pensar en una salida me alcanza desbancando cualquier otra emoción.

Debo intentarlo, como mínimo me debo eso.

Con las clases de defensa personal de la base fijas en la memoria intento vaciar la mente de sensaciones negativas para evaluar con frialdad mis opciones. La mano de ese cabrón se cuela por mi piel para despertarme un conato de ansiedad que reprimo con rapidez. Siento su aliento en el cuello, su lengua lamerlo con asquerosa lujuria y sus resuellos acelerados.

Tengo una oportunidad y voy a aprovecharla.

Alejo mi mente de la realidad, la aísló en un lugar donde solo importa mi cuerpo y la capacidad de mis piernas para deshacerme del acoso. Una mirada letal se ocupa de apartar de mi pensamiento las sensaciones adversas que desencadenan las acciones de Roy. Cierro los ojos antes de levantar la pierna para golpearlo en los testículos con la rodilla, impactándola con toda la fuerza que soy capaz de reunir.

El cabrón aúlla de dolor, me suelta y se dobla por la mitad sujetándose con una mano sus genitales destrozados. Utilizo ese instante para abalanzarme en plancha contra la mesa, agarrar el arma con las dos manos y encañonarle sin darme cuenta de que el otro dispara una bala. La siento incrustarse en el torso por el costado, justo en la cintura y veo las diminutas gotas de sangre que incrementan la quemazón. Me doblo un segundo sin perder la pistola. Necesito aguantar en pie o me volverán a tener en sus manos.

No sé de dónde saco las fuerzas, pero no suelto el arma mientras camino hacia la mesa donde hay un jersey de Dennis tirado y me acerco a él.

—Ayúdame —le solicito a media voz a Dennis.

—¡Ni se te ocurra! —ordena el otro esbirro.

Pero mi amigo sabe que no le va a disparar y me coge el jersey para anudarlo con fuerza en la cintura y taponar el agujero que ha dejado la bala en la ropa y en mi piel. Por suerte no sangra en exceso y el improvisado torniquete me consigue un poco de color en las mejillas.

El dolor en el brazo herido me agujonea haciéndolo temblar y la otra herida me agarrota el estómago, pero me obligo a no perder la determinación en mi mirada ni en mi posición.

—Suelta la puta pistola. —El otro hombre apunta de nuevo a la sien de Dennis—. Si no lo haces dispararé.

—¿Y quién te asegura que no haré lo mismo con tu amigo? —No pienso acobardarme por sus amenazas. Me giro hacia Roy y le apunto sin escuchar los rugidos de dolor de mi cuerpo—. Llevo un año en Fort Lucas y soy la número uno en la clase de tiro. Tengo buena puntería, sé que esta pistola es un Glock, conozco su funcionamiento y tengo capacidad para no errar el tiro. —Quito el seguro del arma—. ¿Quieres comprobarlo?

Siento su tensión alcanzarme, igual que la de Roy, quien todavía no se ha repuesto de mi golpe. Me mira como un animal enjaulado a punto de saltar sobre su víctima. Tengo la sensación de que si no soy capaz de disparar va a quitarme la pistola con uno de sus movimientos bruscos y no puedo perder la ventaja.

Es como si un millar de calambres me sacudieran en la cintura, cómo si esa herida se expandiera por ella a una velocidad vertiginosa. En el brazo siento espasmos. Las gotas de sudor se apoderan de la frente, empalidezco, respiro con dificultad. Pero no suelto el arma ni flaqueo en mi determinación.

Observo un segundo la expresión de Dennis. Está tenso, siente el metal contra su sien, la presencia de su agresor, la rigidez en sus músculos que traspasa la camiseta y se los marca en los brazos colocados a ambos lados del cuerpo.

Asiente con los ojos para darme valor.

Los siguientes cuatro segundos me pasan a cámara lenta, como si cada microsegundo contuviera un mundo de nerviosismo e indecisión momentánea.

Roy avanza hacia mí con resolución en la mirada. Apunto a la pierna. Necesito detener su avance. Estoy convencida de que no van a disparar a Dennis porque quieren hacerle sufrir. Durante mis años en el orfanato y en casas de acogida me enfrenté muchas veces a esa clase de personas y sé qué cruza ahora por sus mentes. Matarle sin una tortura en condiciones no les satisfará nunca.

El muy cabrón de Roy da otro paso más. Está furioso y si le permito llegar hasta mí va a vengarse de manera feroz.

Cierro un segundo los ojos, agarro el arma con más fuerza y al abrirlos tengo la certeza de que soy capaz de hacerlo. Con el cañón apuntándole al

muslo derecho insto a mi dedo a hundirse en el gatillo sin piedad. La bala surca el aire con un restallo suave gracias al silenciador y se incrusta en su pierna arrancándole un gemido de dolor.

En ese mismo instante capto un movimiento cercano por el rabillo del ojo. Swan irrumpe en la estancia por la puerta biselada con una nueve milímetros en la mano apuntado hacia el hombre que sostiene a Dennis. Por la cocina Zack entra también en escena colocándose cerca de Roy.

—Todavía tengo al cabrón de Dennis en mis manos —brama el otro tipo—. Apartaos o le frío el puto cerebro.

Los ojos de Swan me recorren el cuerpo con ansiedad. Necesita asegurarse de que estoy bien, es como si temiera que me fuera a romper en mil pedazos. Zack parece frío como el acero, consigue dominar cada uno de sus sentidos mientras avanza hacia Roy.

—Si disparas nosotros también lo haremos —amenaza posando el cañón de su nueve milímetros en la sien de Roy—. Te cargarías a Dennis, pero acabarías muerto.

Swan camina hacia mí. Yo me he girado hacia el otro hombre y mantengo la pistola sujeta con las dos manos, apuntándole. Me tiembla mucho el pulso, la fuerza que ejerzo en la culata me debilita el torniquete y la sangre vuelve a manar con fiereza del brazo manchando el suelo.

Duele. Es un dolor punzante que se expande sacudiendo mi mano y las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. En la cintura siento como si miles de puñales se hundieran en la carne para dejarla al rojo vivo.

He mantenido las lágrimas a raya durante los últimos minutos, pero ahora se dedican a resbalar desde los ojos furiosos hasta llenarme la boca con su sabor salado.

—Tranquila princesa. —Swan me rodea con uno de sus brazos por la espalda consiguiendo una sacudida de inquietud en mi cuerpo—. Estoy aquí.

Encañona al hombre que tiene a Dennis en su poder acercándose a su cuerpo. Al sentir su calor la frialdad que retenía mi cuerpo se caldea y una ansiedad desesperante me zarandea despertando los sentidos que he mantenido controlados durante los últimos minutos. Apoyo la cabeza contra su hombro, le doy la pistola y permito a las lágrimas mojarle la camiseta.

Siento la lucha silenciosa entre los hombres, cómo sus amenazas implícitas caldean el ambiente llenándolo de una furiosa tensión. El esbirro de *The black faces* que tiene a Dennis flaquea en su determinación al ver cómo Zack no mueve la pistola de la cabeza de Roy.

—Tienes tres segundos para decidirte. —La voz de Zack surca el aire como un fuetazo—. Tú decides si tu amigo vive o muere.

Dejo de llorar, abandono el miedo, la sensación de asqueo contrayéndome el estómago, arrincono el dolor en el brazo y en la cintura y permito que una ira demoledora ocupe cada molécula de mi cuerpo.

Odio a esos hombres. Les odio con una rabia profunda.

La tensión se apodera del ambiente mientras Zack cuenta en voz alta. El tío que encañona a Dennis cede a punto de escuchar el tres, le pone el seguro al arma y la baja rindiéndose.

—Déjala ahí. —Swan le señala la mesa de centro—. Pon las manos en la cabeza y arrodíllate.

—Esto no quedará así —masculla con rabia, obedeciendo—. Volveremos a escaparnos de la cárcel o saldremos libres algún día y voy a ir a por vosotros. A mí no se me jode dos veces y se sale impune.

Swan me da un beso en la frente antes de soltarme para avanzar hacia el esbirro sin dejar de apuntarle en ningún instante. Recorre la estancia con los ojos.

—En el primer cajón. —Dennis señala una cómoda y le descarga una patada en las costillas a su agresor—. ¡Si vuelves a acercarte a ella te mataré con mis propias manos!

Estoy de pie en medio del salón, me rodeo el cuerpo tembloroso con las dos manos tras abrocharme el pantalón. Swan no tarda en encontrar una cuerda gruesa en el cajón señalado por Dennis, acercarse al hombre que está de rodillas y atarle las manos a la espalda. Le pasa otra cuerda a Zack y este obliga a Roy a colocarse en la misma posición de su compañero para inmovilizarle los brazos.

Mientras lo hace un millar de sentimientos me vapulean. Necesito descargar mi rabia sobre ese cabrón, deshacerme de la asquerosa sensación de mi cuerpo, hacerle pagar la intrusión.

Doy un paso al frente, sin contenerme. Arrugo la cara en una expresión feroz que helaría la sangre a cualquiera, sin pensar, sin valorar mi próxima acción, sin pararme a recapacitar sobre esa cólera devastadora que ha tomado posesión de mi cuerpo, e impacto un puño contra su cara.

Zack lo sujeta cuando ve su intención de detenme y me mira con alarma. Descargo un segundo golpe y siento un desgarró en la cintura que me hace tambalearme.

—¡Basta Steff! —ordena Swan con voz imperativa.

Pero soy incapaz de detenerme. Necesito seguir machacándole acompañada de lágrimas rabiosas, de una descarga de dolor e ira en mi cuerpo.

No tardo en sentir los brazos de Swan rodearme por la cintura desde la espalda y llevarme hacia atrás para apartarme de Roy. Me aprieta tan fuerte que la herida de bala lanza gritos al cerebro.

—¡Suéltame! —mascullo con los dientes apretados, luchando contra la sujeción—. Voy a matar a ese cabrón, le voy a partir la cara.

—Tranquilízate Steff —susurra en mi oído sin rebajar la fuerza de sus brazos—. Esta no es la manera de vengarse. Los federales no tardarán en llegar, ellos se ocuparán de meterlos en una celda para el resto de su vida.

—¡Te he dicho que me sueltes! —Me retuerzo entre sus brazos—. ¡Quería violarme! ¡Me ha tocado! ¡Joder Swan! ¡Sus asquerosos dedos se han metido en mis bragas!

Siento cómo tensa cada músculo de su cuerpo al escuchar mis pablaras, su lucha por mantenerse cuerdo y el dolor que le desgarran el alma.

Me arrastra hasta la habitación para alejarme de ellos al máximo. Cierra la puerta al entrar y nos quedamos solos.

—Lo siento princesa. —Su voz solo contiene notas de desesperación—. No sabía que estarían aquí, no podía entrar antes, no tenía forma de detenerles.

El tono de su voz me llega al alma, acariciándola. Los dos parecemos inmersos en la misma consternación que nos llena el corazón de heridas. Dejo de luchar contra él, relajo mi cuerpo, me deshago de la rabia y permito que el dolor me invada llenándome los ojos de lágrimas.

—Pensé que no volvería a verte. —Cuando afloja sus brazos me doy la vuelta para posar mis labios en los suyos, con la furiosa necesidad de encontrar consuelo en ellos—. No podía dejar de pensar en ti.

Me besa con una pasión desbordante. Sus labios desatan un fuego candente, consiguen liberarme de la tensión, del miedo, de cada una de las emociones que me han vapuleado hace unos minutos.

—No vuelvas a darme un susto como el de hoy —musita limpiándome las lágrimas—. Eres increíble princesa. Has conseguido deshacerte de ese cabrón. Si llega a forzarte... ¡Joder! Estaba detrás de la puerta esperando a Zack, preparando un plan para librearte. No podía acercarme y me rompía al escucharte.

Sus labios vuelven a poseerme. En sus besos siento la angustia a la que se ha enfrentado, cómo ha sufrido por mi vida y una necesidad extrema de

hacerme saber cuánto significo para él.

Tiemblo otra vez. Las lágrimas brotan con facilidad de mis ojos mientras le sorbo la sangre y el aire. Boqueo en su interior, me fundo con él y me doy cuenta de hasta dónde soy capaz de arriesgar para estar a su lado. Prefiero no atender al dolor de la cintura, a la quemazón, a los punzantes latigazos que me perforan las heridas.

Me limpio los vestigios del llanto y sonrío.

—Eres mi héroe. —Le acerco a mis labios para llenarle los suyos de besos suaves.

—Tú y yo deberíamos empezar a hablar de cosas serias —musita acariciándome las mejillas con una sonrisa—. Lo he visto claro cuando te he rescatado.

—¿De qué tipo de cosas serias quieres hablar? —pregunto cuando me separo de su boca para recuperar algo de aire.

Contraigo la cara en un gesto de dolor que borro con rapidez para no preocuparle. Pero el sudor me llena el cuerpo, igual que una debilidad alarmante que se extiende por él. Apenas me sostengo.

—Quién se ocupa de sacar la basura, quién hace la compra, qué hacemos para cenar... —Me estrecha entre sus brazos—. Ese tipo de cosas serias.

—Ay conde, ¡qué pesado estás con lo de vivir juntos! —No logro reprimir una mueca tensa de dolor palpitante.

La cintura parece dispuesta a lanzar andanadas de dolor al cerebro sin darle tregua. Me duele el brazo, la sangre lleva un rato manando de la herida. Se me duerme la mano y me siento frágil, pero me abrazo a él con fuerza para sentirlo cerca, con una imperiosa necesidad de fundirlo con mi piel, de devorarlo, de saborear sus labios.

Empiezo a ver unas luces titilantes frente a mi mirada, la cabeza se me nubla, debilitándome. La conciencia se funde con lentitud, se apaga, se agota hasta casi dejarme inconsciente entre sus brazos.

—¿Steff? —Me palmea la cara sin dejar de sujetarme—. ¿Steff? ¡Abre los ojos! ¡Joder princesa haz el puto favor de abrir los ojos!

Soy incapaz de abrirlos. Estoy muy lejos de ahí, en una neblina distante, en algún lugar donde solo veo una oscuridad que me engulle.

31

La sostiene entre sus brazos sin dejar de sentirse al borde del abismo. Hay un par de charcos de sangre preocupantes en el suelo. Observa el torniquete del brazo y se lo aprieta con fuerza para detener esa hemorragia, pero se percata enseguida de que ha de haber otra herida. Hay demasiada sangre en el suelo y en su ropa.

Mira alrededor. La habitación no es muy grande, pero cuenta con una cama individual.

La levanta brazos para estirla encima del colchón, necesita entender qué está pasando.

Sus manos ansiosas le recorren el cuerpo buscando el origen de la sangre que no viene del brazo. Palpa cada milímetro con inquietud hasta llegar al jersey que tiene anudado en la cintura. Se lo desabrocha con rapidez y descubre que el rojo carmín se diluye entre el color negro del algodón. Le levanta la camiseta y abre mucho los ojos con un impacto en el pecho al descubrir la otra herida de bala en la cintura.

Hay una entrada, el boquete es profundo y la sangre lo inunda. Rasga la sábana para improvisar un torniquete un poco más arriba de la herida y la presiona con las dos manos. Ruge desgarrándose y reprochándose no haberse percatado antes de su estado.

Steff tiene el rostro pálido, varias gotas de sudor empapándole el nacimiento del pelo y unas bolsas amoratadas bajo los ojos.

Su fragilidad le desespera.

—Princesa no me dejes. —Se le llenan los ojos de desesperación—. Imaginarme mi vida sin ti es imposible. No puedo perderte, no ahora que te tengo.

No soporta pensar en vivir sin ella. La sensación de que se le escapa la vida a marchas forzadas le perfora el alma.

—¡Joder princesa! —reclama sin controlar sus reacciones desmesuradas mientras aprieta con fuerza la herida de la cintura para cortar la hemorragia—. ¡Haz el puto favor de decirme que te muerda la yugular! ¡Dime lo que te pase por la puta cabeza! ¡Rétame! ¡Grita, patalea, enfádate! ¡Pero háblame!

No hay ninguna reacción en la chica. Sigue flácida, con las extremidades

laxas, falta absoluta de color en su cara y el reflejo doloroso de la muerte que gana posiciones en su interior.

—¡Deja de hacerte la dura! —Baja la boca hasta sus labios para darle un beso ansioso—. Necesito que abras los ojos, por favor.

Su súplica es débil, apenas un susurro, un lamento desgarrado.

—¿Alguien puede llamar a una ambulancia? —grita para que sus compañeros le oigan—. Steff necesita un médico.

Zack aparece enseguida alertado por sus gritos, dando su ubicación a emergencias con el móvil. Lo observa sentado en la cama al lado del cuerpo inconsciente de Steff y el recuerdo de Julia inerte entre sus brazos en Market Square es demoledor. Pensaba que la perdía, luchó contra esa realidad y acabó en un quirófano tras salvarla de una muerte segura. Entiende los sentimientos de Swan, esa tensión en su cara, los ojos húmedos y la rabia silenciosa que lo posee.

—No tardarán en llegar —le apacigua—. Tranquilo tío, va a ponerse bien. Julia traerá a Luke y a Kris en unos minutos.

—Si muere... —Se rompe, incapaz de terminar la frase.

—No pasará, ya lo verás.

Cuando Zack regresa al salón los federales acaban de llegar para hacerse cargo de los integrantes de la banda. Con Childs a la cabeza bramando órdenes, esposan a los detenidos y les aseguran que pasarán una larga temporada en una cárcel de alta seguridad.

Dennis está furioso, asustado y a punto de colapsarse. Nunca imaginó que sus decisiones podrían traerle tanto dolor. Entra en la habitación para ver a Steff y se le escapa un gruñido al descubrir cómo la chica parece a punto de perderse en la inconsciencia para siempre.

—¡Tenía otro tiro en el abdomen! —le increpa Swan al verle aparecer—. ¡Joder Dennis! ¡Deberías habérmelo advertido! Ha perdido mucha sangre, tiene dos balas en el cuerpo. ¡Necesita un jodido médico ya!

Se desmorona un segundo. Coloca la cabeza en el vientre de Steff con la sensación de que va a derrumbarse. La abraza con cuidado, sin dejar de presionarle en la herida de la cintura, acariciándole la piel, necesiéndola.

El ruido del salón apenas le llega amortiguado por los latidos acelerados. Es una pesadilla. No pudo perderla. Su corazón vuelve a desintegrarse una vez más, a partirse en mil pedazos, a llenarle el cuerpo de una desesperación sin límite.

—La ambulancia llegará a tiempo. —Dennis le coloca una mano en el

hombro—. Steff es fuerte de la hostia. Sobrevivirá.

—¿Y si no lo hace? —Levanta la cabeza y se encara a la mirada de Dennis—. ¿Te lo has preguntado? ¡Tú la metiste en esto! ¡La llevaste a esta situación cuando decidiste liarte con los *The black faces*! ¿De verdad pensabas que podías salir impune de algo así?

—Fue la mayor gilipollez de mi vida. —Se cubre los ojos con las manos—. Perdí a Kris, mi vida, mis putas ilusiones y si Steff la palma me quedaré sin mi cordura.

Un grito agudo les obliga a mirar hacia la entrada de la habitación. Kris está en la puerta junto a Luke. Se cubre la cara con ambas manos y su expresión es de horror. Luke la abraza para ceñirla un poco más a él y le da un beso suave en la mejilla antes de ocupar un espacio al lado de Swan para examinar a Steff mientras llega la ambulancia.

La mirada de Dennis se pierde en Kristie, repasándola con una cálida sensación en su interior. Lleva más de un año sin tocarla, sin hablar con ella, sin oler ese aroma que le vuelve loco. Avanza hacia ella, incapaz de permanecer a tanta distancia. Kris suspira alertada por su presencia, aletea las pestañas y emite un gemido mirándolo con ansia contenida.

—Se pondrá bien —musita Dennis sin dejar de mirarla—. Steff es la tía más fuerte que conozco.

—Llevo tiempo preguntándome qué sería de nosotros si nunca hubieras entrado en esa banda. —Las palabras de Kristie apenas son susurros—. Si mi hermana muere no podré volver a mirarte a la cara Den. Jamás.

—Sobrevivirá. —La envuelve entre sus brazos con un estremecimiento—. Como nosotros, nena. Es una luchadora.

Ella se deja abrazar y el corazón de Dennis alcanza una cota de latidos que desbancaría cualquier electro. Huele la esencia con la que sueña cada noche, siente el calor de su cuerpo llenar sus ansias de retenerla para siempre a su lado, escucha el gemido ahogado de Kris cuando apoya la cabeza en su pecho y sus manos tiemblan al estrecharla hacia él, al tocarla, al poder sostenerla.

Durante un minuto permanecen abrazados, envueltos en la bruma del pasado, rememorando sentimientos. Kris apenas es capaz de procesar la maraña de emociones que la vapulean. Lleva tanto tiempo sin él que ahora no puede contener sus ansias de posar los labios en los suyos al apoyarse en ese torso musculado y duro tan recordado.

—Eres mi para siempre —susurra Dennis en su oído—. Me aceleras el

corazón de la hostia cuando te tengo cerca. ¡Joder Kris! No puedo estar así contigo sin que un jodido tsunami llene mi cuerpo de deseo.

Luke observa con rabia la escena, pero debe fijar su atención en las heridas de Steff. Los torniquetes son efectivos, están deteniendo ambas hemorragias. La pérdida de sangre es preocupante. La chica necesita un quirófano cuanto antes para extirparle las balas y un par de transfusiones. Pide un par de mantas para intentar que recupere un poco de calor corporal y se gira hacia su chica.

—¿Sabes su grupo sanguíneo?

Kristie asiente regresando a la realidad, le da la información y se separa de Dennis con el cuerpo temblando de impresión, debilidad y ardor. Un fuego demasiado intenso la consume. Volver a sentir la cercanía de su antiguo novio, perderse en su calor corporal y escuchar esa declaración al oído la ha conmocionado.

Da un paso para alejarse de él porque esas palabras se clavan en su interior y la recorren con una sensación anhelante. Repasa a su hermana con la mirada en busca de un resquicio de lucidez. Se abraza con las dos manos y se muerde el labio con saña para no dejar escapar su turbación por los ojos. Le impresiona la sangre, la manera en la que Swan le acaricia la cara permitiéndole a Luke apretar un poco más los torniquetes. El soldado parece a punto de perder la compostura. Sus ojos están llenos de una pena insondable, las lágrimas se entretienen en ellos, a punto de llenarle la cara.

Esa mirada destrozada parece una vía directa a su corazón roto, a cada una de sus piezas, a la desesperación. Le susurra palabras sin dejar de acariciarle los mechones morenos con una mano llena de sangre que poco a poco se seca.

—Princesa háblame —suplica una y otra vez—. No puedes dejarme.

Kris camina hacia él para unirse a su ruego sin desprenderse de las sensaciones de su cuerpo. Le coloca una mano en el hombro dedicándole una mirada a su hermana y se fuerza para deshacerse del atoramiento y regresar al presente. Steff la necesita entera.

—Va a salir de esta —asegura Kris—. No puede dejarnos.

—Si muere no lo superaré. —Su voz apenas consigue mantearse entera—. Perdí a Tess y mi mundo se resquebrajó, pero si Steff no vuelve a abrir los ojos... —Arruga la cara en una expresión destrozada—. Si ella muere yo la seguiré porque mi corazón dejará de latir. Steff es mi vida, mi razón para despertarme por las mañanas, la única persona a la que amo con

desesperación. No puede morir.

Kris siente una descarga de dolor palpitante en el cuerpo. Las palabras de Swan muestran una posibilidad demasiado real para ignorarla. Steff puede morir. Su rostro muestra una ausencia de vida que le desata la desesperación. Tiene una expresión plácida, como si no sufriera, como si estuviera realizando un tránsito a otra dimensión.

—No nos va a dejar —musita a punto de romperse—. Es demasiado terca para eso.

Mientras los segundos pasan a cámara lenta la mente de Swan se aísla de los sonidos de la habitación para concentrarse solo en ella. Le acaricia el cabello de manera compulsiva, sin atender a una lógica. Necesita sentirla, creer en imposibles, seguir conectado a ella en la distancia. Necesita acunarla entre sus brazos para suplicarle que se quede para siempre con él. Porque si mañana ella no está viva no lo soportará.

Baja la cabeza hasta colocarla al lado de la de Steff. Sus dedos le recorren las mejillas frías. Pierden calor a marchas forzadas y eso le arranca un par de gemidos. La frialdad de su rostro es un puñal hundido en su pecho, una advertencia callada a la posibilidad real de perderla.

Nunca había sentido ese desgarró interior, esa fiereza del dolor que le desencadena miles de estremecimientos ansiosos, como si el filo de un cuchillo le llenara la piel con heridas cada vez más profundas.

—Quiero pasar la vida a tu lado —murmura cerca de su oído—. Quiero discutir contigo, charlar y compartir hasta la última migaja de mí. No me dejes. No te atrevas a irte ahora que lo más bonito está por llegar.

Las lágrimas aparecen en ese instante y mojan la sábana. Siente la mano de Kris en su hombro, sus sollozos suaves, su dolor.

—Acaba de llegar la ambulancia —anuncia ella—. Deberíamos dejar que los médicos la examinen.

Antes de levantarse, Swan posa sus labios en los de Steff para darle un beso cálido e intentar transmitirle ese calor, esa esencia, ese sentimiento de necesidad que le invade.

Se da la vuelta para apartar su mirada de ella. La idea de escuchar un veredicto de la boca del médico le genera una ansiedad implacable.

Tiembla.

Todo su cuerpo musculado y lleno de fibras se encoge.

No será capaz de enfrentarse a una noticia dura, no podrá hacerlo sin perder la cordura.

Los brazos de Kris le rodean. Ella apoya la cabeza en su hombro para llorar acompañada. La chica siente también cómo el abismo de la oscuridad se apodera de su alma. Swan la rodea por la cintura y se rinde a una sensación de pérdida absoluta del control de sus emociones.

—Vamos a llevarla al hospital —anuncia el médico tras evaluar la situación y escuchar a Luke—. Le extirparemos las balas, suturaremos la heridas internas y le haremos un par de transfusiones. Su grupo sanguíneo es poco común, necesitamos sangre.

—Yo puedo donarla. —Kris se seca las lágrimas, se separa de Swan y se adelanta—. Soy su hermana y tengo su mismo grupo.

—Mis compañeros le indicarán cómo proceder.

—Quiero ir con ella. —La voz quebrada de Swan pronuncia las palabras a la espera de encontrar aliento para la siguiente parte de su discurso—. Soy su novio y no me pienso separar ni un instante de su lado.

—Vámonos. —El doctor mira a Kris para recibir su aprobación y ella asiente.

Hay una pregunta que le quema en las entrañas. Necesita formularla, escuchar cómo sus labios la pronuncian, darle consistencia y oír una respuesta. Pero no está preparado para encajarla con dignidad.

Steff está en una camilla con una vía que le introduce suero y antibióticos en el cuerpo, una manta eléctrica para conseguir algo de calor en su cuerpo y los brazos flácidos colgando a ambos lados del cuerpo. Esa visión le vuelve a acelerar el corazón. Traga saliva para bajar el nudo en el estómago y encara la mirada del médico.

—¿Saldrá de esta? —Es apenas un murmullo ronco mientras acompaña la camilla hacia la salida del piso.

—Ha perdido mucha sangre y necesita una operación urgente. —La voz del médico es suave.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Es todo cuanto puedo decirle de momento. —Su expresión intenta darle confianza—. Parece una mujer luchadora. Rece por ella.

¿Qué rece por ella? ¿Qué clase de gilipollez es esa?

La furia ocupa un segundo su mente como defensa al encogimiento de su estómago, a la sensación dañina que le perfora el alma, a la nueva rotura de su corazón.

El viaje en ambulancia se le hace eterno. Apenas puede concentrarse en desbancar los pensamientos catastróficos que le sacuden ni en sentir una y otra

vez la desgarradora sensación de caer en un pozo sin fondo donde varias espinas se clavan en su piel.

Las siguientes horas son como un infierno. Swan es incapaz de serenarse, de escuchar a las personas de la sala de espera del hospital, de hablarles o de interactuar con ellos. Es como si una neblina extraña se ocupara de llevarle a un limbo donde siente la falta de Steff. Su corazón se rompe y se recompone una y otra vez llenándose de ansiedad. El presente se diluye en un futuro oscuro y sin esperanza.

Tan pronto se sienta en una silla de plástico como se levanta para caminar por la zona. Apenas ve a su padre, a Maggi, a los amigos de la joven, a Kris, a su hermana. Apenas escucha las palabras de aliento de los suyos. Apenas se percata del paso de las horas. Solo puede sentir el embiste de la desesperación cuando piensa en continuar sin ella y se percata de cómo sería incapaz de hacerlo.

El doctor al fin sale a su encuentro.

—Le hemos extirpado las balas con éxito. —Esa aseveración reverbera en el interior del ingeniero con un grito de júbilo—. Las transfusiones han logrado recuperar sus constantes, pero todavía no ha despertado. Las balas apenas han rozado órganos vitales, solo ha necesitado algunos puntos internos para reparar daños en los tejidos. Las próximas horas son determinantes para ella.

—¿Puedo verla? —Swan se adelanta un poco.

—La subiremos a la UCI en media hora. Entonces le concederé unos minutos con ella.

—Doctor. —Le agarra con suavidad la muñeca y busca la fuerza interior para hablar—. ¿Sobrevivirá?

—Eso espero.

Lo ve marcharse y su corazón se llena de grietas profundas, de heridas, de puñaladas. Pensaba que no podía desintegrarse más, pero se equivocaba. La espera le mata, la ausencia de noticias concluyentes le desespera y la sensación de pérdida se expande por sus pulmones, ahogándolos.

Dennis se despide de ellos para ocuparse del The Hole, ahora que Steff parece fuera de peligro es importante no saltarse sus nuevas obligaciones laborales el primer día. Posa una última mirada en Kriste con una dolosa ansiedad recorriéndole el cuerpo y avanza hasta colocarle una mano en el hombro. Ella le mira con anhelo mal contenido, como si por una vez mostrara la ferocidad de sus sentimientos.

—Avísame si hay alguna novedad —solicita Dennis casi sin voz—. Necesito saber que Steff está bien.

—Hacía tanto tiempo que no estábamos cerca...

—Te echo de menos, nena. —Se acerca a ella disparándole un temblor descontrolado en el cuerpo—. Abrazarte otra vez ha sido la hostia. Deja al pijo, vuelve conmigo, esta vez será para siempre. Contradirección y sin frenos, nena. Contigo. Para la puta eternidad.

—Te llamo si hay algún cambio. —Kristie da un paso atrás para separarse al máximo de él, luchando por controlar sus emociones disparadas. No puede dejarle traspasar esa línea, volver a ese punto donde los días a su lado sabían a felicidad. La dejó, la humilló, no confió en ella y la traicionó. Volver con él no es una opción—. Suerte en tu primer día de trabajo.

La mirada de Dennis se ensombrece al enfrentarse a la distancia impuesta por Kris. Asiente entendiendo su rechazo tácito, espira con lentitud por la nariz, cierra un segundo los ojos y se da la vuelta para desaparecer rumbo al exterior. Luke les observa ansiedad. Se acerca a su chica, la rodea por los hombros e intenta deshacerse de las sensaciones que le asolan. Ella apoya la cabeza en su hombro sin contener las lágrimas que se deslizan con facilidad desde sus ojos mientras Dennis se aleja con el cuerpo encogido, como si esas pocas palabras pronunciadas le hubieran sumido en un profundo dolor.

Swan camina de un lado a otro sin recuperar la compostura.

—No puedes perder la fe. —Su padre detiene el movimiento, le abraza y lo lleva a una de las sillas—. Si reaccionas así no vas a conseguir otra cosa que ponerte enfermo y ahora Steff te necesita entero.

—Nunca pensé que podía entregar mi corazón así. —Golpea el respaldo de la silla—. Ella lo tiene en sus manos, le pertenece. Si no vuelve a la vida no lo superaré jamás.

—Eres más fuerte de lo que crees, igual que Steff. —Inspira aire por la nariz—. Saldrá de esta, ya lo verás.

—¿Sabes la probabilidad que existe de perder a dos mujeres de tu vida en menos de dos años? ¡Joder papá! Con Tess lo pasé mal, pero esta vez moriré con ella. —Desvía su mirada herida a Rob—. Nunca en mi puta vida había sentido este tipo de amor ni este jodido dolor que me parte en dos.

—Steff sobrevivirá.

—¿Y si no lo hace?

Cuando el doctor sube para llevarlo con ella camina con las manos en los bolsillos, el cuerpo encogido y los ojos húmedos. Kristie avanza a su lado con

jadeos roncros de ansiedad. Ambos permanecen callados, incapaces de transmitirse los sentimientos que los vapulean sin piedad.

—No pueden entrar juntos —anuncia el doctor—. Está sedada y conectada a las máquinas. Solo pueden pasar a verla unos minutos cada uno. Mañana la trasladaremos a una habitación en planta y podrán estar a su lado.

Steff sigue pálida, sin demasiada vida en sus pómulos angulosos, en esa cara espontánea y llena de ilusión. Swan entra después de Kris, se acerca a su lado, le besa en los labios y le coge la mano inerte. Como mínimo ahora está más cálida, sin aquel helor de antes. Los monitores pitan al ritmo de sus respiraciones acompasadas. Todavía lleva la vía en la muñeca izquierda.

—Vuelve conmigo princesa —susurra sobre sus labios—. Regresa a mi lado.

Al regresar a la sala de espera se niega a pasar la noche en Fort Lucas. Necesita estar cerca de ella a pesar de no poder verla. El resto de la comitiva decide irse a descansar para estar frescos al día siguiente y él se estira en las sillas para dormir un poco. Pero se mantiene con los ojos abiertos y los brazos cruzados sobre el pecho, acompañado de los recuerdos y el dolor.

Dennis aparece tras el cierre del bar. No lleva escolta porque los federales han considerado neutralizada la amenaza al meter entre rejas a los atacantes.

Esperan juntos la llegada del alba compartiendo confidencias, instantes, recuerdos de ella. Gracias a las palabras del mecánico Swan descubre aspectos maravillosos de la chica de sus sueños. Cada segundo siente mayor necesidad de recuperarla y se promete hacerla suya para siempre si despierta.

La suben a planta a primera hora de la mañana. El peligro ha pasado, responde bien a los antibióticos y ya no está tan débil. El corazón de Swan recibe una descarga de alegría al escuchar las palabras del médico. Seguirán administrándole sedantes y medicación durante unos días, pero el pronóstico es positivo.

Permite que Dennis la vele con él. Su amor por Steff es una clara invitación a mantenerle en su vida. Es como si fuera una hermana o una hija para él.

—Siento haberte causado esto, pequeña —musita acariciándole el cabello.

—Tú no tienes la culpa. —Swan se sienta en una silla al lado de la cama y observa con emoción cómo el rostro de Steff ya no presenta esa lividez del día anterior—. Sé lo que te dije ayer en tu casa, pero solo fue porque estaba

destrozado. Los únicos responsables son los cabrones de *The black faces*. Espero que se pudran en la cárcel el resto de su vida.

—Nunca debí liarme con ellos.

—Hay decisiones que no solo te involucran a ti. —Le da un beso en la boca a su chica—. Estoy de acuerdo contigo, te equivocaste al meterte en la banda, pero al final tuviste los huevos de aceptar tu error y meterlos entre rejas.

Dennis deja caer su cuerpo en la otra silla de la habitación. La noche compartida ha despertado una camaradería extraña entre ellos, como si el dolor acompañado y las confidencias hubieran logrado el milagro de acercarlos de verdad.

—La cagué Swan, fui un chungo de cojones y perdí la tía más importante de mi vida y a Steff. —Pega un puñetazo al colchón—. ¡Joder! Ayer por poco la palmo al abrazar a Kris. ¡Llevaba un puto año sin estar cerca de ella! Fui de sobrado porque pensaba que la podría olvidar, pero es como un puto tatuaje en mi cuerpo. Y si Steff la palma no podré volver a mirarla a la cara.

—El doctor nos ha asegurado que eso no va a pasar. —Sonríe al pronunciar estas palabras—. Steff no tardará en abrir los ojos y esta vez voy a conseguir una promesa de pasar el resto de su vida en mi cama.

—Trátala bien tío. Porque si se te ocurre joderla voy a arrancarte los huevos y a hacerlos papilla. —Señala a la chica—. Es mi familia, tío.

—Jamás se me ocurriría joderla.

—Es una bomba de relojería. —Se pasa la mano por la frente—. Una tía con los huevos cuadrados. Si la hubieras conocido de cría... Cuando se rayaba no había Dios que la metiera en su sitio. ¡Joder! Se habría dado de hostias con medio mundo si no la hubiera parado.

—Kris también tiene carácter.

—Pero Steff no se achanta con nada. —Niega con la cabeza crispando la expresión—. Parece una puta camicace cuando quiere algo y es jodidamente terca. Kris es una tía acojonante, pero más tranqui. ¡Joder tío! ¡Fui un imbécil al perderla!

—Deberías hablar con ella. En eso Steff tiene razón. He visto cómo os miráis y queda clarísimo que entre vosotros todavía quedan asuntos por resolver.

—Estoy acojonado tío. —Golpea en la silla con un puño cerrado—. La última vez que hablé con ella eligió al pijo cabrón. Y si vuelve a hacerlo arrasará con mi puto corazón para dejarlo hecho trizas.

—Sigue siendo la mejor alternativa. En la vida hay que arriesgarse para conseguir la felicidad. Cuando ayer Steff descubrió lo de Paige pensaba que la había jodido para siempre y ya ves, me perdonó. Nunca se sabe qué pasará.

—Mi vida sin Kris una puta mierda. Salgo con Lenora para intentar llenar un jodido hueco en mi corazón, pero no sirve de nada.

—No es feliz con Luke. Deberías dejarte de gilipolleces y aclarar la situación con ella.

—Eres cojonudo tío.

Se queda solo en la habitación cuando Dennis se va a su casa a prepararse para su jornada en el taller. Se sienta junto a su cama, dándole la mano, esperando ver sus preciosos ojos verdes devorarlo con aquella luz chispeante.

Recompone las piezas rotas de su interior a una velocidad vertiginosa, dándole color a la oscuridad de las horas de espera, consiguiendo despertar las sensaciones aniquiladas por la opresión en el pecho de la sensación de pérdida.

—Princesa no voy a volver a separarme de ti. —Le acerca la cara a sus labios—. Eres lo más importante de mi vida, la persona que ha calado más hondo en mi corazón y nunca encontraré la forma de mostrarte la abrumadora cantidad de sentimientos que me sacuden cuando estoy contigo. No vuelvas a darme un susto como este. Ni se te ocurra volver a ponerte en peligro así ni hacerte la heroína. Si te llega a pasar algo...

Posa los labios en su boca con un estremecimiento. Es su vida, su luz, su única razón para vivir. Necesita escucharla, ver cómo abre los ojos, retarla, sentirla. Ha pasado la peor noche de su existencia.

—Chúpame la sangre conde —susurra ella.

Abro los ojos muy despacio, embotada por los sedantes. Mis palabras apenas consiguen convertirse en suaves suspiros disparados por una boca seca donde siento la lengua áspera, sin humedad, casi como si fuera una tira de cuero.

Swan emite dos sollozos callados, se separa un poco hacia un lado y me observa con sus ojos chispeantes, húmedos, felices.

—Princesa, me has dado un susto de muerte. —Una sonrisa curva sus labios—. Te desmayaste entre mis brazos y mi mundo se vino abajo. ¿Quién te dio permiso para dejar que te dispararan? Otra vez quédate quietecita.

—¿Para cederte a ti todo el mérito? ¡Ni de coña!

Me abraza besándome en los labios, en la nariz, en la frente, en los pómulos. Sentirme entre sus brazos me reconforta, aunque todavía estoy débil y empieza a dolerme el abdomen y el brazo.

Pasamos una hora solos. Los calmantes consiguen hacerme navegar entre la vigilia y una inconsciencia plácida. Cuando despierto hablamos acerca de cualquier cosa, sin dejar de acariciarnos, como si necesitáramos el contacto para sentirnos vivos.

Swan está estirado a mi lado en la cama para mantenerme abrazada. El calor de su cuerpo junto al mío consigue darme sosiego mientras duermo y me agita al despertarme. Lo sucedido me ha llenado de ansiedad, pensaba que ese cabrón de Roy iba a joderme la vida y no podía dejar de recordar a Swan.

La habitación se llena de gente poco a poco. Me abrumba la cantidad de palabras de aliento que recibo por parte de mis allegados, sus muestras de afecto, su cercanía. De niña me faltaban esos pequeños gestos y ahora los atesoro como el recuerdo más preciado de mi paso por Fort Lucas. A veces la vida te lleva a un lugar inesperado tras darte palos y entonces lo valoras mucho más.

A media tarde Rob consigue convencer a Swan para que se vaya a casa a asearse, ducharse y dormir un poco. Ha pasado la noche en la sala de espera con Dennis, velándome en la distancia.

Hace mala cara, tiene unas bolsas amoratas bajo los ojos, la barba de un día le oscurece el mentón y la ropa ensangrentada necesita un cambio. Me besa con mucha ternura. La barba me pica consiguiendo una reacción de mi cuerpo

al sentirla en la comisura de los labios. Por suerte la sequedad de mi boca ha desaparecido con el paso de las horas y puedo saborearlo.

Estoy más consciente, aunque tengo dolor en el brazo, en la cintura y en mi interior. Es como si me quemaran los puntos internos.

Tras un par de horas me quedo a solas con Kristie. Hace mala cara, como si estuviera perdida en sus problemas. Intento descubrir la causa de sus gestos llenos de ansiedad, pero ella rehúye la conversación y cambia de tema cada vez que menciono a Luke, a Dennis o a su forma de estrujar la tela de los *jeans* como si estuviera a punto de sufrir un colapso nervioso.

A ratos me quedo sola y aprovecho para dormir o poner mis pensamientos en orden. Cuando cierro los ojos no logro deshacerme de los recuerdos, de la mano de Roy metida en mi interior, de su mirada lasciva, de mi miedo. Lo revivo una y otra vez. Vuelvo a recibir las balas, a enfrentarme a ellos, a sentirme a punto de vomitar cuando su lengua se paseaba con impunidad por mi garganta.

Las imágenes vuelven a invadir mi mente cuando me quedo otra vez dormida. Me estremezco al escuchar cómo se abre la cremallera del tejano. Siento los dedos de Roy invadirme, acompañados de sus lametazos asquerosos. Y me agito angustiada, llena de sudor, con el corazón aporreando las costillas.

—Steff. —La voz de Swan atraviesa el sueño—. Despierta princesa. Estoy aquí, no te va a pasar nada. —Siento el tacto de sus dedos acariciándome la mejilla—. Abre los ojos.

Parpadeo poco a poco, relegando lo sucedido a un lugar apartado en la memoria. Está sentado a mi lado en la cama, mirándome con preocupación. Tiene mucho mejor aspecto. Las barba ha desaparecido y las ojeras se han mitigado, aunque las arrugas de la cara me indican su inquietud.

—Swan... —musito casi sin voz. Arqueo los labios en una sonrisa mirándole con emoción—. Si no llegas a entrar, si no hubieras venido a por mí...

—Fuiste muy valiente. —Se estira a mi lado en la cama y yo me acerco mucho a su cuerpo para sentirme protegida—. Luchaste, le pegaste un tiro, te defendiste.

—Pero me tocó. —Me agito al recordarlo—. Si le hubiera dejado...

—Deberías olvidarte de eso. —Sus labios se posan en los míos consiguiendo que la ansiedad se mitigue—. Ahora estás aquí conmigo y esos cabrones entre rejas. Estás a salvo.

—Lo sé. Contigo no tengo miedo, es solo que cuando me duermo recuerdo. Es demasiado reciente.

Se me cierran los ojos por el cansancio y la medicación.

—No voy a dejarte sola. —Me abraza dejándome espacio para que me acurruque a su lado—. Es tarde, deberías descansar. Tranquila, no voy a moverme de aquí, velaré tus sueños.

—Te quiero Swan. No sabes cuánto.

Poco a poco me duermo entre sus brazos.

Despierto con los primeros rayos de luz. La tirantez de los puntos me ha impedido dormir seguido y los recuerdos de lo sucedido en casa de Dennis se han empeñado en colarse en mis sueños para convertirse en pesadillas.

Swan duerme en una butaca. Recuerdo vagamente la aparición de una enfermera en la habitación que le obligó a salir de la cama.

Le contemplo en silencio mientras me muevo con dificultad en la cama para intentar enderezarme. Está increíble, atractivo, sexy. Los vaqueros bajos de talle se ciñen a sus piernas para mostrar el relieve de unos músculos trabajados, igual que la camiseta caqui. Está de cara al techo, con la cabeza un poco tirada hacia atrás y el cabello corto apoyado en el respaldo. Tiene una expresión de placidez que me acaricia el alma con ardor contenido.

La idea de pasar todas y cada una de las noches a su lado me parece perfecta. No quiero volver a discutir con él, a desconfiar ni a sentirme agobiada por la rapidez con la que se desarrolla lo nuestro. Llevo demasiado tiempo amándolo en la distancia como para preocuparme ahora de algo tan fútil como la cantidad de días compartidos. Me parecen siglos. Es como si mi corazón llevara toda la vida perteneciéndole.

Abre los ojos despacio. Parpadea un par de veces y mueve las pupilas hacia mí. La luminosidad que envuelve esa mirada, su sonrisa, la expresión feliz y las chipas en sus ojos me llenan el corazón de alegría.

—Buenos días princesa. Llevo horas soñando contigo. —Se despereza antes de sentarse a mi lado acariciándome el cabello con suavidad.

—Espero que fueran sueños muy subidos de tono. —Me humedezco los labios—. Cuando volvamos a nuestra casa voy a hacerlos realidad.

—¿A nuestra casa? —Levanta las cejas—. ¿Eso significa que vas a instalarte conmigo?

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Sonrío mordiéndome el labio—. Lo sucedido ayer me ha hecho darme cuenta de que no se pueden desperdiciar los instantes de felicidad porque nunca se sabe cuál puede ser el

último. Y mi único deseo es exprimir los segundos a tu lado.

Me besa con pasión, abrazándome tan fuerte que mi cuerpo se queja. Durante una eternidad nos rendimos a nuestros sentimientos sin dejar de reír, de sentirnos unidos, de saborear la decisión que hemos tomado. Compartir el resto de mi vida con él me parece el mejor de los destinos.

Cuando una hora después sale de la habitación vestido con su uniforme de camuflaje y una promesa de volver al terminar su jornada laboral, me tomo el desayuno en silencio, echándole de menos y dándome cuenta de la magnitud de mis sentimientos por él.

Paso la mañana en compañía de Maggi, escuchando sus progresos con Rob. Han salido un par de veces y las cosas empiezan a tomar una dimensión distinta entre ellos, aunque de momento no han dado el paso para dejar atrás la amistad y convertirse en algo más.

—Dale tiempo. —Sonríó al descubrir su inquietud—. Desde que Rachel murió no ha estado con otra mujer.

Suspira mirando hacia la ventana.

—Todavía recuerdo la primera vez que Kris apareció en mi bar. Parecía una chica fuerte que pisaba la vida con energía, pero en el fondo se intuía su fragilidad. Por eso os ofrecí mi casa para vivir. —Posa los ojos en mí—. A veces pienso que los caminos del destino son indescifrables. Si tu hermana no me hubiera pedido el trabajo, si nunca me llega a contar vuestra historia o si los de la banda de Dennis no hubieran aparecido por ahí dispuestos a apuñalarla nuestra vida sería muy distinta.

—Tienes razón. —Asiento con los pensamientos en esos sucesos—. El destino muchas veces te sorprende.

—Tu hermana lleva un tiempo muy nerviosa. —Titubea antes de hablar de nuevo—. Luke es un chico complicado, nunca se implica de verdad con una mujer, se lo advertí cuando se conocieron. Durante un tiempo fueron felices, pero ahora... ¿Has hablado de eso con ella? Ayer con Dennis parecía como si hubiera una tensión no resuelta entre ellos.

—Es una cabezota. —Me incorporo en la cama con su ayuda—. Intenta que lo suyo con Luke funcione. Es buen tío, la quiere, pero es incapaz de mantenerse fiel demasiado tiempo.

—Acabas de describir al verdadero Luke Foster. Nunca dejará de ser él, le cuesta demasiado liarse en serio con alguien.

—Creo que no acaban de funcionar por culpa de Dennis. Es posible que no todo sea por esa tendencia de Luke a no liarse en serio con una chica. —

Suspiro—. Hace poco Kris me confesó que lleva seis meses espiando a Dennis en el taller.

La mueca de sorpresa de Maggi me da una pista acerca de sus pensamientos.

—¿Por qué? Si está con Luke no veo la necesidad de preocuparse por su ex.

—Empezó a espiarlo por su necesidad de recuperarle como amigo, para saber de él. Acabó dándose cuenta de cuánto le importa, aunque no es capaz de aceptarlo en voz alta. Creo que Luke se siente amenazado por Dennis, por eso discuten a menudo. Es imposible olvidar un amor así de intenso.

—Hace tiempo le expliqué a tu hermana la historia de Julia y Zack. —Curva los labios hacia arriba para mostrarme una ancha sonrisa—. Kris me dijo que había vivido algo parecido con final trágico y que daría cualquier cosa para recuperarlo.

—Antes pensaba que el amor de verdad era una quimera. Me pasé años de chico en chico, siempre ilusionada por sentir la milésima parte de lo que vivieron Kris y Dennis. —Arqueo la boca en una sonrisa—. Solo encontré chascos, uno detrás de otro. No me engañaba, no me conformaba, no intentaba aferrarme a alguien solo por sentirme atraída. Quería el lote completo, quedarme sin respiración al ver a mi hombre, que mi corazón se colapsara, que cada pedazo de mi piel suspirara por él.

—Por eso dejaste a Barry al día siguiente de hablar con Swan por primera vez.

Es cierto. Ese día en el Maggi's yo tenía un novio desde hacía unas semanas. Era un chico atractivo, me trataba bien, me quería. Y yo sentía una atracción, un principio de algo. Pero enfrentarme a la irrupción de Swan en mi vida arrasó con cualquier atisbo de duda. Con él podía amar de verdad.

—Fue como si un rayo me perforara el pecho —explico con un suspiro—. La primera vez que crucé la mirada con él sentí un estremecimiento demasiado intenso para ignorarlo. Y al día siguiente de hablar con él por primera vez dejé a Barry porque entendí que no le amaba.

—¡El amor! —Suspira—. Hay gente que cambia por ese sentimiento. Luke ya lo ha hecho, ha dado un giro a su vida, se ha implicado con Kris dándole todo, pero no es suficiente porque su naturaleza le lleva a sentirse acorralado y por eso destruye la posibilidad de construir algo sólido de verdad con ella. Ese es el verdadero problema.

Las horas transcurren entre una conversación interesante. Ambas nos

abrimos el corazón, sin ocultarnos nada. La quiero después de más de un año de presencia constante en mi vida. Es una persona cercana, cariñosa y una de las primeras que mostró deseos de ayudarnos a Kris y a mí sin pedir nada a cambio.

Después de comer me quedo dormida. Maggi se ha ido a atender el bar y el relevo vendrá en un par de horas. Kristie ha prometido pasarse un rato al salir de la universidad, antes de incorporarse a su turno en el Maggi's.

Al abrir los ojos descubro a mi hermana sentada en una silla al lado de la cama. Parece absorta en algún tipo de pensamiento ansioso. Las arrugas en la frente, las manos en el regazo apretándose la tela del vestido y la tensión en su cuerpo muestran preocupación.

—¿Llevas mucho rato aquí? —Me muevo para incorporarme en la cama—. Lo siento, me he quedado dormida.

—Parece que nuestra vida siempre nos lleva al mismo punto. —Su voz muestra inquietud—. El año pasado era yo la de esa cama y ahí fuera había dos federales. La idea de Dennis de meterse en esa maldita banda de poco acaba con las dos.

—No puedes culparle de lo que nos ha pasado.

—¿En serio? —Levanta las cejas arrugando la frente hasta confundirla con el nacimiento de su pelo—. No le defiendas. Él nos ha metido en esto. Si no se hubiera enredado con los *The black faces* nuestra vida sería mil veces mejor.

Le coloco la mano sobre la suya, mirándola con la sensación de estar ante una persona infeliz.

—Entonces nunca habiéramos conocido a Rob, Ju, Swan, Penny, Charleen, Luke... Quizás ha sido mejor así, ahora tenemos mil cosas maravillosas gracias a eso.

—¿Estar en una cama después de que te hayan extirpado dos balas del cuerpo te parece lo mejor? ¿O que yo tenga una cicatriz en el abdomen por culpa de una puñalada? —Niega con la cabeza—. Es una mierda Steff. Una puta mierda. Si el muy cabrón de Dennis se hubiera conformado con quedarse con nosotras en el piso, si jamás hubiera entrado en la banda...

—Si tuviera la oportunidad de volver a empezar no cambiaría nada de nuestra vida estos últimos años. —La interrumpo apretándole la mano—. Todo ha servido para llevarnos hasta aquí.

—¡Es una putada! —Sus ojos se llenan de lágrimas sin venir a cuento—. Dennis jamás debería habernos dejado. ¡Me obligó a estar sin él durante

demasiado tiempo! Si no se hubiera metido en la banda no estarías aquí con dos heridas de bala, no habiéramos estado ninguna de las dos a punto de morir y jamás hubiera conocido a Luke.

Se cubre los ojos con los dedos y los mueve para deshacerse de la humedad.

—¿La ha vuelto a cagar?

—No. Él está decidido a intentarlo. Y le quiero Steff, te juro que le quiero muchísimo. Pero no soporto discutir con él por Den ni verle enfurecerse por nuestro abrazo. —Cierra los ojos y suspira—. ¡Joder! ¡Qué mierda de abrazo!

—Le has abrazado... —Enarco los labios en una sonrisa—. Ahora entiendo por qué estás así desde ayer. ¿Todavía le quieres?

—Más que a mi vida.

—¿Y entonces qué haces con Luke?

—También le quiero. Ese es el problema. —Exhala con fuerza—. Ahora lo nuestro va bien y Dennis solo significa problemas. No sé Steff, les quiero de una forma diferente a cada uno. Echo de menos a Den, muchas noches sueño con él y me revienta imaginármelo con Lenora. Pero yo elegí a Luke hace un año.

—Eso se arregla cambiando de opinión.

Suelta un suspiro exasperado. Siento su indecisión alcanzarme y me apiado de ella. Debe ser difícil tener dos amores y no ser capaz de estar segura de cuál es más real.

—Es que no sé si quiero cambiar de idea. —Niega con la cabeza—. Luke es increíble. Con él he conocido un montón de cosas interesantes. Me gusta acompañarle a los conciertos, pasarnos las tardes paseando, escucharle tocar la guitarra mientras canta y hace algunos arreglos a la última composición de Julia, salir a cenar con él... Mientras no se tira a otra es dulce, se preocupa por mí y nuestra relación es muy bonita. Aunque discutimos bastante, la verdad.

—Le quieres, lo sé. —Le doy dos palmadas en la mano—. Pero a veces no basta con querer. Es importante amar Kris. ¿Qué sientes por Dennis? Hace días que te lo pregunto y todavía no me has dicho la verdad.

—Sigo loca por él. Esa es la puta verdad, una que me parte el alma en dos porque también estoy loca por Luke. Aunque de otra manera.

Sopla levantándose. Camina inquieta hasta la ventana y retira un poco la cortina para atisbar al exterior.

—Primero deberías descubrir cuál es esa manera para darte cuenta de a quien amas. —La observo abrazarse el cuerpo con una mano y posar la otra sobre la ventana—. Puedes quererlos a los dos, pero el amor es otra cosa Kris. ¿Sabes por cuál suspira tu corazón?

—¡Ese es el jodido problema! —exclama dibujando algo en el cristal—. No tengo ni puta idea de cuáles son mis verdaderos sentimientos por cada uno de ellos.

Parece perdida, como si necesitara un empujón para saber hacia dónde dirigirse a partir de ahora. Suspiro, me muerdo el labio y sonrío.

—Tómate un tiempo sin ninguno de los dos. —Ella camina de vuelta a la silla—. Es la mejor solución. Falta poco para el verano, tienes algo de dinero ahorrado. Vete a pasar un mes lejos de aquí, búscate a ti misma y descubre qué sientes.

—Eso sería lo mejor. —Aletea las pestañas para deshacerse de las últimas lágrimas—. Quizás es lo que necesito. Tú te vas a ir a la instrucción y Luke tiene una gira bastante larga este verano. Podría buscar algún curso interesante en otro estado para alejarme de ellos un tiempo. Pero no quiero perder a Luke y no sé si es la mejor solución.

—Siempre quisiste ir a aprender surf a California. —Levanto las cejas divertida—. ¡Hazlo de una vez! Busca un lugar con buenas olas, un campus o algo parecido y pasa un mes lejos de todo. Al regresar tendrás las cosas más claras.

—Para terminar el curso todavía quedan seis semanas. —Mira hacia el techo—. Y estoy con Luke. Lo nuestro ahora funciona.

—Déjale, sal por ahí, búscate ese curso de surf y vive sin atarte a nadie un tiempo. Al regresar de vacaciones verás cómo eres capaz de saber qué quieres.

Me abraza con un suspiro y se limpia unas nuevas lágrimas.

—No sé si soportaría perderle. ¿Y si de verdad le amo? Hace un año pensaba que él era el hombre de mi vida. No entiendo por qué he seguido sintiéndome atada a Dennis. Llevaba mucho tiempo sin hablar con él.

—Quizás deberías empezar por ahí. Queda con Den y descubre cómo te sientes al hablar con él. —Le guiño un ojo con una mueca esperanzada—. Quizás te das cuenta entonces de que es el amor de tu vida, el de verdad, el único...

—La última vez que estuvimos a solas me lancé sobre él y fue un desastre porque al final le eché de mi lado. No puedo volver a hacerle esto,

pero tampoco puedo perderle.

—Nena, necesitas un *break* en tu vida amorosa. Incluso me atrevería a decir que también te hace falta liarte con otro. —Le coloco otra vez la mano sobre la suya—. Has de encontrarte a ti misma para conocer tus sentimientos. Corta con Luke de una vez, habla con Dennis y deja pasar el tiempo. Si uno de los dos está destinado a ti no será tarde.

—Necesito pensarlo.

Desvía la mirada para dar por concluido el tema. Durante unos minutos permanecemos calladas.

—Tengo una noticia. —Me coloco las manos en el pecho y parpadeo con una sonrisa—. Me voy a vivir con Swan. Lo he decidido, no quiero desaprovechar ni un instante para estar con él.

Se levanta de la silla y se abalanza sobre mí para besarme en la mejilla, abrazándome con fuerza.

—¡Uoooo, vaya noticia! —Vuelve a la silla sin dejar de sonreír—. Todavía recuerdo la primera vez que me hablaste de Swan. Entonces yo estaba en la cama del hospital y tú en mi sitio. Se te veía tan pillada...

—No te lo tomaste nada bien al principio, estabas un poco mosca con la diferencia de edad y te molestaba que fuera nuestro hermano de acogida... ¡Cómo han cambiado las cosas!

—De todas maneras no me olvido de tus ilusiones infantiles. —Me lanza un beso con chanza—. Siempre has renegado de vivir con un tío sin casarte. Sueñas con tu boda desde que eras una enana, ¿cómo vas a renunciar a eso?

—Por Swan hasta escalaría el Everest sin oxígeno. ¡Bua Kris! Es el tío más alucinante del mundo y le amo. Es el amor de mi vida. Uno de esos que solo sucede una vez. —Ladeo la cabeza hasta tocar el hombro con ella—. Hace solo diez días que estamos juntos, esto va a la velocidad de la luz.

—Sería increíble esa boda de tus sueños. —Se agarra la cadena del cuello y la mueve con un dedo—. Nunca has querido nada complicado, solo nosotras, el novio, su familia, tus cuatro amigos del momento y un lugar especial...

—De niña le daba muchas vueltas a ese sitio especial y ahora lo tengo claro. Me gustaría una boda sencilla en Fort Lucas, en el hangar, cerca de los aviones. Sería un sueño.

—Dudo que a Rob le pareciera bien. —Se carcajea—. Habla con Swan, pídeselo. Hace pocos días te dijo que estaba dispuesto a todo para hacerte feliz.

—Ya veremos. De momento me voy a instalar en su casa. —Tuerzo la boca—. Bueno, en nuestra casa. Luego ya se verá.

—Si se lo explicaras se casaría contigo, estoy convencida. He visto cómo te mira, Steff, ese tío daría la vida por ti.

Cierro un segundo los ojos para regresar a esa coraza de niña idealista. Una de las grandezas de la imaginación es acompañarte en momentos duros. Kris y yo solíamos usarla para pintar de colores el futuro, para encontrar metas que nos ayudaran a dibujar un destino feliz para las dos.

Mientras ella soñaba con pasar el resto de su vida con Dennis yo me dedicaba a esbozar mi vestido de novia en una libreta, a llenar los huecos de ilusión con la idea de encontrar al príncipe azul que me llevara a lomos de su caballo hasta una boda de ensueño, una donde estuvieran Dennis, Kris y él, fuera quien fuera.

Tenía pocas aspiraciones en la vida. Quería encontrar al hombre de mis sueños, uno que logara acelerarme la respiración con su presencia. Deseaba ser la heroína de esas películas románticas que solía ver con Kris, acompañada de pañuelos de papel. Y trabajar con Dennis en un taller mecánico nuestro.

La idea de casarme siempre me pareció vital para establecer un vínculo irrompible con alguien, para tener un compromiso firmado, para construir una familia. Necesitaba creer en ese futuro rosa pastel para sonreír.

—Hemos cumplido casi todos nuestros sueños de esa época. —Suspiro—. Hollywood, tener una familia que nos quiera, estuviste un tiempo con Dennis... Solo me faltaría una boda con Swan. ¡Bua! Eso sería una pasada. ¿Te imaginas que me lo pide? ¡Me desmayaría de felicidad!

—Querías una proposición diferente, sin arrodillarse, solo con alguna frase ingeniosa que no tuviera nada que ver con lo convencional.

—Es que no me va lo de siempre. —Asiento sonriendo—. Quiero anillo, champagne, incluso me encantaría un baile. Pero me niego a escuchar el típico *¿quieres casarte conmigo?* de rodillas. ¡Fua! Eso sería una cortada de rollo. Me apetece algo original, que no me espere.

—Eres rara Steff. —Suelta una risotada—. ¿No te pareció romántica la proposición de Ethan?

—¡Increíblemente romántica! Pero para Penny. Yo no me imagino a Swan de rodillas con un anillo en la mano. Prefiero que me sorprenda con una idea más original.

—Y ahora me dirás que incluso te casarías pilotando.

—¡Es una idea cojonuda! ¡Sería impresionante! Podríamos volar en el Dragonfly y meter una pantalla en el hangar para retransmitir la ceremonia del cura. Instalamos una cámara de vídeo en la cabina y vosotros veis en directo el sí quiero desde el aire.

—Eres peligrosa Steff Edwards. —Se parte de risa—. Pobre Swan, no sabe lo que le espera contigo.

Lleva diez minutos escuchando detrás de la puerta y las ideas bullen en su interior. Quiere pasar el resto de su vida al lado de Steff, necesita hacerla feliz y casarse con ella le parece perfecto para darle la oportunidad de cumplir sus sueños con él.

Se ha pasado la mañana pensando en ella. No podía concentrarse en el trabajo, los recuerdos de la tarde de ayer se colaban impunes en su mente para desestabilizarlo. No dejaba de darle vueltas a qué hubiera pasado si no llega a ver a los federales en el coche. Steff es demasiado joven para enfrentarse a algo parecido y él sería incapaz de aceptar un desenlace diferente.

Oírla hablar con Kristie así de feliz, explicando cada una de sus ilusiones, le llena de una ansia descontrolada. Desea su cuerpo, su mente, su luz. Desea no perder nunca esa conexión entre ellos, la forma en la que sus cuerpos encajan, en la que sus mentes se sincronizan y en la que ambos se iluminan en la oscuridad.

Cada segundo tiene más claros sus próximos pasos. Cuando se recupere quiere sorprenderla, hacerla feliz, darle esa boda de sus sueños.

Llama a la puerta con energía para anunciar su presencia antes de entrar. No quiere darles pistas a las chicas de sus pensamientos.

—¿Cómo te encuentras? —Se acerca a ella para darle un beso.

—Duele un huevo. —Sonríe—. Es lo que tiene recibir dos tiros. Y me van a quedar unas cicatrices horribles.

—Serán súper sexys.

Kristie se levanta con rapidez de la silla para cederle su sitio. Está pálida, tiene rastros de lágrimas en sus ojos y parece igual de mustia que los últimos días.

—Os veo más tarde. —Camina hacia el baño para arreglarse el maquillaje—. Empiezo mi turno en el Maggi's en media hora y quiero ver a Luke antes de entrar a trabajar.

—Cuando me ponga bien Swan bailará con nosotros en el Maggi's. —Steff le lanza una mirada socarrona—. ¿Verdad cariño?

—¡Ni lo sueñes! Esa manía vuestra de bailar canciones de los sesenta en medio del bar me parece una locura.

—Es divertido. —Kris sale del baño para dirigirse a la puerta—. Y a los clientes les encanta. Cuando vienen siempre esperan esa actuación estelar. Y desde que la banda de Luke se ha hecho famosa hay cola para verles bailar y necesitamos seguridad en la puerta para controlar a las fans enloquecidas. Si incluso salió en un reportaje de la tele.

—Pues yo paso —insiste Swan sentándose en la cama al lado de Steff y apoyando la cabeza en el cojín como ella—. Ya hice el ridículo el día del concierto en Los Ángeles y no me apetece repetir.

—¡Ese vídeo fue *trending topic*! —Steff intenta aplaudir, pero los puntos le disuaden—. Me pareció la bomba que fueras tan buen bailarín.

—Te tenías muy calladito que eres un crack del baile. —Kris alcanza la puerta—. Deberías practicar con Steff cuando pueda moverse. Ahora tendrás tiempo para ensayar en privado. Me ha dicho que ha aceptado vivir contigo.

—¿Ya es oficial? —La abraza acercándola mucho a su cuerpo—. Voy a sobornar al médico para que te dé el alta cuanto antes.

Una última sonrisa curva los labios de Kristie antes de salir de la habitación.

—El doctor ya ha pasado esta mañana. —Suspira Steff apretando los labios—. La mala noticia es que me he de quedar en el hospital como mínimo una semana.

—Tenemos el resto de la vida para estar juntos.

—No voy a venir a tu casa si no me prometes cumplir con tu promesa. —Se muerde el labio en un gesto socarrón—. Karaoke y baile.

—¿Alguna canción en especial? Voy a pedirle a Ju que me ayude a prepararme. Bailar lo domino, pero afinar no es lo mío.

Ella se queda unos instantes pensativa y al final abre los ojos entusiasmada.

—*Can I have this dance?* —Lo pronuncia con una emoción intensa—. Me encanta la letra de esa canción, es mágica. Es de las que escuchaba con Kris y Dennis de niña.

—Princesa, deja de ser una ñoña o te voy a dar un par de azotes.

—Guarda tu mano para cuando te haga el *striptease* cachondo, conde. —Le acaricia el cuello con los dedos—. Si me azotas ahora vamos a romper los puntos porque me volveré loca de deseo. Tienes ese efecto en mí.

Swan se agita al escuchar su juego de palabras y no tarda en sentir una erección.

La mira repasándole el perfil con ansia hasta que ella gira la cara para

fijar sus pupilas verdes en sus ojos. Destellan de felicidad, de anhelo, de necesidad. Acerca la cara a la de Steff con mucha lentitud, observando cómo ella se humedece los labios con la lengua.

—No hubiera sobrevivido sin ti princesa —musita—. Si Roy te hubiera hecho algo, si no llegas a despertar...

—Estoy aquí y no pienso irme a ningún otro lado. —Suspira—. No pensemos en lo que podría haber sido, concentrémonos en lo que será y dejemos atrás el resto.

El amor de Swan desborda por cada uno de los poros de su piel.

Sus labios se posan sobre los de Steff para besarla. La lengua recorre cada recoveco de su boca, la invade, le habla de sentimientos, de necesidad, de amor. Las manos recorren los costados de Steff con un ansia demoledora, deseosas de tocar su piel.

Ella gruñe de dolor al moverse. Intenta acariciarle, pero entre el catéter y los tirones de los puntos no consigue su propósito.

Unos golpes enérgicos en la puerta les separan.

—¡Joder! —Es Dennis—. ¡Dejad las guarradas para casa!

Suelta una de sus risotadas y camina hacia ellos sin perder la socarronería de su cara. Anda con aquel paso chulo de siempre, pisando el suelo con fuerza, como si fuera el hombre más interesante del mundo.

—Voy a mudarme con él —anuncia Steff cuando Dennis toma asiento en una de las sillas—. Así tendremos mucho tiempo para ponerlas en práctica.

—¿Y lo de casarte primero? —Levanta las cejas con una expresión un poco molesta—. ¡Joder pequeña! ¡Este tío consigue que reniegues de tus putas ideas!

—Lo dices como si no hubieras dejado atrás tus sueños. ¿Recuerdas cómo iba a ser tu vida con Kris?

—Contradirección y sin frenos —musita Dennis con un ahogo en el pecho—. Íbamos a ir a toda máquina, en mi Dodge.

—Pues ahora estáis separados y vais al ralentí...

Swan se carcajea al escucharles hablar así. Al cabo de unos segundos les contagia y Steff acaba llorando al comprobar cómo sus puntos tiran con las risas.

—Vamos a aparcar el coche un rato —bromea Steff—. Cuéntame tu primer día en el The Hole, Den. Tengo muchísima curiosidad por saber si Paige se comportó como una cabrona o fue simpática contigo.

—Es buena profesional —admite Dennis—. Es una pena que se haya

cargado su puesto. Trabajamos bien juntos.

Steff tuerce el gesto con una punzada de celos. No le gusta la idea de que Dennis se entienda con Paige. Pero en el fondo sabe que es injusta porque él necesita sus conocimientos para avanzar en su nuevo empleo.

—Mientras no te metas en la cama con ella todo irá bien —interviene Swan—. Tan pronto como Steff esté instalada me pasaré una noche para veros en acción.

—Hoy es un buen día para ir al The Hole. —Steff le acaricia el vientre—. Maggi va a quedarse conmigo esta noche y te irá bien distraerte un poco antes de dormir en una cama de verdad.

—No pienso dejarte sola. —Niega con vehemencia—. Me da igual pasar la noche en esa butaca los días que haga falta. Eres mi chica y nunca más voy a separarme de ti.

—Mira, conde o te vas a casa a dormir después de controlar tu bar o te puedes despedir de tenerme cada noche en tu cama. —Le guiña un ojo—. Necesito a un tío en plena forma al salir del hospital porque pienso dejarte seco.

Ahora es el turno de Dennis de carcajearse.

Pasan una hora charlando los tres. Entre Dennis y Swan se crea la misma camaradería del día anterior y Steff está pletórica al comprobar cómo sus dos hombres se entienden.

A última hora de la tarde aparecen Rob, Bryan, Wyatt, Austin, Luke, Charleen, Edward, Julia, Zack, Penny y Ethan. Traen un par de cajas de bombones y un fajo de revistas para que Steff se distraiga mientras está sola a ratos. A partir del día siguiente ya no harán turnos tan largos para hacerle compañía.

—Ahora que estáis todos juntos, Swan y yo tenemos una noticia —dice Steff mirándolos con emoción—. Hemos decidido irnos a vivir juntos.

—Solo lleváis unos días juntos —objeta Rob tras escuchar el anuncio bomba—. Es pronto para dar un paso así.

—Entiendo tu postura. —Swan le da la mano a Steff para mostrar su posición—. Pero cuando encuentras a la mujer de tu vida no hay necesidad de perder el tiempo.

—No deja de ser pronto —interviene Luke.

Una mirada de Kristie a Luke le sirve a su hermana para darse cuenta de sus pensamientos. Ojalá él se decidiera a avanzar o ella se diera cuenta de sus sentimientos por Dennis.

—El tiempo no es un factor importante cuando amas de verdad —musita Kris.

—¡Exacto! —Swan sonríe—. Steff y yo hemos decidido vivir juntos. Da igual lo demás, nos queremos y vamos a hacerlo.

—Es muy precipitado. —La voz del General contiene notas de indecisión—. Con Tess tardaste tres años...

—¡Lo de Tess no viene a cuento! —Swan crispa la cara enfadado—. ¡No me gusta que lo compares!

Le molesta la mención a su ex y cómo su padre trata de hacerle reflexionar con sus decisiones pasadas.

—¿Podemos hablar un segundo en privado? —solicita el General.

Swan asiente, le da un beso a Steff y sigue a su padre al pasillo.

—¿Te has vuelto loco? —le espeta Rob una vez fuera—. Steff es demasiado joven para comprometerse de esa forma.

—La edad no tiene nada que ver aquí. —El tono de Swan es contundente—. Ayer estuve a punto de perderla. Fue jodido papá, porque llevo más de un año enamorado de ella y cuando se desmayó en mis brazos el mundo se me vino abajo. Al fin estamos juntos y no voy a desperdiciar ni un segundo en lamentarme, prefiero pasarlos a su lado, construir un futuro con ella a mi lado.

—Me parece precipitado —insiste Rob sin perder la expresión de agobio—. No os conocéis lo suficiente. ¿Y si sale mal? No quiero perderla.

—Quizás es una locura, pero no voy a pasarme la vida viéndola cruzar la calle para estar conmigo. —Le coloca una mano en el hombro y aprieta un poco—. Entiendo que se te va a hacer duro dejarla marchar, te has encariñado con ella y con Kris.

—La echaré mucho de menos —admite—. La casa con ella está llena de vida.

—Seguro que pronto encontrarás con qué llenarla.

—Está bien, sois adultos para tomar vuestras decisiones —acepta tras meditarlo un poco—. Solo espero que no sea un error.

Veinte minutos después Swan sale a la calle acompañado por las estrellas parpadeantes. Se detiene junto a su coche para mirar hacia el hospital con un sobrecogimiento en su corazón. Hace poco más de un año se vieron en ese mismo edificio y su vida cambió para siempre.

Recuerda cómo se sintió cuando ella y Luke abandonaron el Maggi's en la ambulancia acompañando a Kristie, el vacío que invadió su interior y la ansiedad de los minutos siguientes en comisaría, respondiendo una y otra vez

el mismo interrogatorio de los agentes que intentaban reconstruir los hechos. Solo pensaba en volver a verla, en encontrar una manera de pasar rato a su lado, en hablarle.

Al llegar a la sala de espera la vio sentada en una de las sillas de plástico, con la cara marcada por la bofetada de Roy. Se agachó a su lado, le levantó la barbilla y se perdió en sus ojos con un temblor inquieto en el cuerpo.

Ella le trajo de nuevo a la vida, consiguió que su corazón volviera a latir después de meses frío y le dio un motivo para luchar de nuevo por mantenerse cuerdo y superar lo sucedido con Tess. Y la quiere. Le gusta todo de ella. Su temperamento brioso, su forma de sonreír, esas arrugas alrededor de sus labios cuando juega con las palabras, el brillo de sus ojos, cada uno de sus pensamientos...

Si ha de cumplir cada una de sus fantasías para hacerla feliz encontrará la manera de sorprenderla. Va a casarse con Steff, está dispuesto a pasar por el altar, a firmar los papeles que hagan falta y a dejarse la piel en esta relación porque no se imagina un mañana sin ella.

El The Hole está lleno cuando llega. Los números muestran que es un bar muy rentable, Tess hizo un buen trabajo mientras vivía para convertirlo en un local de peregrinación de muchos de los habitantes de los pueblos cercanos y de los militares de la base. Y Paige ha seguido su manera de hacer para que el local no acuse su falta.

Las mesas están copadas de gente y consumiciones, igual que la barra. No tarda en comprobar cómo Dennis se ocupa con agilidad de servir a unas cuantas personas mientras cruza alguna mirada con Paige. Se entienden con facilidad, como si llevaran toda una vida trabajando juntos.

Esta noche toca un grupo country y su música envuelve las conversaciones distendidas con ese toque rítmico que tanto le gusta.

La reacción de Paige cuando le ve acercarse es demoledora. Se abre un poco la camisa, se humedece los labios y compone una mueca seductora, invitándole a probar su cuerpo con la mirada.

—Déjalo ya Paige —dice al llegar frente a ella sin sucumbir a ninguna de sus estrategias—. Quedó todo claro entre nosotros el domingo. Steff ya lo sabe todo. No compliques las cosas ni hagas este mes más difícil.

—¿Dónde tienes a tu chica? —Le acaricia la mejilla con un dedo—. Parece que te ha dejado salir solo de cacería.

—Steff está en el hospital. El domingo le dispararon y no estoy de humor

para tus chorradas. Pensaba que Dennis te habría informado.

—Solo quiere hablar conmigo de trabajo. —Baja la voz—. Ese tío me tiene un poco de tirria.

—Es como un hermano mayor para Steff. Él casi la crío y está cabreado contigo.

Ella suspira con exasperación al darse cuenta de que Dennis les vigila de cerca. Y por muchas armas que emplee, Swan no cae en sus redes. Parece enamorado de esa zorra.

—¿Por qué dispararon a tu novia? —Le agarra de la camiseta cerca del vientre y le acerca—. ¿Provocó a algún tío? Esa cría solo se busca problemas y no creo que sea capaz de excitarte como yo en la cama.

—¡Joder! —La separa con un movimiento brusco—. Solo he venido a ver cómo va Dennis. ¿Puedes contestarme a eso y dejarme en paz de una jodida vez?

—El tío aprende rápido y atrae a muchas clientas a la barra. —Le lanza una mirada aprobatoria al nuevo encargado—. Esos tatuajes le dan un aire muy atractivo. Podría substituirte por él. Seguro que es un semental en la cama.

—Cuando no trabajes aquí puedes follarte a quien te dé la gana. Pero Dennis no es para ti, así que olvídale.

Parece como si Dennis supiera que hablan de él porque no tarda ni dos minutos en acercarse para participar en la conversación. Repasan un rato los grupos que van a tocar esta semana y programan una actuación de los *The band* para la semana siguiente. Luke ha acabado de cerrar el trato para tocar una vez al mes en el bar al precio de siempre.

—Necesitamos varios *flyers* de propaganda para el evento y buscar una manera de multiplicar el aforo cuando vengan —les dice—. A fin de mes veremos cómo vamos para decidir si necesitamos contratar a más camareros.

Se toma una cerveza viendo la actuación de esta noche. Le gusta la música country, de niño iba con su madre a bailar a uno de esos locales con clases para chicos. Podría llevar a Steff a uno alguna noche. Bryan conoce varios y estaría bien salir en parejas, así se quitaría la espinilla con el vaquero.

La idea de compartir a Steff con otros le molesta, pero tanto Dennis como Bryan parecen importantes en su vida y él no es nadie para negarle la posibilidad de pasar rato con sus amigos.

—¿Cómo está Kris? —le pregunta Dennis en un instante de descanso—. Ayer parecía hecha una puta mierda.

—Acababan de disparar a Steff.

—No era eso, la conozco. Estaba jodida de verdad. ¿Sigue con Luke?

—Sabes que sí. Y la semana que viene vendrá a verle tocar. Deberías pensar si quieres estar aquí porque puede ser un poco incómodo.

Dennis exhala un profundo suspiro. Piensa en eso desde que Swan les ha anunciado el concierto y siempre llega a la misma conclusión.

—Me va a volver loco. —Intenta rebajar la chulería de su voz para ser sincero con Swan—. La jodí tío. Fui un imbécil al subestimarla. Ella es una tía dura, capaz de aguantar tener un novio en el trullo. Pero no lo vi, pensaba que se hundiría en la mierda y al final soy yo el que está hasta el cuello de ella.

—Deberíais hablar para recuperar vuestra amistad.

—Nunca me conformaré con ser un simple amigo. Ella es la única que dispara una bomba nuclear en mi corazón al verla. Es mi puta princesa de cuento. Y no puedo estar en su misma habitación sin quitarle la ropa.

Los dos beben un trago a su cerveza escuchando la canción unos minutos.

—¿Me ayudarías con una idea loca? —pregunta Swan con una voz suave.

—Depende tío.

Swan lleva un rato dándole vueltas a esa idea y no tarda en exponérsela a Dennis. Él le mira con admiración, choca su botellín de cerveza con el de él y sonríe.

—Eres la hostia tío. —Suelta una carcajada—. Cuenta conmigo.

Una hora después se va a casa con la mente inmersa en las mil cosas pendientes que tiene en la lista si quiere llevar a cabo su plan.

Por la mañana sale de casa pronto rumbo a la zona restringida. Hace un día feo, con humedad y unas nieves grisáceas en el cielo.

Antes de subir al coche teclea un mensaje para Steff.

SWAN: BUENOS DÍAS PRINCESA. HE TENIDO SUEÑOS HÚMEDOS. NO VEO EL MOMENTO DE PONERLOS EN PRÁCTICA.

Se coloca en el asiento del conductor, se abrocha el cinturón y escucha la llegada de la respuesta de su chica.

STEFF: LOS MÍOS HAN SIDO PORNOS. YO TAMPOCO VEO EL MOMENTO DE ESTAR CONTIGO EN UNA CAMA. AUNQUE TAMBIÉN ME SERVIRÍA UN COCHE O CUALQUIER OTRO LUGAR MIENTRAS ESTEMOS A SOLAS, DESNUDOS Y SUDADOS.

34

Me levanto de la cama sin hacer ruido para no despertarle. Tras pasar una semana en el hospital, al fin me instalé en casa de Swan y estos últimos quince días en Fort Lucas han sido los mejores de mi vida. He vuelto a clase, vivo con el hombre de mis sueños y la convivencia es más sencilla de lo que esperaba.

La cocina está bañada con los rayos solares que entran por la ventana.

Enciendo la cafetera eléctrica mientras frío unos huevos, beicon y unas salchichas. Pongo un par de tostadas en una bandeja, junto a dos tazas y dos tenedores, y subo a la habitación solo vestida con una camiseta un poco suelta de Swan. Quiero sorprenderle.

No puedo evitar estremecerme al observar su cuerpo desnudo apenas tapado con la sábana. Es perfecto, nunca me canso de mirarlo.

Quiero despertarle pronto para aprovechar el tiempo...

Tardé diez días en estar en forma para volver a su cama. Fueron unos días muy duros porque los besos calentaban demasiado la temperatura como para no sentir el deseo poseernos. Pero resistimos y al final nos encerramos en casa para recuperar el tiempo perdido.

Dejo la bandeja sobre la mesilla de noche, me siento a su lado en la cama y le soplo en la cara con suavidad.

—Buenos días. —Hace un ruidito monísimo con la boca—. Te he traído provisiones para que no busques excusas. Vamos a pasar la mañana en la cama. Haciendo el amor.

Me agarra por la cintura para estirarme sobre él.

—Me gusta el plan. —Sus labios se posan sobre los míos—. Pero sin marcas visibles o van a pensar que te pego.

—Hazlo —musito mordiéndole el labio sin herirlo—. Dame un par de azotes. Pégame. Castígame. He sido muy, muy mala.

—Princesa, te estás volviendo una mandona.

Siento su mano palmearme el trasero con una descarga de placer cuando le lamo los labios y luego deslizo la lengua entre ellos para hundirla en su boca con posesión. Las manos de Swan me suben la camiseta con movimientos furiosos mientras el excitante baile de nuestras lenguas acrecienta su erección

contra mi vientre.

Mi corazón retumba contra las costillas y escucho cómo el suyo se dispara, acelerándole la respiración. Poseo sus labios con un beso hambriento, dominante, anhelante. Por mis venas se propaga una cálida sensación que impacta contra mi sexo haciéndolo palpitar de deseo y necesidad.

—Vamos a desayunar primero —ronroneo separándome de él.

—Bésame Steff. —Me azota un par de veces.

—Solo un beso más y desayunamos.

Coloca las manos en mi nuca para obligarme a bajar la boca hacia sus labios. Me los mordisquea con ansiedad, luego los lame y los succiona acariciándome el torso. Cuando su lengua invade la mía apenas logro contener los gemidos de deseo.

Profundiza en el beso crispando los dedos en mi nuca, clavándomelos un poco, provocándome un mar de sensaciones indomables. El deseo y la necesidad de Swan me envuelven quitándome el aire de los pulmones, anegándome en una espiral de ardiente desespero por sentirlo dentro de mí.

Me quita la camiseta separándose un instante para volver a saquearme los labios con besos salvajes. Rueda sobre su cuerpo y me sitúa debajo. Le clavo las uñas en la espalda, le desgarró la piel y le lacero mientras siento cómo me deshace con sus labios.

Los besos se vuelven tórridos, llenos de avidez y de un deseo salvaje. Sus manos encuentran cómo llegar a mis pechos para erizar los pezones en dos segundos. Gimo con una aceleración de mi respiración. El deseo recorre mis venas hasta concentrarse en mi sexo, inflamando el punto de placer hasta hacerlo palpitar.

Baja la boca por el cuello y me clava los dientes en la piel cada vez más fuerte, al ritmo de sus jadeos acelerados. El dolor lanza descargas de placer a mi entrepierna, la excita cada vez más. Ascendo con las uñas hasta la nuca para hundir mis dedos en ella. Le hago daño, lo siento en cómo se agita, en cómo gime, en cómo su cuerpo reacciona con furor y deseo.

—Eres perversa. —Recibo su azote en el muslo con un resuello ronco de placer—. Voy a castigarte princesa.

Me palmea dos veces más y yo subo la mano hasta agarrarle el pelo para tirar de él. La lucha de Swan por llegar a mi piel le arranca grititos extasiados al sentir cómo se tensan sus cabellos entre mis dedos.

Ruedo para colocarme sobre él. Quiero saborearlo, escuchar sus gemidos de goce al sentir mis labios rodeándole el miembro mientras le

devoro con la lengua.

Sin dejar de morderle la piel repto por su cuerpo hasta colocarme a horcajadas sobre sus tobillos. Lamo el glande agarrándole el pene con los dedos para producirle mayor placer. Escucho sus gemidos llenos de lujuria y mi cuerpo se contrae por la anticipación. Le rodeo el miembro con la boca. La deslizo arriba y abajo en él, acariciándole los testículos con una mano, sin dejar de ejercer fuerza en el pene para darle más placer.

Aumento el ritmo cuando escucho cómo se le acelera la respiración. Sus músculos se contraen, mueve la cadera para empujar más rápido todavía el movimiento de mi boca, con las manos en mi pelo, tirando de él. La sensación de caer en el abismo del placer me llena de humedad.

Cuando está a punto de dejarse ir le suelto, escalo por su piel succionándole trocitos durante el recorrido, llenándole de marcas rojas. Al llegar a los labios los muerdo, los chupo, los lamo y los devoro mientras sus manos forman una cadena de caricias hasta azotarme las nalgas con fuerza.

Con facilidad rueda nuestros cuerpos otra vez, me agarra los labios con los dientes y aprieta de manera deliciosa, consiguiendo un chispazo que me atraviesa el cuerpo hasta llegar a mi punto de placer, hinchándolo todavía más.

Palpito, me quemo, ardo, siento cómo mi cuerpo es preso de una combustión interna que se convierte en una sucesión de jadeos y sensaciones.

La boca de Swan baja hacia mis pechos, agarra uno de los pezones con los dientes y usa la lengua para erizarlo. ¡Joder! La piel se me vuelve un mapa de deliciosas sensaciones, un lugar sensible, lleno de excitación.

Repite la operación con el otro pezón mientras me suelta las manos para bajar las suyas hasta mi sexo. Lo palpa despacio, acercándose al punto de placer sin llegar a tocarlo. Esta anticipación me vuelve loca, arrancándome grititos lujuriosos.

Los dientes descienden por mis costillas pellizcándome la piel con una placentera sucesión de mordiscos acompañados de succión. Llega al inicio del Monte de Venus y no se detiene. Baja el cuerpo por mis piernas, me las abre un poco más y coloca la cabeza entre ellas paseando el pulgar por el clítoris, arrancándome gemidos y consiguiendo que palpите cada fibra de mi cuerpo.

Entra dos dedos en mí, los mueve con rapidez, sin darme tiempo casi a recuperarme de las sacudidas que me vapulean los músculos. Su lengua traza círculos acercándose al punto, sin tocarlo más que en instantes, con toques cortos.

—¡Quédate ahí! —grito con voz suplicante—. ¡Hazme gritar ya!

Pero él ignora mis ruegos y sigue jugando conmigo, lamiendo por el lado, tocándolo solo un instante para volver a apartarse.

La cama se ha convertido en un hueco vacío y me engulle llevándome a una nada absorta en el deseo y la excitación. Tengo el cuerpo empapado en sudor, a punto de estallar, caliente, ardiente, tembloroso.

Cada vez que su lengua se para un segundo en el clítoris una descarga de placer se propaga por mis terminaciones nerviosas consiguiendo que grite. Le hundo los dedos en el pelo, se los clavo en el cuero cabelludo e intento guiarlo. Sus dedos siguen entrando y saliendo de mí, desatando nuevas llamas.

Es un dulce tormento.

La necesidad de explotar me desquicia, me martiriza, me llena de una avidez demasiado caliente.

—¡Hazme gritar de una puta vez! —imploro entre jadeos.

Sus dientes agarran ese botón que puede disparar mi placer, lo mordisquean con una suavidad exasperante, lo succionan y luego lo acarician con lentitud.

Aprieto todavía más los dedos en su cabeza, se los clavo, exigiéndole el orgasmo.

Cuando su lengua decide empezar a moverse con maestría sobre el punto de placer no tardo ni dos segundos en contraer los músculos del cuerpo. Está cerca, muy cerca. Le suelto la cabeza, agarro la sábana con las dos manos y me arqueo al sentir las primeras embestidas, estallando en uno de los orgasmos más brutales de mi vida. Jadeo, gimo, resuello, grito y me rindo a las sacudidas que agitan mi cuerpo colmándolo de oleadas de placer.

—Quiero follarte por la espalda. —Me indica la posición.

Se coloca de rodillas detrás de mí, tocándome los pechos con una mano y el punto de placer con la otra, y me embiste con fiereza. Sus movimientos se acompañan de caricias que incrementan mi sensación de placer. Siento cómo su cadera impacta contra mis nalgas, cómo entra y sale cada vez con mayor profundidad, sin rebajar el ritmo duro y fuerte, sin dejar de pellizcarme primero un pezón y luego el otro con los dedos ni abandonar las caricias calientes en el clítoris.

Sus resuellos son cada vez más acelerados. Rompen el silencio al ritmo de sus embistes.

—Princesa eres un puto infinito —gime—. Mi puto infinito.

Me penetra con un gemido desesperado. Estoy a punto de volver a explotar, cada vez más alto, más cerca del límite. Gimo, jadeo, me quemo,

ardo, resuello y grito su nombre contrayendo cada uno de los músculos de mi cuerpo, a punto para soltarlos y dejarme invadir por las oleadas del placer.

La sensación me recorre el cuerpo y estalla de golpe, acompasándose a sus gemidos, a sus gritos, a sus espasmos llenos de goce. Gritamos a la vez, con el calor y las sensaciones del orgasmo recorriendo las terminaciones nerviosas de nuestros cuerpos, sacudiéndolos, llevándoles a un clímax bestial, explosivo y demoledor.

Nos estiramos en la cama boca arriba, todavía sin ralentizar la respiración, presos de las embestidas del éxtasis, con la piel sensible y el recuerdo de lo sucedido demasiado vívido en ella para suavizarse.

Desayunamos unos minutos después. Me siento cómoda desnuda a su lado, me gusta compartir con él estos momentos rutinarios y perfectos. Es parte de la ilusión de vivir con una persona como Swan, consigue acelerarme el corazón solo con una caricia y no hacerme sentir vergüenza de mi cuerpo.

En la ducha repetimos. Nuestros cuerpos parecen diseñados para desearse a todas horas, sin atender al momento, a la situación ni al lugar. Se ensamblan a la perfección, reaccionan con fuego al sentirse y nunca se sacian.

Cuando salimos de la ducha Swan insiste en que me vista con rapidez. Mañana Julia y Zack cumplen su segundo año de casados y lo celebramos este mediodía en su casa con una comida familiar. La gira de este verano llevará a mi cuñada a no parar mucho en la base durante tres meses y Zack no puede desatender sus obligaciones tanto tiempo. Para ellos es difícil pensar en estar separados tanto tiempo, son una pareja envidiable.

El vestido suelto de estampado floreado es fresco y perfecto para la comida. Cierro un segundo los ojos al pensar en ellos y en su felicidad. Me encantaría pasar por el altar algún día, como tenía previsto de niña, pero lo que deseo con mayor intensidad es ser igual de feliz que Julia y Zack. Mis cuñados refluyen ilusión por cada una de sus expresiones al estar juntos y yo quiero eso, un amor duradero, una vida compartida.

—No entiendo qué prisa te ha dado. —Me cepillo el pelo frente al espejo mientras Swan se seca con la toalla—. Todavía son las once, no hemos quedado hasta las doce y media. Podríamos haber pasado más rato en la cama.

—Necesito pasar por el hangar antes de ir a casa de Ju.

—¿Trabajo? ¿Hoy? —Levanto las cejas mirándome al espejo para que él vea el gesto en el reflejo—. No me dijiste nada de eso ayer.

—Es una cosa rápida, te lo prometo.

Cuelga la toalla en el gancho y desaparece en la habitación para vestirse.

Me maquillo con rapidez, sin pasarme demasiado.

Al entrar en el cuarto me quedo un segundo apoyada en el marco de la puerta observándole. Solo lleva unos vaqueros bajos de talle, está descalzo y el pelo mojado deja caer gotas despistadas en su torso. Me invade la necesidad de tocarlo, de besarlo, de quitarle los pantalones y devorarlo. Siempre reacciono igual con él, soy incapaz de no desearle a todas horas.

—Princesa, necesitamos tu certificado de nacimiento y la tarjeta del seguro para mañana a las cuatro. —Levanta la cabeza un segundo para mirarme con una sonrisa—. ¿Podrás conseguirlo?

—¿Y para qué lo quieres? —Mi mirada se llena de incompreensión.

—Yo ya tengo mi documentación preparada, solo me falta la tuya. —Pone la mano en el bolsillo y saca algo—. Tenemos cita a las cuatro en la oficina del secretario del condado. Y son unos plastas porque me han pedido todo eso y más.

Parpadeo varias veces, arqueo los labios hacia arriba y me recorre una cálida sensación. Tiemblo, las piernas parecen decididas a no sostenerme al entender la profundidad de esa petición tan anómala.

El certificado de nacimiento, la tarjeta del seguro, la oficina del condado...

¿De verdad me lo está pidiendo? ¿Es eso?

Abro mucho los ojos, gimo y la emoción más intensa de mi vida se apodera de cada resquicio de mi cuerpo.

—¿Para qué? —Apenas logro que sea un susurro en mis labios.

—Toma. —Me lanza la cajita que tenía en el bolsillo y yo la recibo con un estremecimiento—. Puede que esto te aclare un poco las ideas.

Se acerca a mí mientras la abro con dedos temblorosos y descubro una sortija con el mayor diamante que he visto en mi vida. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

—¿Te casas conmigo, Steff? —Me rodea entre sus brazos—. Desde que te conozco mi vida es mejor. Tienes luz, consigues llenarme con ella, con esa forma apasionada de vivir y nunca voy a cansarme de estar a tu lado. Necesito unirme a ti de todas las formas inimaginables, por eso he convencido a mi padre para casarnos como tú imaginabas el otro día en el hospital, en el Dragonfly, el sábado que viene.

No puedo hablar, solo lanzar grititos entusiasmados mientras doy pequeños saltos de alegría. Es preciosa su manera de pedirlo, sin las típicas frases románticonas, con espontaneidad, sin florituras innecesarias... Le

separo un poco para colocarme el anillo en el dedo anular de la mano izquierda y le abrazo con fuerza, buscando sus labios.

—¿Eso es un sí? —pregunta apretándose contra mí.

—¡Sí! —Suelto una risita emocionada—. ¡Clara, absoluta y rotundamente sí!

Me levanta en el aire para darme dos vueltas sin dejar de reír. Luego me baja y me besa con posesión, como si fuera el último beso, como si el mañana no existiera, como si solo estuviéramos él y yo.

—El champagne lo tomaremos en casa de Ju. —Me guiña un ojo—. He comprado el mejor de la tienda. Y también fresas con chocolate.

—Has pensado en todo.

—No voy a dejar que mi chica se vaya a la instrucción sin un anillo en el dedo. —Me da un beso húmedo—. El sábado te convertirás en Steff Nelson.

—¿Has dicho el sábado? —Le miro con alarma—. ¡No tengo vestido! ¡Ni sé si mis amigos van a poder venir! ¿Y qué hay de la luna de miel? ¡Joder Swan! ¡Hay mil cosas que hacer para preparar una boda! ¡Y solo faltan seis días!

—Princesa, tranquilízate. —Me estrecha fuerte entre sus brazos—. Lo tengo todo bajo control. Mañana nos sacamos la licencia y después te vas con Kris, Penny, Ju y Charleen a comprarte un vestido que lo flipe. Lo de la luna de miel también lo he pensado. He conseguido permiso en tu colegio para irnos el lunes donde tú quieras durante dos semanas. Te graduarás igual. He hablado con mi padre para arreglar la parte de la ceremonia pilotando el Dragonfly y después daremos un banquete en el The Hole. Dennis se ha ocupado de coordinarlo todo con un catering y nos ha preparado una prueba de menú para mañana.

—¿En serio? ¿Dennis lo sabía? ¿Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas. —Me da un beso—. Os escuché a Kris y a ti en el hospital y entendí lo importante que es la boda para ti. Quiero hacerte feliz Steff, pasar mi vida a tu lado y para eso antes debo convertirme en tu marido.

—Será el día más feliz de mi vida. —Ruedo el anillo en el dedo y le rodeo el cuello con los brazos—. Dennis me llevará al altar. Espero que tu padre no se moleste, pero solo puede ser Den. Él es mi familiar más cercano.

—Mi padre lo entenderá. —Me besa—. Termina de arreglarte que quiero ir al hangar antes de la comida.

—¿Trabajo?

—Vamos a sacarnos un par de fotos en el Dragonfly enseñando tu súper anillo y lo mandaremos a los invitados para anunciarles el compromiso.

Me separo de él, levanto las cejas, compongo una mueca de sorpresa y le miro.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi conde?

—Si voy a casarme será haciendo todas y cada una de las gilipolleces propias de los novios. Y ahora toca anunciar que me has dicho sí.

—Debería hablar primero con Kris. —Camino hacia la cómoda para coger mi móvil—. Es mi hermana y no puedo avisarla con una foto.

—Okey. Llámala, puedes pasar por casa de mi padre antes de ir al hangar. Tienes diez minutos de reloj.

—¿Quince? —Me acerco para darle un beso persuasivo—. Son las once y cuarto, tenemos tiempo de todo. Sacar las fotos no nos llevará demasiado rato.

—Vale. —Asiente con la cabeza—. Te acompaño y así aprovecharé para hablar un rato con mi padre.

—¿Lo sabe?

—Sin su complicidad no tendría el Dragonfly y está contento por nosotros.

Salimos a la calle unos minutos después. Le abrazo porque necesito sentir su calor, respirar su aroma a recién duchado, tocarle. Es tan alucinante estar comprometida.

Kris parecía muy rara por teléfono hace un momento. Desde los disparos en casa de Dennis no es la misma, pero se niega a dejar a Luke, a hablar con Dennis o a encarar sus sentimientos. No la reconozco en esa chica, ella solía ser decidida, con carácter y ganas de sorber hasta la última gota de positividad de la vida. Ahora es apagada, nerviosa y triste.

Dejo a Swan en la cocina con su padre tras recibir sus felicitaciones y subo las escaleras en busca de mi hermana. Por su voz al teléfono sé que le sucede algo.

La encuentro sentada en la cama, con las manos juntas sobre el regazo aguantado el móvil y la mirada perdida en la lejanía, como si sus pensamientos estuvieran atados a otra dimensión. Tiene rastros de lágrimas en los ojos enrojecidos y con muestras de falta de sueño.

Entro despacio, sin hacer casi ruido, me siento a su lado y la rodeo con el brazo por los hombros acercándola a mí.

—Suéltalo —digo dejándole apoyar su cabeza en mi hombro—. ¿Qué te

pasa?

—Míralo tú misma. —Desbloquea la pantalla del teléfono y me lo da—. No sé por qué sigo empeñada en que lo nuestro funcione. Alguien como él no cambia.

Tiene abierto un diario sensacionalista con un titular durísimo: *Luke Foster, el guitarrista de The band, se marca un trío*. Varias fotos de Luke besándose con dos chicas en un bar acompañan las palabras del artículo. *¿Será el fin de su relación con la guapa camarera rubia del Maggi's? ¿Le ha sido infiel otra vez?*

—Me dijo que se iba a casa porque estaba cansado. —Tuerce el gesto con dolor—. Y ha vuelto a pegármela con dos a la vez. No lo entiendo Steff, ahora estábamos bien.

—No es cierto —contesto decidida a ponerle los puntos sobre las íes de una vez por todas—. Hace meses que estás mal porque sigues colgada de Dennis. Y si te digo la verdad, no acabo de entender tu actitud. No eres tú Kris. ¿Por qué te empeñas en no ver las cosas? No eres capaz de decirme qué sientes por cada uno. ¡Necesitas irte una temporada para pensar lejos de todo!

Su móvil vibra entre mis dedos.

—Es Luke —musita con una mueca triste—. Lleva horas llamándome, pero no quiero escucharle. Hace media hora le he llamado para decirle que lo nuestro se acabó. Y esta vez es para siempre.

—¿Le has dejado por teléfono?

—Estoy harta de sus excusas, de escucharle, de caer de cuatro patas cada vez. Era la mejor solución, una manera rápida de terminar.

—¡Esa es mi Kris!

—Me jode acabar así. Yo le quiero Steff, no me apetece vivir separada de él.

—Esta vez lo ha hecho a propósito. Lo planeó, te dejó en casa y se largó a tirarse a alguna otra tía. Boicotea lo nuestro cada vez que os estabilizáis. Debería darte una pista de cómo piensa, le sigue aterrando el compromiso. Además, desde que me dispararon estás diferente.

—Volver a abrazar a Den, escucharle susurrarme su amor al oído, dejarle... No es fácil para mí, Steff. Le siento tan parte de mi corazón que estar alejada de él me lo dinamita.

—¿Y qué haces apostando por Luke?

Siento sus ojos recorrer la distancia entre el más allá y el teléfono. Se abren al ver mi mano y arquea los labios en una avergonzada sonrisa.

—¿En serio? —Me agarra el dedo para mirar de cerca mi sortija—. ¡Es una pasada Steff! ¿Eso es lo que has venido a decirme?

—Me lo acaba de pedir. —Suspiro mordiéndome el labio sin dejar de sonreír—. Ha sido mágico. Nada de ponerse de rodillas ni ñoñerías. Espontáneo, cariñoso, simple. ¡Nos casamos en sábado!

—¿El sábado? —Abre tanto los ojos que se le van a salir de las órbitas.

—En el Dagonfly.

Se lo cuento todo con rapidez, describiéndole la proposición. Ella agita las pestañas con felicidad, pero percibo una hebra de abatimiento en su mirada.

—Te necesito mañana para ir en busca del vestido perfecto. Vas a ser mi dama de honor principal, junto a Ju, Penny y Charleen.

—Nunca pensé que serías la primera de las dos en casarte.

Su abrazo me sabe a felicidad.

Bajamos juntas a la cocina unos minutos después, evitando hablar de sus problemas. No me apetece dejarla sola en esta situación, pero debo vivir estos momentos como merecen.

Le doy un beso en la mejilla antes de salir con Swan rumbo al hangar donde nos espera el avión de nuestros sueños. Para él es importante, lleva años ocupándose de su mantenimiento y luchó para que permaneciera en la base cuando la fuerza aérea lo descatalogó.

La sesión de fotos en el Dragonfly es perfecta. Swan consigue sacarme la sonrisa a base de besos, abrazos y alguna palmada cariñosa en las nalgas. Creamos un grupo en WhatsApp, una aplicación que usan Julia y Zack, llamado *nos casamos*, con todos los invitados. Colocamos una de las fotos de perfil y usamos otra para anunciar el día, la hora y el lugar.

No tardan en llegar las felicitaciones, los vítores, las confirmaciones de asistencia y un millar de preguntas acerca de la precipitación, la ceremonia, el *dress code* y nuestras preferencias de regalo.

Una vez en casa de Julia y Zack disfrutamos de una perfecta comida regada con champagne francés y muchísimas sonrisas felices.

Miro a mi alrededor para percatarme de algo maravilloso. Por fin tengo una verdadera familia y me cuesta creerlo tras tantos años sufriendo la soledad, sin más lazos que Dennis y Kris, con la necesidad absoluta de sentirme querida.

35

El sonido de una melodía le despierta. Abre los ojos y la descubre de pie frente a la cama, con el móvil reproduciendo la canción de *Nueve semanas y media*.

*Nena, quítate el abrigo, muy despacio
Luego quítate los zapatos...
Yo te quito los zapatos.
Nena, quítate el vestido, sí.*

—¿Qué haces aquí? —murmura frotándose los ojos para despejarse.

—Te debía el *striptease* cachondo. —Steff le guiña un ojo.

Lleva una falda vaquera con vuelo, sandalias de tacón, una camisa corta sedosa y un sombrero de *cowgirl*.

Empieza a contonearse de manera sensual, bajando el cuerpo al ritmo de la canción mientras agita la falda con las manos sin perder su expresión traviesa.

Coloca la pierna derecha sobre el colchón, se inclina con suavidad sobre su cuerpo y se desabrocha la sandalia sin dejar de insinuarse con su balanceo provocativo de caderas. Menea el pie para tirar el zapato al suelo y repite la operación con el otro.

La temperatura corporal de Swan se calienta. Se incorpora en la cama apoyándose en el cabezal, con el cuerpo ardiendo.

*Puedes dejarte puesto el sombrero.
Vete para allí,
apaga las luces, todas las luces.
Ven por aquí,
súbete a esa silla,
sí, así está bien.*

Steff se agarra los bajos de la falda con las dos manos, la mueve y camina hasta la puerta abierta para apoyar el cuerpo en ella. Se desliza hacia

abajo con un sensual meneo de la cintura, mirándolo sin dejar de morderse el labio.

Sube otra vez el cuerpo reptando por la plancha de madera. Se desabrocha la cinturilla de la falda para deslizársela por las piernas sin dejar de agitar su cuerpo de manera provocativa. La libido de Swan se rebela endureciéndole cuando descubre las braguitas de encaje rojas siguiendo el rimo de la música con una cadencia sexy.

Me das una razón para vivir.

*Los desconfiados hablan,
tratan de separarnos,
no creen en este amor mío,
no saben lo que es el amor.*

No saben lo que es el amor.

La chica se desabrocha la camisa con ambas manos al ritmo de la música, lanzándole besos con los labios pintados con carmín. El corazón de Swan está a punto de alcanzar su cota máxima cuando Steff juega con la prenda abriendo primero un lado, luego el otro y al final ambos a la vez para dejar al descubierto unos sujetadores a juego de las braguitas.

Desliza las manos hacia la espalda para desabrocharlos.

Swan hiperventila, su cuerpo es una hoguera. Se coloca de rodillas en la cama y repta hacia la punta cuando Steff termina de dejar sus pechos al aire sin perder esa sonrisa seductora ni un ápice de sensualidad en su baile excitante.

Ella niega con la cabeza cuando descubre su intención de salir de la cama para llegar hasta ella. Coloca un dedo en cada lado de la braguita para agarrar la prenda y la desliza por sus piernas hasta quedarse desnuda frente a él.

El ingeniero se levanta de la cama para rodearla con sus brazos y saquear sus labios mientras la toca, pero ella le aparta con delicadeza negando con la cabeza y sin perder la sonrisa.

—No vamos a adelantar acontecimientos. —Se separa de él dando tres pasos hacia atrás—. Esto solo ha sido un aperitivo que te debía, esta noche voy a hacerte gritar.

—¿Piensas dejarme así? —La abraza para impedirle la huida—. Princesa, lo tienes claro.

—Tu padre y Kris me esperan para desayunar y da muy mala suerte ver a la novia antes de la ceremonia. —Baja un poco la voz mordiéndole el labio con suavidad—. Vas a tener que esperar a esta noche.

—Ni de coña. —Le rodea la cintura con el brazo—. Vas a tumbarte en esa cama para acabar lo que has empezado.

El móvil de Steff empieza a sonar con insistencia.

—Debe ser tu padre. —Ella le coloca las manos en el pecho para separarlo de su cuerpo—. ¿Le digo dónde estoy? Podría explicarle que me has seducido... Incluso podría darle detalles...

—Esta noche me las vas a pagar. —La suelta con un gruñido—. Eres mala Steff.

Con un dedo le acaricia el pectoral antes de darse la vuelta para vestirse sin perder su aire sexy y provocativo.

—No veo el momento de recibir tu castigo. —Junta los labios para mandarle un beso—. Te veo en el hangar. Yo no soy como Ju, si no apareces a la hora ya puedes buscarte otra novia.

—Estaré ahí aunque sea arrastrándome. Nada me impedirá casarme contigo.

La observa marcharse con el corazón a mil. La desea en cualquier momento, es como una maldición porque ahora correría a retenerla para poseerla durante horas. Sin embargo se contiene. Ella tiene razón, es mejor esperar a la noche.

Una ducha de agua fría le ayuda a rebajar un poco la excitación, aunque solo ella puede aliviarla con su cuerpo.

Sale a correr un rato después de un desayuno ligero. Hace un día claro, con un sol radiante que llena las calles con su luz y calienta la espléndida mañana de junio. Pasa media hora recorriendo la zona de viviendas de la base a buen ritmo. Por fin ha llegado el día de su boda y se siente más pletórico de lo que esperaba.

Cuando regresa a casa se para un segundo frente a su ventana de la niñez. Steff está ahí dentro preparándose para ser una novia radiante. Decidieron dormir separados antes de la boda y ella ha pasado la noche en casa de su padre.

Nunca imaginó su vida de esta manera ni casándose con alguien que a todas luces se ha apoderado de su alma.

Bajo la ducha recrea su relación con Tess en busca de la fiereza de emociones que le desata una sola mirada de Steff. La quería, la echa de menos y en un momento como este le encantaría contarle su felicidad.

Se seca con una toalla y acerca su hombro al espejo, donde se refleja el sol que ambos se tatuaron a la vez. Representaba su victoria frente a los obstáculos que al principio les separaban. A Swan le costó deshacerse de su libertad para entregarse a una relación monógama, pero ella lo logró con su insistencia.

Con unos vaqueros baja a la cocina a prepararse algo de comer.

Pone un poco de música de ambiente mientras engulle el desayuno. La irrupción de Dick Sullivan en su vida hace casi tres años cambió su curso por completo. Le arrebató a su madre, a Tess y la idea de una vida con ella.

Quizás fue un designio del destino que le llevó a su ahora.

A las once y media Zack llama a la puerta para ocuparse de sus deberes de padrino. Ya le preparó una despedida de soltero con sus amigos de la base el miércoles, ahora debe asegurarse de que el novio llega a tiempo a la ceremonia.

—¿Qué haces todavía en vaqueros? —exclama al entrar—. Como no estés en el hangar en quince minutos tu hermana nos capa a los dos.

—Me visto en un plis. No me pongas nervioso. —Compone una mueca irónica—. ¡Que tú llegaras tarde a tu boda no quiere decir que yo haga lo mismo!

—Tío, sube ya esas escaleras y vístete de novio de una vez o nos enfrentaremos a algo peor que a un consejo de guerra. —Arquea los labios en una sonrisa—. ¡Ju y Steff cabreadas a la vez dan miedo!

Swan suelta una carcajada y sube las escaleras para ponerse el traje oscuro de corte muy elegante comprado hace poco para representar el papel más importante de su vida. Se coloca las botas militares sobre el pantalón para respetar la tradición de Fort Lucas, se arregla un poco el pelo frente al espejo y se anuda la corbata.

—Ya estoy. —Baja a recoger a su cuñado mirando el reloj—. Justo a tiempo.

—Parecemos dos gilipollas. —Zack se carcajea de camino al coche—. ¿Quién nos lo iba a decir en la universidad? ¡Los dos casados con jovencitas!

—Tu boda fue un poco estresante, cuñado.

—¡Sí! —Una risotada—. A Ju de poco le da un infarto.

—¡Es que la dejaste plantada en el altar!

—Tenía una buena razón. —Le palmea la espalda—. Gracias por salvarme el culo entonces. Hoy me toca a mí ser el padrino.

En el hangar se ha colocado una pantalla gigante para retransmitir el sí quiero desde el aire. Swan acaba de cerciorarse de que el Dragonfly está en forma para despegar a la hora prevista mientras los invitados empiezan a llegar.

Los saluda unos minutos después sin perder la sonrisa de felicidad. De más joven renegaba de atarse a una mujer y ahora se siente en la cúspide al pensar en pasar el resto de su vida con Steff.

—Estás guapísimo. —Kris le da un beso en la mejilla—. Me alegro de tenerte en mi familia, eres perfecto para Steff.

—Pareces jodida. ¿No has vuelto a ver a Luke desde la ruptura?

—No ha parado de llamarme para hablar conmigo. —Crispa la cara con ansiedad—. Espero que hoy respete el día.

—¿Has visto a Denis?

—Solo un segundo. —Inspira para calmar sus nervios—. Ha llegado cuando yo salía. Lenora le acompañaba.

—Me alegro de que hayas decidido irte unos días a California, te irá bien alejarte de aquí un tiempo. —Tuerce el gesto para mostrar su desencanto—. Steff también me va a dejar solo una temporadita... Mientras esté en la instrucción tendremos pocas ocasiones de vernos.

—Mejor, así el reencuentro será explosivo.

La observa caminar hasta las sillas colocadas frente a la pantalla para charlar con Penny, Ethan, Bryan y Allison. Por suerte Luke todavía no ha llegado.

Se para unos segundos a hablar con Julia.

Steff llega cinco minutos después en su Mustang, conducido por Dennis. Está preciosa con un vestido blanco palabra de honor, las botas militares reglamentarias y esa sonrisa que le llena de deseo.

Suena la marcha nupcial de Wagner mientras Dennis la acompaña del brazo hacia él. Sus labios se curvan en una sonrisa extasiada, sus ojos la recorren con emoción contenida. Frente a él está el cura ataviado con sus mejores galas.

—Estás increíble —la besa en la mejilla al recibirla—. ¿Preparada?

—Nunca he estado tan preparada para algo en mi vida.

Caminan juntos hasta el avión y cada uno ocupa su asiento. A Steff le cuesta un poco entrar el vestido, pero acaba consiguiéndolo.

Elevan el Dragonfly pilotando entre los dos, sin dejar de mirar a la cámara y al monitor que tienen enfrente. Al llegar a la altura reglamentaria ponen el piloto automático, se cogen de las manos y escuchan las palabras del cura con sonrisas radiantes.

A la hora de los votos Swan busca el anillo en el bolsillo, le coge la mano a Steff y se lo desliza con lentitud en su dedo mientras pronuncia las frases ensayadas.

—Steff, supe que eras la mujer de mi vida en cuanto te vi. —Se muerde el labio con una sonrisa feliz—. Antes de conocerte no sabía qué era amar de verdad ni cómo de vacío me sentiría sin ti. Has llenado mi mundo de luz, has conseguido darme esperanza, felicidad y días increíbles. Me gusta todo de ti, cómo consigues ilusionarte en cada recodo del camino, tu tenacidad, tus agallas, tu ferocidad a la hora de conservar lo que quieres. Eres mi princesa, la única dueña de mi corazón y de mi cuerpo. Si en un instante me dices sí prometo hacerte sonreír cada día de nuestra vida, caminar contigo hacia un mañana mejor y no permitir que nada destruya nuestra felicidad.

Ella saca el otro anillo del bolsillo de la chaqueta de Swan y lo coloca en su dedo reprimiendo las lágrimas de emoción.

—Swan, te amo con locura. —Suspira con los ojos húmedos—. De niña soñaba con un amor apasionado, con conocer a alguien que me estremeciera al aparecer en mi vida. Quería que se me acelerara el corazón al verle, sentir cómo mi cuerpo hormigueaba, cómo mi respiración se colapsaba convirtiéndose en jadeos, cómo cada molécula de mí suspiraba por el hombre de mi vida. Tú consigues esas reacciones y desatas un tsunami con una sola mirada. Hoy te entrego mi alma, mi corazón, mi vida y mi cuerpo. Si en un instante dices sí prometo dedicar hasta el último aliento a vivir al máximo a tu lado, a descubrir cada momento feliz con tus ojos, a no desfallecer nunca en la gran aventura de construir un futuro compartido.

Las nuevas palabras del cura les despiertan la emoción. Aceptan convertirse en marido y mujer, se besan y dan una vuelta en el aire acompañados de los aplausos de los presentes, sin perder ni un instante la sonrisa emocionada.

—¿Eres feliz Steff Nelson? —musita Swan apagando los auriculares antes de iniciar el descenso.

—Increíblemente feliz. —Le guiña el ojo un segundo—. Pero no tengo claro todavía si me voy a cambiar el apellido. Casi me gusta más Edwards.

—Eres mía princesa, y a partir de ahora tu apellido lo dirá con claridad.

—Le da un azote suave en la pierna.

—¡Qué posesivo!

—Siempre lo seré contigo.

Tras aterrizar los invitados les lanzan arroz y pétalos de rosa al descender del Dragonfly. Firman el acta de matrimonio, se hacen fotos y reciben las felicitaciones de todos los invitados.

La mirada de Steff se cruza un segundo con la de su hermana. Kris lleva unos días muy jodida por la ruptura con Luke y enfrentarse a sus dos hombres en la boda no le apetece demasiado. Está nerviosa, tuerce la boca, retuerce las manos en el regazo y no para de observar a Dennis con Lenora y a Luke.

Sus amigos han decidido colaborar para no llevar la situación a un extremo peligroso y forman una barrera frente a la chica, evitando que Luke se acerque a ella.

A Kris le costó mucho tomar la decisión de abandonarle, pero la última infidelidad acabó por abrirle los ojos. No puede pasarse la vida encadenada a alguien incapaz de comprometerse con ella. Necesita encontrar la felicidad.

Hoy está lidiando una batalla contra sus sentimientos al tener a sus dos hombres en la misma estancia. No soporta descubrir a Dennis abrazado a Lenora ni cómo cruza sus miradas cómplices con ella ni cómo su cuerpo reacciona al descubrir sus gestos. La presencia de Luke también la llena de ansiedad, sus ojos hablan de deseo, necesidad y arrepentimiento.

—¿Podrás aguantarlo? —Steff se acerca a ella de camino a los coches—. No me gustaría verte sufrir.

—¡Eres una mujer casada! —La abraza para no estropearle la emoción del día—. Estoy bien, de verdad.

Se suben a los coches para conducir hasta el The Hole. Dennis ha hecho un gran trabajo con la decoración. Hay mesas redondas con manteles blancos y sillas forradas, centros de mesa espectaculares y una iluminación acorde con el evento.

Steff ocupa una silla en la mesa principal rodeada de su familia. Kristie, Swan, Rob, Maggi, Dennis, Lenora, Julia y Zack. La conversación surge sin dificultad, evitando cualquier alusión al pasado de las hermanas Edwards o de la relación entre Dennis y Kris. Lenora resulta una chica agradable, con mejores maneras de las esperadas y simpática.

Es evidente el esfuerzo de Kris por ocultar su estado de agitación. Participa en la conversación obviando la tensión que flota entre ella y Dennis.

Durante la cena se suceden los discursos de los invitados. Los camareros

sirven unos manjares exquisitos y a la hora del pastel Steff y Swan se levantan para recibir una espada muy larga.

—Me queda una sorpresa para ti —anuncia él tras el habitual corte—. Te debo un karaoke con baile. —La coge de la mano para llevarla hacia el escenario donde cantan los grupos—. Ju me ha ayudado a preparar tu canción preferida.

—¿En serio? —Steff levanta las cejas con una risotada—. Será una actuación estelar.

—No vamos a empezar nuestro matrimonio sin cumplir las promesas.

Los aplausos de la gente inundan el local cuando Swan anuncia sus intenciones por el micro. Hay una pantalla instalada a un lado donde aparece la letra de la canción y el equipo de sonido empieza a reproducir *Can I have this dance?*

La primera frase le corresponde a Steff. *Toma mi mano*. Swan se la tiende con una sonrisa. *Toma un respiro*. Swan hace el gesto de inhalar sin perder la sonrisa en ningún momento.

*Ponme cerca y da un paso.
Deja tus ojos mirándome
y deja que la música sea tu guía
(¿Por qué no me prometes?)
Ahora prométeme... que nunca olvidaras
(Seguiremos bailando)
seguir bailando a donde quiera que vayamos.*

Mientras bailan al ritmo de la canción, sin dejar de cantar entonando mejor según el momento, Steff siente cómo cada uno de sus sueños cobra vida.

*Es como atrapar un rayo.
Las posibilidades de encontrar alguien como tú.
Son uno en un millón,
las posibilidades de sentirse como yo.
Y con cada paso juntos
los dos crecemos.*

Terminan el karaoke entre aplausos de los invitados.

Es la hora del primer baile. Swan la abraza por la cintura, la acerca

mucho a él y empieza a moverse al ritmo de *My life without you*, una preciosa canción de Diane de Mesa.

—Mi vida sin ti sería muy triste, princesa.

—Mi vida sin ti sería un desierto, conde.

¿Fin?

Agradecimientos

Hay personajes que me marcan, palabras que necesitan transmitir cada uno de mis sentimientos e historias que me invaden por completo. Swan fue un claro desafío desde el principio. Le di vida con la trilogía que inicia esta serie. Debía ser un secundario, nada más. Pero con el paso del tiempo cobró vida en mi mente, se apoderó de mis neuronas y creció hasta darme una visión clara de que necesitaba su historia y más con el trágico final de Tess.

Swan se merecía a alguien como Steff, una mujer llena de vitalidad, fiera, alegre, con ese temperamento arrollador, la sonrisa siempre en su cara, la positividad y los deseos de luchar hasta el infinito y más allá por su amor.

En *Cuando estoy sin ti* sentí la fuerza arrolladora de esa pareja, esa tensión sexual que se creaba al estar juntos. Esa fue mi premisa a la hora de iniciar esta historia porque mi forma de escribir es tirando de los sentimientos hasta convertirlos en una parte importante del texto. Y los suyos eran electrizantes.

Al principio me costó un poco centrarme. Steff y mi hija nacieron el mismo año y era difícil ponerme en su lugar sin pensar en qué sentiría si ella fuera Steff. Pero a medida que escribía me quedaba con la esencia de nuestros años compartidos y la desligaba de la protagonista porque cada una tiene su forma de ser y sus historias son diferentes. Le agradezco a Irene toda la vida que hemos pasado juntas. ¡Verla crecer es una constante alegría! Ella me cedió sin saberlo muchas experiencias, como su adoración por *High School Musical* cuando era pequeña o esa efusividad con la que Steff encara los retos de su vida. Mis experiencias como madre a su lado me han ayudado a construir las de Steff.

¡Adoro a estos personajes! Gracias Steff y Swan por acompañarme, por susurrarme la inspiración al oído, por crecer en mi interior hasta arrebatarme el alma. Sin vosotros nada de esto sería real.

La dedicatoria de este libro es para Dani. Él fue mi guía a la hora de desarrollar los aspectos más subidos de tono de la trama. Gracias a él conseguí encontrar el enfoque ideal de esas escenas, entender cómo Swan y Steff interactuaban y sentirlos. ¡Gracias Dani! ¡Echo de menos nuestras charlas!

Mi familia es un constante soporte para escribir. No es fácil convivir con mi mente poblada de historias, sin descansar un minuto, con esa necesidad imperiosa de aporrear el teclado muchas veces, cuando una idea me consume y necesito sacarla, darle forma, plasmarla en las hojas del Word. ¡Gracias! ¡Os quiero un montón!

No quiero repetirme hablando una y otra vez de las mujeres que me acompañan en la tarea de crear mundos paralelos. Pero sí insistiré hasta la saciedad en lo mucho que les debo. A veces nos ofuscamos en busca de un fin y no somos capaces de disfrutar del camino. Ellas lo hicieron posible, se convirtieron en mi asidero a las sonrisas, me mostraron cómo no desfallecer y seguir luchando por mis sueños cada día. ¡Nunca tendré suficientes palabras de agradecimiento! Son Mabel, Senda, Mercè y Mara.

Y quiero dedicarle un gran agradecimiento a Carmen Cano, la administradora del exitoso blog *Libros escondidos*. A veces las casualidades se convierten en afinidad y consiguen mostrar caminos hacia una amistad. Estas novelas consiguieron emocionarla y fue ella la que me sugirió que Swan tuviera su propia historia. ¿Y cómo iba yo a contradecirla? ¡Es bonito recordar estas pequeñas cosas!

Durante el tiempo que esta serie lleva en el mercado he conocido a miles de personas maravillosas que han conseguido hacer mi vida literaria más feliz si cabe. Nunca olvidaré los mensajes en mis bandejas de entrada, las opiniones en las redes, el apoyo de las lectoras entusiastas ni las interacciones con ellas. ¡Gracias a todas! Nieves, Esperanza, Ester María, Blue, Lara, Laura, Marta, Esther, Cristina, Melisa, Montse, Sofi, Mari, Hiraty, Belén, Toñi, Camila, Miriam, Sara, Fran, Sammy, Minny, Teresa, María, Alba, Esme, Lorena, Ainhoa y un sinfín de personas que me han acompañado, apoyado y enseñado cómo es de gratificante la creación de historias. ¡Mil gracias por todo vuestro cariño!

El grupo de la editorial Red Apple me ha apoyado muchísimo en la publicación de la serie al completo. Shia crea magia con sus portadas y consigue darle vida a mis ideas visuales para que me sienta feliz con el resultado. Después maqueta el texto de forma sublime y consigue llenar los libros de ese hechizo especial que me tiene embobada durante semanas. Tara y Gabi corrigen, señalan errores, me acompañan a la hora de dejar perfecto el texto antes de llegar a vosotros. Y el resto del equipo siempre está ahí para contestar a lo necesario para terminar bien el trabajo. ¡Gracias a todas!

Nunca termino los agradecimientos sin mencionarte a ti, lector. Escribir

un libro muchas veces desnuda mi alma, la pone en carne viva y muestra cómo de profundo cala la historia en su interior. Hay que abrirse en canal para recurrir a las emociones anidadas en mi corazón, pasar horas pensando en la trama, encontrando la mejor manera de escribirla, sin desfallecer en ningún momento e intentando no bajar el ritmo ni la intensidad. Si al leerlo he conseguido despertar un poquito tus sentimientos mi sonrisa será más amplia porque como lectora busco vivir aventuras, sentir como los personajes, alejarme de mi vida real de su mano. Y como escritora esa es mi intención, dejaste entrar en la historia, apasionarte, hacerte sufrir, reír, llorar... Gracias por leer hasta la última palabra, por seguir aquí, por hacer posible este sueño de ponerle palabras a los confines de mi imaginación.



©Pat Casalà

Red Apple Ediciones 2018
www.redappleediciones.com